



Universidad Autónoma  
del Estado de México

# Diez sabios aconsejan

Máximas clásicas para un gobierno ético

Óscar Diego Bautista

Nuria Ferreira Mañá







# Diez sabios aconsejan

Máximas clásicas para un gobierno ético



Universidad Autónoma  
del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales  
Carlos Eduardo Barrera Díaz  
*Rector*

Doctora en Ciencias Sociales  
Martha Patricia Zarza Delgado  
*Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados*

Doctor en Antropología Social y Etnolingüística  
Edgar Samuel Morales Sales  
*Coordinador del Centro de Investigación  
en Ciencias Sociales y Humanidades*

Doctora en Ciencias Sociales  
Laura Elizabeth Benhumea González  
*Directora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*

Maestra en Administración  
Susana García Hernández  
*Directora de Difusión y Promoción  
de la Investigación y los Estudios Avanzados*

# Diez sabios aconsejan

**Máximas clásicas para un gobierno ético**

**Óscar Diego Bautista**

**Nuria Ferreira Mañá**

Universidad Autónoma del Estado de México  
Toluca, 2023

Diego Bautista, Óscar.  
Diez sabios aconsejan : máximas clásicas para un gobierno ético / Óscar Diego Bautista, Nuria Ferreira Mañá.  
1ª ed.  
Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2023.  
[ 328 p. ; 23 cm ]

Incluye referencias bibliográficas (319-325).

ISBN 978-607-633-713-4 (impreso)  
ISBN 978-607-633-714-1 (PDF)

1. Ética política -- México.
2. Funcionarios públicos -- Ética profesional -- México.
3. Ética política -- Citas, máximas, etc.

I. Ferreira Mañá, Nuria, coautor.

JL1229.E8 B398 2023



# Diez sabios aconsejan

Máximas clásicas para un gobierno ético

Óscar Diego Bautista

Nuria Ferreira Mañá

Libro sometido a sistema antiplagio y publicado con la previa revisión y aprobación de pares doble ciego externos que forman parte del Sistema Nacional de Investigadores, nivel I y II. Expediente de obra 371/05/2023, Dirección de Difusión y Promoción de la Investigación y los Estudios Avanzados, adscrita a la Secretaría de Investigación y Estudios Avanzados de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Primera edición: 27 de octubre de 2023

D.R. © Universidad Autónoma del Estado de México  
Instituto Literario núm. 100 Ote.  
C.P. 50000, Toluca, Estado de México  
[www.uaemex.mx](http://www.uaemex.mx)

ISBN 978-607-633-713-4 (impreso)  
ISBN 978-607-633-714-1 (PDF)

Ilustración de portada: *Seis doctores alrededor de una mesa* (monograma). Hans Weiditz.  
Estampa: Xilografía a fibra: 118 x 146 Firmada en una silla en la esquina superior derecha.  
En: *Grabados alemanes de la Biblioteca Nacional* (1997), Ministerio de Educación y Cultura de España, Madrid.

Imagen en solapas, página de cortesía y colofón: *Dos filósofos contemplando un eclipse*. Pierre Brebiette (1615-42). Grabado.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Autónoma del Estado de México.

El contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores.



Esta obra queda sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No comercial-Sin derivadas 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, ya que permite sólo descargar sus obras y compartirlas, siempre y cuando den crédito, pero no pueden cambiarlas de forma alguna ni usarlas de manera comercial. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>.

Hecho en México.

*A Jacobo, nuestro hijo*

*La filosofía no es una actividad agradable  
al público, ni se presta a la ostentación.  
No se funda en las palabras, sino en las obras.  
No se emplea para que transcurra el día con algún  
entretenimiento, para eliminar del ocio el fastidio:  
configura y modela el espíritu, ordena la vida,  
rige las acciones, muestra lo que se debe hacer y lo  
que se debe omitir, se sienta en el timón y a través  
de los peligros dirige el rumbo de los que vacilan.  
Sin ella nadie puede vivir sin temor, nadie con  
seguridad; innumerables sucesos acaecen cada hora  
que exigen un consejo y este hay que recabarlo de ella.*  
Séneca

*Para el hombre sabio toda la tierra está abierta,  
pues la patria de un alma buena es el mundo entero.*  
Demócrito

*Contra las enfermedades de la mente, la filosofía  
dispone de remedios; por esta razón se la considera,  
con toda justicia, la medicina de la mente.*  
Epicuro

*No embellezcas tu aspecto, sé hermoso en tus actos.*  
Quilón de Esparta

*Procura adaptarte a las máximas que estimes  
mejores y más hermosas, y no olvides que,  
si permaneces fiel observador a ellas, los mismos  
que antes se burlaban de ti te admirarán más tarde,  
pero si cedes a sus insultos, se burlarán de ti dos veces.*  
Epicteto

*Qué banales estos hombrecillos de la política que,  
según ellos, actúan como filósofos, ¡llenos de mocos!*  
Marco Aurelio

## Índice

Prólogo	
Consejos para desarrollar la conciencia moral	15
Introducción	23
Primera parte	
Sobre el pensamiento clásico para el arte de gobernar	35
El desprestigio de la política y los políticos	35
Pérdida de confianza hacia los gobernantes y necesidad de la Ética Pública	45
Fundamentos de la Ética Pública	48
Ética aplicada a la función pública	50
Grandes pensadores grecolatinos	52
Grandes pensadores latinos	64
Grandes pensadores orientales	74
Consejos éticos para un Buen Gobierno	82
El bien interno en el arte de gobernar	84
Una cultura ético-política para gobernantes y gobernados	90
Segunda parte	
Máximas y pensamientos clásicos	93
Acción	94
Adulación	97
Ambición	97

Amistad	98
Anhelo de poder	100
Anhelo de riquezas	100
Antivalores	102
Arrogancia	102
Asesores	103
Astucia	104
Autenticidad	104
Autoridad	105
Autosuficiencia	106
Avaricia	107
Benevolencia	108
Bestialidad	110
Bien actuar	112
Bien común	113
Bondad	115
Buen gobernante	119
Buen gobierno	122
Búsqueda	126
Capacidad para el cargo público	127
Cargos públicos	130
Ciudadanía	130
Cobardía	132
Codicia	133
Coherencia	135
Comunidad política	136
Confianza	138
Confusión	139

Consejos	142
Constancia	142
Constitución política	143
Control de gobernantes	145
Control de natalidad	146
Convicciones	146
Cooperación	148
Corrupción	149
Deber	151
Deliberación	152
Demagogia	153
Democracia	154
Depuración de la política	157
Desapego	158
Diligencia	159
Distractores en política (Pan y circo)	160
Dominio de sí	162
Ecuanimidad	165
Educación	169
Ejemplaridad	176
Elección	179
Equidad	181
Equidad de género	182
Esclavitud	183
Espíritu de servicio	184
Estadista	186
Estado	194
Estilos de vida	195

Estudio	197
Ética	199
Felicidad	201
Filosofía	202
Filtro para la vida política	206
Finalidad de la política	207
Formación del gobernante	209
Formas de gobierno	211
Fortaleza	213
Generosidad	214
Gobierno	215
Gobierno de la familia	216
Grandeza	218
Hipocresía	219
Honestidad / Dishonestidad	220
Honor / Dishonor	222
Humanidad	223
Humildad	225
Humor	225
Ignorancia	228
Imparcialidad	230
Imprudencia	230
Inicio y final	231
Injusticia	232
Inteligencia	233
Interiorización de la ética	233
Introspección	234
Ira	235

Justicia	237
Justo medio	241
Legisladores	243
Lenguaje	246
Leyes	247
Libertad	250
Magnanimidad	251
Mal ejemplo	252
Mal gobierno	254
Malevolencia	255
Mentira	256
Mezquindad	257
Miedo	257
Moderación	258
Necedad	260
Nepotismo	260
Oligarquía	261
Paciencia / Impaciencia	262
Pasiones	263
Paz y guerra	264
Perfil ético del servidor público	266
Perseverancia	269
Pobreza	270
Poder	271
Política	271
Politicastro	272
Principios	274
Prodigalidad	275

Prosperidad	275
Prudencia	276
Rapiña	278
Razón	280
Reciprocidad (la Regla de Oro)	281
Rendición de cuentas	281
Renovación	282
Responsabilidad	283
Retórica	284
Retos de la Ética	285
Revueltas	286
Riquezas	288
Sabiduría	289
Sabio	292
Sencillez	299
Tiempo	300
Tiranía	301
Tolerancia	302
Usurpador del cargo público	303
Valentía	304
Valores	305
Veracidad	306
Vida buena	307
Virtud	309
Reflexiones finales	315
Fuentes consultadas	319

## Prólogo

# Consejos para desarrollar la conciencia moral

*Jaime Rodríguez Alba*

*El buen consejo es el hábito que descubre los modos mejores y más conducentes de que nosotros llevemos a cabo aquellos actos buenos.*

Aristóteles

**D**iez sabios aconsejan. *Máximas clásicas para un gobierno ético* constituye un interesante ejercicio para sociedades aparentemente emancipadas de la sabiduría antigua en materia de ética. Cumple la función de rescatar, bajo el formato de máximas ordenadas alfabéticamente, la mirada penetrante de los clásicos. Aquellos que, a decir de Italo Calvino (1994), tienen múltiples razones que nos llaman a su lectura, entre otras, su capacidad de permanecer aún en presencia de realidades que les contravienen.

En cierto modo, podría señalarse que esta obra pretende aconsejar, y lo hace al modo de la literatura —conocida en la antigüedad y que tuvo gran seguimiento en la Edad Media y Moderna— denominada *espejo de príncipes*. La misma buscaba ser una formación ejemplificante para los gobernantes, guiándoles en su comportamiento público.

Si el contenido tiene que ver con “dar consejo”, ¿quién ha pedido el consejo para que se haga un libro como el presente? ¿Y por qué “para un gobierno ético”? Sobre la primera cuestión, se me ocurre, con base en las pistas que uno puede seguir de los autores, que el libro es una mediación entre un saber de lo político y lo ético propio de los pensadores del carácter y el mundo actual, de tal modo que el consejo es aquí transitivo: son los propios clásicos los que aconsejan; regalo hecho para mentes despiertas, sin duda. Dicho de otra manera, los autores del libro piden consejo a los clásicos para regalarlo a nuestros gobernantes con vistas puestas en perfeccionar su arte. Y aquí entra otra cuestión importante a tratar. Sócrates sostenía —en boca de Platón en su obra *Menón* (Platón, 2008)—, que no se tiene un saber sobre la virtud que solo los expertos puedan transmitir, sino que es un arte al alcance de cualquier ciudadano. Un saber intermedio entre la estricta ciencia y la simple opinión.

El arte de la ética presente en este libro consiste en traer máximas o sentencias de los pensadores clásicos para nutrir el diálogo del alma consigo misma que caracteriza el pensar (Arendt, 1984). Un pensar que es la única vacuna posible contra las diversas formas de corrupción del carácter y de la sociedad. El arte de gobernarse a sí mismo como condición para el arte de gobernar: la técnica política, señalan los autores siguiendo a Aristóteles, no es una técnica ajena a la ética. Con esto toman postura alejándose de una visión tecnicista y tacticista de la política —aquella que hace de la *astucia* un valor central—, al punto que, entre las voces que los autores señalan, no se apela a la astucia en el sentido que Maquiavelo diera a la misma —como facultad que permite sostenerse en el poder—, sino que complejizan el ejercicio de la astucia apelando a unas citas de Lao Tse: la astucia ayuda más al interés propio que al del Estado. ¡Imagínense qué consejo para el marketing político de nuestros días!

Muchos de los autores citados pertenecen a la tradición republicana clásica. Una concepción que pone énfasis en la necesidad de garantizar que el ejercicio siempre parcial del gobernante sea en provecho de la totalidad social. La visión contemporánea de la política —centrada en la necesidad de sostener el juego de la diversidad de intereses en vistas a construir un interés general o generalizado— es tamizada por una tradición que apeló a la noción de bien común. La diferencia es notoria: el bien común lo es porque no puede dividirse, salvo destruyéndolo como tal. En cambio, el interés general, desde una de las partes, logra conquistar el espacio público haciendo eclipsar los intereses de las demás partes. ¿Cómo reconocer el bien común? ¿Cómo construirlo, si no estuviera dado? Sospecho que justo el horizonte de los consejos, traídos desde las voces antiguas, es precisamente este. No en vano en la introducción se insiste en cómo el individualismo neoliberal ha motivado diversas conductas en los servidores públicos que, guiados por el interés particular, han arruinado los bienes públicos situándonos ante el reto de una necesidad creciente de ética.

En sintonía con esta tradición republicana, en el espíritu de las máximas por las que los autores transitan desde esas voces pasadas hacia nuestro arte de escuchar, hay que constatar el siguiente doble movimiento: por un lado, la necesidad de un perfil ético para el gobernante no solo para garantizar el cumplimiento de los deberes de la responsabilidad de Estado y del cargo, sino también por su función ejemplificante. Por otro lado, la necesidad del ejercicio de las virtudes cívicas por parte de la ciudadanía. El perfil ético para el arte de gobernar es correlativo al perfil ético para el arte de construir ciudadanía. Y aquí, una vez más, los autores, con su vindicación de los clásicos, se oponen al liberalismo moderno imperante, lo que otorga doble sentido a la selección de pensadores realizada. No se trata de nostalgia por el pasado,

sino de mirar hacia el futuro reconociendo las enseñanzas que en el pasado se daban al gobernante para construir, sostener y embellecer desde la ética los estados a su cargo. La educación del carácter —en la tradición de las éticas de la virtud que esta obra rescata— es pareja de la educación cívica. El arte de gobernar es también el arte de gobernarse. Un arte que pueden compartir en sus líneas esenciales tanto el gobernante como el ciudadano. No en vano la tradición de los clásicos puso énfasis en la construcción del carácter desde la reflexión moral, desde la capacidad de enfrentarse a los dilemas y tensiones propias de la vida fáctica humana (Arendt, 1984). Una vida sin reflexión no merece la pena ser vivida.

Sería casi imposible analizar la razón por la que los que los firmantes de la obra han seleccionado las voces que figuran en la obra. Sin duda, toda selección tiene un componente de representación del mundo, puesto que implica un filtrado —al modo como un mapa filtra los puntos significativos para orientar al que recorre el terreno—. Quisiera enfocarme en un paralelismo central en los pensamientos que aquí podrán seguirse, aquel que se da entre buen gobierno y buen gobernante. Este ha de ejercitarse en la prudencia y la justicia, así como en las demás virtudes hacia las que esta lectura orienta, para permitir elecciones felicitantes en los ciudadanos cuya finalidad es su bienestar. El gozne de la acción del gobernante no lo es todo para el buen gobierno —aquel que orienta la ley y la virtud cívica. Justo la ciudadanía es central para la estabilidad política. Y si bien en la obra irrumpen los clásicos con consejos relativos a, por ejemplo, la rendición de cuentas, la discreción, el decoro, etc., también se apela a la importancia de la sabiduría. Esta voz, junto a las anteriores (buen gobierno, buen gobernante) que son centrales en la obra, se plasma en la forma de máximas de diversos autores clásicos, orientales y occidentales.

Me parece importante resaltar la centralidad de esta referencia a la sabiduría, máxime en un mundo que, como el nuestro, apela a la información y al conocimiento técnico. Aquí está, a mi juicio, uno de los grandes aportes de esta obra: el gobierno no es una técnica, sino un arte. No es cuestión de procesar datos e información —pueden limitarse a reproducir el estado de cosas injusto actual—, sino de orientar las acciones cívicas y de gobierno hacia un estado de cosas deseable; pero el deseo adecuado surge solo del gobierno de sí para domesticar los impulsos hacia el egoísmo e intereses propios, tan naturales. Así, las máximas y pensamientos éticos aquí presentes —voces del pasado que suenan con la fuerza de la urgencia con la que han de ser escuchadas— lo son en el más puro sentido ético, aquel en el que permiten superar la conflictividad de la cultura (un mundo deseable) respecto a los instintos (una naturaleza heredada). Aun sabiendo que la cultura está naturalizada y la naturaleza culturizada, lo esencial es que el consejo es una figura reflexiva que permite al sujeto superar la habitualidad que puede dejarlo en los antivalores.

En definitiva, hemos de agradecer la generosidad de los autores de esta obra —Óscar Diego Bautista y Nuria Ferreira Mañá—. Por cierto, para un spinoziano como yo, la generosidad es una virtud de naturaleza cardinal capaz de plasmar en hábitos una actitud de compensar lo que le falta al otro con lo que uno puede desarrollar —la generosidad es vincular—; y se muestra arquitrabe central para un universo moral en el que los bienes son posibles de distribuir, incrementando la capacidad de obrar, la fortaleza y la firmeza tanto del sujeto individual, como del grupo que lo circunscribe. Generosidad doblemente meritoria respecto al trabajo que han realizado. De un lado, los autores piden el consejo a los sabios de la antigüedad, concedores de que la sencillez de su lenguaje y la profundidad de su meditación son un acervo de saber que ha de ser interiorizado; además,

ambos han hecho el ingente trabajo de agrupar cientos de sentencias de estos sabios, sus meditaciones y proposiciones, en formato de máximas, consejos, auxilios para el desorientado ser humano posmoderno.

La importancia de pedir consejo no pasa desapercibida para quienes nos dedicamos a la filosofía moral. De esta actitud inmediata a la conciencia moral humana nace la profunda reflexión ética. Una reflexión que es indispensable para acciones virtuosas, entre ellas, desarrollar y ejecutar herramientas de gestión ética para gobiernos y organizaciones. La obra *Diez sabios aconsejan. Máximas clásicas para un gobierno ético* involucra múltiples virtudes. Podríamos decir que, siguiendo la metáfora de los tres tamices como filtro en el decir, esta obra contiene joyas de la palabra. Metáfora atribuida a Sócrates, falsamente, pues en alguna de mis indagaciones he descubierto que tal atribución se debe a la mística sufí, más que a la tradición griega, al no estar dicha historia en ninguno de los relatos que recogen los decires del maestro, ni en otras fuentes, sino en textos árabes de tradición sufí. En esta metáfora se expresa que lo que sea dicho por alguien ha de pasar el filtro previo de tres tamices: el de la verdad, el de la utilidad y el de la bondad. Esta obra pasa el tamiz de la verdad por el rigor de las citas; el de la utilidad por la calidad de las enseñanzas de los clásicos; y el de la bondad por el noble fin que persiguen: erigir un buen gobierno. En efecto, como señalara Sócrates en la historia atribuida de los tres tamices, para decir algo es preciso pasar lo que se dice por estos tres tamices, de lo contrario es mejor no decir. Y aun cuando fuera verdadero, si no fuera útil, mejor callar. Y aun cuando siendo verdadero y útil, no fuera bueno, la conciencia debiera llamar a los autores al silencio y a la meditación subsiguiente.

¿Quiénes podrían ser los destinatarios de este libro? Sin lugar a duda, por cuanto se busca que el arte de gobernar conduzca al bien común, aquellos que se adentren en dicho arte

son quienes deberían interiorizar las reflexiones aquí sugeridas. Primero, porque la ejemplaridad pública (Gomá, 2009) es una pieza clave para la recomposición del tejido social y la legitimidad del gobierno. Segundo, porque el valor del ejemplo reside en su propia fuerza (Ferrara, 2008): es la plasmación empírica del deber ser; en el ejemplo, y de ahí su fuerza moral, el ser concreto es como debe ser: el deber ser se sitúa ante el plano de lo comprensible por los sentidos. Que los gobernantes se adornen con los valores y virtudes que esta obra expresa, sin duda alguna es fundamental para nuestras sociedades. El buen gobierno resulta no solo del modo como los cargos llegan al mismo, sino fundamentalmente del modo en que se ejerce el gobierno: los fines, los medios, las maneras.

Esta obra no deja atrás algo central: no existe buen gobierno si no se produce un buen ciudadano. Por lo mismo, los pensamientos aquí vertidos son también de aplicación a cualquier miembro de la ciudadanía. Los motivos son múltiples, pero baste señalar que tanto para los sabios aquí mencionados como para teóricos de la política como Arendt (Roiz Parra, 2003), la recuperación del buen juicio es ineludible para el gobierno de los espacios públicos internos. Esto es, únicamente con ciudadanos que se gobiernan a sí mismos —sus emociones, sus principios y valores— y que no se dejan arrastrar por cantos de sirena, es posible que la relación de gobierno adquiera su plenitud.

Me permito finalizar con un reconocimiento a los autores. He sostenido que esta obra forma parte de la reflexión moral en su inmediatez, aun señalando la generosidad del trabajo realizado: pedir a los sabios antiguos el consejo para entregárnoslo a los lectores. Muchos sospecharán que entre el pedido y la entrega hay sin duda la mediación del propio juicio de los autores. Por supuesto que esto es así; pero frente a toda pretensión de parcialidad, he de reconocer que las voces seleccionadas, el sentido de estas, las palabras convocadas

**Diez sabios aconsejan**  
Máximas clásicas para un gobierno ético

a permear en la cóncava cavidad de la conciencia son de enorme profundidad. En este sentido, la obra, además de convocar el consejo, expresa una profunda meditación ética sobre los temas que apremian a nuestra humanidad. Para que ustedes mismos sean testigos, les dejo ya, amables lectores, entre las palabras de los autores que, en su introducción inicial, nos deparan temas de central interés.

## Introducción

**E**l juego de la política ha cambiado desde sus orígenes: ¿evolución o corrupción? Es un hecho que las reglas de este juego se han adulterado. En la cultura occidental fueron los filósofos y sabios de la Grecia clásica los primeros que hablaron y escribieron sobre el arte de gobernar en sus tratados de teoría política. Aristóteles sistematizó en su obra *Política* una clasificación de las formas de gobierno: realeza, aristocracia, república, tiranía, oligarquía y democracia, estableciendo una segunda clasificación: los gobiernos puros e impuros, justos e injustos, buenos y malos. Asimismo, señaló los principios y características que distinguen cada una de las formas de gobierno. De igual manera, estas formas de gobierno se pueden encontrar de forma pura (democracia, oligarquía) o de forma combinada (monarquía democrática, oligarquía democrática).

Aunado a las virtudes y vicios que pueden tener las diversas formas de gobierno, la teoría política remarcó las cualidades con las que debía contar todo aquel que aspirara a participar en política. Uno de los fines de la política consistía en formar ciudadanos virtuosos: aquellos individuos que tenían sentido de pertenencia, espíritu por servir y compromiso hacia la comunidad. El ciudadano virtuoso se asocia a una participación en su comunidad que gira en torno al Bien Común.

La frase “Zoon Politikon” de Aristóteles va en este sentido, en reconocer que somos animales sociales y que nos necesitamos unos a otros para subsistir en comunidad. Al respecto, el filósofo Marco Aurelio, en su obra *Meditaciones*, escribió lo siguiente: “Hemos nacido para una tarea común, como los pies, como las manos, como los párpados, como las hileras de dientes superiores e inferiores. De modo que obrar unos contra los otros va contra la naturaleza, y es obrar negativamente enojarse y volverse de espaldas” (*Meditaciones*, 2003, *Libro II*, 1).

La teoría política clásica enseña que existe una estrecha vinculación entre ética y política. La ética forma y educa a los futuros gobernantes. En las antiguas civilizaciones existía la preocupación por la formación de quienes aspiraban a ocupar los cargos públicos, por lo que existían preceptos y códigos de gobierno en los que se plasmaban los valores que guiaban la conducta de los gobernantes. Desde entonces, ya existían personas dedicadas a la enseñanza, reflexión y deliberación de valores para el arte de gobernar. Por otro lado, la ética también enseña que para participar en política el aspirante a gobernar requiere estar adecuadamente preparado, en virtud de que dirigir los destinos de una comunidad no es fácil, como erróneamente se cree; por el contrario, implica una gran preparación, incluso una preparación desde la infancia y ligada a toda la vida, como señala Edmund Burke, filósofo y político del siglo XVIII: “La ciencia del Gobierno,

que es práctica en sí y dirige a tales propósitos prácticos, es materia que exige experiencia e incluso más experiencia de la que puede alcanzar en toda su vida una persona, por sagaz y observadora que sea, porque el gobierno es un instrumento del ingenio humano para la satisfacción de necesidades humanas” (Burke, 1996, 22-23).

Finalmente, la teoría política clásica transmite que los conocimientos políticos buscan el *bien común*. Un servidor público con ética debe tener plena conciencia de que su comportamiento se traduce en actos concretos orientados al beneficio de la comunidad política. Cuando no se procede así, sino al contrario, es decir, cuando las actividades se orientan al beneficio particular o a un grupo de individuos, nos hallamos ante la presencia de un mal gobierno o gobierno corrupto.

Contrario a las enseñanzas (la ética vinculada a la política, la importancia de la preparación para aspirar a los cargos públicos, así como la búsqueda del bien común) que nos dejaron los clásicos de la política hace más de dos mil años, en la política contemporánea aún se practica *política de ignorancia*; esto significa que la ética está disociada de la política y que los gobernantes carecen de formación en general y de formación ética en particular para acceder a los cargos públicos. En países del tercer mundo existen representantes públicos que no cuentan con estudios profesionales, ni siquiera básicos; en pleno siglo XXI los hay que no saben leer ni escribir.

Bajo este contexto, no es de extrañar que en el seno de los gobiernos y Administraciones Públicas se dé pie a una problemática que, además de histórica, es global: la corrupción en sus múltiples formas. Dicha problemática conlleva el descrédito de los gobiernos, así como la desconfianza de la ciudadanía hacia sus representantes públicos.

En las democracias del siglo XXI existe una ausencia, deliberada o no, de cultura ético-política en la formación de los políticos. Esta situación puede variar dependiendo de si

se analizan países que se consideran desarrollados o en vías de desarrollo.

Cuando existen formas de actuación como soborno, extorsión, desviación de recursos, nepotismo, tráfico de influencias, conflicto de interés o patrimonialización de lo público por parte de servidores públicos, es posible afirmar que se opera bajo un denominador común que es la corrupción. Esto sucede porque quienes conducen la política y las instituciones públicas se han desviado del propósito para el que estas fueron creadas.

El fenómeno de la corrupción en las instituciones públicas no es un hecho aislado, está ligado en red a los espacios de la política, la economía, lo social y lo cultural. Los múltiples casos de corrupción desde las últimas décadas del siglo xx, no solo en el ámbito público, sino también en el ámbito privado y en el social demuestran que se ha arribado a la globalización de la corrupción.

A principios del nuevo milenio, en el informe del Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD), se dijo que en ninguna época de la historia de la humanidad hubo tanta corrupción como en la presente. Veinte años después, el problema de la corrupción continúa *in crescendo*. En la inauguración del debate anual de la Asamblea de las Naciones Unidas (septiembre de 2021), el Secretario General, António Guterres, declaró lo siguiente:

Estoy aquí para hacer sonar la alarma. El mundo tiene que despertarse. Estamos al borde del abismo y actuando en el sentido equivocado. El mundo nunca ha estado tan amenazado. Enfrentamos la cascada de crisis más grande de nuestras vidas: cambio climático, pandemia global, amenaza a la paz, a los derechos humanos, incremento de desconfianza, incremento de la corrupción... (Brooks, 2021, 27).

El titular de la ONU hace un llamado a la comunidad internacional debido a que los grandes problemas mundiales se entretajan por un conector común: la corrupción. De ahí el exhorto para hacerle frente.

Es significativo el hecho de que hoy en día no existan figuras que enseñen valores éticos a los servidores públicos, como sí existían antaño. Un ejemplo fue Marco Fabio Quintiliano (35 - 95 d. C.), retórico y pedagogo romano; fue el primer Maestro de Retórica y Ética pagado por el Estado. Entre sus alumnos se encontraba el que sería el emperador Adriano. Mucho antes, Confucio (551 a. C. - 479 a. C.) dedicó su vida a formar en ética a funcionarios, dejando un gran legado en valores y conocimientos. Aunque es parte de la historia antigua, sus enseñanzas siguen vivas. En la actualidad, hay millones que practican su filosofía; el Nobel de Economía, Amartya Sen, sostiene que el desarrollo de los países “tigres” asiáticos se debe en gran parte a los valores que dejó Confucio.

En los gobiernos y Administraciones Públicas actuales, ¿qué es lo que impulsa al personal de servicio público para que actúe de manera corrupta? ¿Por qué se corrompen los servidores públicos? ¿Cómo llegamos hasta aquí? Sin duda, hay muchas preguntas.

Algunas posibles respuestas se encuentran en diversos trabajos de Óscar Diego que forman parte de la Colección *Cuadernos de Ética para los servidores públicos*, así como de la Colección *Cuadernos para prevenir y controlar la corrupción*. En esta última, en particular, en los números 6: *Perfil ético en la profesionalización de los servidores públicos* (2018), y 9: *Ética y reeducación para la madurez ciudadana* (2019). Igualmente ofrece información al respecto la obra *Ética para gobernar. Lecciones básicas para un gobierno justo* (2013), del mismo autor, publicada por el Senado de la República. Por ello, no es de extrañar que en la presente obra se hayan retomado algunas ideas desarrolladas en las publicaciones mencionadas.

Max Weber pone énfasis en una de las causas de la corrupción: el amor por el dinero debido al espíritu del capitalismo.

Weber denomina “espíritu del capitalismo” o “espíritu capitalista” a la mentalidad o actitud que aspira sistemática y profesionalmente al lucro por el lucro mismo (...) El “espíritu” es, por tanto, una actitud, un *habitus*, es decir, una disposición psíquica del individuo que se manifiesta en sus pautas de comportamiento, en los criterios con los que organiza su vida. (...) El “espíritu capitalista”, en concreto, es esa actitud o mentalidad respecto a la actividad económica caracterizada por aspirar a ganar dinero como un fin en sí mismo. (Abellán, 2003, 17-18).

El dinero pasa de ser un medio para obtener una vida digna a convertirse en el principal instrumento para participar en la sociedad. Este elemento se ha tornado en objeto anhelado desde los cargos públicos por una ingente cantidad de personas; de ahí que se produzca un giro o cambio de paradigma en la filosofía del servidor público, al pasar del bien común al enriquecimiento personal. Lo que importa en las nuevas generaciones de servidores públicos no es el bien a la sociedad, sino cómo enriquecerse desde el servicio público. Para ello, propician desorbitados aumentos de sueldos, comercializan servicios públicos que antes eran gratuitos, hacen negocios desde el servicio público, desvían fondos, ejercen tráfico de influencias, etcétera.

Conviene recordar que la profesión de servicio público no equivale a tener un negocio privado y obtener de él grandes ganancias. No obstante, los teóricos de la Nueva Gerencia Pública, la cual toma sus preceptos de la filosofía empresarial, cuestionan por qué un individuo no puede enriquecerse desde el sector público. Una respuesta inmediata afirma que un servidor público no puede enriquecerse desde

el cargo porque los recursos que maneja no son propios, sino de naturaleza pública, es decir, son resultado de los impuestos que pagan los ciudadanos y en los que las familias depositan su confianza.

Hay que reiterar que los cargos públicos existen con el objeto de asumir responsabilidades y tareas que contribuyan a resolver las demandas ciudadanas. Los diversos individuos que se enriquecen desde el sector público han faltado a su misión, a la razón de ser de su puesto.

He aquí una diferencia sustancial entre el sector público y el privado: el objetivo. La empresa privada, en su naturaleza, es creada para hacer negocio y obtener dinero, ganancia, rendimiento o plusvalía, mientras que el objetivo del servicio público es el bien común.

Otro efecto negativo cuando la ética se ausenta de la política es la frivolidad con la que se conducen los gobernantes. En 2011, en Haití, Michel Martelly, conocido como “Sweet Micky”, adorado en los barrios de Puerto Príncipe por sus bailes y sus excentricidades, fue elegido presidente del país. Asimismo, en 2010, en México, Gregorio Sánchez (“Greg”) alcanzó fama como cantante de música cristiana y de ahí pasó a la política. Fue alcalde de Cancún (2008-2011) y aspirante a Gobernador del estado de Quintana Roo. También en México, en 2015, Cuauhtémoc Blanco, futbolista del club América, pasó a ser alcalde de Cuernavaca a propuesta del Partido Social Demócrata (PSD). Más tarde se supo que para ser postulado como alcalde había cobrado siete millones de pesos. Este personaje, del que en la jerga popular se decía que “gobernaba con las patas”, pasó a ser candidato por el Partido Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) para la gobernatura del estado de Morelos, la cual obtuvo en el periodo 2018-2024. Su gobierno se ha acompañado de situaciones polémicas, como la de una foto en la que posa con narcotraficantes de los carteles Jalisco Nueva Generación, Guerreros Unidos y Comando Tlahuica.

Hasta aquí solo algunos ejemplos de cómo el arte de la política se ha corrompido; aquellos a los que originalmente se denominaba políticos son ahora politicastros. Esta palabra, de uso despectivo, se refiere a aquellas personas incapaces, incompetentes e ineptas que, al ocupar un cargo público, obran con fines turbios, incluso perversos. En suma, un corrupto sin escrúpulos en el cargo.

Bajo este contexto de confusión, desconfianza y política de ignorancia de tantos gobernantes, nace la obra *Diez sabios aconsejan. Máximas clásicas para un gobierno ético*. Este trabajo aspira a combatir esa política de ignorancia que opera en la actualidad, rescatando el deber ser de la política, acudiendo a argumentos y razonamientos que nos legaron los grandes pensadores de la antigüedad. El trabajo muestra los fundamentos ético-políticos que señalan la razón de ser de la política en su sentido original. Algunos propósitos que se persiguen con esta obra son los siguientes: a) refrescar a estudiosos y a actores de la política contemporánea los fines originales de esta disciplina, así como las reglas originales del juego, b) colaborar en la restauración del bien interno o espíritu de servicio de gobernantes y funcionarios, c) destacar la necesidad de un perfil ético en cada uno de los miembros del personal de servicio público.

Sacando esta obra a la luz, se contribuye a la construcción de un dique a la corrupción mediante la prevención de las prácticas corruptas. Su contenido presenta una selección de conceptos, frases y máximas para el arte de gobernar procedentes de la crema y nata del pensamiento clásico occidental y oriental; un corpus de consejos prácticos que no han envejecido un ápice desde el siglo v a. C.

Este proyecto nació de las lecturas de los escritos de los pensadores clásicos de la ética, la política y la filosofía. Posteriormente, se llevó a cabo una selección de textos contundentes que invitan a la reflexión, al desarrollo de la conciencia y

a la actuación positiva en el arte de gobernar. Dicha selección tiene la intención de llegar a todo tipo de servidor público (políticos, funcionarios, legisladores), con el fin de recordarles la esencia de la política y la importancia de actuar correctamente. Se pretende que las máximas seleccionadas despierten interés en los destinatarios hasta lograr generar conciencia sobre la importancia de los valores de servicio público: honestidad, justicia, honor, veracidad, prudencia o lealtad.

Cuando existe una adecuada comprensión y asimilación de valores éticos, y estos son llevados a la práctica, se cumple la máxima aristotélica “No se estudia ética para saber qué es la virtud, sino para ser virtuoso”.

Este trabajo se divide en dos partes: en la primera se exponen los fundamentos del arte de gobernar extraídos de la filosofía, la ética y la política; la segunda parte muestra diversos conceptos, frases y máximas para el arte de gobernar de diez filósofos y sabios de la antigüedad: Hesíodo, Platón, Aristóteles, Plutarco, Cicerón, Séneca, Epicteto, Marco Aurelio, Confucio y Lao Tse. Todos ellos fueron hombres con una gran claridad de pensamiento, de ahí que sus palabras encierren un profundo conocimiento.

En un ejercicio de imaginación, se invita al lector a visualizar a este grupo de sabios reunidos alrededor nuestro, ofreciendo consejos a los políticos contemporáneos. Imaginémosles ejerciendo como asesores de quienes ostentan el poder en la actualidad. He aquí la idea que da origen al título del libro: *Diez sabios aconsejan. Máximas clásicas para un gobierno ético*.

Con la lectura de las máximas seleccionadas, se va comprendiendo mejor el sentido de la política, el papel que tienen los responsables de la misma, la importancia de contar con un perfil ético, los valores y principios que guían el actuar del personal de servicio público en busca del bien común.

Amistad, autoridad, gobernante, buen gobierno, capacidad para el cargo, confianza, dignidad, honor, dominio de sí, imparcialidad, impecabilidad, justicia, prudencia, libertad, veracidad son algunos de los temas sobre los que estos autores reflexionaron y nos legaron enseñanzas. En los escritos seleccionados se muestran anécdotas, dilemas, consejos, en definitiva, un cúmulo de sabiduría para formar a los interesados en el arte de gobernar.

Es necesario señalar que no es intención de este trabajo ahondar en la biografía de los autores elegidos; existen eruditos que han dedicado su vida a cada uno de estos personajes y a sus obras. De lo que se trata es de disfrutar, comprender, retomar el pensamiento ético-político de estos sabios clásicos a través de sus escritos, y posteriormente, practicar dicho pensamiento para el bien de la comunidad política.

En la recopilación de la información se han manejado diversas ediciones de las obras. Las ediciones especializadas en textos antiguos numeran cada línea del escrito; otras ediciones más sencillas o divulgativas omiten el enumerado de cada línea. Para este trabajo se han consultado ambos tipos de ediciones. Esta es la razón por la que en la fuente de algunas citas de ediciones más antiguas se indica autor, texto y numeración de las líneas en las que se encuentra dicha cita; estos datos van en paréntesis, por ejemplo: (Aristóteles, *Política*, 1271 a, 10-12). En las ediciones contemporáneas se utiliza el estilo APA para citas, el cual especifica el nombre del autor, el año de la obra y la página en la que se encuentra la cita, por ejemplo: (Aristóteles, 1981, 190). En esta obra también se han utilizado materiales de colecciones, las cuales contienen varios números; en ese caso, además de poner el apellido del autor seguida del año, se coloca el número de tomo y la página, por ejemplo: (Diego, 2017, T6, 21).

Cada frase, leída detenidamente y en calma, además de proporcionar gozo intelectual, puede generar en el lector una

apertura mental que le permita desarrollar conciencia para resolver los mil y un dilemas que hacen su aparición en el arte de gobernar. Se sugiere, por tanto, tomarse tiempo para profundizar y comprender lo que los antiguos pensadores quisieron manifestar. Una adecuada lectura propicia la entrada al pensamiento del autor y a entablar un diálogo con él.

En la selección de citas para esta obra existen cuatro ejes: 1) la mejora personal, 2) la mejora institucional, 3) la vinculación de los gobernantes con la ciudadanía y 4) las relaciones institucionales. Sin embargo, al mostrar tantas citas y darle un título a cada una, se optó por presentar los temas como si de un glosario se tratara, es decir, de forma alfabética, de manera que aquel lector que necesite algún consejo para un tema específico pueda trasladarse directamente al concepto correspondiente, el cual va seguido de la fuente de donde se extrajo, por si se quisiera ahondar en el tema.

Un proverbio de Confucio expresa que “así como el escultor talla la piedra y el carpintero talla la madera, el hombre sabio se talla a sí mismo”. Tratemos de tallarnos a nosotros mismos mediante la lectura de estas máximas y reflexiones, dejando atrás vicios y pasiones, e incorporando valores y virtudes que conduzcan al anhelado bien común o bien de la comunidad política.



Primera parte

Sobre el pensamiento clásico  
para el arte de gobernar

**El desprestigio de la política y los políticos**

**E**l lenguaje es la fuente de toda comunicación. La claridad de conceptos e ideas son clave para el buen entendimiento entre interlocutores. Emitir las palabras adecuadas en cada situación es esencial para compartir una misma conceptualización; cuando esto no es así, comienzan los malentendidos.

La historia demuestra que tanto los pensadores como los grandes líderes han hecho uso del poder de la palabra para formar, educar, transformar o guiar, pero también para seducir, manipular, engañar y dominar. Al respecto, el premio Nobel mexicano, Octavio Paz, expresó lo siguiente:

La historia del hombre podría reducirse a la de las relaciones entre las palabras y el pensamiento. Todo periodo de crisis se inicia o coincide con una crítica al lenguaje (...) Cosas y palabras se desangran por la misma herida. Se olvida con frecuencia que, como todas las otras creaciones humanas, los imperios y los Estados están hechos de

palabras. En el libro XIII de los *Anales*, Tzu-Lu pregunta a Confucio: “Si el Duque de Wei te llamase para administrar su país, ¿cuál sería tu primera medida? El maestro dijo: La reforma del lenguaje” (Paz, 2010, 29).

El profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Edmundo González Llaca, sostiene que “La palabra nace con el poder. La palabra es poder” (González, 1979, 9). Posteriormente, el mismo profesor evoca la solicitud que un consejero hizo a la reina Isabel para hacer un diccionario del español destinado a los aborígenes de los territorios recién conquistados: “Como tal petición le pareciera a la reina inútil y sofisticada, se negó a aceptarla, hasta que el hábil asesor le apuntó: *No olvide, su Majestad, que el imperio se inicia con la palabra*” (González Llaca, 1979, 12).

Sin embargo, la palabra no solo representa política y dominación, también conlleva educación y formación. Las palabras forman y transforman a la sociedad, para bien o para mal, según sea su uso. Si educan en valores y principios que no dañen a otros ni a uno mismo, servirán para desarrollar conductas sanas que darán paso a una sociedad justa y armónica. En sentido contrario, si lo que se exalta son vicios y antivalores acompañados de conductas bestiales y prácticas deshonestas, lo que se obtendrá serán sociedades corruptas, perversas e injustas en las que reinará la desconfianza, el odio y se carecerá de armonía.

Volviendo a Octavio Paz, este decía que “No sabemos en dónde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro” (Paz, 2010, 29). Así, la corrupción de la conducta de los seres humanos se inicia por la palabra. La corrupción de las palabras es la fuente de toda corrupción. Cuando las palabras se corrompen, los seres humanos también se corrompen.

Bajo este contexto, los vocablos *política* y *políticos* son conceptos que han cambiado su significado original al irse corrompiendo con el tiempo, perdiendo con ello su esencia. En general, cuando a la ciudadanía se le pregunta qué opina de la *política*, las respuestas suelen ser despectivas hacia esta disciplina: “Es lo peor”, “Es algo sucio”, “Es un lugar para corruptos”. Algo similar sucede cuando se le pregunta qué opina de los *políticos*; los calificativos proporcionados son los de malévolos, mentirosos, demagogos, sucios, traidores y corruptos.

¿Cómo llegaron estos conceptos a tener connotaciones tan negativas cuando en su origen no era así? La *política* es una invención humana para beneficio de la ciudadanía. Es una disciplina del conocimiento que estudia las formas de autoridad para conocer cuál es la mejor para gobernar una comunidad, ciudad, país o Estado conforme a su naturaleza, características, costumbres y tradiciones. Por su parte, el *político*, en su sentido original, es el actor o protagonista educado, íntegro y responsable que llevará a la práctica los fines de la política, actividad no para cualquiera, pues requiere de un perfil básico que incluye capacidad para el cargo, lealtad a la constitución, así como virtud y sentido de justicia.

Al respecto, Cicerón se pronunció de la siguiente manera:

Aquellos a quienes la naturaleza concedió aptitudes y medios para gobernar (...) a estos hombres de Estado les son tan necesarios, y posiblemente más que a los filósofos, la fortaleza y el desprecio de los bienes exteriores, así como la tranquilidad de espíritu y un ánimo sereno y no agitado de preocupaciones, puesto que no han de estar ansiosos por el futuro y han de vivir con gravedad y firmeza (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 72).

El mismo autor sintetizaba el conjunto de cualidades éticas en el concepto *decorum*.

El concepto de esta palabra es tal que no puede separarse de lo honesto, porque lo que es decente es honesto, y lo que es honesto es decente. Todo lo decoroso aparece cuando le ha precedido la honestidad. Todas las cosas que se hacen con justicia son decorosas y las que se hacen con injusticia son indecorosas (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 94).

La teoría política clásica enseña que un político es un verdadero servidor público que vive *por* y *para* la comunidad política. Antaño se decía que las personas idóneas para gobernar debían poseer el *bien interno* o *espíritu de servicio*. Dicho espíritu de servicio era resultado de una formación autodidacta o bien de la tutoría de un maestro encargado de formar al futuro gobernante; esto ocurría con sabios de la Grecia clásica, como Aristóteles que fue maestro de Alejandro Magno, o pedagogos, como el mencionado Marco Fabio Quintiliano.

Para acompañar la formación se crearon códigos éticos en los que se plasmaban los valores que debían poseer los gobernantes. Para la comprensión e interiorización de los valores, existían preceptores, maestros, pedagogos que educaban y enseñaban sobre el arte de gobernar. Y para que la formación fuera completa, adecuada y sólida, se educaba desde la más tierna edad. También existían máximas, frases cortas que encerraban un consejo moral, así como preceptos que exhortaban a actuar de forma ética. Los preceptos más famosos que han trascendido desde el mundo antiguo son los inscritos en el pronaos o pórtico del templo del dios Apolo en Delfos. Son ciento cuarenta y siete preceptos délficos o máximas, las cuales se atribuyen a los siete sabios de la antigüedad: Tales de Mileto, Pítaco de Mítilene, Sólon de Atenas, Bías de Priene,

Cleóbulo de Lindos, Periandro de Corinto y Quilón de Esparta. En el siguiente cuadro se muestran algunos de estos preceptos que han llegado hasta nuestros días.

---

**Preceptos o máximas de Delfos**

---

- |  |  |
|--|--|
| 1. Obedece al Dios                         | 36. Obra de acuerdo con tu conciencia            |
| 2. Obedece a las leyes                     | 37. No mates                                     |
| 3. Respeta a los dioses                    | 38. Ten trato con los sabios                     |
| 4. Respeta a tus padres                    | 39. Examina tu carácter                          |
| 5. Sométete a la justicia                  | 40. No mires a nadie con desconfianza            |
| 6. Aprende a aprender                      | 41. Haz uso del arte                             |
| 7. Reflexiona sobre lo que hayas escuchado | 42. Honra la buena conducta                      |
| 8. Conócete a ti mismo                     | 43. No envidies a nadie                          |
| 9. Honra tu casa                           | 44. Alaba la esperanza                           |
| 10. Manda sobre ti mismo                   | 45. Aborrece la calumnia                         |
| 11. Ayuda a tus amigos                     | 46. Obtén las cosas justamente                   |
| 12. Domina tu carácter                     | 47. Honra a los buenos                           |
| 13. No te sirvas de los juramentos         | 48. Ten sentimientos de pudor                    |
| 14. Ama la amistad                         | 49. Desea la felicidad                           |
| 15. Persevera en tu educación              | 50. Trabaja por lo que es digno de ser adquirido |
| 16. Busca la sabiduría                     | 51. Odia la discordia                            |
| 17. No censures                            | 52. Aborrece la injuria                          |
| 18. Ensalza la virtud                      | 53. Habla cuando sepas                           |
| 19. Actúa de modo justo                    | 54. Renuncia a la violencia                      |
| 20. Sé benévolo con tus amigos             | 55. Muestra benevolencia con todo el mundo       |
| 21. Aparta a tus enemigos                  | 56. Domina tu lengua                             |
| 22. Ejercita la nobleza                    | 57. Hazte el bien a ti mismo                     |
| 23. Aléjate del mal                        | 58. Sé amable con todos                          |
| 24. Aprende a ser bien hablado             | 59. Responde en el momento oportuno              |
| 25. Escúchalo todo                         | 60. Esfuérzate más allá de lo necesario          |
| 26. Nada en demasía                        | 61. Actúa sin arrepentimiento                    |
| 27. No pierdas el tiempo                   | 62. Arrepiéntete cuando te equivoques            |
| 28. Aborrece la arrogancia                 | 63. Domina tu mirada                             |
| 29. Respeta a los suplicantes              | 64. Piensa en lo útil                            |
| 30. Educa a tus hijos                      | 65. Conserva la amistad                          |
| 31. Sé generoso cuando tengas              | 66. Sé agradecido                                |
| 32. Cuidate del engaño                     | 67. Busca la concordia                           |
| 33. Habla bien a todos                     | 68. No digas lo indecible                        |
| 34. Hazte amante del saber                 | 69. Aniquila el odio                             |
| 35. Estima lo sagrado                      | 70. Acepta la vejez                              |
-

## Diez sabios aconsejan

Máximas clásicas para un gobierno ético

---

71. No alardees de tu fuerza	80. Enseña a los más jóvenes
72. Ejercita una buena reputación	81. Distánciate de la riqueza
73. Evita el resentimiento	82. Respétate a ti mismo
74. Enriqueécete de manera honrada	83. No seas dominado por la arrogancia
75. Aborrece el mal	84. Corona a tus antepasados
76. No te canses de aprender	85. Muere por tu patria
77. Ama a quienes te alimentan	86. No te burles de los muertos
78. No combatas contra aquel que está ausente	87. Siente compasión por los desgraciados
79. Respeta al anciano	88. No confíes en la suerte
	89. Muere exento de sufrimiento

---

*Fuente: Vallejo (2011)*

Cada máxima o precepto conlleva un tipo de conducta ética y convoca a los individuos a comprenderla, poseerla y ejercitarla. En la actualidad, la disciplina de conocimiento que estudia, forma y guía la conducta de las personas es la Ética. Cuando esta disciplina se enfoca en la conducta de los servidores públicos, estamos ante la Ética Pública. La ética es esencial cuando se usa adecuadamente, es un poderoso instrumento en la prevención de la corrupción, es la antítesis de la corrupción.

Precisamente, una causa del desprestigio de la actividad política y de los políticos es que se descuidó el conocimiento ético en la formación de gobernantes y gobernados. A lo largo de la historia, muchos personajes que han llegado al poder, al carecer de un perfil ético idóneo para el cargo, así como de un espíritu de servicio, hacen un uso indebido de aquel, cegados por los privilegios que otorga estar en el poder.

La teoría política clásica también señala que aquellos individuos que actúan de manera deshonesta en los cargos públicos no son realmente políticos en el sentido original del término, sino usurpadores del cargo, como se mencionó, politicastos: personas improvisadas y sin capacidad, marrulleras, incompetentes, demagogas, irresponsables, oportunistas, en definitiva, sujetos carentes de ética. Personas en cuya conducta

imperera el anhelo de poder, siendo su eje de actuación la corrupción en sus múltiples facetas. El Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) define al politicastro como alguien “inhábil, rastrero, mal intencionado, que actúa con fines y medios turbios” (Real Academia Española, s.f., Politicastro). Una vez aclarado este concepto, se puede afirmar que muchas personas que en las democracias contemporáneas se dicen políticos son en realidad politicastros. He aquí una causa que explica el incremento de la corrupción en el mundo de la política.

Ya los pensadores de las antiguas civilizaciones advertían sobre los riesgos y las consecuencias de que personas sin ética llegaran a los cargos públicos. “Incitados por el placer, y al no ser capaces de dominar sus impulsos, los gobernantes obran mal”, escribió Aristóteles (1981, 49). Para gobernar bien se requiere de personas con capacidad, experiencia, espíritu por servir, así como sentido de pertenencia. Seres que comprendan que “el deber está por encima del poder”, señaló Victoria Camps (1985, 83).

Aristóteles, en su obra *Política*, señaló que quien aspira a tener autoridad debe poseer un conjunto de cualidades o valores éticos, porque dar poder a alguien sin control ético sería algo irresponsable. Una persona sin ética y con poder no mide el alcance de sus actos y puede llegar a cometer acciones irracionales o bestiales.<sup>1</sup>

Los politicastros no son personas que precisamente busquen la virtud o amen el conocimiento; tampoco gobiernan con miras al bien común, como exhortaban los pensadores clásicos. “Quien sigue la virtud, se une a la virtud. Quien sigue el defecto, se une al defecto”, escribió Lao Tse (1979, xxiii). Los

---

<sup>1</sup> En el libro *Política* de Aristóteles se califica de bestialidades aquellos actos perversos o irracionales que realizan personas en el poder.

politicastros son individuos mediocres, faltos de preparación. Muestra de ello son las múltiples pifias que cometen en el ejercicio del cargo y que los ponen en evidencia. Para muestra, dos ejemplos sucedidos en México: 1) El 3 de diciembre de 2011, el candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI) a la Presidencia de la República, Enrique Peña Nieto, acudió a la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara, Jalisco, con el fin de presentar un libro de su autoría titulado *México, la gran esperanza: un estado eficaz para una democracia de resultados*. En la rueda de prensa, un reportero le pidió que señalara tres libros que hubieran marcado su vida. Sin que pudiera nombrar tres títulos completos, respondió titubeante que la Biblia, pero de inmediato señaló que “no toda, solo algunos pasajes” (Ajenjo, 2016); el segundo libro que mencionó fue *La silla del águila*, atribuyendo su autoría a Enrique Krauze, cuando el autor es Carlos Fuentes. Al intentar decir un tercero, dijo que le había gustado “ese de los caudillos” (Ajenjo, 2016), sin poder recordar el título que es *Siglo de Caudillos*, ni quien era su autor; 2) El 8 de septiembre de 2020, el exfutbolista del Club América y gobernador del Estado de Morelos, Cuauhtémoc Blanco, hablando ante los medios de comunicación para dar a conocer una noticia sobre el crimen organizado, señaló que en su administración se habían capturado a siete de los diez personajes más peligrosos de la entidad. Sin embargo, el vocabulario y las matemáticas comenzaron a fallarle cuando dijo: “Nadien (*sic*), ninguna administración había agarrado a siete personajes de los diez más buscados, ya solo nos faltan cuatro” (NoticiaMx, 2020).

A muchos politicastros les encanta aparecer bajo los reflectores, ser protagonistas en los medios de comunicación. Gracias a su comportamiento, hacen de la política un espectáculo, por lo que las meteduras de pata que los ridiculizan, en lugar de afectarles, los vuelven más populares. Son personajes desvergonzados, cínicos y demagogos.

La corrupción de la política ha convertido esta disciplina en un show en el que los protagonistas actúan como payasos; son maestros del entretenimiento, cuentan chistes, cantan, bailan, divierten a la gente con tal de obtener el poder. Estas conductas restan seriedad a la política, “ciencia reina” que decide el destino no solo de miles, sino de millones de vidas.

Uno de los primeros *showman* de la política fue Ronald Reagan, expresidente de los Estados Unidos y actor profesional de Hollywood, quien, al incorporarse a la vida pública, puso en marcha una serie de instrumentos tomados del mundo del espectáculo. Desde entonces se tienen muy en cuenta elementos visuales y emocionales para las campañas políticas. En un mundo mediático, las imágenes de los candidatos han sustituido a las ideas. De ahí que se ponga énfasis en el corte de pelo, la manera de vestir, los complementos (lentes, reloj, bolso, etc.). Los gestos de la cara, las manos, la manera de ponerse en pie, así como de caminar se han vuelto esenciales.

La elección del político se apoya en la publicidad y en el marketing más que en un programa de gobierno o en la trayectoria limpia del candidato; los estadistas de antaño han sido reemplazados por los famosos. “El proceso electoral es un melodrama de sentimientos. A ello hay que añadir los demagógicos *spots* televisivos de la campaña electoral, de impresionante falta de nivel objetivo y moral, que tratan por todos los medios de liquidar al adversario” (Kung, 1997, 121).

Esta forma de hacer política es similar a la manifestada en el mercado; cuando se lanza un producto, con tal de venderlo, se engaña al consumidor, dotando a la mercancía de atribuciones que no tiene, es decir, empleando publicidad engañosa. Así, las campañas venden imágenes, no contenidos. Se acabó la era en la que los gobernantes eran los mejores. Hoy gobiernan los maestros del espectáculo.

La historia de los sistemas políticos demuestra que los politicastros no solo han persistido, sino también proliferado en las democracias contemporáneas, siendo protagonistas claves para el desarrollo de la corrupción en los gobiernos y administraciones públicas en múltiples países. Con su actuación golpean y dañan al Estado. Al respecto, Platón escribió lo que se detalla:

Cuando los pordioseros y necesitados de bienes privados marchan sobre los asuntos públicos, convencidos de que allí han de apoderarse del bien; cuando el gobierno se convierte en objeto de disputas, semejante guerra doméstica e intestina acaba con ellos y con el resto del Estado (Platón, *La República*, 521 a).

El ejemplo por excelencia derivado de conductas cometidas por politicastros en el servicio público es la corrupción, problema que se ha expandido por el mundo, independientemente de si el país es desarrollado o en vías de desarrollo. Existe un aumento de la corrupción en los diferentes gobiernos y Administraciones Públicas, el cual se demuestra consultando los informes que reportan organismos como Transparencia Internacional (TI), la Oficina de Lucha Contra el Fraude (OLAF) de la Unión Europea, así como áreas pertenecientes a instituciones internacionales de las Naciones Unidas (ONU) y de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE). Uno de los efectos nocivos de la corrupción es que los ciudadanos comenzaron a perder la confianza en sus representantes de gobierno.

En los inicios del siglo XXI, el servicio público en democracias no consolidadas como México, Argentina y demás países en vías de desarrollo carece de una estructura sistematizada para el ingreso de personal. En dichos países está ausente el servicio civil de carrera, tampoco hay una profesionalización del servidor público. El *Spoil System* o sistema de botín es la

forma en general de operar, por lo que se permite el acceso a los cargos públicos a personas sin una formación o experiencia en el cargo a desempeñar. A los distintos puestos (algunos de alta jerarquía) arriban incluso individuos que realizan actividades ajenas a la función pública: boxeadores, futbolistas, actores y actrices, cantantes, líderes de sindicatos, toreros, luchadores, vedettes. También se dan casos de individuos analfabetos; no faltan tampoco aspirantes de una perversidad demostrada que llegan a ser alcaldes o gobernadores, como es el caso de narcotraficantes. Estas personas, con estudios o sin ellos, carecen de una cultura ético-política básica para el servicio público, por lo que parten con un déficit de conocimientos para el cargo público. Es esencial que quien ingrese al servicio público conozca los fundamentos del arte de gobernar.

Mientras se continúe ignorando, descuidando u omitiendo la importancia de la ética en política, seguramente se mantendrá el *establishment*, lo que implica continuar por el camino de la corrupción. Transformar el *status quo* de la ignorancia y las prácticas corruptas mediante la creación de una política de Estado en Ética Pública es un camino tanto viable como necesario. Se trata de alcanzar algo ciertamente difícil, pero no imposible: la consecución del *Estado Ético*, esto es, la interiorización y práctica de la ética en todos los miembros del Estado, gobernantes y gobernados. Una ciudadanía virtuosa aunada a gobernantes íntegros, un tándem trabajando por el bien común.

### **Pérdida de confianza hacia los gobernantes y necesidad de la Ética Pública**

El aumento de prácticas corruptas por parte de numerosas personas que ocupan cargos públicos (políticos, funcionarios,

jueces, legisladores) en las últimas décadas del siglo xx, generó la pérdida de confianza de los ciudadanos en sus gobiernos. Un estudio elaborado en 1997 por un equipo de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), demostró que diversos gobiernos de países miembros de este organismo habían sido reprobados en confianza por parte de sus ciudadanos. Más tarde se conoció que esta situación no era exclusiva de los países de la OCDE, sino que era común a numerosas naciones.

La falta de ética que podía esperarse en regímenes corruptos como el de Pakistán, Paraguay, India, Indonesia, Colombia y Zaire, también podía verse ahora en los Estados Unidos, la Unión Soviética, Japón, Italia, China e incluso en Australia, los Países Bajos, Reino Unido, Francia, Bélgica, Suiza y Suecia, aunque supuestamente no en la misma escala ni tan inmersa en la cultura de la gobernanza. Y entonces alcanzó a la comunidad internacional con escándalos que posiblemente surgieron primero en la UNESCO y luego en organismos de Naciones Unidas, en la propia ONU, los bancos de desarrollo regional, la OTAN, la Unión Europea y recientemente, en las organizaciones no gubernamentales (ONG's), inclusive en la Organización de los Juegos Olímpicos" (Caiden, 2001, 244).

Sin duda, una pregunta obligada es la de por qué los ciudadanos perdieron la confianza en sus gobernantes. Algunas respuestas son las siguientes: a) porque los gobernantes se olvidaron de gobernar para todos y lo hicieron solo para unos cuantos; b) porque fueron seducidos por los privilegios que otorga el poder; c) porque la codicia en el cargo les hizo perder el rumbo y cayeron en prácticas corruptas, desviando recursos públicos para fines privados; d) porque no cumplieron sus promesas ni lograron las metas programadas en los planes y programas de gobierno; e) porque no fueron capaces de resolver las demandas ciudadanas debido a la incapacidad

de otros servidores públicos; f) porque carecían de un perfil idóneo con principios y valores arraigados; g) porque ingresaron al servicio público por la vía del *Spoil System* o sistema de botín.

Estas situaciones son resultado del descuido o ausencia del bien interno o espíritu de servicio, requisito deseable para todo aquel que ocupe un cargo público. El bien interno en la Grecia clásica era resultado de la constancia en conocimientos ético-filosóficos. Como se dijo, una de las intenciones de esta obra es precisamente rescatar este tipo de filosofía política, a través de un compendio de máximas y pensamientos clásicos.

La ausencia o debilidad de dichos conocimientos en los servidores públicos genera una vacuidad en ellos, con terribles consecuencias para los gobernados.

Aristóteles, en sus tratados de *Ética* y *Política*, señalaba que la ética debía ser el instrumento fundamental para formar y preparar a los gobernantes. Aquel que quería participar en los asuntos públicos debía pasar por la ética, la cual era considerada como una rama de la política; constituía el filtro para impedir que personas sin el perfil idóneo accedieran a los cargos públicos. De esta manera, quienes llegaran al poder obrarían bien. También en las civilizaciones orientales (China, India) se encuentran referencias sobre la formación en valores éticos para los gobernantes antes de que estos tomaran posesión del cargo. Dichas culturas contaban con tratados sobre el tema, códigos para la función pública y maestros que impartían este saber.

En las primeras décadas del siglo XXI, sobre todo en países considerados en vías de desarrollo, existen numerosos servidores públicos que conocen algunos valores de la *Ética Pública* (justicia, prudencia, libertad, responsabilidad), pero no han llegado a comprender, profundizar e interiorizar cada uno de estos valores hasta hacerlos principios o pilares en su

actuar. En este sentido, hay que señalar que el conocimiento ético no se reduce a conocer y memorizar una lista de valores enmarcados en un código; implica comprender el significado de cada uno, asimilarlo hasta interiorizarlo y hacerlo suyo y, posteriormente, llevar el valor a la práctica en todo momento del ejercicio público. Cuando esto no sucede, es porque existe una debilidad en el proceso de formación de los servidores públicos, lo que se refleja en una incapacidad para gobernar por el bien común. Este es precisamente el reto de la ética, lograr interiorizar los valores en el corazón de los servidores públicos.

Por lo anterior, la Ética Pública es esencial porque se posiciona como la antítesis de la corrupción, es la otra cara de la moneda, es un poderoso instrumento de control de la corrupción. Si la corrupción es una enfermedad, la cura se halla en la ética. Siguiendo con la analogía de la medicina, para sanar a un enfermo se requiere de un procedimiento que implica tomar medicamentos. De manera similar, para atacar a la corrupción, se requiere apoyarse de la sustancia ética, de consejos y experiencias que nos han sido transmitidos por los sabios de la antigüedad.

## Fundamentos de la Ética Pública

¿Dónde se encuentran los fundamentos y componentes éticos? Una primera respuesta nos traslada directamente a la ética, a la filosofía y a la política de los pensadores clásicos. Sócrates, en el siglo v a. C., deliberaba sobre conceptos como justicia o virtud. Su discípulo Platón plasmó tales enseñanzas en sus *Diálogos* y las transmitió a sus discípulos en la escuela que fundó, la Academia. A su vez, uno de sus mejores alumnos, Aristóteles, desarrolló estos conceptos en tres tratados: *Ética Nicomáquea*, *Ética Eudemiana* y *Magna Moral* o *Gran*

*Ética.* En este campo del saber, por un lado, se desarrolla cada una de las formas del comportamiento humano clasificándolo en virtudes y vicios. Se denomina virtudes a los actos positivos o convenientes al ser humano en tanto que no perjudican ni a uno mismo ni a otro, por el contrario, benefician a los semejantes: la justicia, la libertad, el honor o la prudencia. Se denominan vicios los actos negativos o inconvenientes, porque perjudican tanto al que los realiza como al que los recibe: la injusticia, el despotismo, la traición o la imprudencia.

La práctica de las virtudes es lo que en ética se denomina “el bien”, mientras que “el mal” es la práctica de los vicios. La ética argumenta sobre la importancia de los valores en el ser humano. Cuando la ética se halla estrechamente vinculada con la política, es factible tener buenos gobiernos.

Tras siglos de historia, como es lógico, la forma de hacer política ha cambiado. Algunos dicen que ha evolucionado; otros, que se ha corrompido o pervertido, todo depende del enfoque que se asuma. En cualquier caso, es evidente que la manera original de hacer política señalada por los pensadores clásicos se ha ido perdiendo.

Bajo este contexto, nos hallamos ante las siguientes interrogantes ¿Cuál es la forma original de la política? ¿Cuál es la relación de la política con el arte de gobernar? ¿Qué perfil debe tener un gobernante? ¿Qué valores debe poseer? ¿Cómo se puede gobernar bien? ¿Cómo se construye un buen gobierno? Las respuestas a estas preguntas se encuentran en las ideas de los pensadores clásicos seleccionadas en la segunda parte de esta obra.

Sería conveniente que todo servidor público: juez, magistrado, legislador, gobernador, alcalde, funcionario cuente con una formación en valores para el servicio público. El interés de la *Ética Pública* radica en concienciar a todo servidor público de que trabaja por el bien de la comunidad política.

Grandes pensadores de la antigüedad, como los mencionados en páginas anteriores, han estado a favor de la ética en política; nos dejaron en herencia sus ideas, experiencias y consejos para el arte de gobernar.

### **Ética aplicada a la función pública**

Contrario a la creencia de que la ética es algo utópico, abstracto o que está en el limbo, la ética es práctica, se aplica día a día. Al subirse a un transporte, uno puede decidir entre pagar o no pagar el servicio si se tiene la oportunidad; al hacer un recado, está en la persona decidir devolver o no el dinero sobrante. Enfocada en el servicio público, la ética se ubica en las múltiples decisiones, tareas y actividades que realizan los servidores públicos, orientadas a la satisfacción de los intereses de la ciudadanía. Son ejemplos: llegar tarde al trabajo y decidir si registrar la hora exacta en que se llegó o falsearla diciendo que se llegó antes; tomarse o no tiempo para resolver asuntos personales en horario laboral; encubrir o denunciar a un compañero que realiza prácticas corruptas; al redactar un trabajo, cometer plagio diciendo que es de autoría propia; dar una excusa falsa o admitir la negligencia por no haber realizado una tarea encomendada; destinar recursos para los fines establecidos o desviarlos para fines personales, etcétera.

Cuando la ética se aplica de manera adecuada es un poderoso instrumento de control de la corrupción y de las arbitrariedades practicadas por el uso ejercido del poder público. Una adecuada ética conduce a un comportamiento honesto, eficiente, responsable de los servidores públicos, por lo que es clave para elevar la calidad de la política y la gestión pública.

Un ejemplo de cómo opera la ética en la administración pública es el siguiente: se requiere contar con una formación

y adecuada preparación en el perfil para ingresar al cargo; después hay que pasar los diversos exámenes gracias a la capacidad, conocimiento y mérito. Posteriormente, para el desarrollo profesional es importante la responsabilidad mostrada en el cumplimiento del trabajo, la eficiencia en los resultados, así como el compromiso demostrado. Actuar con imparcialidad, con vocación de servicio y compromiso son factores fundamentales que considerar. Finalmente, una evaluación positiva del trabajo es lo que le permitirá seguir adelante. Una situación así, multiplicada por miles de servidores públicos, sin duda, lleva a una administración eficiente con resultados satisfactorios.

En sentido contrario, en las instituciones donde la ética se ausenta, la operación es la siguiente: para ingresar hay que tener un padrino o contacto influyente que nos pueda recomendar, esto es, se ingresa por nepotismo, en consecuencia, hay que adherirse y ser leal al grupo o jefe político en el poder; la lealtad al jefe y al grupo que lo sostiene, no a la institución, es la clave para el desarrollo profesional. En ese sentido, hay que trabajar ayudando a los amigos, siendo parcial en el servicio, nunca imparcial. Se trabaja no para beneficiar a la comunidad política, sino a los simpatizantes, así se crea el clientelismo político que estará dispuesto al jefe en turno. De esta manera, se actúa no conforme a la legalidad, sino contra ella o, en su caso, disfrazada de legalidad. Situaciones así, multiplicadas por miles de servidores públicos de las diferentes dependencias y entidades de la Administración Pública, ¿qué resultados ofrece?

Una relectura de la teoría política o de extractos de esta, como las reflexiones que se presentan más adelante sobre el origen y razón de ser de esta disciplina, nos muestra que la ética aplicada tiene una doble función: 1) sirve de dique a conductas negativas y nocivas en el servicio público; 2) fortalece los valores y, con ello, refuerza los comportamientos positivos, elevando la calidad moral de las personas y de las instituciones.

## Grandes pensadores grecolatinos

No se puede entender el pensamiento occidental en el presente sin la comprensión de los textos clásicos grecolatinos. Uno de los grandes maestros griegos, considerado por algunos autores como el primer filósofo, es Hesíodo, del siglo VIII a. C. En su obra *Trabajos y días* dejó plasmada su preocupación por la conducta de un mal gobernante al decir: “Hay reyes que, tramando mezquindades, desvían en mal sentido sus veredictos con retorcidos parlamentos” (Hesíodo, *Trabajos y días*, 262-263). Y añadía: “Muchas veces, hasta toda una ciudad carga con la culpa de un malvado cada vez que comete delitos o proyecta barbaridades” (Hesíodo, *Trabajos y días*, 238-242). También señala la importancia de un buen gobernante, aunque para ello se requiere de un gran esfuerzo. Precisa que es fácil comportarse mal, en tanto que hacer el bien cuesta trabajo.

De la maldad puedes coger fácilmente cuanto quieras; llano es su camino y vive muy cerca. De la virtud, en cambio, los dioses inmortales pusieron el sudor delante; largo y empinado es el sendero hacia ella y áspero al comienzo, pero cuando se llega a la cima, entonces resulta fácil por duro que sea (Hesíodo, *Trabajos y días*, 287-292).

En la Grecia clásica, filósofos y sabios no solo debatían sobre la importancia de la ética en el arte de gobernar, también lo hacían sobre la manera de enseñar o transmitir dicho conocimiento. Gracias a ello surgieron diversos enfoques didácticos, por ejemplo, el objetivo de la enseñanza en Platón se enfocaba en la formación del carácter a través de un ejercicio de pensamiento científico.

Sócrates se esforzó por concebir tan claramente como fuera posible los conceptos morales, pues estaba convencido de que quien hubiera llegado al conocimiento de la virtud, aplicaría, imperturbable, esa

visión a todas las operaciones. Platón dio un paso significativo hacia adelante. Si se puede buscar el bien con el pensamiento y determinarlo con seguridad, entonces el bien tiene que existir de alguna manera independientemente de nosotros. Lo que es común a todo bien y conocible para el ojo del alma, tiene que ser algo existente, y precisamente algo que exista fuera de nosotros mismos. Así nació la Teoría de las ideas (...) La idea del Bien, como dice en la *República*, nació de ahí. Tal idea debe ser la estrella conductora de nuestra vida (Düring, 2005, 24-25).

Sócrates utilizó la *mayéutica* como método de aprendizaje. Se basaba en cuestionar una y otra vez al interlocutor, haciéndolo reflexionar y razonar hasta sacar sus propias conclusiones. El propio Sócrates es el protagonista de los *Diálogos* de Platón, el cual rescata las enseñanzas y filosofía de su maestro que persigue hacer de los seres humanos buenas personas.

Diógenes Laercio apunta ya la diferencia básica entre los sofistas, que discutían por discutir, sin tener en cuenta la verdad o la falsedad de sus argumentos, y Sócrates, quien siempre anduvo en busca de la verdad. Su método, es decir, etimológicamente y con mucha exactitud su camino, fue siempre la conversación o, para emplear la palabra griega, el diálogo. En la *República*, Platón distingue claramente entre el método socrático y el método sofístico. Dice Sócrates que los hombres “sin quererlo, caen en la disputa; creyendo discutir no hacen sino disputar”. Por un lado, están los que emplean la erística o arte de discutir con el solo y único fin de discutir; por el otro, los que emplean el diálogo teniendo siempre a la vista un mismo fin: el descubrimiento de la verdad (Xirau, 1990. 40).

Platón, cuyo nombre verdadero era Aristocles, tenía la preocupación de encontrar una forma de vida feliz para el género humano tanto en su vida individual como social. Hay en este autor una vinculación estrecha entre la vida privada y la vida pública, esto es, el ciudadano tenía que participar de los asuntos

públicos. Dado que los gobernantes provienen de la ciudadanía, era necesario formar a los ciudadanos en la virtud para que en el futuro se pudieran tener buenos gobernantes, pues estos tenían la responsabilidad de vigilar el funcionamiento adecuado del Estado. A ellos les denominó guardianes del Estado. “A los que se revelan capaces de vigilar las leyes y costumbres del Estado, a esos instituiremos como guardianes” (Platón, *La República*, 484 b). “Necesitamos buscar los mejores guardianes con la convicción que les es inherente, y según la cual, lo que se debe hacer siempre es lo que piensan que es lo mejor para el Estado” (Platón, *La República*, 413 c).

La idea de conceder tanta importancia a la formación ética la sistematiza Platón en la siguiente frase: “Una vida sin virtud no merece ser vivida”. Al respecto, añadió: “El mayor bien del hombre consiste en hablar día tras día acerca de la virtud y acerca de las restantes cuestiones con relación a las cuales me oís discurrir y examinarme a mí mismo y a los demás, y en cambio, una vida sin tal género de examen no merece ser vivida” (Platón, *Apología de Sócrates*, 56).

Para este sabio griego la educación y la ética en la formación eran clave para el arte de gobernar. De esto dependía que los gobernantes fueran o no corruptos. “No debemos permitir que los varones que educamos sean sobornables o apegados a las riquezas” (Platón, *La República* 403 a). Como ya se ha dicho, Platón argumentaba que un Estado debe contar con guardianes para su conservación. Aunque reconocía que no cualquier individuo servía para ser guardián del Estado al haber personas con débiles convicciones.

Si los guardianes del Estado y sus leyes parecen guardianes sin serlo, ves bien claro que corrompen por completo todo el Estado, y solo ellos tienen la oportunidad de organizarlo bien y hacerlo feliz. Formemos pues, verdaderos guardianes, hombres que puedan dañar al Estado lo menos posible (Platón, *La República* 421 a).

El filósofo señala que a los guardianes del Estado hay que someterlos a pruebas para comprobar si son capaces de asumir una responsabilidad de Estado.

Debemos observar a los hombres de Estado desde la niñez, encargándoles tareas con las cuales más fácilmente se les olvide aquella convicción (del bien común) dejándose engañar. Luego, aprobaremos al que tenga buena memoria y sea difícil de engañar, y desecharemos al de condiciones contrarias a esas. (...) Y habrá que crear una tercera especie de prueba, una prueba de hechicería, y contemplarlos en ella. Así como se lleva a los potros adonde hay fuertes ruidos y estruendos para examinar si son asustadizos, del mismo modo se debe conducir a nuestros jóvenes a lugares terroríficos y luego trasladarlos a lugares placenteros. Con ello los pondríamos a prueba mucho más que al oro con el fuego, y se pondría de manifiesto si cada uno está a cubierto de los hechizos y es decente en todas las ocasiones, de modo que es buen guardián de sí mismo y de la instrucción en las Musas que ha recibido, conduciéndose siempre con el ritmo adecuado y con la armonía que corresponde, y en fin, tal como tendría que comportarse para ser lo más útil posible, tanto a sí mismo como al Estado. Y a aquel que, sometido a prueba tanto de niño como de adolescente y hombre maduro, sale airoso, hay que erigirlo en gobernante y guardián del Estado, y colmarlo de honores en vida; y, una vez muerto, conferirle la gloria más grande en funerales y otros ritos recordatorios. Al que no salga airoso de tales pruebas, en cambio, hay que rechazarlo. Tal me parece, Glaucón, que debe ser la selección e institución de los gobernantes y de los guardianes (Platón, *La República* 413 d, e y 414 a).

Platón concluye señalando la importancia de vigilar la conducta de los guardianes del Estado al señalar que estos pueden caer en tentaciones y hacer lo contrario para lo que se les formó.

La cosa más vergonzosa y terrible de todas para un pastor sería alimentar a perros guardianes de rebaños que, por obra del desenfreno,

del hambre o de malos hábitos, atacaran y dañaran a las ovejas y se asemejaran a lobos en lugar de perros (...) Pues entonces debemos vigilar por todos los medios que los guardianes del Estado no se comporten así frente a los ciudadanos, y que, por el hecho de ser más fuertes que ellos, no vayan a parecerse a ambos salvajes en vez de a asistentes benefactores (Platón, *La República* 416 b).

Platón, el de los grandes omoplatos y gran corpulencia, insistía en la importancia de pertenecer y trabajar *por* y *para* el Estado.

En ningún tipo de gobierno, aquel que gobierna, examina y dispone lo que a él le conviene, sino lo que conviene al Estado, aquel para el que emplea su arte y, con la vista en este y en lo que a este conviene, se adecúa, y por este dice todo lo que dice y hace todo lo que hace (Platón, *La República*, 342 e).

Una idea que ha sido motivo de controversia a lo largo de la historia es la formulada por este sabio, según la cual, si los filósofos gobernarán, se podrían acabar los males de los Estados.

A menos que los filósofos gobiernen en los Estados, o los que ahora son llamados reyes y gobernantes filosofen (busquen la sabiduría) de modo genuino y adecuado, y que coincidan en una misma persona el poder político y la filosofía, y que prohibiéndose rigurosamente que ambos marchen separadamente (...) no habrá fin de los males para los Estados, ni tampoco para el género humano (Platón, *La República*, 473 d).

Al respecto, el filósofo Ramón Xirau expreso lo siguiente:

¿No decía Platón en el *Gorgias* que el mejor gobernante del mundo era Sócrates? Este hombre de oro que es el filósofo será el verdadero sabio. Y si su sabiduría es perfecta, como lo espera Platón, el

gobernante no tendrá necesidad de leyes puesto que él mismo, que habrá visto el sol al salir de la caverna, será capaz de saber, por puro acto de sabiduría, cuál es la justicia y cuál es la verdad. El filósofo, el que ama la sabiduría, ama toda la sabiduría y no tan solo parte de ella, y así deberá amar la justicia, base y sostén de todo Estado (Xirau, 1990, 63).

Esta idea del filósofo como gobernante ha sido rechazada y vilipendiada, sobre todo por quienes anhelan el poder y provienen de campos ajenos a la política, ignorando los fundamentos básicos de esta disciplina. La idea de Platón, en esencia, se refería a que, para ejercer su cargo, el gobernante necesita comprender qué es el Estado, cómo nace, cómo se estructura, qué elementos precisa para operar adecuadamente, qué es el gobierno, cuáles son sus fines, cuál es el perfil ético de los aspirantes a gobernar, conocimientos que precisamente ofrece la educación en filosofía política. “Para que alguien pueda llegar a ser gobernante habrá que realizar una selección. Y este proceso de selección, que es el motor mismo del Estado platónico, es la educación” (Xirau, 1990, 64).

Quien desconoce los fundamentos teóricos de la ética y la política o no los interioriza no debería ocupar un cargo público, tal como señalaba Platón, pues en lugar de gobernar en beneficio de la ciudadanía, actuaría dañando a la comunidad. El filósofo ateniense advierte del efecto inmediato de un servidor público sin valores y principios: la codicia, la ambición, el anhelo de poder, un conjunto de prácticas corruptas.

Si un guardián del Estado intenta ser feliz de un modo tal que deja de ser guardián, no se contentará con este modo de vida mesurado (...) sino que le sorprenderá una opinión insensata e infantil acerca de la felicidad que lo empujará a apropiarse, por poder hacerlo, de todo lo que hay en el Estado (Platón, *La República*, 466 c).

De ahí la insistencia de Platón al reiterar la importancia de la educación en los gobernantes. “Muy especial es la educación que se reserva al gobernante. Será, a grandes rasgos, la de los guardianes” (Xirau, 1990, 64).

A la Academia, fundada por Platón, llegaban estudiantes de diversos lugares. En el año 367 a. C., procedente de Estagira, ciudad de la provincia de Macedonia, llegó Aristóteles, quien pronto destacó entre sus discípulos. Una anécdota refiere que Aristóteles fue llamado “el espíritu” o “el claro en entendimiento en la escuela”; también se le conocía como “el lector”, debido a su afición al estudio.

A lo largo de su vida fue el lector diligente y erudito. Por doquier en sus escritos tropezamos con las huellas de esa enorme erudición. Aristóteles era de buena posición y, en consecuencia, pudo proveerse de una gran biblioteca (Düring, 2005, 29).

Aristóteles retoma las enseñanzas sobre la ética de su maestro Platón y las sistematiza en sus tratados *Ética Nicomáquea*, *Ética Eudemiana* y *Magna Moral o Gran Ética*. En el primero afirmaba que había una relación estrecha entre ética y política: “A eso va nuestro tratado presente (*Ética*), que es, de alguna manera, un tratado de ciencia política” (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1094 b, 15-16).

La ética en el individuo es para Aristóteles, como antes lo había señalado Platón, un conocimiento inseparable de la vida pública, de la ciudad. En un gesto de humildad, el sabio de Estagira reconoce a los autores que le precedieron al declarar que existieron sabios en el pasado que ya habían deliberado sobre la importancia de la ética en política. Desde entonces, y a lo largo de más de dos mil años, el tema de la ética ha estado presente en el debate político, ya sea a favor o en contra. En la *Ética Nicomáquea* o *Ética a Nicómaco* se desarrolla una clasificación de virtudes y vicios en los comportamientos del ser humano. También se delibera en torno al concepto de *virtud*.

La virtud tiene que ser convertida en actos; solo cuando lo que decimos rectamente sobre la virtud concuerda también con los hechos de la vida, se puede tener confianza en nuestras palabras. Entonces llegan a ser, en quienes las reciben con comprensión, un estímulo para enderezar su vida según ellas (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, X 1, 1172 b, 3-7).

Aristóteles construye su teoría política partiendo del entorno que rodea al ser humano, y afirma que solo en la medida en que se conoce su naturaleza, con sus vicios y virtudes, se puede aspirar a la política.

La política es la más importante de las ciencias y la más arquitectónica. Ella determina lo que cada ciudadano debe aprender y en qué medida debe aprenderlo. (...) Al utilizar la política en las otras ciencias y al legislar qué es lo que se debe hacer y qué es lo que se debe evitar, el fin que persigue la política puede involucrar los fines de las otras ciencias, hasta el extremo de que su fin es el bien supremo del hombre (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1094 b).

El sabio de Estagira también fundó su propia escuela, el Liceo, dando un nuevo enfoque a las teorías de su maestro Platón. En su tratado *Política* sistematiza los conocimientos de esta disciplina, señalando que es la ciencia reina, porque es la que manda al poseer la autoridad y, por lo tanto, todas las otras disciplinas se subordinan a ella.

En todas las ciencias y artes, el fin es un bien, y el bien mayor y más elevado se encuentra en la ciencia que reina sobre todas las demás, es decir, la ciencia política, y que, en política, el bien no es otra cosa que lo justo y esto es el bien común (...) (Aristóteles, *Política*, 1282 b, 19-23).

Aristóteles señala, define y ejemplifica una lista de virtudes como la libertad, la justicia, el honor, y otra lista de sus

opuestos, es decir, de vicios: esclavitud, injusticia, deshonor. Otro aspecto importante que señala en la *Ética Nicomáquea* es la clasificación de los *géneros de vida*. Establece una clasificación del ser humano en clase alta, clase media o clase baja, así como por la posesión o carencia de riquezas. La ética de Aristóteles establece tres modos de vivir según el nivel de virtudes que posea una persona: a) género de vida voluptuoso, b) género de vida político y c) género de vida contemplativo. A continuación, se explica en qué consiste cada uno.

El género voluptuoso se caracteriza por los placeres, los vicios y deseos que gobiernan a la persona. Es una vida excedida de placeres en la que la persona se halla esclavizada a las pasiones humanas. Dicho estilo de vida se halla más cercano a lo animal, porque la razón humana aún no logra el dominio de sí. Al respecto, Aristóteles escribió: “Los hombres vulgares se muestran completamente serviles al preferir una vida de bestias” (Aristóteles, *Ética Nicomáquea* 1095 b 19-21). Este género de vida ha estado presente a lo largo de la historia y se sintetiza muy bien en la siguiente frase del profesor José Antonio Marina: “Desde Platón hasta Bertrand Rusell se ha repetido una metáfora: el cerdo quiere una felicidad de cerdo” (Marina, 1995, 161).

El segundo género es el de la vida *política*. Es un tipo de vida más elevado que el anterior porque se acompaña de un mayor razonamiento del individuo y se gobierna a las pasiones gracias a la educación, los buenos hábitos y una asimilación y perseverancia constante de principios y valores éticos. Antaño, la vida política era un género acompañado de una excelsa educación, por lo que solo las buenas personas podían tener acceso a ella. Bajo esta lógica, cuando una persona aprehende este género de vida, se vuelve dueña y señora de su conducta, actuando siempre en razón del bien común.

El tercer género es la vida *contemplativa*, a la cual llegan aquellos individuos que dedican su existencia a la búsqueda

del conocimiento, a la sabiduría. Son aquellos que hacen caso a la máxima de “Conócete a ti mismo”, como predicaba Sócrates, o aquella que expresaba Buda: “Los carpinteros dan forma a la madera, los flecheros dan forma a las flechas, los sabios se dan forma a sí mismos”. En este género se renuncia al exceso de placeres, incluso a los honores y bienes materiales, con tal de permanecer en un estado de contemplación acompañada de conocimiento.

Aristóteles señala que, con el conocimiento y práctica de las virtudes, el ser humano logra hacerse bueno, y al lograrlo, alcanza la felicidad. Como se mencionó, en su tratado *Política* dejó escrita aquella famosa frase del *Zoon Politikon* que, traducido del griego, significa “El hombre es un animal político”, es decir, que los seres humanos somos animales sociales, que vivimos en comunidad y, por lo tanto, precisamos los unos de los otros. De esta manera, la política se entiende como una invención humana que surgió para la colaboración. En aras de cumplir con este cometido, el político debe conocer las diferentes formas de gobernar y encontrar la más idónea para su pueblo, tomando en cuenta las características concretas de su Estado.

Cuando la disciplina ética se asocia con la política, nacen los gobiernos justos, en tanto que si la primera disciplina se omite, se da paso a los gobiernos injustos y corruptos.

Aristóteles también desarrolló una clasificación de las formas de gobierno tomando dos grandes criterios: uno cuantitativo y otro cualitativo. En el primer caso, quién gobierna, se refiere a que el poder reside en una, pocas o muchas personas; en el segundo caso, cómo gobierna, se refiere a si lo hace con base en virtudes o vicios. De esta manera, estableció que existen gobiernos justos y gobiernos injustos. Cuando se gobierna con valores y sanos principios, estamos ante un buen gobierno, en caso contrario, es un mal gobierno.

Si el poder reside en una persona, existen para el filósofo dos posibilidades en la forma de gobernar: la Monarquía o la Tiranía; si el poder reside en pocas personas, se puede establecer una Aristocracia o bien una Oligarquía; si el poder lo poseen muchas personas, entonces es posible constituir una República, o bien una Democracia.

El criterio utilizado para discernir las diversas formas de gobierno es el bien común. “Las formas buenas son aquellas en las cuales los gobernantes ejercen el poder teniendo presente el interés público; en las malas, los gobernantes ejercen el poder de acuerdo con el interés individual” (Bobbio, 1989, 37). Cuando los gobernantes aprovechan el poder que recibieron solo para sus intereses personales, la forma de gobierno se degenera. En palabras de Aristóteles: “Aquellas constituciones que tienden a las ventajas propias de los gobernantes son defectuosas” (*Política*, 1279 a, 25-29).

La tipología de las formas de gobierno de Aristóteles no solo implica la distinción entre formas de gobierno justas o injustas, también establece una jerarquía de lo mejor a lo peor. Con base en este criterio el orden jerárquico de las seis formas de gobierno es el siguiente: monarquía, aristocracia, república, democracia, oligarquía y tiranía.

Un dato interesante de señalar es que las formas de gobierno establecidas por Aristóteles no han cambiado a lo largo de la historia de la humanidad. Desde entonces ha existido una lucha entre pueblos por querer imponer su constitución o forma de gobierno; lo que antaño fue el enfrentamiento entre la democracia ateniense y la oligarquía de los lacedemonios, se reproduce hoy en pleno siglo XXI; a su vez, monarquías y tiranías tienen plena vigencia. El politólogo Norberto Bobbio reconoce la importancia de la teoría política aristotélica a lo largo de la historia de la humanidad:

La teoría clásica de las formas de gobierno es la expuesta por Aristóteles en la *Política*. Dicha teoría ha sido repetida durante siglos sin grandes variaciones. Aristóteles parece haber fijado para siempre categorías fundamentales de las que nosotros, herederos, continuamos sirviéndonos para comprender la realidad (Bobbio, 1989, 33).

No omito señalar una verdad de perogrullo, y es que la ausencia de ética y justicia en toda constitución es perjudicial para un Estado. Cuando esto sucede, se genera un desequilibrio entre los miembros de este, saliendo beneficiada solo una de las partes. Así, mientras unos obtienen privilegios, concentran la riqueza, derrochan, desvían recursos y hacen un uso indebido del poder, otros padecen la desigualdad, la inequidad, la falta de servicios. Estamos ante una constitución defectuosa porque es injusta y corrupta.

Es de reiterar que el incremento de la corrupción en el mundo es uno de los principales problemas de la humanidad. Estamos en la era de la globalización de la corrupción. Desde las últimas décadas del siglo xx, ha tenido lugar una globalización de la corrupción que, además, continúa en expansión.

Estudiar al sabio de Estagira no solo es un deleite, sino una necesidad. Al respecto se expresa Hegel en sus *Lecciones sobre historia de la filosofía*: “Si se tomara en cuenta verdaderamente en serio el estudio de la filosofía, nada habría más digno que explicar desde la cátedra las doctrinas de Aristóteles, pues no hay entre los filósofos antiguos ninguno que tanto merezca la pena de ser estudiado como este” (Marieta, 2021, 121).

Plutarco (Queronea 46 o 50 - Delfos, c. 120) es otro de los grandes pensadores griegos, aunque nació cuando Grecia ya formaba parte del imperio romano. Fue historiador, biógrafo y filósofo moralista, es decir, impulsor de la ética en el individuo. Como historiador, es famoso por su obra *Vidas*

*paralelas*, en la que expuso biografías de los grandes personajes de la antigüedad. Por mencionar algunos: Teseo, Rómulo, Solón, Pericles, Alejandro Magno, Julio César, Cicerón o Demóstenes. Sus *Tratados Morales* es otra obra que legó a la posteridad.

Plutarco fue un continuador del pensamiento griego, por lo que su labor filosófica es de carácter predominantemente ético y sembrada de amor por el conocimiento, como lo demuestra en otra de sus obras, *El banquete de los siete sabios*, en la que narra un encuentro entre sabios de la época: Tales, Pítaco, Bías, Solón, Cleóbulo, Chilón y Anacharsis, los cuales dialogan entre sí a partir de preguntas filosóficas.

## **Grandes pensadores latinos**

Después de las escuelas de pensamiento de mayor prestigio y trascendencia en la historia, la *Academia* de Platón y el *Liceo* de Aristóteles, se produjo una evolución en la filosofía griega. Nuevas escuelas habían ido surgiendo, entre ellas, el epicureísmo, el escepticismo y el estoicismo. En este trabajo se analizan autores del último periodo del estoicismo.

El estoicismo nació en Atenas en el siglo III a. C. y su auge culminó en el siglo II d. C. Fue fundado por el chipriota Zenon de Citio, quien estableció su escuela en Atenas, en el llamado Pórtico de las Pinturas (*stoa poikíle*). Ninguno de los escritos de Zenon han llegado a nuestros días. Sus principales discípulos fueron Cleantes de Asos (300?-232?) y Crisipo (280-206).

El fundador de esta corriente, Zenon de Citio, fue discípulo de Crates (...) Sabemos que impartía lecciones mientras deambulaba por el bellissimo pórtico de Pisanacte, decorado entonces con las pinturas

de Polignoto. Allí fueron reuniéndose para escucharlo muchos interesados en la filosofía a los que se les empezó a llamar zenónicos, y a su doctrina, (...) la *stoa*, término que en griego se utilizaba para designar una galería con columnas. Este es el origen de la palabra estoico (...) El estoicismo no fue solo una filosofía, sino un auténtico movimiento cultural que dominó el discurso retórico y literario durante más de cuatro siglos (Martínez, 2023).

El último periodo de esta escuela se encuentra en la era de apogeo del imperio romano y tuvo como referentes a *Cicerón* (106-43 a. C.), *Séneca de Córdoba* (4 a. C.-65 d. C.), *Epicte-to* (50-120 d. C.) y *Marco Aurelio* (121-180 d. C.), autores retomados en esta obra, dado que su filosofía se acompañaba de ética. Dejaron una extensa producción escrita que se conserva hasta nuestros días y participaron activamente en la política, circunstancia que les otorgó conocimiento y experiencia práctica.

Marco Tulio Cicerón fue un autor muy prolífico. El trabajo que aquí más interesa es el tratado *Sobre los deberes*, también conocido como *Los oficios*. En esta obra el autor:

(...) trata de formar a todos los ciudadanos en la conciencia de lo recto y del cumplimiento del deber de una forma consciente y racional (...) El ciudadano adquirirá el sentido de la dignidad personal obrando siempre con decoro, que es el reflejo de la virtud, fundamento de nuestros deberes (...). Como código de moralidad es lo más perfecto que nos comunican los tiempos antiguos. Plinio el Viejo decía al joven príncipe Tito que el libro *Sobre los deberes* de Cicerón no solo había que tenerlo siempre entre las manos, sino aprenderlo de memoria (...) Voltaire afirma que “Jamás podrá escribirse nada más sabio, ni más verdadero, ni más útil”, y de una forma parecida, Federico el Grande decía: “El libro *Sobre los deberes* es la obra más bella de filosofía moral que se ha escrito y que se escribirá” (Guillén, 1989, 16-17).

*Sobre los deberes* evoca las virtudes en las que se deben apoyar los gobernantes para hacer el bien.

Veamos las formas de conseguir la benevolencia. Se consigue sobre todo con beneficios; en segundo lugar, con la buena disposición para hacer el bien, aunque no tengas muchos medios para ello. Se suscita grandemente el amor de la comunidad con la fama y reputación de liberalidad, de beneficencia, de justicia, de fidelidad y de todas las virtudes que guardan relación con la suavidad de costumbres y la delicadeza (...) la naturaleza misma nos impulsa a amar a quienes creemos que están adornados de estas virtudes (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 32).

Cicerón destaca la importancia de contar con el valor de la *confianza* de los ciudadanos: “La confianza de los hombres puede granjearse por dos medios: si sabemos ganarnos la fama de prudentes y al mismo tiempo de justos” (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 33). Paralelamente destaca que para ser honesto había que apoyarse en cuatro fuentes:

Mas como toda la honestidad dimana de cuatro fuentes de las cuales la una es el conocimiento (sabiduría), la segunda el sentimiento de la comunidad humana (justicia), la tercera la magnanimidad (fortaleza), la cuarta la inclinación hacia la moderación (templanza), para elegir el deber es preciso muchas veces comparar estas virtudes entre sí (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 152).

Una cualidad que distingue a la filosofía estoica es la *ecuanimidad*. Dicha cualidad es una piedra preciosa en el arte de gobernar, de ahí que Cicerón escribiera: “Es de hombres fuertes y constantes no turbarse en las dificultades ni perder la cabeza” (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 81).

Al referirse a los vicios a los que se enfrenta un Buen Gobernante, señaló: “No hay en absoluto cosa más desgraciada

que la ambición y la lucha por conseguir los honores” (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 87). Este estoico romano censura categóricamente a aquellos que anhelan el poder no para servir, sino para enriquecerse: “No hay vicio más repugnante que la avaricia, sobre todo en la gente principal y en los que gobiernan la República. Desempeñar un cargo público para enriquecerse no es solamente vergonzoso, sino también impío contra la patria” (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 77).

(...) si cada uno de nosotros roba y se apropia de los bienes que puede de los otros para su propio bien, necesariamente desaparece la convivencia humana. Es perfectamente lícito y natural que cada uno se procure para sí, antes que para los otros, los medios necesarios para la vida; lo que la naturaleza no soporta es que nosotros incrementemos nuestra propia sustancia, nuestras riquezas y nuestro poderío despojando a los demás (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 23).

Sin duda, uno de los vicios comunes que hacen mucho daño a quienes están en los cargos públicos es la adulación. Las palabras hermosas cautivan el oído de quien escucha. La palabra, en manos de un demagogo, posee un poder único que es capaz de arrobar al oyente, incluso hasta hacerle obedecer los deseos del orador. Esta situación ha generado muchos males en aquellos que se han dejado persuadir.

Y, precisamente en esas circunstancias en que la prosperidad nos sonrío, hay que guardarse de escuchar a los aduladores; no nos dejemos lisonjear porque es fácil caer en el engaño ya que creemos que somos de tal condición que todo elogio nos es debido, de donde surge un número infinito de equivocaciones cuando los hombres, inflados de su valía, se ven torpemente burlados y reducidos a víctimas de gravísimos engaños (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 91).

Para este estoico, la ética se vincula al ámbito público, y un Estado bien dirigido requiere gobernantes que acompañen su conducta de valores y principios.

Aquellos a quienes la naturaleza concedió aptitudes y medios para gobernar, (...) a estos hombres de Estado les son tan necesarios, y posiblemente más que a los filósofos, la fortaleza y el desprecio de los bienes exteriores, así como la tranquilidad de espíritu y un ánimo sereno y no agitado de preocupaciones, puesto que no han de estar ansiosos por el futuro y han de vivir con gravedad y firmeza (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 72).

Los estoicos se asemejan a las escuelas griegas respecto a los fines de la política y la conducta de los políticos, como se manifiesta en la siguiente cita:

Los que hayan de gobernar el Estado deben tener siempre muy presentes estos dos preceptos de Catón: el primero, defender los intereses de los ciudadanos de forma que cuanto hagan lo ordenen a ellos, olvidándose del propio provecho; el segundo, velar sobre todo el cuerpo de la República, no sea que, atendiendo a la protección de una parte abandonen a las otras. Lo mismo que la tutela, la protección del Estado va dirigida a utilidad no de quien la ejerce, sino de los que están sometidos a ella. Los que se ocupan de una parte de los ciudadanos y no atienden a la otra introducen en la patria una gran calamidad: la sedición y la discordia, de donde resulta que unos se presentan como amigos del pueblo y otros como partidarios de la nobleza (las elites): muy pocos favorecen el bien de todos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 85).

En suma, para Cicerón, los gobernantes deben conducir su comportamiento con base en un código de conducta ética. De ser así, alcanzan los honores y la gloria.

La grande y verdadera gloria supone estas tres condiciones: que nos ame la multitud, que tenga confianza en nosotros y que con cierta admiración nos considere dignos de honor (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 31).

Lucius Anneo Séneca es otro de los estoicos del último periodo de esta escuela y también se ocupó de escribir sobre la importancia de la ética en gobernantes y gobernados. Entre sus obras filosóficas se encuentran las siguientes: *De la ira*, *De la providencia*, *De la benevolencia*, *De la constancia del sabio*, *De la brevedad de la vida*, *De la tranquilidad del ánimo*, *De la clemencia*, *De la vida buena*, *Cartas a Lucilio*, entre otras. En sus escritos destaca la virtud como cualidad que hace iguales a las personas.

La obra de Séneca se caracteriza por poner la moral estoica como base de la educación y del comportamiento correcto del romano; su sello propio, lo que denominamos 'senequismo', no es otra cosa que intentar que los principios estoicos, más prácticos que teóricos, produzcan beneficio a las personas (Rodríguez, 2001, 41).

Séneca, gracias a su capacidad de estudio de la filosofía y a su experiencia en la vida pública (fue senador y consejero imperial), transmite la sabiduría de actuar correctamente tanto a gobernantes como a gobernados. En *La benevolencia* escribió: "La naturaleza ordena ayudar a los hombres" (Séneca, 2017, *Sobre la felicidad*, cap. XXIV). En la obra *De la cólera* señala: "Deshonroso es dañar a la patria: en consecuencia, también al ciudadano, pues este es porción de la patria —sagradas son las partes si el conjunto es venerable—, en consecuencia, también el hombre, pues este es conciudadano tuyo en una ciudad más grande" (Séneca, *De la Cólera*, Libro II, 31, 7). Como buen estoico destaca la importancia de la *ecuanimidad*: "El supremo remedio contra la cólera es la calma" (Séneca, *De la Cólera*, Libro II, 29).

La *ejemplaridad* es otro valor que este pensador destaca: “Le darás mucho, aunque no le des más que el ejemplo” (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. xviii). Y en relación con la importancia de servir dejó escrito lo siguiente: “Donde quiera que haya un hombre, allí hay lugar para un beneficio” (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. xxiv).

Séneca es también un humanista: “Mientras en medio de los humanos estemos, practiquemos el humanitarismo” (Séneca, *De la Cólera*, Libro III, 43, 5). Evoca la práctica de valores en la conducta diaria, por ejemplo, la *responsabilidad*: “Cumple religiosamente tus obligaciones del modo mismo que las contrajerés” (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 490); la *bondad*: “Quien de verdad quiere ser bueno, lo será” (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 641); y la virtud en general: “En todo lugar se puede vivir virtuosamente” (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 616).

Como es característica en los pensadores clásicos, sus trabajos estarían incompletos si la mención de las virtudes señaladas no se acompañará del consejo de huir de los contrarios, es decir, de los vicios. De estos, censura la *arrogancia*: “La grandeza de la soberbia es vana y convierte en odiosas hasta a las cosas dignas de ser amadas” (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, XIII); la *avaricia*: “(...) de tal modo tienen la riqueza como decimos que se tiene fiebre, que ella es quien nos tiene y así como también decimos “La fiebre le ha cogido”, deberíamos decir: “La riqueza le ha cogido” (Séneca, 1971, *Cartas a Lucilio*, Carta cxix); la *complicidad*: “Tuyo haces el vicio que a tu amigo disimulas” (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 38); la *corrupción*: “Perdiéronse las buenas costumbres después que a los vicios se le dio el nombre de virtud” (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 443).

En conclusión, Séneca hace énfasis en que los valores no tienen ninguna utilidad si no se practican en otros; “Sé

útil primero a los demás si quieres ser útil a ti mismo (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 32).

Epicteto es otro de los grandes pensadores latinos, un educador del estoicismo, formador de romanos de alta cuna, entre los que se encontraba el senador Flavio Arriano, quien transcribió las enseñanzas de su maestro. “La filosofía no consiste para él en un sistema doctrinal sino en disciplinar la inteligencia con el fin de dominar el carácter” (Rodríguez, 2001, 42).

El estoicismo tiende hacia la introspección profunda, como enseñaba Sócrates, pero también aporta una dimensión colectiva, es decir, el interés por los otros, por la colectividad. Al igual que sus predecesores, Epicteto hizo hincapié en llevar a la práctica los valores éticos: “¿Quieres embellecer tu ciudad natal con una dádiva rara y verdaderamente estimable? Date a ella tú mismo después de haberte convertido en un modelo perfecto de bondad, de generosidad y de justicia” (Epicteto, 2004, 57).

Advertía este pensador sobre tener cuidado de los vicios, de los bienes materiales, así como de los privilegios. “Recuerda que el deseo de honores, dignidades y riquezas no es el único que nos esclaviza; el deseo de reposo, de solaz, de los viajes, en una palabra, todas las cosas exteriores nos someten y esclavizan desde el momento en que las codiciamos” (Epicteto, 2004, 58).

Respecto al servicio público, como ya señalara Aristóteles, enfatiza que se requiere de capacidad para ocupar un cargo público: “Si aceptas un cargo para el cual no bastan tus fuerzas, además de que darás mala cuenta de él, te estorba a emplearte en otro en el que saldrías perfectamente bien” (Epicteto, 2004, 20). La importancia de interiorizar valores y principios éticos y acompañarse de ellos para actuar rectamente es la base de su filosofía:

El verdadero bien del hombre está siempre en la parte por la cual difiere de las bestias. Conviene, por tanto, que esta parte se halle bien asistida y fortificada, y que las virtudes sean sus centinelas avanzados para mejor rechazar al enemigo y poder vivir con toda seguridad exento de temores (Epicteto, 2004, 39).

Epicteto exhorta a ser una persona de mérito, a forjarse uno mismo a través del esfuerzo y del trabajo: “Y si tu nacimiento no ha sido ilustre, ¿no depende de ti corregirlo por medio de tus méritos?” (Epicteto, 2004, 100). También advierte sobre el desgaste en discusiones en vano con personas necias: “¿A qué discutir con gentes que no se rinden ante las verdades más evidentes? ¿A qué discutir si son piedras en vez de hombres?” (Epicteto, 2004, 95). Invoca el valor de la fortaleza frente a situaciones adversas: “La naturaleza te ha dotado para hacer frente a los acontecimientos más espantables. Tales armas son, entre otras, la grandeza del alma, la fuerza, la paciencia y la constancia. Sírvete de ellas, y si no lo haces, confiesa, en vez de lamentarte, que has arrojado las armas con que te había hecho fuerte” (Epicteto, 2004, 66).

Finalmente, el último de los estoicos seleccionados para esta obra es Marco Aurelio (4 a. C. - 65 d. C.). El emperador filósofo solo dejó escrita una obra que se conoce de varias maneras: “Meditaciones”, “Admoniciones”, “Soliloquios”, “Reflexiones morales”, “Libros escritos para sí mismo”, “Del deber de la vida”, “Pensamientos morales” o “Conversaciones consigo mismo”. Dicha obra se estructura en dos partes. En la primera, el autor presenta una relación de personas, familiares, educadores y amigos a los que agradece por ser parte de su vida; la segunda parte contiene escritos filosóficos sobre diversos temas éticos. En sus reflexiones señala que el ser humano debe buscar ante todo el bien y las virtudes, como la sabiduría, la prudencia y el pudor, y rehuir el mal y los vicios.

El hecho de que Marco Aurelio fuera Emperador le permitió vivir dentro de los pasillos del poder y conocer las entrañas de la política en pleno apogeo del imperio romano. Esta experiencia es transmitida en sus reflexiones filosóficas, al saber perfectamente cómo debe comportarse un gobernante. De esta manera, habla de la moderación en el gasto, del respeto por las costumbres y tradiciones del Estado, de la ecuanimidad ante conflictos cotidianos, así como de su preocupación por el bien común.

Subraya la importancia de vivir de acuerdo a la naturaleza: “Actuar contra la naturaleza es entrar en conflicto, dado que la naturaleza posee la máxima racionalidad; quien provoca el conflicto es un ignorante o actúa *contra natura*” (Rodríguez, 2001, 51). Para Marco Aurelio, quien vive conforme a la naturaleza consigue uno de los máximos fines de la vida, la felicidad: “La virtud para los estoicos pertenece al dominio de la ética, pero forma parte también de la teoría del conocimiento (...). La virtud depende de uno mismo, trae el bien al individuo y con ello, la *eudaimonia*, la felicidad” (Rodríguez, 2001, 54).

Respecto a la *res pública*, Marco Aurelio señala que la constitución debe basarse en la libertad y en la justicia para establecer la sociedad, como una comunión de seres humanos en busca del bien común. Para poder alcanzar ese bien común, se requieren hombres de Estado cuyo derrotero sea precisamente ese: “Regocíjate y descansa en una sola cosa: pasar de la acción social a la acción social” (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro V, 7). A la vez, señala que para asumir un puesto público es imprescindible poseer capacidad para el cargo, de lo contrario, será mejor no aceptar tal responsabilidad.

¿Basta mi inteligencia para esto o no? Si basta, hago uso de ella para la acción. (...) Si no basta, cedo este trabajo al que puede realizarlo mejor, y si esto no le va tampoco a otro, obro como puedo, eligiendo

además al que puede hacer lo que ahora es oportuno y útil para la comunidad (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 5).

También hace mención importante al valor de la cooperación entre los miembros de una comunidad política como un elemento otorgado por la naturaleza. “(...) hemos nacido para una tarea común, como los pies, como las manos, como los párpados, como las hileras de dientes superiores e inferiores. De modo que obrar unos contra los otros va contra la naturaleza y es obrar negativamente enojarse y volverse de espaldas (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro II, 1).

Como otros pensadores grecolatinos, menciona la importancia y la necesidad de educar. En ese sentido, no exento de humor, escribió: “Los hombres han nacido los unos para los otros. Por tanto, enséñalos o sopórtalos” (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VIII, 59). Al ser un estudioso constante, exhorta a la reflexión e introspección: “Excava dentro. Dentro está la fuente del bien que siempre puede manar si escavas siempre” (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 59).

Para el filósofo emperador, la ética es práctica y quien la posee tiene que aplicarla en la vida diaria. Todo individuo, gobernante o gobernado ha de formarse para hacer el bien: “No actúes como quien va a vivir diez mil años. (...) Mientras vivas, mientras es posible, sé bueno” (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IV, 17).

En suma, para los estoicos, el bien supremo es la felicidad, y esta consiste en poseer valores y en vivir de acuerdo a ellos. Lo recto siempre será lo que es acorde a las virtudes que no es otra cosa que la recta razón.

## Grandes pensadores orientales

La postura de mantener una vinculación estrecha entre Ética y Política no fue exclusiva de los pensadores de la cultura

Occidental. En Oriente, concretamente en China, a miles de kilómetros de distancia y con mayor antigüedad, Confucio y Lao Tse también sostuvieron este enfoque.

“Confucio es el nombre latinizado de *Kongzi* o *maestro Kong*. Su nombre personal era Qiu y también se le conocía como Zhong Ni. Según las fechas aceptadas tradicionalmente, el sabio nació en el 551 a. C. y murió en el 479 a. C.” (Pérez, 2002, 33). Confucio, además de formar discípulos y hacer escuela de sus enseñanzas, llevó sus ideas a los gobernantes de su época con la idea de constituir buenos gobiernos a través de la virtud y la educación.

Para la doctrina del confucionismo, los seres humanos pueden y deben llegar a la perfección, la máxima excelencia, lo que equivale a ser virtuoso. Un método para llegar a ella es la introspección, lo que significa viajar hacia dentro o volverse hacia dentro mediante la meditación y el silencio. De este modo, la persona descubre dentro de sí misma lo que hay de bueno, la bondad humana. Otro método para lograr la excelencia es el estudio constante en pos del conocimiento. En ambos casos, la persona que logra perfeccionarse es un ser realizado.

Para la doctrina confuciana, solo el ser superior, educado, aquel que se conoce a sí mismo puede acceder a ser un gobernante. Es de señalar, en este sentido, que existen ciertas semejanzas entre la filosofía oriental y la occidental. Como se mencionó, Platón afirmaba que únicamente los filósofos deberían gobernar.

Para Confucio, el gobernante debía ser un líder ético y dar ejemplo de eticidad, actuando con benevolencia, rectitud e integridad. Un verdadero gobernante se preocupa por la educación ética de su pueblo, le educa en la virtud; pero dicha educación moral será imposible de alcanzar si el pueblo está sometido al hambre. De ahí que la primera preocupación del gobernante sea la de dar sustento material a la población.

Aquí encontramos otra coincidencia con la filosofía occidental: Aristóteles señalaba que con el estómago vacío no se puede aprender ética.

Contrario a la doctrina de Confucio, el individuo que carece de virtud y llega al poder se convierte en un usurpador que puede tornarse en tirano al usar la fuerza contra la voluntad de los ciudadanos; además, un mal gobernante puede llevar a la ruina a su comunidad. Confucio no duda en señalar que el mal gobernante debe ser depuesto.

La ausencia de valores en los gobernantes conlleva el surgimiento de los antivalores y a la desviación del arte de gobernar. Dicha confusión hace que el derrotero de la política se desvíe hacia prácticas corruptas.

Como los pensadores de Occidente que llegaron tras él, para Confucio el individuo debe tener una formación ética en lo personal para participar en la vida pública. Y destaca un nuevo elemento importante: la familia. La siguiente cita refleja la profundidad de pensamiento de este sabio; en ella se conjuga la relación dialéctica (deductiva-inductiva) individuo-familia-Estado.

Un nuevo estudiante de la Gran Escuela preguntó a Confucio:

¿Cómo hacer para enseñar a los hombres que cuando uno adquiere la virtud, se adquiere el verdadero poder personal?

Tomando su bastón, Confucio dibujó círculos dentro de círculos en la arena, mientras enseñaba la siguiente lección:

Cuando los antepasados deseaban ilustrar la virtud a través del reino, primero ordenaban sus propios estados.

Deseando ordenar bien sus estados, primero organizaban a sus familias.

Deseando organizar a sus familias, primero cultivaban su persona.

Deseando cultivar su persona, primero cambiaban sus corazones.

Deseando cambiar sus corazones, primero buscaban ser sinceros en sus pensamientos.

Deseando que hubiera sinceridad en sus pensamientos, primero buscaban el conocimiento verdadero dentro de su alma.

Mirando a los círculos, la luz de la comprensión comenzó a brillar en los ojos del estudiante. Y antes de que pudiera hacer otra pregunta, el maestro continuó:

Habiendo buscado el verdadero conocimiento en su alma, llegaron a ser sinceros en sus pensamientos.

Por la sinceridad de sus pensamientos, cambiaron sus corazones.

Cuando sus corazones cambiaron, sus personas se transformaron.

Cuando sus personas se transformaron, sus familias quedaron bien organizadas.

Cuando sus familias quedaron bien organizadas, sus estados fueron bien gobernados.

Cuando sus estados fueron bien gobernados, el reino estuvo en paz.

Al terminar, el Maestro se levantó y se fue a su trabajo. El estudiante, asombrado por la enseñanza, cerró los ojos y se quedó meditando en las palabras de Confucio (Vollbrach, 1999, 63-65).

Otro ejemplo de la vinculación entre familia y Estado es el siguiente:

Cuando se pone en orden la propia familia se ha dado el primer paso para gobernar el reino. Un hombre que no sabe dirigir a los suyos nunca podrá dirigir a todo un pueblo. El hijo de un príncipe, para aprender a gobernar un reino, primero debe actuar con la mayor rectitud dentro de su propio hogar. El desarrollo de la piedad filial le enseñará a comportarse como un soberano; el respeto fraternal le permitirá actuar con deferencia ante las personas que le superan en edad; su ternura con los más débiles le adiestrará para tratar al pueblo con benevolencia (Confucio, citado por Yáñez, 2002, 127).

Es perentorio que el gobernante esté en armonía con el sentir de la ciudadanía; de lo contrario, pueden desencadenarse tragedias.

Un príncipe que ama a quien su pueblo odia y que odia a quien todos aman, está cometiendo un ultraje contra la naturaleza humana. El príncipe que actúa de esta manera, pronto se hallará rodeado de grandes tragedias (Confucio, citado por Yáñez, 2002, 132).

El *Buen Gobierno* también aparece en las enseñanzas de Confucio. Dicho concepto es resultado de la ética en la formación de los gobernantes y la aplicación de la misma en el momento de gobernar.

El que gobierna tiene que hacer que los gobernados sean rectos. ¿Quién se atreverá a no ser recto cuando para gobernar se usa la rectitud? (Confucio, 2002, 147).

Cuando un gobernante es recto, se pondrán las cosas en práctica, aunque no dé órdenes, pero si él mismo no es recto, aunque dé órdenes nadie las obedecerá (Confucio, 2002, 153).

Como se mencionó, otro gran pensador oriental fue Lao Tse, también llamado Lao Tzu o Lao Zi (siglo VI a. C.), que

significa “viejo maestro”. Fue autor de la obra *Tao Te King* o *Tao Te Ching*, cuyo significado aproximado es “Libro de la suprema virtud” o “Enseñanza del camino”. Dicho libro capta las enseñanzas del filósofo y forma parte de la tradición taoísta. En él se encuentra la alusión a diversos valores éticos como la compasión, la frugalidad o la humildad. Este pensador estableció principios para la conducta como la “no acción” o “acción sin intención”. Su filosofía muestra el camino para vivir en armonía con el Tao, entendido como el principio de la unidad absoluta que conforma la realidad suprema de todas las cosas. Para los seguidores de Lao Tse, el Tao constituye la fuente y la sustancia de todo lo existente.

El taoísmo distingue la existencia de tres fuerzas, una positiva, una negativa y una conciliadora. Las dos primeras se oponen y complementan mutuamente: el Yang (positivo, masculino, seco, calor...) y el Yin (negativo, femenino, húmedo, frío...). La tercera fuerza es el Tao o principio Superior que concilia e influye a los principios inferiores Ying-Yang y a todas las oposiciones resultantes de este juego de fuerzas: día-noche, movimiento-inmovilidad, verdad-error, belleza-fealdad, vida-muerte, etcétera. Mediante el enfrentamiento incesante de estas dos fuerzas cósmicas son creados todos los seres. Un conocido diagrama que ilustra esta concepción es un círculo formado por dos partes exactamente iguales, una negra y otra blanca, que se acoplan entre sí, y al que envuelve otro círculo exterior que representa el Tao. La parte negra (Yin) contiene un punto blanco y la parte blanca (Yang) un punto negro; de esta manera, se representa que ningún elemento del mundo es totalmente positivo ni negativo (Lao Tse, 1979, 5-6).

Para el taoísmo, el individuo vive en esa lucha entre el bien y el mal, entre los opuestos, y de ahí construye su ética. El ser humano se reconoce en el dualismo Ying-Yang y aspira al Tao.

## Diez sabios aconsejan

Máximas clásicas para un gobierno ético

Así, el bien del hombre de Tao es una simple consecuencia de una comprensión liberadora, integrada en la totalidad del ser, que ha abolido toda creencia en la primacía ilusoria del principio inferior positivo. Este hombre, el hombre liberado, hace el bien precisamente porque no lo idolatra ni lo atiende más que al mal (Lao Tse, 1979, 7).

Lao Tse dejó escritos en los que se vincula la importancia de la ética en política. Al referirse al Buen Gobierno se expresaba así:

En el gobierno de los hombres y al servicio del cielo  
lo mejor es la moderación.  
La moderación todo lo somete.  
Quien consigue pronto el sometimiento,  
acumula mucha virtud.  
Con la virtud acumulada,  
vencerá en todo,  
llegará a límites insospechados (Lao Tse, 1979, 71).

Este pensador señaló que existen diversos tipos de gobernantes: “El gran gobernante pasa inadvertido por el pueblo. A este le sucede el que es amado y elogiado por el pueblo. Después, el que es temido y, finalmente, el despreciado” (Lao Tse, 1979, 29).

En contraste con el Buen Gobierno, Lao Tse se opuso al ejercicio del poder de forma despótica o tirana.

(...) guiar sin dominar,  
esta es la gran virtud (Lao Tse, 1979, 63).

En sus escritos se refiere a no gobernar con inteligencia o con astucia.

Quien gobierna con la inteligencia  
arruina al Estado (Lao Tse, 1979, 77).

Con la inteligencia y la astucia  
surgen los grandes hipócritas (Lao Tse, 1979, 30).

Por el contrario, hay que gobernar con rectitud y sin astucia.

Con rectitud se gobierna el Estado (Lao Tse, 1979,69).

Quién gobierna sin servirse de la astucia  
enriquece al Estado (Lao Tse, 1979, 77).

Anticipándose en dos siglos a Aristóteles al hablar del *justo medio* y a los estoicos romanos respecto a la *ecuanimidad*, Lao Tse evoca la continencia.

No hay mayor error que consentir los deseos  
No hay mayor desgracia que ser insaciable  
No hay mayor vicio que ser codicioso  
Quien sabe contentarse  
siempre está saciado (Lao Tse, 1979, 58).

Elemento común en todos los pensadores que hemos venido señalando es la crítica a la corrupción y a aquellos que la practican, es decir, los corruptos. En el caso de Lao Tse, este afirmaba que tal vicio se había legalizado a través de las leyes, es decir, una corrupción legalizada.

Cuantas más leyes y decretos,  
más ladrones aparecen (Lao Tse, 1979, 69).

En coincidencia con los filósofos clásicos grecolatinos, este sabio oriental destacó la importancia de aplicar la ética, de

llevarla a la práctica. Cuando esto es así, el ser humano se engrandece. “Los bellos actos elevan al hombre” (Lao Tse, 1979, 74).

## Consejos éticos para un Buen Gobierno

Una revisión de los escritos de los grandes pensadores de la antigüedad, sean de Occidente o de Oriente, demuestra que existe una sintonía sobre preceptos éticos para el arte de gobernar. El saber de estos clásicos es de carácter ético; se trata de un saber teórico-práctico basado en la virtud que lleva a la felicidad. Como se señaló, en el pensamiento y en los escritos de estos grandes autores se encuentran los fundamentos de la Ética Pública, la cual, como se mencionó, en la ética aplicada en el servicio público.

Una persona común, que desconoce el pensamiento clásico, podría afirmar que estos conocimientos han muerto o que son cosa del pasado. Sin embargo, un análisis atento, profundo y paciente de la política contemporánea, en pleno siglo XXI, demuestra que dicha afirmación es falsa. Los antiguos tocaron temas que son inherentes a la naturaleza humana, por eso se mantienen vigentes.

Para los autores señalados, el buen gobernante se rodea de personas bien formadas, educadas, con integridad, verdaderos políticos y funcionarios que son provechosos para sus Estados; y es también un buen guía de la comunidad hacia el objetivo general: una existencia justa y feliz.

De esta manera, se logra conformar un Gobierno Bueno o Buen Gobierno, el cual cumple con los fines de la política, a saber: a) formar a los ciudadanos en la virtud, b) gobernar con justicia, c) garantizar la libertad y seguridad de los ciudadanos, d) velar para que las necesidades básicas sean satisfechas (educación, salud, empleo, vivienda, trabajo).

La suma de estos objetivos permite que surja la amistad entre los miembros de la comunidad, que haya armonía y se viva bien en el bienestar, como señaló Aristóteles: “La razón por la cual los individuos se reúnen en la ciudad o Estado y forman una comunidad política no es solamente la de vivir en común, sino la de vivir bien” (Aristóteles, *Política*, 1252b y 1280b). Para vivir bien y tener una calidad de vida, se requiere de varios elementos, uno de ellos es contar con buenos gobernantes, lo cual no siempre es fácil. El camino para gobernar bien pasa, en un primer momento, por la formación adecuada del gobernante a través de la ética; un segundo momento es la puesta en práctica de los valores éticos aprehendidos.

Precisamente, uno de los propósitos de este trabajo se enfoca en mostrar conocimientos concretos para el arte de gobernar. En la filosofía, la ética y la política se encuentran los fundamentos que dan origen a la Ética Pública, así como a las directrices para hacerla operativa en los gobiernos y administraciones públicas. Sin embargo, es importante señalar que en la sociedad contemporánea investigar, hablar y escribir sobre ética, y hacerlo para referirse a la política, resulta una tarea un tanto ardua y, muchas veces, incomprendida, sobre todo por quienes asumen una posición contraria a la ética, señalando que nada tiene que ver con la política.

Cuando se argumenta sobre la importancia de fortalecer la ética en el campo de la política, las reacciones suelen ser de dos tipos: a) Actitud de rechazo, sonrisa irónica o risa nerviosa, por considerar que es de ingenuos pensar que en la política actual, la *realpolitik*, que se acompaña de mentiras, tráfico de influencias y conflictos de interés, pueda existir un espacio para la ética; b) Consideración de que una propuesta de esta índole es un acto de valor, incluso un acto temerario, pero en cualquier caso, necesario.

Ante la expansión de la corrupción en política, en gobiernos y administraciones públicas, es esencial poner la mirada en los escritos de los clásicos, quienes vinculaban de manera estrecha la ética y la política. De esta manera, será posible volver al camino originalmente trazado para el arte de gobernar.

Aristóteles escribió que cuando los políticos obran mal, lo hacen por ignorancia y que su actuar se debe, por un lado, a su desconocimiento de la ética y, por otro, a no haber tenido la oportunidad de comprender qué es la política y cuál es su misión, esto es, que se trata de una disciplina al servicio del desarrollo humano. He aquí el enfoque primigenio de la auténtica política, aquella que es indisoluble de la ética.

Como se señaló, un Buen Gobernante responde al perfil que desde antaño señaló el sabio de Estagira cuando se refería a las características que debería tener cualquier individuo que ocupara un cargo público: a) capacidad para el cargo, b) lealtad hacia la Constitución establecida y, c) virtud y justicia. El presente trabajo apunta a fortalecer ese perfil ético idóneo, indagando sobre las recomendaciones que transmitieron los sabios y maestros en la formación de los gobernantes.

## **El bien interno en el arte de gobernar**

Como se indicó, para el arte de gobernar se requiere que quienes ocupen cargos públicos posean un bien interno o espíritu de servicio como resultado del conocimiento, comprensión, asimilación e interiorización de valores. La política, al ser la ciencia reina, posee y ejerce la autoridad, lo que algunos denominan como poder. Puede resultar muy peligroso si quien obtiene la autoridad no es capaz de controlarse a sí mismo. Los antiguos sabios y filósofos advertían sobre el riesgo que suponían aquellas personas que sin experiencia, mérito moral

o valores alcanzaban los cargos públicos, pues el resultado lógico sería un mal gobierno.

Es al parecer algo imposible que esté bien gobernado un Estado cuando está en manos no de los mejores, sino de los peores y, análogamente, que un Estado no bien gobernado esté en manos de los mejores (Aristóteles, *Política*, 1294 a, 1-4).

Dar el poder a individuos incapacitados para gobernar puede ser catastrófico. Diversos autores de los señalados sostienen que individuos sin ética, estando en el poder, pueden actuar como bestias y, por tanto, hacer bestialidades, entendidas como una modalidad del vicio que excede toda medida. “Porque cuando vemos que un hombre es radicalmente malo, decimos que no es un hombre sino un animal” (Aristóteles, 1981, 143). Posteriormente, el mismo Aristóteles se disculpa ante los animales al decir: “No es en los animales donde nosotros vemos esto (la bestialidad), sino en el hombre; ya que nosotros usamos esta palabra para expresar un exceso en el vicio humano” (Aristóteles, 1981, 155). En suma, cuando se carece de ética y se está en el gobierno, las consecuencias pueden ser devastadoras. “Un hombre malo puede causar mil veces más daño que una bestia feroz” (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1150 a 10-11). He aquí la importancia de establecer un perfil ético para el arte de gobernar.

En el plano de las relaciones políticas entre los hombres, no se puede hacer nada sin que haya en el hombre un carácter moral o cualidad moral, es decir, se debe ser hombre de mérito moral. Y mérito moral significa estar en posesión de las virtudes. Es, por consiguiente, necesario, que quien quiera alcanzar o conseguir algo en orden de la política sea él personalmente hombre de buenas costumbres (Aristóteles, 1981, 27-28).

Quizá en ninguna época de la historia de la humanidad como en la presente época (siglo XXI) se ha vuelto tan necesaria la importancia de rescatar, interiorizar y aplicar los valores éticos en la política.

El periodista David Brooks resumió en su artículo titulado “*Guterres suena la alarma: El mundo, al borde del abismo, debemos despertar*” el contenido del discurso del Secretario General de la ONU, António Guterres, el 21 de septiembre de 2021 en la inauguración del debate anual de alto nivel de este organismo, discurso al que ya se hizo referencia en páginas anteriores.

Condenó como “obsceno” y como una “acusación moral del estado de nuestro mundo” que una mayoría más rica ya está vacunada cuando más del noventa por ciento de los africanos sigue esperando por su primera dosis.

Denunció también el incremento de la desconfianza, producto de promesas incumplidas, derechos violados, corrupción, y advirtió que ante “multimillonarios que se pagan un viaje de placer al espacio mientras millones padecen hambre en la tierra (...) y los jóvenes no ven el futuro (...), los pueblos a los que servimos y representamos pueden perder la fe” en sus gobiernos e instituciones.

Llamó por una renovación del “contrato social” y comentó que para eso se requiere superar seis “brechas”: la de la paz (...); la del clima; la brecha entre ricos y pobres (...); la brecha entre géneros; la de confianza y la brecha entre generaciones. En torno a esta última, afirmó que una investigación reciente en diez países registró que la mayoría de los jóvenes sufren altos niveles de ansiedad y angustia por el estado del planeta y advirtió a los mandatarios: “Sesenta por ciento de sus futuros votantes se sienten traicionados por sus gobiernos” (Brooks, 2021, 27).

Ante los problemas del siglo XXI, diversos pensadores se han planteado qué escenarios en el futuro aguardan a la humanidad. Quienes hacen prospectiva advierten sobre los peligros de no tomar conciencia ni corregir el mundo.<sup>2</sup>

El sociólogo Sygmunt Bauman, deliberando sobre el futuro, llega a una respuesta interesante. Apoyado en el concepto *retrotopía*, el cual hace referencia a un “mundo de valores ubicado en un pasado”, señala que ese mundo se halla perdido, oculto o abandonado, pero que aún sobrevive y se niega a morir. Bauman pone énfasis en el pasado porque el futuro es desolador: “El futuro se ha transformado para convertirse en un escenario de pesadilla (...) El camino hacia el futuro guarda una senda de corrupción y degeneración” (Bauman, 2018, 15-16). “Los habitantes de la tierra nos encontramos en una situación de verdadera disyuntiva: o unimos nuestras manos, o nos unimos a la comitiva fúnebre de nuestro propio entierro en una misma y colosal fosa común” (Bauman, 2018, 161).

Para este autor, la humanidad necesita volver la mirada a los escritos de los grandes pensadores del pasado, quienes nos dejaron una serie de ideas, experiencias y conocimientos para saber gobernar adecuadamente; por ejemplo, en la teoría de las formas de gobierno de Aristóteles, se advierte sobre los cambios en las constituciones y cómo estas se degeneran cuando se descuidan los principios ético-políticos. En la actualidad, el espíritu privado, con sus antivalores de codicia, avaricia y anhelo de poder, ha deteriorado, por un lado, el espíritu de servicio en lo público y su fin establecido: el bienestar de la comunidad; por otro, ha modificado

---

<sup>2</sup>Una obra que plantea diversos escenarios sobre quince temas fundamentales para el México del futuro es *Futuros México hacia el 2050*, publicada en 2021, coordinada por Concepción Olavarrieta, Guillermo Gándara y Jorge Máttar, bajo el grupo editorial Penguin Random House.

la forma de pensar y de actuar de los ciudadanos hacía un individualismo exacerbado.

La recomendación que ofrece Sigmund Bauman es pensar en el futuro, pero mirando al pasado. Señala que la humanidad perdió el norte y al hacerlo extravió el camino, por lo que es necesario buscar y redescubrir la senda perdida, volver a la correcta, retornar a las preguntas básicas: ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos?

Hay que volver a la máxima “Conócete a ti mismo”. Así, observando el pasado con atención será posible reencontrar el significado del concepto política y su vinculación con la ética. Perentorio es recordar los fines de la política, discernir entre *politeía* (trabajar por el interés de lo público) e *idioteía* (tendencia a ocuparse solo de los asuntos personales).

*Politeia* e *idioteia* manifestaban un tipo muy diferente de ciudadano en la Grecia clásica: a) el ciudadano *polite*, “el que hace ciudad”, se refiere a la persona con conciencia que poseía un sentido de pertenencia a las costumbres y cultura de su comunidad, y mostraba disposición de participar en lo público; b) el ciudadano *idiote*, “el que se solo se ocupa de lo suyo”, era la persona que ignoraba o no le importaban los temas de la vida pública, encerrándose en su individualidad. En las sociedades contemporáneas cada vez es más claro el tipo de ciudadano que predomina: el *idiota*. Cuanto más individualista se tornan los ciudadanos, más idiotas. He aquí uno de los peligros que enfrenta la humanidad, porque este perfil de ciudadano va en aumento.

La teoría de la virtud aristotélica respalda que la formación en ética de los servidores públicos es la base para la construcción de gobiernos justos.

El pensamiento clásico grecolatino se niega a morir en Occidente y el pensamiento oriental ha perdurado hasta nuestros días a través de pensadores como Confucio.

Desde las últimas décadas del siglo xx, economías asiáticas como las de Japón, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Singapur y China han desarrollado y mantenido un crecimiento económico notable. Diversos especialistas económicos destacan la importancia de los valores del confucianismo en el desarrollo económico contemporáneo de Asia. El analista mexicano de origen libanés, Alfredo Jalife-Rahme, en su artículo *¿Sustituye China a EEUU como potencia global?* señala: “Es evidente que tiene un enorme impacto debido a su cultura milenaria de cinco mil años (...). Su cultura, que abreva de la sapiencia civilizadora de Confucio, colisiona con la anomia del desregulado neoliberalismo financierista” (Jalife-Rahme, 2015). Amartya Sen, Nobel de Economía, oriundo de la India, se expresa en el mismo sentido:

En las últimas décadas, Asia Oriental ha conseguido un crecimiento económico notable. Este éxito, que al principio fue patrimonio exclusivo de Japón, se ha desarrollado progresivamente en toda Asia y, en particular en Asia Oriental, y ha dado lugar a nuevas teorías sobre la influencia de la cultura asiática en el éxito económico, así como en la afirmación política. La primera de estas teorías se inspira directamente en el rápido desarrollo de algunas de las economías asiáticas: Japón, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Singapur y, recientemente, China. Una nueva teoría atribuye en parte (o en gran parte) de este éxito al papel de los valores culturales asiáticos, en particular al confucianismo (Sen, s/f).

Este mismo autor, en un discurso pronunciado el 14 de mayo de 1997 durante la ceremonia de concesión del ix Premio Internacional Catalunya, señaló lo siguiente: “En décadas recientes, el crecimiento económico de Asia ha superado con mucho a cualquier otra región del mundo (...) Muchos escritores asiáticos contemporáneos subrayan el

papel de la *ética confuciana* en el gran progreso industrial y económico del este asiático. Numerosos estudios empíricos, como también investigaciones analíticas han destacado la importancia de los valores en la prosperidad económica y social.” (Sen, 1997).

Amartya Sen sostiene que la filosofía heredada de Confucio, en la que se destaca la importancia de la ética y los valores, ha sido un factor clave para el desarrollo. También reconoce la vinculación y aplicación de esta filosofía a las estrategias económica y comercial por parte de los gobiernos y administraciones públicas de dichos países.

El caso de los países asiáticos nos lleva a reflexionar sobre la importancia de la filosofía de Confucio a más de dos mil quinientos años de su existencia, así como la influencia de sus enseñanzas en la cultura asiática contemporánea. Es necesario poner atención en las virtudes específicas que enseña el Confucionismo y ahondar en su filosofía.

Con el nuevo milenio, en un mundo en el que el conocimiento es cada vez más especializado, hay que dejar atrás la política de ignorancia encarnada en representantes públicos sin formación y preparación. En tanto continúe este estilo de hacer política, rodeándose de amigos y familiares (nepotismo) carentes tanto de cultura ético-política como de educación, la corrupción continuará acampando a sus anchas. Si ya desde la antigüedad hay caminos trazados para arribar al buen ejercicio de la política, es un acto de sabiduría aproximarnos a ellos.

### **Una cultura ético-política para gobernantes y gobernados**

A tenor de lo expuesto, es perentorio el fortalecimiento de la *Ética Pública*, exponiendo su importancia y necesidad en la función de gobierno en virtud de los efectos positivos que esta conlleva. Quienes ejercen el gobierno y participan de

la función pública no son una parte inerte o insensible del aparato burocrático, tal como suele calificárseles de manera peyorativa, sino que son personas que viven y experimentan las realidades del país.

El propósito de fomentar conocimientos éticos-políticos en los servidores públicos busca recordar (por sí se había olvidado), enseñar (por si se desconocía) y reafirmar (por si no se entendió) la responsabilidad de realizar las tareas encomendadas para satisfacer las demandas de la ciudadanía evitando conductas impropias y corruptas.

Solo en la medida en que se logre despertar interés en todos los miembros de la comunidad política (gobernantes y gobernados) sobre la importancia y necesidad de fortalecer los principios y valores éticos en la vida pública, será posible restaurar el buen funcionamiento de la política y de los políticos. Emulando aquel consejo de Zeus, narrado por Platón, para la sobrevivencia de la raza humana, será posible reconstruir una sana comunidad política con armonía y justicia social.

Ya intentaban los hombres ponerse a salvo con la fundación de ciudades. Pero cuando se reunían se atacaban unos a otros al no poseer la política, de modo que de nuevo se dispersaban y perecían. Zeus, entonces, temió que sucumbiera toda nuestra raza y envió a Hermes que trajera a los hombres el sentido ético y la justicia, para que hubiera orden en las ciudades y ligaduras acordes de amistad. Le preguntó entonces Hermes a Zeus de qué modo daría el sentido moral y la justicia a los hombres: “¿Las reparto como están repartidos todos los conocimientos?” Están repartidos así: uno solo que domine la medicina vale para muchos particulares, lo mismo en otras profesiones. ¿También ahora la justicia y el sentido moral los infundiré así a los humanos o los reparto a todos? A todos –dijo Zeus– y que todos sean partícipes. Pues no habría ciudades si solo algunos de ellos participaran, como de los otros conocimientos. Además, impón una ley de mi parte: que al incapaz de participar del honor y la justicia lo eliminen como a una enfermedad de la ciudad (Platón, *Protágoras*, 322 b, c, d).



## Segunda parte

### Máximas y pensamientos clásicos

**E**sta parte de la obra muestra diversas ideas, conceptos, frases y máximas para el arte de gobernar tomadas de las obras y enseñanzas de los siguientes filósofos y sabios de la antigüedad: Hesíodo, Platón, Aristóteles, Plutarco, Cicerón, Séneca, Epicteto, Marco Aurelio, Confucio y Lao Tse.

Es de señalar que la clasificación de cada cita en un determinado tema no resultó sencillo, pues hay máximas que hacen referencia a dos o más temas; por este motivo, el lector podrá estar o no de acuerdo con el tema en que se incluyó cada cita; incluso, bajo su criterio, podrá asignar uno que difiera del ofrecido.

Una verdad adelantada es que nadie que lea estas citas en profundidad quedará impasible ante lo escrito. La recomendación es que el lector se deje atrapar por ellas y viaje con la imaginación. De ese modo, podrá conocer la perspectiva de la política original de manera auténtica y profunda.

Cada cita se acompaña de forma inmediata de la fuente de la que se extrajo; así, el lector no tendrá que trasladarse a otro lugar de la obra para indagar dónde se publicó determinada frase o párrafo, lo que permite fluidez en la lectura.

## Acción

Regocíjate y descansa en una sola cosa: pasar de la acción social a la acción social (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro v, 7).

¿No te das cuenta de cuántas cosas puedes ya proporcionarte sobre las que no tienes ningún pretexto de incapacidad natural ni de falta de aptitud y, sin embargo, todavía permaneces por debajo voluntariamente? ¿Es que te ves obligado a murmurar, a ser avaro, a adular, a culpar a tu cuerpo (...) y a someter a tu alma a tanta agitación porque estás defectuosamente constituido? No, por los Dioses (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro v, 5).

Cuando te despiertes de mal humor del sueño, recuerda que en tu constitución y en la naturaleza humana está contribuir con acciones sociales (...) (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VIII, 12).

El hombre<sup>3</sup> noble ahorra las palabras, pero es generoso al actuar (Confucio citado por Yáñez, 2002, 157).

---

<sup>3</sup>En las citas en las que se escribe la palabra “hombre”, se está haciendo referencia al ser humano. Se comprendería mejor la cita si se sustituyera la palabra “hombre” por “persona”, “individuo” o “ser humano”; de esta manera no habría exclusión de género. Sin embargo, por respeto a los autores, se han dejado las citas originales. El lector deberá ser consciente de esta aclaración.

Para el hombre ocupado no hay día largo (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 390).

El hombre superior<sup>4</sup> desea ser lento de palabra y diligente en la acción (Confucio, 2002, 89).

(...) el hombre superior pone sus palabras en práctica antes de decirlas y después habla de acuerdo con sus acciones (Confucio, 2002, 74).

Ten siempre muy en cuenta las siguientes consideraciones: ¿Qué es lo que me es propio y mío? ¿Qué es lo que me es ajeno y extraño? ¿Qué es lo que me ha sido dado? ¿Qué es lo que los dioses quieren que haga y lo que me vedan? Piensa que hasta este instante los dioses han derramado sobre ti sus favores dándote tiempo sobrado para ocuparte de ti mismo, para leer, para meditar, para escribir sobre las cuestiones más importantes; es decir, para disponerte a las mejores y más hermosas adquisiciones. Piensa que todo este tiempo que te concedieron te ha debido bastar. Por eso ahora te dicen: ¡Ea! ¡Combate! Muestra lo que has aprendido. Veamos si eres un luchador digno de nosotros y de ser coronado, o simplemente uno de esos gladiadores infelices de feria que recorren el mundo siendo humillados y vencidos en todas partes (Epicuro, 2004, 31).

---

<sup>4</sup>Para los pensadores clásicos hay una clasificación de las personas conforme a su nivel de educación y ética. Aristóteles señala tres géneros de vida: a) Género de vida voluptuoso, b) Género de vida político y c) Género de vida contemplativo. Este último habla de las personas que dedican su vida a la sabiduría. Por su parte, Confucio habla del hombre superior. En cualquier caso, sea en Oriente o en Occidente, el género de vida contemplativo o la mención al hombre superior se refiere a quienes están volcados en la sabiduría, y se les denomina sabios.

No esperes la República de Platón, sino bástete con que progreses por poco que sea, y considera que incluso el resultado de esto no es poca cosa (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IX, 29).

(...) la vida mejor no es la más larga sino la más activa (Plutarco, *Consolación a Apolonio*, 111 b).

Que hablen los hechos, mientras nosotros callamos (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, XI).

(...) el carácter de la virtud reside más en las buenas obras que uno realiza que en las que uno recibe, y en la ejecución de buenas acciones más que en evitar acciones vergonzosas. Y es evidente que hacer el bien y realizar buenas acciones es algo que va unido al hecho de dar, mientras que recibir un beneficio o abstenerse de algo vergonzoso corresponde más bien al hecho de tomar (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1120 a, 17-23).

El acto de virtud va acompañado de placer o, al menos va desprovisto de amargura y, en todo caso, no es con seguridad algo penoso (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1120 a, 41-43).

(...) la posibilidad de obrar no está en el exceso de bienes. Es muy posible obrar como hombre de bien sin mandar sobre la tierra y el mar. Con recursos mediocres se tiene plena posibilidad de obrar frente a la virtud (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1179 a, 4-8).

Lo que nunca se hizo, se puede hacer (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 476).

(...) importa quién lo dé, a quién, cuándo, dónde, y las demás circunstancias, sin las cuales no consta el valor del acto (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, XVI, 154).

## **Adulación**

Y, precisamente en esas circunstancias en que la prosperidad nos sonríe, hay que guardarse de escuchar a los aduladores; no nos dejemos lisonjear porque es fácil caer en el engaño, ya que creemos que somos de tal condición que todo elogio nos es debido, de donde surge un número infinito de equivocaciones cuando los hombres, inflados de su valía, se ven torpemente burlados y reducidos a víctimas de gravísimos engaños (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 91).

La adulación (...) no se ocupa del bien, sino que, captándose a la insensatez por medio de lo más agradable en cada ocasión, produce engaño, hasta el punto de parecer digna de gran valor (Platón, *Gorgias*, 464d, 1-4).

(...) hay estas dos clases de retórica, una de ellas será adulación y vergonzosa oratoria popular (Platón, *Gorgias*, 503 a, 5-6).

¿Crees también que si pierdes este banquete no tienes nada en recompensa? ¡Oh!, tienes algo mucho más excelente: no has alabado al que no querías alabar (Epicteto, 2004, 12).

## **Ambición**

(...) es mucho más necesario nivelar los deseos de los hombres que sus propiedades, y esto solamente puede realizarse por un sistema adecuado de educación, reforzado por la ley (Aristóteles, *Política*, 1266 b, 43-45).

(...) sin duda, la ambición de honra y la codicia de dinero son los motivos que dan lugar, entre los hombres, a la mayor

parte de los crímenes voluntarios (Aristóteles, *Política*, 1271 a, 23-25).

Cuando quieras conocer si el deseo que tienes es natural o ambicioso, considera si tiene algún termino fijo donde parar, y si después de haber pasado muy adelante le quedase alguna parte más lejos a donde aspire, entenderás que no es natural (Séneca, *De la pobreza*, 215).

No hay en absoluto cosa más desgraciada que la ambición y la lucha por conseguir los honores (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 87).

Acumúlese en ti cuanto muchos ricos hayan poseído, elévete la fortuna a una riqueza que supere la medida concedida a un particular, cúbrate de oro, revístate de púrpura, condúzcate a tal suerte de delicias y opulencia que cubras la tierra con el mármol, séate concedido no solo poseer sino hollar las riquezas; añádanse estatuas y pinturas y cuanto las diversas artes produjeron al servicio del lujo; disfruta todo esto y no aprenderás sino a codiciar bienes mayores que estos (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 16, 8).

## Amistad

Si los ciudadanos practicasen entre sí la amistad, no tendrían en manera alguna necesidad de la justicia (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1155 a, 34-36).

La amistad de la igualdad es la amistad de los buenos, la perfecta amistad; mientras que la amistad de la desigualdad es aquella clase de amistad cuyo fundamento es el provecho (Aristóteles, 1981, 190).

La amistad es el mayor de los bienes para el Estado, puesto que es la mejor salvaguarda contra la revolución (...) (Aristóteles, *Política*, 1262 b, 9-10).

El hombre superior se vale de la cultura para hacer amigos y con la amistad fomenta su propia virtud (Confucio, 2002, 150).

La amistad es ser amigo de las cualidades de alguien y en ella no cabe la presunción (Confucio, 2002, 320).

Para la ciudad no hay ningún bien más grande que el que sus ciudadanos se conozcan entre sí. Donde no hay una claridad mutua en los caracteres y actitudes de unos y otros, sino oscuridad, nadie alcanzaría rectamente nunca una estimación justa de su valía ni las magistraturas merecidas ni la justicia apropiada (Platón, *Las Leyes*, Libro v, 738e).

Un antiguo dicho verdadero: que la igualdad produce la amistad (Platón, *Las Leyes*, Libro vi, 757 a).

El sabio, por más que se baste a sí mismo, quiere no obstante tener un amigo, aunque no sea más que para ejercitar la amistad a fin de que tan gran virtud no quede inactiva (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 9, 8).

Tse-kung preguntó cómo debía actuar con los amigos. El maestro respondió: “Háblales siempre con sinceridad e intenta llevarlos por el camino recto. En el caso de que no puedas comportarte de esa manera, será mejor que no tengas amigos; significarían para ti una deshonra” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 165).

## Anhelo de poder

(...) cuando es inferior, la gente se enrola en una lucha a fin de poder llegar a ser igual, y cuando es igual, a fin de llegar a ser superior (Aristóteles, *Política*, 302 a, 42-44).

Si se busca el poder a causa de la gloria, exclúyase el crimen en el que no hay ni un ápice de gloria (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 87).

¿Qué debería suponerse de un ministro que acepta servir a un príncipe<sup>5</sup> indigno, renunciando para ellos a sus justos principios? (Confucio citado por Yáñez, 2002, 177).

No tengamos envidia a los que ocupan encumbrados lugares, porque lo que nos parece altura, puede ser despeñadero (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. x, 111).

Hay muchos que se ven forzados a estar aferrados a la altura en que se hallan, por no poder bajar de ella si no es cayendo (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. x, 112).

## Anhelo de riquezas

Un hombre entiende que la riqueza es el bien más grande. Esta falsedad encierra veneno, roe su alma, lo confunde, no le deja dormir, lo llena de tormentos, lo empuja contra las rocas, lo ahoga y lo priva de la libertad (Plutarco, *Sobre la superstición*, 165a 1-4).

---

<sup>5</sup> Es de señalar que es necesario extrapolar el término “príncipe” del pensamiento clásico al término actual de “gobernante”. Igualmente con los términos “rey” y “soberano”, empleados en otras citas.

Dejar de conceder importancia al desarrollo de la inteligencia y del carácter, buscando nada más lo superficial, es decir, las riquezas, da lugar a la perversión de los sentimientos del pueblo, el cual solo tendrá en cuenta las riquezas y se entregará desmedidamente al robo y al saqueo (Confucio citado por Yáñez, 2002, 130).

Las riquezas no deben robarse, las que dan los dioses son mucho mejores; pues si alguien con sus propias manos quita a la fuerza una gran fortuna o la roba con su lengua como a menudo sucede –cuando el deseo de lucro hace perder la cabeza a los hombres y la falta de escrúpulos oprime a la honradez–, rápidamente le debilitan los dioses y arruinan la casa de un hombre semejante, de modo que por poco tiempo le dura la dicha (Hesíodo, *Trabajos y días*, 320-328).

¿Por qué amontonáis riquezas sobre las riquezas? ¿No es locura, no es el colmo de la extravagancia codiciar tanto cuando se da abasto a tan poco? Por más que aumentéis vuestras rentas, por más que extendáis los límites de vuestras haciendas, nunca ampliaréis la capacidad de vuestros cuerpos (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. x).

El que necesita de las riquezas teme por ellas, nadie goza de un bien que preocupa. Si se esfuerza en aumentarlas en alguna cantidad, mientras piensa en su incremento, se olvida de su uso (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 14, 18).

Nadie es rico por nacimiento; todo el que viene al mundo recibe la orden de contentarse con leche y pañales. ¡Y con semejantes principios los reinos no nos bastan! (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 20, 13).

## **Antivalores**

La malevolencia, la desvergüenza, la envidia; y en el orden de los actos, el adulterio, el robo, el homicidio. Todas estas cosas, en efecto, lo mismo que las que se les parecen, provocan la recriminación, porque son malas en sí mismas y no en su exceso o en su defecto. En ellas no se está jamás en el camino recto sino en la falta. (...) El solo hecho de cometer una u otra de estas acciones constituye una falta (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1107 a, 14-20).

Cuando alguien habla con parcialidad, sé cuál es su obnubilación; cuando las palabras son obscenas, sé en lo que el individuo ha caído; cuando son malvadas, sé lo que el hombre se aparta del bien; cuando son evasivas, sé de la carencia que hay debajo. Estos conceptos, nacidos en el intelecto, dañan la labor de gobierno y actuando en esta, perjudican los asuntos concretos (Confucio, 2002, 241).

Mencio dijo: “El sentimiento de vergüenza es de gran importancia para los hombres. Los que traman y maquinan males no dejan que surja en ellos vergüenza alguna. El que no siente vergüenza no es un hombre; nada tiene igual que los hombres” (Confucio, 2002, 354-355).

El que tiene viciado su principio o norma racional, necesariamente lo usará viciosamente (Aristóteles, 1981, 170).

## **Arrogancia**

Nada tan frecuente como hallar poderosos que creen saberlo todo, sin saber nada, incluso ignorando las verdades más esenciales y rudimentarias. Como nacen en la riqueza y no carecen de cosa alguna, no llegan ni a imaginar que pueda faltarles lo

que les sobra. ¿Qué es lo que me falta? —preguntó un mag-nate—. Nada sabes de lo que verdaderamente es el hombre; desconoces la naturaleza del bien y del mal, en fin, y esto es lo que más va a sorprenderte, ni a ti mismo tan siquiera te conoces. ¡Pero, cómo! ¿Te vas disgustado de mi sinceridad? ¿Es que te he causado mal alguno? ¡Si no he hecho sino presentarte el espejo que te ha retratado tal cual eres! (Epicteto, 2004, 33).

La arrogancia tiene la soledad por compañera (Platón citado por Plutarco en *Consejos Políticos*, 808 d).

La grandeza de la soberbia es vana y convierte en odiosas hasta a las cosas dignas de ser amadas (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, XIII).

## Asesores

(...) habitar junto al poder y no hacer que los príncipes sean aplicados es una vergüenza (Confucio, 2002, 323).

El hombre superior sirve a su soberano nada más que guiándole por el camino recto y haciendo que su voluntad resida en la benevolencia (Confucio, 2002, 347).

El Rey Xuan de Qi preguntó acerca de los primeros ministros y Mencio le respondió: “¿Acerca de qué ministros pregunta vuestra Majestad?”. El Rey dijo: “¿Acaso no son todos iguales?”, a lo que Mencio respondió: “No, los hay nobles y parientes del príncipe y los hay que llevan otro apellido”. El rey dijo: “Entonces háblame de los que llevan el mismo nombre”. Mencio dijo: “Si el soberano tiene grandes faltas, deberán censurárselas y si, después de haber insistido mucho

en ello, aquel aún se niega a escucharlos, deberán destronarlo”. La cara del Rey se demudó al oír esto. Mencio dijo: “No se altere Vuestra Majestad. Vuestra Majestad me ha preguntado y yo no me atrevo a responder si no es con la verdad”. El rostro del Rey se serenó y entonces le preguntó por los ministros de diferente apellido. Mencio respondió: “Si el soberano tiene defectos, los ministros deberán censurárselos y si, después de mucho insistir, el rey no los escucha, deberán dimitir de su puesto y marcharse” (Confucio, 2002, 327).

### **Astucia<sup>6</sup>**

Quien gobierna con astucia  
arruina al Estado (Lao Tse, 1979, 77).

Con la inteligencia y la astucia  
surgen los grandes hipócritas (Lao Tse, 1979, 30).

Quién gobierna sin servirse de la astucia  
enriquece al Estado (Lao Tse, 1979, 77).

### **Autenticidad**

Haga o diga uno lo que sea, preciso es que yo sea bueno. Como si el oro, la esmeralda o la púrpura estuviesen siempre diciendo esto: “Haga o diga uno lo que sea, preciso es que yo sea esmeralda y tenga mi propio color” (Marco Aurelio. *Meditaciones*, Libro VII, 15).

---

<sup>6</sup> La astucia en las culturas clásicas era considerada como una actitud negativa. Se refería a personas con habilidad para engañar y manipular.

De la misma manera que los músicos piden que el rasgueo de las cuerdas exprese sentimiento, no solo sonido, así póngase de manifiesto en el discurso del político, del que aconseja o del que manda, no habilidad ni virtuosismo ni se elogie del orador su facilidad, técnica o sutileza, sino que el discurso debe estar imbuido de sentimiento no fingido, de nobleza auténtica, de franqueza paternal, de previsión, de comprensión diligente (Plutarco, *Consejos Políticos*, 802 f).

Dice Epicuro: “Si vives conforme a la naturaleza nunca serás pobre; si conforme a la opinión, nunca serás rico” (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio, Libro I*, epístola 16, 7).

## **Autoridad**

El temor es guardián de un poder duradero; la benevolencia en cambio lo guarda durante toda la vida (Cicerón, *Sobre los deberes. Libro II*, 24).

La obediencia es instrucción que viene del que gobierna; porque el mandar bien es lo que produce el bien ejecutar (Plutarco, 1982, 63).

Porque el que tiene autoridad lo primero que debe guardar es la autoridad misma que se le dio; e igualmente contribuye para esto el no quedarse corto que el no exceder de lo que no conviene; y el que cede en ella o tira a extenderla, ya no permanece Rey o Emperador, sino que degenerando en demagogo o en déspota, engendra en los súbditos menosprecio u odio; bien que lo primero parece que es exceso de equidad y humanidad, y lo segundo de amor propio y aspereza (Plutarco, 1982, 40).

Se dice que unos trabajan con la inteligencia y otros con el cuerpo. Los que trabajan con la inteligencia gobiernan a los hombres, los que trabajan con el cuerpo son gobernados. Los gobernados alimentan a los que gobiernan y los que gobiernan se alimentan a costa de los gobernados. Este es un principio general en el mundo (Confucio, 2002, 265).

El título de magistratura, tomándolo simplemente, debe aplicarse de modo principal a aquellos cargos a quienes se ha asignado el deber de deliberar acerca de ciertas cuestiones y de obrar como jueces y de emitir órdenes, y de manera especial esto último, ya que el dar órdenes es lo más característico de la autoridad (Aristóteles, *Política*, 1299 a, 35-40).

### **Autosuficiencia**

Cuando estamos a punto de embarcar, pedimos a los dioses vientos favorables con objeto de llegar pronto a destino (...) Acostúmbrate a que no podemos disponer más de lo que depende de nosotros y hemos de tomar lo demás tal cual llega (Epicteto, 2004,70).

(...) autosuficiencia significa tener provisión de todo y carencia de nada (Aristóteles, *Política*, 1326 b, 41-42).

La comunidad compuesta por varios pueblos o aldeas es la *polis perfecta*. Esta ha conseguido al fin el límite de una autosuficiencia virtualmente completa, y así, habiendo comenzado a existir simplemente para proveer la vida, existe actualmente para atender a una vida buena (Aristóteles, *Política*, 1252 b, 44-48).

## **Avaricia**

Lo principal en el desempeño de todo quehacer público es alejar hasta la más diminuta sospecha de avaricia (Cicerón, *Sobre los deberes*. Libro II, 75).

Para nuestra avaricia, lo mucho es poco, y para nuestra necesidad, lo poco es mucho (Séneca, *El libro de oro*, 247).

No hay vicio más repugnante que la avaricia, sobre todo en la gente principal y en los que gobiernan la República. Desempeñar un cargo público para enriquecerse no es solamente vergonzoso, sino también impío contra la patria (Cicerón, *Sobre los deberes*. Libro II, 77).

No hay avaricia sin pena, aunque ya ella sea, de por sí, pena bastante (Séneca, *Antología*, 219).

Con toda razón es odiada la usura, porque su ganancia procede del dinero mismo y no de aquello en orden a lo cual se inventó la moneda. La moneda, en efecto, vino a existir para favorecer el intercambio, pero el interés incrementa el valor de la moneda misma; en consecuencia, esta forma de adquirir riqueza es, entre todas las formas, la más contraria a la naturaleza (Aristóteles, *Política*, 1258 b, 3-11).

(...) el más relevante testimonio a la sentencia de Platón, que exhorta al que quiera ser verdaderamente rico a que, en lugar de aumentar la riqueza, disminuya el deseo insaciable de tener; pues el que no sabe acallar la avaricia, jamás se verá libre ni de pobreza ni de miseria (Plutarco, 1982, 354).

## Benevolencia

Zizhang preguntó a Confucio acerca de la benevolencia. Confucio le dijo: “Si eres capaz de poner en práctica cinco cosas, serás considerado benevolente en todo el ancho espacio bajo el cielo. (...) Cortesía, generosidad, sinceridad, diligencia y amabilidad. Si eres cortés, no te insultarán; si eres generoso, te ganará a todos; si eres sincero, los demás te darán su confianza; si eres diligente, conseguirás muchas cosas; y si eres amable, tendrás lo que hace falta para dar encargos a las demás personas (Confucio, 2002, 190-191).

Si puedes, cámbialo con tu enseñanza; si no, recuerda que para ello se te ha dado la benevolencia (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IX, 11).

(...) son los que en la vida obran bien, como es preciso, los que en la vida llegan a poseer el bien y lo noble (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1099 a, 8-10).

Veamos las normas de conseguir la benevolencia. Se consigue sobre todo con beneficios; en segundo lugar, con la buena disposición para hacer el bien aunque no tengas muchos medios para ello. Se suscita grandemente el amor de la comunidad con la fama y reputación de liberalidad, de beneficencia, de justicia, de fidelidad y de todas las virtudes que guardan relación con la suavidad de costumbres y la delicadeza, (...) la naturaleza misma nos impulsa a amar a quienes creemos que están adornados de estas virtudes (*Cicerón, Sobre los deberes*, Libro II, 32).

El que vuelca sus fuerzas en ser bueno, será por ello el más fuerte entre todos los príncipes; no necesitará para conseguirlo

disponer de un reino poderoso (Confucio citado por Yáñez, 2002, 173).

Confucio dijo: “Si la voluntad está puesta en la benevolencia, nunca se causará mal alguno” (Confucio, 2002, 86).

Si el hombre superior es respetuoso en todo momento, cortés con los demás y lleno de corrección, todos los hombres que habitan en el recinto delimitado por los cuatro mares serán sus hermanos y, entonces, ¿por qué habría de preocuparse el hombre superior de no tener hermanos? (Confucio, 2002, 144).

Lo bello de una comunidad es su grado de desprendimiento para con el prójimo (...) El amor a los demás es la virtud celeste más respetable y gloriosa, la morada apacible del hombre (Confucio, 2002, 246).

Un hombre benévolo no hace caer su rabia sobre su hermano, ni le guarda resentimiento, solamente le ama y le tiene afecto (Confucio, 2002, 310).

La virtud de benevolencia es la característica propia del hombre; es la doctrina y el camino de su conducta (Confucio, 2002, 371).

Al sol no hay que suplicarle para que dé a cada uno su parte de luz y de calor. Del mismo modo, haz todo el bien que de ti dependa sin esperar a que te lo pidan (Epicteto, 2004, 54). Si los hombres no hacen el bien, el defecto no es la naturaleza. El apiadarse de los otros es un sentimiento que tienen todos los hombres, asimismo, todos los hombres tienen los sentimientos de vergüenza y disgusto, de respeto y de reverencia,

de asentamiento o de negación. El apiadarse de los demás implica que tenemos la benevolencia (Confucio, 2002, 332).

Mencio dijo: “El hombre superior se diferencia de los demás por lo que conserva en su corazón: guarda en él la benevolencia y la corrección” (Confucio, 2002, 301).

Virtuosa cosa es perdonar a quien se arrepiente (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 210).

(...) teniendo en cuenta que tu deber es ser una persona buena y que es lo que exige la naturaleza humana, cumple con aquel sin dejarte doblegar y como te parezca más justo, únicamente con benevolencia, modestia y sinceridad (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 5).

## **Bestialidad**

La bestialidad es una modalidad del vicio que excede toda medida. Porque cuando vemos que un hombre es radicalmente malo, decimos que no es un hombre sino un animal (Aristóteles, 1981, 143).

(...) Bestialidad. No es en los animales donde nosotros vemos esto, sino en el hombre; ya que nosotros usamos esta palabra para expresar un exceso en el vicio humano (Aristóteles, 1981, 155).

(...) La bajeza de los seres humanos es una cosa insaciable (...) porque en su naturaleza el apetito es ilimitado, y la gran mayoría de la humanidad vive para satisfacer su apetito (Aristóteles, *Política*, 1267 b, 1,5-6).

Un hombre malo puede causar mil veces más daño que una bestia feroz (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1150 a 10-11).

Aquellos que carecen de experiencia de la sabiduría y de la excelencia y que pasan toda su vida en festines y cosas de esa índole son transportados hacia abajo y luego nuevamente hacia el medio, y deambulan toda su vida hacia uno y otro lado; jamás han ido más allá de esto, ni se han elevado para mirar hacia lo verdaderamente alto, ni se han satisfecho realmente con lo real, ni han disfrutado de un placer sólido y puro, sino que, como si fueran animales, miran siempre para abajo, inclinándose sobre la tierra, y devoran sobre las mesas, comiendo y copulando; y en su codicia por estas cosas se patean y cornean unos a otros con cuernos y pezuñas de hierro, y debido a su voracidad insaciable se matan, dado que no satisfacen con cosas reales la irreal parte de sí mismos que la recibe (Platón, *La República*, 586 a, b).

De los que carecen de juicio no hay ninguno que deba abandonarse a su suerte; porque entonces conciben malos propósitos, planean situaciones futuras de peligro para los demás o para sí mismos, ponen en orden de batalla sus instintos; su espíritu descubre cuánto ocultaba por miedo o vergüenza y les estimula a la audacia y excita su ira (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 10, 2).

El hombre es la más cruel de todas las fieras cuando a las pasiones se une el poder (Plutarco, 1982, 331).

Toda ferocidad procede de debilidad (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. III).

¿Estimarás una víbora por el simple hecho de verla en una caja de oro? ¿Dejará acaso de inspirarme menos horror y

menos recelo su ponzoña e innata maldad? Haz pues, lo mismo con el malvado, aunque le veas nadando en riquezas (Epicteto, 2004, 35).

## **Bien actuar**

(...) las acciones justas causan placer al que ama la justicia, y las cosas conforme a la virtud causan placer al que ama la virtud (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1099 a, 15-17).

(...) las acciones según la virtud son agradables por sí mismas. Más aún: son buenas y bellas (...) (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1099 a, 33-34).

(...) son las actividades del hombre conformes a la virtud las que determinan sobre todo la felicidad, mientras que la actividad contraria es la causa del efecto contrario (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1100 b, 12-15).

(...) el carácter de la virtud reside más en las buenas obras que uno realiza que en las que uno recibe, y en la ejecución de buenas acciones más que en evitar acciones vergonzosas. Y es evidente que hacer el bien y realizar buenas acciones es algo que va unido al hecho de dar, mientras que recibir un beneficio o abstenerse de algo vergonzoso corresponde más bien al hecho de tomar (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1120 a, 17-23).

El acto de virtud va acompañado de placer o al menos va desprovisto de amargura y, en todo caso, no es con seguridad algo penoso (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1120 a, 41-43).

(...) desde nuestro nacimiento somos movidos a ser justos, sobrios, valientes y a desarrollar otras cualidades. No obstante,

buscamos aún otra cosa, a saber, el bien en sentido estricto (...) (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1144b, 6-8).

Conmigo está lo bueno y lo justo (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 42).

### **Bien común**

Es necesario colocar el bien supremo en un lugar tan elevado que ninguna fuerza humana pueda derribarlo: allí a donde no tengan acceso ni el dolor, ni la esperanza, ni el temor, ni cosa alguna que pueda causar deterioro en los atributos del sumo bien (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. xxv).

El bien es ciertamente deseable cuando interesa a un solo individuo, pero se reviste de un carácter más bello y más divino cuando interesa a un pueblo y a un Estado (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1094 b, 11-14).

El término “recto” hay que entenderlo en sentido de igualdad, y lo que es recto en sentido de igual hay que entenderlo en relación con los intereses de todo el Estado y con el bienestar común de los ciudadanos (Aristóteles, *Política*, 1283 b, 53-56).

(...) son siempre los más débiles los que buscan lo igual y lo justo, mientras que los que tienen la fuerza no se ocupan nada de ello (Aristóteles, *Política*, 1318 b, 8-10).

Conviene tener siempre estas dos propensiones: la una, a hacer aquello que te sugiera la razón de tu facultad ejecutiva y legislativa en beneficio de los hombres; la otra, a cambiar si se te ofrece alguien que te corrige y te disuade de alguna falsa

creencia. Pero este nuevo derrotero debe ser causado siempre por alguna convicción de justicia o de utilidad común, y tu remodelamiento debe tener solo esas características, no porque te haya parecido agradable o bien visto (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IV, 12).

¿Qué más quieres por hacer bien a un hombre? ¿No basta el hecho de haber obrado de acuerdo con tu naturaleza, sino que buscas el pago de ello? Como si el ojo reclamase una recompensa porque ve, o los pies porque caminan. Porque igual que estos están hechos para una función determinada, y si la llevan a cabo según su propia constitución, obtienen lo que es suyo propio, así también el hombre que ha nacido para hacer el bien, cada vez que realice alguna buena obra ha hecho aquello para lo que ha sido constituido, y tiene lo suyo (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IX, 42).

Necesitamos buscar los mejores guardianes con la convicción que les es inherente, y según la cual, lo que se debe hacer siempre es lo que piensan que es lo mejor para el Estado (Platón, *La República*, 413 c).

El que piensa promulgar leyes para ciudades y prescribir cómo sus ciudadanos deben vivir practicando las cosas públicas y comunes, pero no cree que de la vida privada deba regular ni siquiera lo que sea inevitable, sino que cada uno debe poder hacer la vida diaria que quisiera, ya que no todo tiene por qué estar sujeto a orden, y supone que aunque deje la vida privada sin legislar, los ciudadanos querrán vivir respetando las leyes en el ámbito de la vida común y pública, no razona correctamente (Platón, *Las Leyes*, Libro VI, 780a).

Es difícil reconocer que el verdadero arte político se ocupa necesariamente no de lo particular sino de lo común —pues

lo común une, mientras que lo particular desmembra las ciudades—, y que conviene tanto a lo público como a lo privado, a ambos, si se coloca a lo público por encima de lo privado (Platón, *Las Leyes*, Libro IX, 875 a, b).

Heráclito dice que los que están despiertos tienen un solo mundo que es común para todos, pero cada uno de los que duermen se vuelve hacia el suyo particular (Plutarco, *Sobre la superstición*, 166c 2-5).

Lo que no beneficia a la colmena tampoco beneficia a la abeja (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VI, 54).

## **Bondad**

Prueba cómo te va la vida del hombre bueno, que disfruta con la parte que le ha tocado del todo, y al que le basta su propia acción justa y su disposición benévola (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IV, 25).

La vida de la que con total justeza se dice que está completamente abocada a la victoria en la práctica de la virtud del cuerpo y del alma tiene el doble de ocupaciones (...) (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 807 c).

Y un hombre es justo y sobrio no solo cuando se limita a realizar actos de esta clase, sino cuando los realiza con las disposiciones de espíritu propias de los hombres justos y sobrios (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1105 b, 10-12).

Es razonable decir que es por la práctica de la justicia y la templanza como se llega a ser justo y sobrio y, sin esta práctica, nadie estará ni aún en camino de llegar a ser honesto y virtuoso (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1105 b, 12-16).

(...) no será uno el mejor de todos por quererlo, a no ser que se añada a ello la capacidad de su naturaleza para ser el mejor; pero sí será mejor que antes (Aristóteles, 1981, 62).

Si el hombre virtuoso, cuando viene a sus manos el honor o el poder, no hiciera de ellos un uso recto, dejaría de ser un hombre virtuoso. Supuesto que ni el honor ni el poder pueden hacer de un hombre bueno un hombre malo, mucho menos puede producir este efecto la virtud (Aristóteles, 1981, 140).

Si un hombre realiza cosas honestas y dignas con placer, será un hombre bueno (Aristóteles, 1981, 168).

Se dice que el hombre es honesto y bueno cuando es moralmente perfecto, porque tan solo su virtud le da derecho a este título o apelación. Así pues, es el hombre justo, el hombre fuerte, el hombre sobrio, el que es llamado honesto y bueno; en una palabra, es la virtud lo que le granjea al hombre este nombre (Aristóteles, 1981, 178).

El hombre honesto y bueno es aquel para quien lo que es absolutamente bueno es bueno, y lo que es absolutamente honesto es honesto; porque un hombre así es él mismo ambas cosas, bueno y honesto (Aristóteles, 1981, 179).

Es la clase de hombre para quien todo lo que es bueno es bueno –el hombre incorruptible por las riquezas, el poder o cualquier otra cosa buena–, el que es solamente honesto y bueno (Aristóteles, 1981, 179).

Están mejor puestos los favores en los buenos que en los poderosos. Hay que procurar satisfacer a todo el mundo, pero si nos vemos dudosos, debemos recurrir al consejo de Temistocles,

que al ser consultado sobre a quién debía entregarse la hija en matrimonio, si a un hombre pobre que sea bueno o a un rico que sea menos recomendable, dijo: “Yo, por mi parte, prefiero un hombre que no tenga dinero, al dinero que no tenga un hombre” (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 71).

Los hombres de bien buscan las cosas honestas, no las ocultas (Cicerón, *Sobre los deberes*. Libro III, 39).

El hombre bueno ni para comprar ni para vender mejor simulará ni disimulará nada (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 61).

Es conforme a la naturaleza el que nadie obre aprovechándose de la ignorancia ajena (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 72).

Despliega y aplica el conocimiento que hay en ti para ver la imagen y el concepto del hombre bueno (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 82).

¿Hay algo que sea tan precioso o un interés tan deseable que perdamos por él el prestigio y la gloria del hombre de bien? ¿Qué es lo que puede aportarnos esa llamada utilidad que pueda equipararse a los que nos quita? (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 82).

El perfeccionamiento de uno mismo constituye la base de todo progreso moral (Confucio citado por Yáñez, 2002, 123).

#### LXXXI

El hombre bueno no gusta de disputas,  
y el que sí gusta no es hombre bueno (Lao Tse, 1979, 93).

En los hombres buenos nada hay tan admirable para los de afuera como lo es su vida cotidiana para los de su casa (Plutarco, 1991, 127).

Al ebrio nadie le confía un secreto, pero al hombre de bien sí se le confía, luego el hombre de bien no será ebrio (Séneca, *Epístolas Morales a Lucilio*, Libro II, Carta LXXXIII).

Mucho camino tiene andado para mejorar las costumbres el que desea mejorarlas (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 278).

Nunca nos avergüence si la obra es buena (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 689).

Gao dijo: “La naturaleza del hombre es como una corriente de agua que fluye rápidamente (...) La naturaleza del hombre no distingue entre el bien y el mal, de la misma manera que el agua no distingue entre el este y el oeste (...) La naturaleza del hombre tiende al bien como el agua tiende a bajar. No hay hombre que no tienda al bien como no hay agua que no tienda a bajar (...) Al hombre se le puede hacer que obre mal, pero su naturaleza tendrá que ser manipulada (...)” (Confucio, 2002, 329-330).

Los hombres que llegan a ser más perversos salen de entre los poderosos; sin embargo, nada impide que entre ellos se produzcan también hombres buenos, y los que lo son merecen la mayor admiración (Platón, *Gorgias*, 526a, 1-3).

No actúes como quién va a vivir diez mil años. (...) Mientras vivas, mientras es posible, sé bueno (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IV, 17).

## Buen gobernante

Si el que gobierna no es temperado ni justo, ¿cómo gobernará bien? (Aristóteles, *Política*, 1260 a, 1).

El que gobierna debe poseer la virtud ética en su plenitud, pues su cometido es, en sentido absoluto, el de maestro de obra, y la razón es maestra o directora de obra (Aristóteles, *Política*, 1260 a, 22-25).

(...) si hay algún hombre virtuoso que es mejor que los demás hombres virtuosos del Estado, según el principio de justicia este hombre deberá gobernar (Aristóteles, *Política*, 1283 b, 29-32).

En el caso en que haya otra persona que sea superior a nosotros en virtud y en capacidad práctica para las más altas responsabilidades, es noble seguirle y es justo obedecerle. Él debe poseer no solamente virtud, sino también capacidad que haya de hacerle apto para la acción (Aristóteles, *Política*, 1325 b, 14-19).

Lucio Mumio (...) prefirió embellecer y adornar Italia que su propia casa, aunque adornada Italia, quedaba su casa mucho más adornada (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 77).

En el Libro de las Canciones se ha escrito: “Elogiad al soberano que gobierna prudentemente, pues la luz de su virtud entra por todas partes; trata con justicia a los jueces y al pueblo; su fortuna y su poder provienen del Cielo; mantiene la paz, el orden y el bienestar distribuyendo con equidad la riqueza que posee, y el cielo le recompensa con largueza” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 142).

Nada más que el hombre bueno y piadoso con todos merece ocupar el trono. Cuando se sienta en el trono un hombre perverso y cruel, su maldad actuará como la peste que enfermará a los súbditos (Confucio citado por Yáñez, 2002, 179).

Por todo lugar por donde pasa un hombre superior se producen cambios; dondequiera que viva, emana una energía que fluye hacia arriba y hacia abajo como la del cielo y la tierra (Confucio, 2002, 356).

Mencio dijo: “Los grandes hombres no practican las falsas cortesías ni las justicias injustas” (Confucio, 2002, 295).

Todos aquellos que Fortuna llevó a puestos de responsabilidad, todos cuantos fueron miembros o instrumentos del poder ajeno, mantuvieron un prestigio floreciente y frecuentada su casa mientras permanecieron en pie; después, el recuerdo pronto les abandono. Más la estima por los genios va en aumento, y no solo a sus personas se les dispensan honores, sino que es bien acogido todo cuanto va unido a su recuerdo (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 21, 6).

El que gobierna tiene que hacer que los gobernados sean rectos. ¿Quién se atreverá a no ser recto cuando para gobernar se usa la rectitud? (Confucio, 2002, 147).

Cuando un gobernante es recto, se pondrán las cosas en práctica aunque no dé órdenes, pero si él mismo no es recto, aunque dé órdenes nadie las obedecerá (Confucio, 2002, 153).

Los reyes preeminentes de la antigüedad amaban el bien y se olvidaban del poder (Confucio, 2002, 355).

Si un hombre se corrige a sí mismo, ¿Qué dificultad tendría para ejercer labores de gobierno?, pero, sino puede hacerse recto a sí mismo, ¿cómo podría hacer que los demás lo sean? (Confucio, 2002, 154).

Confucio dijo: “El que gobierna con la virtud es comparable a la Estrella Polar, que permanece en su lugar mientras la masa de los cuerpos celestes se vuelve a saludarla” (Confucio, 2002, 71).

Cuando el príncipe es bondadoso y vive en la virtud, la totalidad de sus súbditos aman su justicia; si los súbditos aman la justicia, obedecerán todas las órdenes del príncipe (Confucio citado por Yáñez, 2002, 133).

Para pocos nació el que solamente es útil a las gentes de su tiempo (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 640).

Más que a sus hijos, debe amar el príncipe a su nación (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 425).

Es un deber de honesta fidelidad al príncipe invitarle a la práctica del bien y disuadirle de cometer todo acto deshonesto (Confucio citado por Yáñez, 2002, 180).

El gran gobernante pasa inadvertido por el pueblo.  
A este sucede el que es amado y elogiado por el pueblo.  
Después, el que es temido.  
Y finalmente, el despreciado (Lao Tse, 1979, 29).

## Buen gobierno

Cualquier Estado que verdaderamente se llame así, y que no sea solamente de nombre, debe atender a la virtud (Aristóteles, *Política*, 1280 b, 11-12).

(...) la riqueza y la libertad son indispensables para la existencia del Estado, mientras que la justicia y la virtud cívica son necesarias para su buen gobierno (Aristóteles, *Política*, 1283 a, 31-33).

El término “buen gobierno” debe entenderse en dos sentidos: por una parte, implica obediencia a las leyes establecidas y, por otra, implica que las leyes establecidas que los ciudadanos observan sean excelentes (Aristóteles, *Política*, 1294 a, 6-9).

(...) es posible que aun un Estado singular y aislado sea feliz, es decir, un Estado que esté bien gobernado; puesto que es concebible que un Estado pueda ser gobernado en cualquier otra parte, aisladamente, con buenas leyes (...) (Aristóteles, *Política*, 1324 b, 59 y 1325 a, 1-3).

Un Estado, al igual que otras cosas tiene una función que cumplir; de manera que el Estado que sea más capaz de cumplir esta función es el que debe ser considerado el mayor (...) (Aristóteles, *Política*, 1326 a, 15-18).

Llegando a la cuestión de que el Estado sea virtuoso, el garantizar esto no es función de la suerte, sino de la ciencia y la decisión reflexiva. Pero entonces la virtud del Estado se debe, sin duda, a que los ciudadanos que tienen parte en su gobierno son ellos mismos virtuosos (...) (Aristóteles, *Política*, 1332 a, 45-49).

(...) el gobierno es de dos clases: uno que tiene como fin al gobernante y otro que tiene como fin al gobernado (Aristóteles, *Política*, 1333 a, 5-7).

Para gobernar bien es necesario, sobre todo, mantener el orden en la propia familia (Confucio citado por Yáñez, 2002, 128).

Si mantenéis en vuestra familia la virtud y la cortesía, estaréis preparados para gobernar con sabiduría (Confucio citado por Yáñez, 2002, 128).

Cuando el reino goza de un buen gobierno, el mundo entero disfruta de paz y armonía (Confucio citado por Yáñez, 2002, 128).

La mejor defensa de un reino se basa en la decidida voluntad de sus habitantes, la cual se conquista por medio de un gobierno humanitario y justo (Confucio citado por Yáñez, 2002, 174).

Si aplicas los principios del buen gobierno, podrás convertirlo en el reino más poderoso (Confucio citado por Yáñez, 2002, 175).

Para que haya buen gobierno debe haber abundancia de comida, un ejército suficiente y confianza de los ciudadanos en el gobernante (Confucio, 2002, 145).

El duque Qing de Qi preguntó a Confucio en qué consistía el buen gobierno. Confucio respondió: “En que el soberano sea soberano; el ministro, ministro; el padre, padre; y el hijo, hijo” (Confucio, 2002, 146).

Zizhang pregunto a Confucio acerca del gobierno. Confucio le dijo: “Para gobernar, hay que insistir en ello sin cansarse y usar una norma fija de actuación” (Confucio, 2002, 147).

El resultado del buen gobierno consiste en que sean felices los que están próximos y en que acudan a él los que están lejos (Confucio, 2002, 159).

Mencio dijo: “Amar el bien es una excelente característica (...) cuánto más lo será para administrar el Estado” (Confucio, 2002, 350).

Son los hombres los que hacen florecer el gobierno de la misma forma que la tierra hace florecer los árboles (...) en consecuencia, el gobierno depende de los hombres. Para escoger estos hombres, el gobernante tendrá primero que mejorarse a sí mismo (Confucio, *El justo medio*, punto xx).

En consecuencia, el gobierno depende de los hombres (individuos). Para escoger estos hombres, el gobernante tendrá primero que mejorarse a sí mismo. Para mejorarse a sí mismo, tendrá que valerse de la doctrina correcta. Para perfeccionarse en su asimilación de la doctrina, tendrá que practicar la benevolencia (Confucio, 2002, 410).

#### LIX

En el gobierno de los hombres y al servicio del cielo  
lo mejor es la moderación.

La moderación todo lo somete.

Quien consigue pronto el sometimiento,  
acumula mucha virtud.

Con la virtud acumulada,

vencerá en todo,

llegará a límites insospechados (Lao Tse, 1979, 71).

No pueden gobernar bien los que antes no han sabido ser gobernados (Platón citado por Plutarco en *Consejos Políticos*, 807 f).

En ningún tipo de gobierno, aquel que gobierna, examina y dispone lo que a él le conviene, sino lo que conviene al Estado, aquel para el que emplea su arte y, con la vista en este y en lo que a este conviene se adecúa, y por este dice todo lo que dice y hace todo lo que hace (Platón, *La República*, 342 e).

A menos que los filósofos gobiernen en los Estados, o los que ahora son llamados reyes y gobernantes filosofen (busquen la sabiduría) de modo genuino y adecuado, y que coincidan en una misma persona el poder político y la filosofía, y que prohibiéndose rigurosamente que ambos marchen separadamente (...) no habrá fin de los males para los Estados, ni tampoco para el género humano (Platón, *La República*, 473 d).

(...) donde se imponen los justos la ciudad es mejor y buena (Platón, *Las Leyes*, Libro I, 627b).

(...) Deben esforzarse seriamente para establecer las primeras magistraturas de la manera más firme y segura que sea posible. Elegir las restantes presenta en realidad una dificultad mucha menor, pero es absolutamente necesario que elijáis con especial celo los primeros guardianes de la ley (Platón, *Las Leyes*, Libro VI, 725 d, e).

(...) es necesario ocuparse del análisis del carácter de los ciudadanos, de los rasgos comunes que destacan más y son más importantes. Pues acometer inmediatamente el cambio de las costumbres y la transformación de la naturaleza del pueblo no es ni fácil ni seguro, sino que requiere mucho tiempo y autoridad (Plutarco, *Consejos Políticos*, 799 b).

Una vez adquiridas la autoridad y credibilidad, es necesario que el político intente acompasar el carácter de los ciudadanos, en tanto lo conduce poco a poco hacia lo mejor (...) (Plutarco, *Consejos Políticos*, 800 b).

Es tarea de educación política conseguir buenos gobernados (Plutarco, *Consejos Políticos*, 816 f).

El político, en la medida de sus fuerzas, no permitirá ningún acto de desmesura a los ciudadanos, (...) sino que, convenciendo y enseñando, combatirá impulsos semejantes (...) (Plutarco, *Consejos Políticos*, 818 d).

Únicamente existe una forma de incrementar las rentas públicas de un reino: que muchos produzcan y pocos sean los que derrochen. Si todo el pueblo actúa de esta forma, los beneficios resultarán siempre los necesarios (Confucio citado por Yáñez, 2002, 132-133).

## **Búsqueda**

Excava dentro. Dentro está la fuente del bien, que siempre puede manar, si escavas siempre (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 59).

Lo que busca el hombre superior se halla en él mismo, lo que busca el hombre vulgar se encuentra en los demás (Confucio, *Analectas*, Libro xv, punto xx).

El camino recto o regla de conducta hemos de encontrarlo dentro de nosotros (Confucio citado por Yáñez, 2002, 139).

## **Capacidad para el cargo público**

Amigo mío: considera en primer lugar qué es lo que deseas y examina luego tu propia naturaleza para ver si posees la fuerza necesaria para llevar a cumplimiento tus deseos. ¿Quieres ser atleta o gladiador? Pues mira tus brazos, palpa tus muslos, considera la robustez y resistencia de tus espaldas, que no todos hemos nacido para llevar a cabo las mismas empresas. ¿Estás seguro de que abrazando esta profesión podrás comer como los que la practican, beber como ellos y cómo ellos renunciar a las pasiones? Es preciso dormir poco, trabajar mucho, abandonar padres y amigos, contentarte con llegar el último a la obtención de cargos y honores. Considera bien todo esto, y mira si a este precio puedes comprar la tranquilidad, la libertad y la constancia; de lo contrario, aplícate a cualquier otra cosa y no hagas como los niños; no seas filósofo hoy, sicario mañana, pretor al otro día y finalmente, privado del príncipe. Mira que todas estas cosas se avienen muy mal entre sí. Es indispensable que seas un solo hombre. Es preciso que te apliques a estudiar lo que corresponde a tu naturaleza y disposición (Epicteto, 2004, 36).

Cuando se puede usar la energía en un cargo público, se usa; cuando no se es capaz, se dimite. ¿Cómo podría ser lazarillo de un ciego el que no lo sostiene cuando vacila o el que no lo levanta cuando cae? (Confucio, 2002, 183).

El que no ocupa el cargo correspondiente no puede planear la política que él quisiera (Confucio, 2002, 118).

Se dice que alguien es un gran ministro cuando sirve a su soberano según los principios de la buena doctrina, y dimite cuando no puede hacerlo (Confucio, 2002, 140).

Dar el gobierno a alguien es fácil, pero encontrar a uno que lo haga benéficamente es difícil (Confucio, 2002, 266).

Si aceptas un cargo para el cual no bastan tus fuerzas, además de que darás mala cuenta de él, te estorba a emplearte en otro en el que saldrías perfectamente bien (Epicteto, 2004, 20).

Si te propones desempeñar un papel superior a tus fuerzas, no solamente lo desempeñarás mal, sino que dejarás de representar aquel que hubieras desempeñado bien (Epicteto, 2004, 40).

¿Basta mi inteligencia para esto o no? Si basta, hago uso de ella para la acción. (...) Si no basta, cedo este trabajo al que puede realizarlo mejor, y, si esto no le va tampoco a otro, obro como puedo, eligiendo además al que puede hacer lo que ahora es oportuno y útil para la comunidad (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 5).

Sócrates — Si, en efecto, tú y yo exhortáramos recíprocamente para ocuparnos de los asuntos públicos en las edificaciones: las grandes construcciones de murallas, arsenales y templos, ¿no sería preciso que nos examináramos nosotros mismos y nos pusiéramos a prueba, en primer lugar, sobre si conocemos o no el arte de la edificación y con quién lo hemos aprendido? ¿Sería preciso o no?

Calicles — Desde luego, si es tu gusto.

Soc. — En segundo lugar, sería necesario considerar si en alguna ocasión hemos construido algún edificio particular para algún amigo o para nosotros y si este edificio es bello o feo; en el caso de que en estas indagaciones halláramos que nuestros maestros han sido hábiles y famosos y que nosotros hemos construido muchos y bellos edificios, primero bajo su dirección y después solos, cuando ya nos habíamos separado de

ellos, solo en estas condiciones podríamos, con buen sentido, emprender las obras públicas; pero si no pudiéramos nombrar ningún maestro, ni mostrar ningún edificio, o mostrar muchos sin mérito, entonces sería insensato, sin duda, emprender las edificaciones públicas y exhortarnos recíprocamente a ello. ¿Debemos decir que estas palabras son razonables o no? Cal. — Sí, desde luego.

Soc. — Y así sucede con todo. Si por ejemplo, intentáramos ejercer un servicio público y nos animáramos recíprocamente en la creencia de que somos médicos capaces, sin duda nos examinaríamos el uno al otro. Veamos, por los dioses, dirías tú, ¿cómo anda de salud el propio Sócrates? ¿Ya alguna otra persona ha vencido la enfermedad por intervención suya? Igualmente yo, sin duda, examinaría otras cosas semejantes de ti, y si halláramos que por nuestra intervención no se había curado nadie, ni forastero ni ciudadano, ni hombre ni mujer, por Zeus, Calicles, ¿no sería, en verdad, ridículo llegar a tal grado de insensatez que, antes de haber hecho en privado numerosas pruebas, con el éxito que fuese, y antes de rectificar muchas veces y ejercitar suficientemente el arte, intentáramos, como dice el proverbio, aprender la cerámica fabricando la tinaja y tratáramos de ejercer un cargo público y exhortáramos a ello a otros que están en las mismas condiciones? ¿No te parece absurdo obrar de este modo? (Platón, *Gorgias*, 514 a 6-10; b 1-8; c 1-8; d 1-11; e 1-11).

Sin duda, Hesíodo aconseja muy bien: “No aceptar nunca regalos de Zeus Olímpico sino rechazarlos”, refiriéndose a los dones de la fortuna y a las cosas externas, como si aconsejara no tocar la siringe si no era músico, no leer si era analfabeto, no montar a caballo si no estaba acostumbrado a los caballos, aconsejando no gobernar si era necio (...) (Plutarco, *Sobre la Fortuna*, 100 A).

Es necesario que haya hombres que sean aptos para gobernar y que presten este servicio al Estado, sea de una manera continua o por turnos (Aristóteles, *Política*, 1291 a, 52-55).

### **Cargos públicos**

Sin las magistraturas (cargos) indispensables no puede existir un Estado, mientras que sin aquellas que contribuyen al buen orden, a la educación y decoro cívicos, este no puede ser bien gobernado (Aristóteles, *Política*, 1321 b, 8-11).

Existen magistraturas que deben ser consideradas en primer lugar como muy necesarias, y a continuación de ellas hay que colocar aquellas que son menos necesarias que estas, pero que están clasificadas en un grado de dignidad más alto, porque requieren mucha experiencia y fidelidad (Aristóteles, *Política*, 1322 a, 44-48).

La pretensión de un cargo debe apoyarse necesariamente en la posesión de aquellas cosas que se encaminan a la acción propia del Estado (Aristóteles, *Política*, 1283 a, 20-22).

(...) no solo el cargo confiere relevancia al hombre, sino también el hombre al cargo (Plutarco, *Consejos Políticos*, 811 b).

### **Ciudadanía**

Un simple y puro ciudadano se define no por otra cosa, sino por el derecho de participar en las funciones judiciales y en las funciones públicas en general (Aristóteles, *Política*, 1275 a, 33-35).

(...) es un ciudadano el que participa del gobernar y ser gobernado, aun cuando sea distinto según cada forma de constitución; pero respecto de la forma mejor es ciudadano el que tiene la capacidad de ser gobernado y de gobernar con la mira puesta en una vida que esté en concordia con la virtud (Aristóteles, *Política*, 1284 a, 1-5).

Dado que cada familia es una parte de la ciudad y dado que las diversas relaciones de que hablamos son elementos de la realidad familiar, y supuesto asimismo que la virtud de la parte debe ser considerada en relación a la del todo, es necesario proveer a la educación de los niños y de las mujeres con los ojos puestos en la constitución de la ciudad, si es que importa en alguna medida al bien del estado que niños y mujeres estén llenos de entusiasmo por el bien. Y esta importancia es innegable: las mujeres, en efecto, constituyen la mitad de la población libre y los niños han de ser con el tiempo ciudadanos que participan del gobierno de la ciudad (Aristóteles, *Política*, 1260 b 19-39).

Un ciudadano es una especie de socio en una comunidad (Aristóteles, *Política*, 1276 b 26-27).

Ciudadano, en el más pleno sentido del término, significa aquel que participa en los honores del Estado (Aristóteles, *Política*, 1278 a 54-56).

El más eficaz de todos los medios dichos para garantizar la estabilidad de las constituciones es uno que actualmente desprecian todos los pueblos: un sistema de educación consecuente con las instituciones. Porque aún las leyes más valiosas carecen de toda utilidad, incluso una vez ratificadas por el juicio unánime del cuerpo total de los ciudadanos, si

estos no son formados en la constitución (Aristóteles, *Política*, 1310 a, 17-23).

Deshonroso es dañar a la patria: en consecuencia, también al ciudadano, pues este es porción de la patria —sagradas son las partes si el conjunto es venerable—, en consecuencia, también el hombre, pues este es conciudadano tuyo en una ciudad más grande (Séneca, *De la Cólera*, Libro II, 31, 7).

(...) una ciudad pertenece a todos sus ciudadanos en común (Aristóteles, *Política*, 1261 a, 2).

En cuanto al que es incapaz de formar parte de una comunidad política o al que no necesita de ello por bastarse a sí mismo, no es en modo alguno parte de una ciudad, sino una fiera o un Dios (Aristóteles, *Política*, 1253 a, 39-42).

El que estando presente no acuda en socorro del ofendido, sea proclamado cobarde y mal ciudadano por la ley (Platón, *Las Leyes*, Libro VI, 774 c).

## **Cobardía**

Descubrir lo justo y no realizarlo supone una cobardía (Confucio citado por Yáñez, 2002, 156).

Ver la justicia y no hacerla es cobardía (Confucio, 2002, 76).

Muchos no se atreven a manifestar sus opiniones, aunque sean óptimas, temiendo incurrir en el odio de la gente (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 85).

## Codicia

La codicia significa amar el dinero hasta el exceso (...) (Aristóteles, *Política*, 1263 b, 5).

Un hombre bien provisto de dinero puede a menudo verse desprovisto de las cosas más imprescindibles para la subsistencia. En verdad resulta una muy extraña riqueza aquella cuya abundante posesión no impide, como todo, que uno pueda morir de hambre, como el célebre Midas de la leyenda, cuando, debido a la insaciable codicia de su plegaria, todos los manjares que se le servían se convertían en oro (Aristóteles, *Política*, 1257 b, 21-26).

De aquí que parezca necesario que exista un límite para todas las riquezas, aunque de hecho vemos actualmente que sucede precisamente lo contrario, ya que todos los hombres dedicados a la obtención de riquezas intentan incrementar su dinero hasta cantidades ilimitadas (Aristóteles, *Política*, 1257 b, 48-52).

Algunas personas suponen que es una función de la administración doméstica el incrementar su propiedad y viven continuamente bajo la idea de que es su deber salvaguardar sus haberes monetarios o incrementarlos hasta una cuantía ilimitada. La causa de esta actitud está en que sus intereses están puestos en la vida, pero no en una vida buena; y así, puesto que el apetito de la vida es ilimitado, desean también sin límite los medios de satisfacerlo (Aristóteles, *Política*, 1257 b, 58-63 y 1258 a, 1-2).

(...) los poseedores de ricas propiedades, si la constitución les da una posición superior, buscan la manera de conducirse insolentemente y de ganar dinero (Aristóteles, *Política*, 1307 a, 28-30).

(...) a la mayoría de los hombres les mueve más la avidez de riqueza que la de honores (Aristóteles, *Política*, 1318 b, 25-27).

Los hombres creen que es bastante poseer un grado pequeño de virtud mientras que buscan intensamente y en cantidades sin límite las riquezas, los bienes, el poder, la gloria y cualquier cosa de este tipo (Aristóteles, *Política*, 1323 a, 46-49).

Cuando un único hombre, el príncipe, se muestra codicioso, la anarquía se extiende por el reino. Este es el significado del proverbio: “Es suficiente una palabra para malograr un negocio, un solo hombre puede decidir la fortuna de todo un imperio” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 127).

Las joyas de un príncipe son tres: su territorio, su pueblo y su autoridad política; si lo que él tiene como joyas es solo su jade y sus perlas, la desgracia se cebará en el Estado (Confucio, 2002, 375).

(...) a los insensatos les contaré una historia que mi hija contaba a su hermano. Decía que la luna pedía a su madre que le tejiese una túnica a su medida. Pero ella le dijo: “¿Cómo te la voy a tejer a tu medida? Ahora te estoy viendo llena, pero en otro momento en cuarto creciente y más tarde en cuarto menguante”. Del mismo modo, para el hombre imprudente y malo, no existe medida alguna de la propiedad, pues para sus necesidades unas veces es una, otras veces es otra, según los deseos y las ocasiones (...) (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 157 a 7-16; 157 b 1-4).

En torno al dinero se forma mucha algarabía: él agota el foro, a padres e hijos enzarza, venenos macera, tanto a sayones como a legiones entrega, él está de nuestra sangre empapado,

por él las noches de esposas y maridos chirrían de disputas. En los tribunales de los magistrados agobia la turbamulta, los reyes se ensañan y roban, y ciudades, gracias al largo esfuerzo de generaciones levantadas, arrasan con el objeto de rebuscar el oro y la plata por entre las cenizas de sus construcciones (Séneca, *De la cólera*, Libro III, 33, 1).

El rico aprovecha poco lo que tiene encerrado en el arca si, además de eso, anhela lo ajeno y si tiene el pensamiento no solo en lo adquirido sino en lo que codicia adquirir (Séneca, *De la cólera*, 214).

No habrá quien goce de vida tranquila mientras cuide en demasía aumentar su hacienda (Séneca, *De la pobreza*, 214).

Dice Epicuro: “A quien sus bienes no le parecen muy cuantiosos, aun siendo dueño de todo el mundo, ese es un desgraciado” (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 9, 20).

(...) cuando quieras saber si lo que pide responde a un deseo natural o a una ciega codicia, examina si puede detenerse en algún punto: si habiendo avanzado un gran trecho, siempre le queda otro más largo, ten por seguro que tal deseo no es natural (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 16, 9).

## Coherencia

(...) no seas filósofo hoy, sicario mañana, pretor el otro día y finalmente privado del príncipe. Mira que todas estas cosas se avienen muy mal entre sí. Es indispensable que seas un solo individuo bueno o malo. Es preciso que te apliques a estudiar lo que corresponde a la naturaleza y disposición y que trabajes

por adquirir los bienes interiores o los exteriores; en una palabra, que te manifiestes con el carácter de un filósofo o con el de un hombre vulgar (Epicteto, 2004, 36-37).

Antes de ofrecer, debemos detenernos, pero después de haber ofrecido, cumplirlo (Séneca, 1999, 241).

Vigila, pues, si acaso tu vestido y tu habitación están en desacuerdo, si acaso eres generoso contigo y mezquino con los tuyos, si acaso cenas frugalmente y edificas con suntuosidad. De una vez por todas, escoge una regla para vivir y ajusta a ella toda tu vida (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 20, 3).

Grande mérito hay en no corromperse con el uso de las riquezas; es grande aquel que entre las riquezas permanece sencillo (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 20, 10).

## Comunidad política

El hombre, en efecto, es un ser político y naturalmente hecho para la vida en sociedad (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1169 b, 28-30).

(...) el hombre es por naturaleza un animal político. De ahí que, aun cuando unos no necesiten la ayuda de otros, no por ello los hombres desean menos la vida en sociedad; al mismo tiempo, contribuye también a reunirlos el bienestar común, en proporción a la parte de vida feliz que cada uno obtiene en él. En realidad, es esta misma vida feliz lo que constituye el fin primordial de una sociedad, tanto para todos sus miembros tomados colectivamente como para cada uno en particular.

Pero los hombres también se unen y mantienen la asociación política con la finalidad exclusiva de vivir, porque sin duda hay también algún valor en el mero hecho de vivir, al menos mientras las dificultades de la vida no son excesivas, y es evidente que la masa de la humanidad se apega al vivir aun a costa de soportar muchos sufrimientos, lo cual demuestra que la vida contiene alguna medida de bondad y de dulzura en su naturaleza misma (Aristóteles, *Política*, 1278 b, 32-46).

En una colectividad de individuos, en efecto, cada uno sin duda posee alguna parcela de virtud y de sabiduría práctica, y, una vez reunidos todos en un cuerpo, igual que vienen a ser como un solo hombre provisto de gran cantidad de pies, manos y sentidos, así también adquieren la misma unidad en lo que concierne a las facultades morales e intelectuales (Aristóteles, *Política*, 1281 b, 6-11).

Es evidente que la vida más perfecta debe necesariamente ser la misma tanto para el individuo como para el Estado (Aristóteles, *Política*, 1325 b, 44-46).

(...) hemos de evitar creer que algunos de los ciudadanos se pertenecen a sí mismos; en realidad todos pertenecen al Estado, ya que cada uno de ellos es parte del Estado, y es natural que la superintendencia y control de las diversas partes se oriente a la supervisión del todo (Aristóteles, *Política*, 1337 a, 29-33).

El hecho de ser una nación que habla la misma lengua y tiene el mismo nombre produce una cierta amistad (Platón, *Las Leyes*, Libro IV, 708c).

Un pueblo de variado origen que confluye en un lugar quizá estaría más dispuesto a obedecer unas leyes nuevas, pero el

respirar al unísono y el unirse y, como la yunta de caballos, como se dice, tirar juntos en el mismo sentido, necesita mucho tiempo y es muy difícil. Realmente, la legislación y la fundación de las ciudades es una tarea propia de hombres que sean todos de una gran perfección (Platón, *Las Leyes*, Libro IV, 708d).

No bastan en una nación las fuerzas sin la unión, ni la unión sin fuerzas (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 301).

Dice Demócrito: “Uno es para mí como un pueblo, y un pueblo como uno solo” (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 7, 10).

## Confianza

La confianza de los hombres puede granjearse por dos medios: si sabemos ganarnos la fama de prudentes y al mismo tiempo de justos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 33).

A las personas justas y leales, es decir, a los hombres de bien, se les tiene tanta confianza que nunca recae sobre ellas la menor sospecha de fraude ni de injusticia. Y creemos proceder rectamente cuando les confiamos nuestras fortunas, nuestros hijos y hasta nuestra propia vida (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 33).

La justicia unida a la inteligencia tendrá toda la fuerza que quiera para inspirar confianza (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 35).

Nada hay que mantenga más eficazmente unido a un Estado que la confianza (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 84).

La lealtad de un hombre ante otro hombre y las buenas maneras voluntarias se fundan en la confianza, en su benevolencia y en la reputación de su virtud y justicia. Con razón manifestaba Demóstenes que la mayor protección para las ciudades frente a los posibles tiranos es la desconfianza (Plutarco, *Consejos Políticos*, 821 b).

Logra el afecto del pueblo y te acompañará la autoridad; pierde el amor del pueblo y no se respetará tu autoridad (Confucio citado por Yáñez, 2002, 129).

Bías dijo: “Pero también es de Tales esta máxima: Es necesario desconfiar de los enemigos incluso en las cosas creíbles, y creer a los amigos incluso en las increíbles” (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 160 e 4-7).

## Confusión

Desastroso es el ánimo ansioso de lo porvenir, y desdichado antes de la desdicha el que está inquieto porque le acompañen hasta el fin de su vida las cosas que le deleitan. En ningún tiempo tendrá sosiego, y en la expectación del futuro perderá el presente y lo que en él pudiera disfrutar. Por lo demás, lo mismo da el dolor de haber perdido algo que el temor de perderlo (Séneca, *Cartas a Lucilio*, Carta xcviii).

El imitador no tiene conocimiento ni opinión recta de las cosas que imita, en cuanto a su bondad o maldad. No obstante, aunque no sepa si cada cosa es buena o mala, imitará de todos modos, solo que, según parece, imita lo que es considerado bello para la multitud ignorante (Platón, *La República*, 602 a, b).

El que no reconoce lo que es correcto, ¿podría ser acaso capaz de distinguir alguna vez lo que está bien de lo que está mal? (Platón, *Las Leyes*, Libro II, 668d).

¿Cuál se diría con justicia que es la mayor ignorancia? (...) la que se da cuando alguien no ama, sino que odia lo que le parece ser bueno o bello en algún sentido, mientras ama y se alegra con lo que cree que es malo e injusto (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 689 a).

Buscar algo estable entre las cosas inestables es propio de hombres que no razonan correctamente acerca de las cosas, pues mientras da vuelta la rueda, unas veces una parte está arriba y otras veces la otra (Plutarco, *Escrito de consolación a Apolonio*, 103 f).

Los hombres aman y odian a la vez sus propios vicios (Séneca, *Cartas a Lucilio*, Carta cxii).

Pero la turba lo fogoso admira y los osados andan en honores, mientras los serenos son tenidos por indolentes (Séneca, *De la Cólera*, Libro III, 41, 2).

Anda uno huyendo de sí; pero ¿de qué le aprovecha si nunca acaba de ejecutar la huida? Va siguiéndose a sí mismo (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. II, 96).

No está en ningún lugar quien está en todas partes (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 2,3).

Sin corrección ni justicia, todos, los de arriba (gobernantes) y los de abajo (gobernados), estarán en la confusión (Confucio, 2002, 370).

Ciertamente, nada nos envuelve en mayores males que acomodarnos al rumor, persuadidos de que lo mejor es lo admitido por el asentimiento de muchos, tener por buenos los ejemplos numerosos y no vivir racionalmente, sino por imitación (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. 1).

Mencio dijo: “La benevolencia es la mente del hombre, la rectitud es su camino. ¡Qué triste es perder el propio camino y no seguirlo, abandonar la propia mente y no saber buscarla! El hombre que pierde a sus pollos y perros sabe cómo buscarlos, sin embargo, no saben buscar los que pierden su mente. El objetivo de todo estudio no es otro que buscar la propia mente perdida” (Confucio, 2002, 336-337).

La mayor parte de los hombres, en lugar de realizar actos justos y virtuosos, se refugian en el razonamiento, creyendo así actuar como filósofos y estar en camino de llegar a ser virtuosos, obrando así como los enfermos que, escuchando muy atentamente a su médico, no observan con todo ninguna de sus prescripciones. Estos no recuperan la salud cuidando su cuerpo de esta manera, como tampoco curarán aquellos su alma filosofando así (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1105 b, 16-23).

Al intentar llegar a la virtud moral, nos desviamos por caminos de alucinación y engaño. Porque la alucinación se halla en el exceso y en el defecto. Y somos llevados a uno y otro extremo por el placer y el dolor: puesto que, por el placer somos llevados al mal, igual que, por el dolor, huimos de las cosas bellas y honestas (Aristóteles, 1981, 76).

## Consejos

A aquellos que pueden ser enderezados debemos, entonces, prestarles nuestra ayuda moral más aún que si se tratará de ayuda material, actitud mucho más preferible y más conforme a la amistad (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1165 b, 26-29).

El buen consejo es el hábito que descubre los modos mejores y más conducentes de que nosotros llevemos a cabo aquellos actos buenos (Aristóteles, 1981, 135).

Si consigues demostrar al malvado que hace lo que no quiere y que no hace lo quiere hacer, lograras corregirle. Pero si no sabes demostrárselo, no te quejes de él, sino de ti mismo (Epicteto, 2004, 95).

Hay muchos ejemplos de los helenos de antaño que contar para orientar las costumbres de hoy y para ser prudentes (...) (Plutarco, *Consejos Políticos*, 814 b).

Tse-Lu preguntó qué era lo más aconsejable para gobernar bien un pueblo. El maestro respondió: El príncipe debe ser el primero en dar ejemplo a todos con sus virtudes (Confucio citado por Yáñez, 2002, 165).

## Constancia

Tse-chang dijo: Nunca dejan huella de su vida los hombres que, al comenzar la práctica de alguna virtud, no se mantienen en ella (Confucio citado por Yáñez, 2002, 169).

Dejas de estar atento y confías en que volverás a estarlo cuando te acomode. Te engañas. Una ligera falta descuidada hoy

te precipitará mañana en otra mayor, y ese descuido repetido llegará a constituir un hábito que te será imposible corregir (Epicteto, 2004, 90).

Es preciso que el ánimo esté libre de toda perturbación, tanto de la ambición y del temor, como de la tristeza y de la alegría inmoderada y de la cólera, para gozar de la serena tranquilidad que trae consigo la constancia (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 69).

Porque delante de la virtud colocaron los dioses el sudor, pero cuando uno llega a la cumbre de esta, después es más fácil guardarla, por difícil que esta sea (Platón, *Protágoras* 340 d).

Los que no estudian o no obtienen provecho de lo que estudian, deben mantener el ánimo para seguir la marcha. Quien silencia las preguntas que le permitirían conseguir nuevos conocimientos o solucionar dudas, o los que preguntan sin conseguir respuestas satisfactorias no deben perder la esperanza. Los que no reflexionan o los que reflexionando no consiguen un claro conocimiento de la esencia del bien, tampoco deben desanimarse. Cuando no se diferencia el bien del mal, los que diferenciándolo no han captado el fundamento del bien deben persistir (Confucio citado por Yáñez, 2002, 144).

## **Constitución política**

Una constitución es la ordenación de las diversas magistraturas (cargos) de un Estado y, muy especialmente, de aquella que posee la autoridad suprema en todos los asuntos. Pues en todas partes la autoridad suprema en el Estado es el órgano soberano; y la constitución es, de hecho, esa autoridad suprema (Aristóteles, *Política*, 1278 b, 15-19).

Es evidente que todas las constituciones que tienden al bien común están efectivamente estructuradas con rectitud, de acuerdo con la absoluta justicia, mientras que aquellas que tienden a las ventajas propias de los gobernantes son defectuosas (...) (Aristóteles, *Política*, 1279 a, 25-29).

Hay que considerar no solamente cuál es la constitución ideal, sino también cuál es la que es posible llevar a cabo; y de igual manera, también la que es más fácil de realizar y la que se da más generalmente en todos los Estados (Aristóteles, *Política*, 1288 b, 46-50).

Las leyes deben ser establecidas como consecuencia de las constituciones —no son las constituciones las que deben seguirse de las leyes— pues una constitución es una regulación de los cargos del Estado respecto del modo de su distribución y de cuál es el poder supremo en el Estado y cuál es el fin de la comunidad política (...) (Aristóteles, *Política*, 1289 a, 19-24).

Una de las maneras en que es destruida la tiranía, como también todas y cada una de las formas de constitución, es desde fuera, si hay algún Estado más fuerte con una constitución opuesta —pues el deseo de destruirla estará evidentemente presente en un vecino así, debido a la oposición de principio, y todos los hombres hacen lo que quieren si tienen poder para hacerlo— (...) (Aristóteles, *Política*, 1312 a, 51-53, 1312 b 1-4).

Es evidente que la mejor constitución será el sistema bajo el cual cualquiera pueda obrar mejor y viva más felizmente (Aristóteles, *Política*, 1324 a, 33-35).

(...) La constitución ideal es aquella bajo la cual el Estado podrá ser más feliz y la felicidad no puede conseguirse sin la virtud (Aristóteles, *Política*, 1328 b, 50-53).

Es de gran importancia en toda forma de constitución que esté de tal manera estructurada y reglamentada por sus leyes y por sus demás instituciones que sea imposible que las magistraturas (cargos) produzcan riquezas (Aristóteles, *Política*, 1308 b, 43-46).

Las especies de oligarquía son, pues, tantas como las de democracia; pero no debe pasarnos por alto que en muchos lugares ha ocurrido que, aunque la constitución, en cuanto dirigida por las leyes, no es democrática, sin embargo, debido a la costumbre y al sistema social, es administrada democráticamente; y de forma análoga, por un proceso inverso, en otros estados, aunque la constitución legal es democrática, sin embargo, por medio del sistema social y de las costumbres, es llevada más bien como una oligarquía (Aristóteles, *Política*, 1296 b, 17-24).

(...) algunas constituciones se apoyan en la voluntad de dominio y no en el bien común (Aristóteles, *Política*, 1276 a, 17-19).

### **Control de gobernantes**

Si el alma de un hombre está enferma o es mala, para evitar que él haga nada malo, debe ser apartado de las riquezas, del gobierno y del poder (...) (Aristóteles, 1981, 138).

La cosa más vergonzosa y terrible de todas para un pastor sería alimentar a perros guardianes de rebaños que por obra del desenfreno, del hambre o de malos hábitos atacaran y dañaran a las ovejas y se asemejaran a lobos en lugar de perros (...) Pues entonces debemos vigilar por todos los medios que los guardianes del Estado no se comporten así frente a los

ciudadanos, y que, por el hecho de ser más fuertes que ellos, no vayan a parecerse a amos salvajes en vez de a asistentes benefactores (Platón, *La República*, 416 b).

El gobernante y sus altos dignatarios deben alejar de su lado a los ministros que únicamente persiguen incrementar los impuestos para llenar sus arcas; sería mejor que el príncipe perdiera sus propias riquezas, antes que verse acompañado de unos ministros que abusan del pueblo. Con esto pretendo dejar claro que los gobernantes nunca deben aumentar sus beneficios particulares a costa de los impuestos y, que la única riqueza y recompensa de quien gobierna debe provenir de la aplicación de la justicia y equidad (Confucio citado por Yáñez, 2002, 133).

### **Control de natalidad**

Con toda certeza, la experiencia demuestra también que es difícil y aun quizá imposible que un Estado con una población muy numerosa tenga un buen gobierno (Aristóteles, *Política*, 1326 a, 32-34).

Un exceso de población (...) es desfavorable al buen gobierno (Aristóteles, *Política*, 1327 a, 16-18).

Al establecer una ley, el legislador debe tener fija su atención en dos cosas: el territorio y la población (Aristóteles, *Política*, 1265 a, 25-27).

### **Convicciones**

¿Qué hombre hay invencible? Únicamente aquel que está firme en sus convicciones y que no vacila por ninguna de las

cosas que dependen de nosotros; este y únicamente él debe ser admirado como a un verdadero atleta. No basta haber sostenido un combate victorioso, es preciso sostener un segundo; no basta resistir la tentación de oro si no se resiste la de la carne; no es suficiente sostenerse a plena luz y cuando las miradas están fijas en nosotros, es preciso hacerlo a solas y en las tinieblas de la noche; hay que resistir a la gloria como a la calumnia y a la miseria, a la lisonja y a la muerte. En una palabra: hay que salir victorioso hasta en sueños (Epicteto, 2004, 45).

Todo lo haré con arreglo a mi conciencia y nada por la opinión de los demás (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. xx).

—Me parece que los hombres son privados del pensamiento verdadero sin quererlo.

—Y esto sucede mediante robo, embrujo o por violencia.

—Esto no lo entiendo.

— (...) Cuando digo que les sucede mediante robo, lo cual les hace cambiar de idea o bien olvidarla, es porque unas veces el discurso, y otras el tiempo, es lo que los despoja sin que lo adviertan. Ahora entiendes, supongo.

— Sí.

—En cuanto a los que, sin quererlo, son privados del pensamiento verdadero por la violencia, me estoy refiriendo a aquellos a los que alguna pena o sufrimiento hacen cambiar de opinión.

—Esto también lo comprendo, y concuerdo contigo.

—Y cuando hablo de los que son embrujados, me refiero a los que cambian de opinión, seducidos por el hechizo de algún placer o paralizados por algún temor.

—Parece, en efecto, que todo cuanto engaña, hechiza (Platón, *La República* 413 b, c).

## Cooperación

(...) conviene al político ceder a otros responsabilidades (...) y no conducir él solo todos los asuntos de la ciudad con sus discursos, decretos o acciones, sino con hombres leales y buenos, y orientar a cada uno según sus cualidades para cada necesidad (Plutarco, *Consejos Políticos*, 812 c).

De la misma forma que la división de la mano en dedos no la debilita, sino que la convierte en habilidosa y funcional, así la distribución entre varios de los asuntos en política hace más eficaz la acción pública (Plutarco, *Consejos Políticos*, 812 d).

A los políticos, si se ponen de acuerdo conjugando fortunas, capacidades y virtudes, les es posible alcanzar un objetivo común, consiguiendo además buena reputación unos por medio de otros en un mismo hecho (Plutarco, *Consejos Políticos*, 819 d).

(...) hemos nacido para una tarea común, como los pies, como las manos, como los párpados, como las hileras de dientes superiores e inferiores. De modo que obrar unos contra los otros va contra la naturaleza y es obrar negativamente enojarse y volverse de espaldas (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro II, 1).

Los hombres han nacido los unos para los otros. Por tanto, enséñalos o sopórtalos (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VIII, 59).

## Corrupción

No te hagas rico por malos medios; las malas ganancias son como calamidades (Hesíodo, *Trabajos y días*, 356, 356).

(...) los que tienen los cargos se gastan y corrompen, y no todo hombre es capaz de soportar la buena suerte (...) (Aristóteles, *Política*, 1308 b, 19-21).

Con estas palabras nobilísimas corrige Filipo a su hijo Alejandro en una carta, porque quiere ganarse la simpatía de los macedonios a fuerza de dádivas: “¿Qué consideración tan equivocada —le dice— te ha conducido a esperar que te serán fieles estos a quienes has corrompido con el dinero? (...) mejor todavía cuando dice que la largueza es una corruptela, porque el que la recibe se degrada y está cada vez más dispuesto a recibir esos donativos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 54).

Se destruyen los fundamentos naturales de la vida civil cuando se separa la utilidad de la honestidad (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 101).

El que ayuda a la maldad de su soberano comete una falta; el que se adelanta a las maldades de su soberano comete una falta mayor. Todos los altos funcionarios de hoy en día se adelantan a sus soberanos en la comisión de maldades, por eso digo que los altos funcionarios de ahora son peores que sus príncipes (Confucio, 2002, 347).

Los que hoy en día sirven a los soberanos dicen: “Yo puedo aumentar las tierras del príncipe y llenar sus graneros”. A estos, a los que hoy se llama buenos funcionarios, se los hubiera llamado antiguamente “ladrones del pueblo” (Confucio, 2002, 348).

Si un guardián del Estado intenta ser feliz de un modo tal que deja de ser guardián, no se contentará con este modo de vida mesurado (...) sino que le sorprenderá una opinión insensata e infantil acerca de la felicidad y lo empujará a apropiarse, por poder hacerlo, de todo lo que hay en el Estado (Platón, *La República*, 466 c).

El primero que dijo que el pueblo fue corrompido por quien le sobornó por primera vez es porque había comprendido que las personas pierden su fuerza y se someten al recibir (Plutarco, *Consejos Políticos*, 822 a).

Es necesario saber que los que sobornan atentan contra sí mismos cuando, tras adquirir su reputación a grande precio, convierten a quien sobornaron en poderoso y atrevido (Plutarco, *Consejos Políticos*, 822 a).

Perdiéronse las buenas costumbres después de que a los vicios se les dio el nombre de virtud (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 443).

Es probable que los que compran el cargo aprendan gradualmente a sacar provecho de él cuando el cargo les ha supuesto una inversión de dinero (Aristóteles, *Política*, 1273 b 1-4).

Tuyo haces el vicio que a tu amigo disimulas (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 38).

Cuando los gobernantes nada más buscan el incremento de su fortuna personal, se verán acompañados de gentes perversas, las cuales se disfrazarán de ministros justos, y el reino estará dirigido por hombres depravados (Confucio citado por Yáñez, 2002, 133).

## Deber

Haz lo que debes y no lo que puedes (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 123).

(...) El deber exige sobre todo auxiliar especialmente a quien más ayuda necesite, en lo cual, la mayoría de los hombres, proceden al revés; rinden sus servicios preferentemente a aquellos de quienes más esperan, aunque no tengan necesidad de ellos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 50).

(...) Hay que conseguir hábito y experiencia para llegar a ser buenos calculadores de los deberes, y sumando y restando tendremos el saldo del deber que nos obliga con cada uno (Cicerón, *Sobre los deberes*, libro I, 60).

Más como toda la honestidad dimana de cuatro fuentes de las cuales la una es el conocimiento (sabiduría); la segunda, el sentimiento de la comunidad humana (justicia); la tercera, la magnanimidad (generosidad); la cuarta, la inclinación hacia la moderación (templanza), para elegir el deber es preciso muchas veces comparar estas virtudes entre sí (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 152).

Todos los deberes que sirven para unir y proteger a la sociedad humana deben preferirse a los que dependen del conocimiento y de la ciencia (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 159).

Toda la filosofía (...) es rica y fructuosa, y ninguna de sus partes queda inculta o estéril, pero en ellas no hay lugar más fértil y abundante que el de los deberes, de donde se toman las normas de una vida coherente y honrosa (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 5).

De la misma manera que Platón quitó de la educación de los jóvenes el modo de los lidios y el de los jonios por despertar el primero la parte de nuestro espíritu triste y quejumbrosa, en tanto que el segundo estimulaba la parte intemperante, así tú expulsa de la ciudad cuantos actos animan y alimentan los impulsos criminales y salvajes (Plutarco, *Consejos Políticos*, 822 b).

Sea el hombre incorruptible y no se deje superar por las cosas externas, admire tan solo a sí mismo, confíe en su ánimo y esté preparado para lo bueno y para lo malo, construya su propia vida; su confianza no sea sin ciencia, ni la ciencia sin constancia (...) (Séneca, *De la vida bienaventurada*, VII).

## **Deliberación**

A veces es difícil discernir qué hay que escoger y a qué precio, y qué cosa hay que soportar y a cambio de qué, pero es más difícil aún mantenerse en las decisiones tomadas (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1110 a, 42-45).

Si alguien te ha confiado en plena lucidez de la mente la custodia de una espada y te la pide cuando está fuera de sí, es un crimen devolverla; el deber es no entregarla. Y si el que te ha entregado en depósito dinero declara la guerra a la patria, ¿le devolverás el depósito? No lo creo, porque obraras contra la patria, que debe ser el principal objeto de tu amor. Así pues, muchos actos que parecen por naturaleza honestos cambian de carácter por las circunstancias: cumplir las promesas, observar los pactos convenidos cuando lo útil se convierte en perjuicio, dejan de ser honestos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 95).

De esta autoridad uso y diariamente me cito ante mí mismo: en cuanto desaparece la luz de mi vista (...) examino conmigo mismo todo el día y repaso de nuevo todas mis acciones y palabras. Nada me oculto, nada me dispenso. El efecto, ¿por qué había de temer considerar ni una sola de mis faltas cuando puedo decirme: cuida de no hacer eso otra vez, por esta te perdono? En tal debate has hablado con excesiva acritud; en adelante no te comprometas con ignorantes; los que nada han aprendido no quieren aprender. Reprendiste a aquel con demasiada libertad, por cuya razón has ofendido más que corregido: considera en lo sucesivo no solamente si es verdadero lo que dices sino también si puede soportar lo verdadero aquel a quien lo dices (Séneca, 2007, 133).

Aprender sin pensar es inútil, pensar sin aprender es peligroso (Confucio, 2002, 74).

Antes de emprender acción alguna, considera con la mayor atención qué es lo que precede y qué es lo que debe seguirla; solo después de este examen debes acometerla. Si no observas esta conducta, sentirás placer por de pronto en todo lo que hagas sin tener en cuenta los resultados posteriores; más al punto sobrevendrán estos, y la vergüenza y la confusión se apoderarán de ti (Epicteto, 2004, 48).

## Demagogia

(...) en la actualidad, con el desarrollo que ha experimentado la retórica, se hacen demagogos los que son más capaces de hablar en público (...) (Aristóteles, *Política*, 1305 a, 17-19).

(...) donde las magistraturas (cargos) son electivas y el pueblo es el que elige, los hombres que ambicionan el poder actúan

como demagogos y llegan a dar al pueblo hasta la soberanía sobre todas las cosas, incluso las leyes (Aristóteles, *Política*, 1305 a, 42-45).

Las palabras hábiles confunden la virtud (Confucio, 2002, 178).

Las palabras hábiles y la apariencia insinuante raramente van asociadas a la virtud (Confucio, 2002, 193).

Las palabras de los virtuosos son necesariamente buenas, mientras que los que bien hablan no son necesariamente virtuosos (Confucio, 2002, 162).

Hay reyes que, tramando mezquindades, desvían en mal sentido sus veredictos con retorcidos parlamentos (Hesíodo, *Trabajos y días*, 262-263).

Sócrates: — Sigamos, ¿y qué es a nuestro juicio, la retórica que se dirige al pueblo ateniense y a los de otras ciudades, a los hombres libres? ¿Piensas tú que los oradores hablan siempre para el mayor bien, tendiendo a que los ciudadanos se hagan mejores por sus discursos, o que también estos oradores se dirigen a complacer a los ciudadanos y, descuidando por su interés particular el interés público, se comportan con los pueblos como con niños, intentando solamente agradarlos, sin preocuparse para nada de sí, por ello, les hacen mejores o peores? (Platón, *Gorgias*, 502 d 11; e, 1-9).

## Democracia

La democracia aparece sobre todo en las familias desprovistas de jefe, hallándose todos en ellas en un pie de igualdad,

y en aquellas en que la autoridad es débil y cada uno puede obrar a su gusto (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1161 a, 8-11).

De acuerdo con las normas de la política, el ciudadano es unas veces gobernante y otras gobernado (Aristóteles, *Política*, 1252 a, 22-25).

La reciprocidad es la garantía en la conservación de los estados. Y aun en las ciudades fundadas en la libertad e igualdad de los ciudadanos, es necesario que se dé tal diferenciación, porque no es posible que todos gobiernen al mismo tiempo, sino solo bien por un año, bien según algún otro orden de tiempo (Aristóteles, *Política*, 1261 a, 47-51).

(...) es evidente que es mejor que gobiernen siempre los mismos, si es posible; pero, donde eso no sea posible a causa de la igualdad natural de todos los ciudadanos, y donde es además justo que así sea, tanto si el ejercicio del mando es (para los que gobiernan) un bien, como si es un mal, se imita esa permanencia ideal haciendo que todos los ciudadanos participen del poder por turnos, volviendo a ser semejantes a todos los demás al dejar el mando. Así unos gobiernan y otros son gobernados de forma periódica, como si se produjera un cambio en su personalidad. Y de la misma manera, mientras desempeñan un cargo, unos realizan una función gubernativa, otros otra (Aristóteles, *Política*, 1261 a, 56-57 1261 b, 1-10).

(...) cuando los reyes presentan un asunto a la asamblea, el pueblo no debe simplemente estarse sentado y escuchar las decisiones que hayan sido tomadas por sus gobernantes, sino que es el pueblo quien tiene la decisión soberana (...) (Aristóteles, *Política*, 1273 a, 13-17).

También puede considerarse algo malo el que una misma persona ocupe varios cargos, (...) la mejor regla de eficiencia es “un hombre, un negocio”, y el legislador debe procurar que esto quede garantizado así, y no designar al mismo hombre para que toque la flauta y haga zapatos. Consiguientemente, de no ser una ciudad pequeña, es mejor y más conforme a un gobierno constitucional que un gran número de personas participe de los cargos y esa es también una medida más democrática; porque esto es más agradable para todos, y además, las funciones son mejor desempeñadas y más rápidamente cuando están divididas que no cuando están en las mismas manos (Aristóteles, *Política*, 1273 b, 13-24).

Alabamos la capacidad para gobernar y para ser gobernado, y de alguna manera parece que la bondad de un ciudadano consiste en la capacidad de gobernar bien y de bien obedecer (Aristóteles, *Política*, 1277 a, 38-41).

(...) lo mejor de todo es regular de tal manera las cosas por medio de la ley que no pueda haber ningún ciudadano que sea de una manera especial preeminente en poder debido a los amigos o a las riquezas (...) (Aristóteles, *Política*, 1308 b, 24-27).

Un principio fundamental en la forma democrática de constitución es la libertad (...) ya que se afirma que esta es la meta de toda democracia (Aristóteles, *Política*, 1317 a, 51-52, 54-55).

Un elemento de la libertad es gobernar y ser gobernado por turno, porque el principio popular de la justicia es tener igualdad de conformidad con el número, no con el mérito; y si este es el principio de justicia que prevalece, la multitud debe necesariamente ser soberana, y la decisión de la mayoría debe ser conclusiva y debe constituir norma de justicia, ya que se dice

que cada uno de los ciudadanos debe tener en el gobierno una parte igual (Aristóteles, *Política*, 1317 b, 3-10).

En la democracia, los más pobres son más poderosos que los ricos, porque hay un mayor número de ellos y cualquier cosa decidida por la mayoría es soberana (Aristóteles, *Política*, 1317 b, 11-13).

(...) son también de carácter democrático las siguientes instituciones: la elección de las magistraturas por todos y entre todos; el gobierno de cada uno por todos y de todos por cada uno, según un turno; la elección de todas las magistraturas (cargos) por sorteo, o si no de todas, por lo menos de las que no requieren experiencia o arte; no exigir ninguna calificación por tasas sobre la propiedad para desempeñar los cargos, o bien solamente una calificación mínima; que ningún cargo sea desempeñado dos veces o más de pocas veces por la misma persona, o bien solo muy pocos cargos, excepto los militares; el permanecer un tiempo breve o bien en todos los cargos o en los más posibles; que las funciones judiciales sean ejercidas por todos los ciudadanos, es decir, por personas seleccionadas entre todos y en toda clase de materias o en la mayoría de ellas y las más importantes, por ejemplo, las rendiciones de cuentas de los magistrados, las cuestiones constitucionales, los contratos privados; que la asamblea sea soberana sobre todas las cuestiones, sin que haya ninguna magistratura que lo sea sobre alguna o, a lo más, sobre muy pocas (...) (Aristóteles, *Política*, 13, 23-41).

### **Depuración de la política**

Los hombres virtuosos y humanitarios son capaces de reconocer a seres nefastos a los que debe expulsar lejos de nuestras

fronteras y no permitirles que vuelvan (Confucio citado por Yáñez, 2002, 132).

Encontrarse ante un hombre virtuoso e inteligente y no concederle una dignidad es injusto; conferir una dignidad a este hombre, pero negarle el trato deferente, también resulta injusto. Jamás se debe consentir que un príncipe no aleje de su lado a un hombre maligno (Confucio citado por Yáñez, 2002, 133).

Si los superiores carecen de corrección y los inferiores no aprenden, surgirán revoltosos y el fin del gobierno llegará prestamente (Confucio, 2002, 282).

(...) un legislador que establece un nuevo orden político y nuevas leyes sin tiranía, si pudiera llevar a cabo la más suave de las limpiezas (de elementos nocivos al Estado), se daría por muy contento (Platón, *Las Leyes*, Libro v, 735 d).

## Desapego

Es difícil soportar las embestidas de la fortuna para quienes no la esperan; quienes la están esperando la aguantan con facilidad. Pues también la llegada del enemigo abate a quienes coge por sorpresa, pero quienes se han preparado antes de la guerra para la guerra futura, bien ordenados y ejercitados de antemano, aguantan bien. Yo no he confiado nunca en la fortuna, ni cuando esta parecía en paz conmigo; todo aquello que con gran liberalidad me entregaba, dinero, honores, influencia, lo puse en lugar de donde ella misma pudiera retirarlo sin conmoverme: dejé entre aquellas cosas y yo una gran distancia, y por eso se las llevé sin arrancarlas de mí (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. v).

Yo no te prohíbo las posesiones, pero querría alcanzar de ti que las poseas sin recelos, lo cual conseguirás con solo juzgar que puedes vivir sin tenerlas y si te persuades a recibirlas como cosas que se te han de ir (Séneca, *De la pobreza*, 217).

Nunca creas feliz a nadie que esté pendiente de la felicidad. Se apoya en una base frágil quien pone su alegría en lo adventicio: el goce que viene de fuera, afuera se irá. Por el contrario, aquel que nace de uno mismo es fiel y firme, y crece, y nos acompaña hasta el fin. Los demás, vulgarmente admirados, son bien de un día. (...) Los bienes sometidos a la fortuna pueden hacerse fructíferos y agradables cuando el que los tiene se tiene también a sí mismo y no está esclavizado por sus cosas (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. xcviII).

Tanto si observas a otros –pues el juicio es más ecuánime cuando se trata de los demás– como si te examinas a ti mismo sin hacerte favor, advertirás y tendrás que confesar que ninguna de aquellas cosas deseadas y amadas es provechosa si no te precaves contra la ligereza de la fortuna y sus consecuencias (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. xcviII).

Desastroso es el ánimo ansioso de lo porvenir, y desdichado antes de la desdicha el que está inquieto porque le acompañen hasta el fin de su vida las cosas que le deleitan. En ningún tiempo tendrá sosiego, y en la expectación del futuro perderá el presente y lo que en él pudiera disfrutar (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. xcviII).

## Diligencia

La expresión “sed diligentes” significa que los ministros deben mantenerse activos frente a la amenaza de que el Estado se arruine (Confucio citado por Yáñez, 2002, 180).

Los asuntos del pueblo no pueden ser retrasados (Confucio, 2002, 261).

(...) se dice que conviene ciertamente realizar con rapidez lo que ha sido deliberado ya, pero que hay que deliberar con lentitud (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1142 b, 5-7).

El beneficio, aunque sea pequeño y ordinario, si se concede con prontitud, si no se retrasa hasta el momento siguiente, gana mucho y se hace más grato que otro de mayor valor intrínseco, pero menos rápido y más pensado (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, II).

Nada tan amargo como ser tenido en suspenso (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, v).

La generosidad siempre se da prisa, y lo propio del que favorece de buen grado es hacerlo pronto. Quién ayuda con tardanza y retrasándolo de un día para otro, es que no lo hace de buen ánimo. De ese modo pierde dos cosas de la mayor importancia: el tiempo y la prueba de una voluntad amiga. El querer tardíamente es propio del que no quiere (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, v).

### **Distractores en política (Pan y circo)**

Confucio dijo: “El sonido y los colores no sirven para transformar al pueblo” (Confucio, 2002, 422).

¿Por qué vas demorando siempre el momento de enmendarte, cual si aguardaras la llegada de un maestro que nunca viene? Considera que ya no eres un niño, sino un hombre. Si te olvidas, si te distraes, si amontonas resolución sobre resolución,

si cada día te señalas el siguiente para ocuparte de ti, pronto llegarás a una edad en que, a pesar tuyo, no habrás progresado nada. Entonces perseverarás en tu ignorancia toda la vida y aún después de muerto (Epicteto, 2004, 44).

No te distraigan los negocios exteriores que te sobrevinieren, antes bien, procura desocuparte para aprender algo más de bueno y déjate de andar girando como una devanadera.<sup>7</sup> Porque ve aquí otro engaño y error de que conviene guardarte: muchos en una vida muy ocupada y laboriosa emplean su trabajo en cosas frívolas, sin proponerse blanco alguno (Epicteto, 2004, 114).

No puede darse cosa más infeliz que un hombre que, girando de acá para allá y corriéndolo todo, averiguando “hasta lo que está bajo tierra”, como dijo el otro e indagando por conjeturas los pensamientos y secretos de su prójimo, no acaba de entender que le basta el saber conversar con solo aquella mente que dentro de sí tiene (...) (Epicteto, 2004, 115-116).

No malgastes la parte que te queda de vida en imaginaciones sobre los otros, esto es, imaginando qué hace fulano de tal, por qué, qué dice, qué piensa, qué maquina. Cuantas cosas como estas hacen que te desvíes de la atención de tu propio principio rector (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro III, 4).

---

<sup>7</sup>Según la Real Academia Española (RAE), *devanadera* es un “armazón de cañas o de listones de madera cruzados que gira alrededor de un eje vertical y fijo en un pie, para que, colocadas en aquellas madejas del hilado, puedan devanarse con facilidad” (Real Academia Española, s/f, devanadera).

No se debe conducir a un pueblo y a una ciudad tirando del vientre con banquetes o de la bolsa con dádivas, preparando constantemente danzas pírricas o espectáculos de gladiadores para captar su favor. (...) un control de las gentes como este en nada se diferencia de la captura de animales salvajes y de su domesticación (Plutarco, *Consejos Políticos*, 802 e).

¿Es que estáis desocupados para escudriñar los males ajenos y censurar a los demás? (...) Observáis los granos ajenos vosotros que estáis llenos de muchas úlceras. Es como si alguien hiciera irrisión de los lunares y verrugas de los cuerpos más hermosos cuando a él se lo come la asquerosa sarna (Séneca, *De la vida bienaventurada*, xxvii).

### **Dominio de sí**

(...) el que es señor de sí mismo obra por elección deliberada y no por impulso del deseo (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1111 b, 23-25).

Todo el que se rinde a sí mismo nunca conseguirá enderezar a los demás (Confucio citado por Yáñez, 2002, 177).

Los que asumen la autoridad deben controlar severamente sus acciones con el fin de actuar acertadamente en todo momento al evitar el mal. En caso contrario, provocarían la ruina de todo el pueblo (Confucio citado por Yáñez, 2002, 129).

El hombre prudente, al encontrarse unido a la regla de conducta moral, mantiene el dominio sobre sí mismo y cumple con las obligaciones propias de su condición en cualquier ocasión y ante todos los sucesos (Confucio citado por Yáñez, 2002, 140).

Impedid que vuestros pensamientos sean malignos (Confucio citado por Yáñez, 2002, 156).

Si concibes la idea de algún placer, conviene conservar en este caso la misma moderación que en todas las otras cosas. Mira desde luego que no debes arrebatarte de esta idea y examínala en ti mismo y toma tiempo de hacer reflexión sobre ella. Considera después la diferencia que hay del tiempo en que gozarás este placer y de aquel que, después de haberle gozado, te arrepentirás y te aborrecerás a ti mismo. Representate también la satisfacción y el gusto que tendrás si te abstienes. Pero cuando puedas gozar legítimamente de esta clase de placeres, no te dejes llevar enteramente ni te dejes vencer de las caricias, las dulzuras, los halagos y los hechizos que ordinariamente acompañan al deleite. Juzga que el gozo interior que recibirás en haber alcanzado la victoria es lo más excelente de todo (Epicteto, 2004, 18).

No tienes que librar la tierra de monstruos porque no naciste Hércules ni Teseo; pero puedes imitarlos librándote tú mismo de los monstruos formidables que llevas en ti. En tu interior hay un león, un jabalí, una hidra; pues bien, procura dominarlos. Procura dominar el dolor, el miedo, la codicia, la envidia, la malignidad, la avaricia, la pereza y la gula (Epicteto, 2004, 41).

Y en esa guerra, el vencerse a sí mismo es la primera y mejor de todas las victorias, y el sucumbir a sí mismo es lo más vergonzoso de todo y, a la vez, lo peor. Esto indica que en cada uno de nosotros hay como una guerra de nosotros mismos contra nosotros mismos (Platón, *Las Leyes*, Libro I, 626 e).

Todo aquello en lo que esté presente alguna forma de auto-dominio es digno de alabanza, mientras que aquello en lo

que este se relaja es muy dañino (Platón, *Las Leyes*, Libro I, 637 b).

Buenos son los que pueden gobernarse a sí mismos, malos los que no (Platón, *Las Leyes*, Libro I, 644b).

(...) el cauto controla en cualquier momento sus inclinaciones más íntimas (Confucio citado por Yáñez, 2002, 125).

No hay que prestar atención a los que piensan que deben enfadarse con los enemigos, creyendo que eso es propio de un ser magnánimo y fuerte, porque no hay cosa más loable y más propia de un hombre verdaderamente noble que la mansedumbre y la clemencia (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 88).

Hay dos grados de conocimiento. Uno es la simple posesión del conocimiento, ya que, cuando un hombre está en posesión del conocimiento, decimos que él conoce. El otro grado consiste en el uso activo de este conocimiento. Ahora bien, el que posee el conocimiento de lo que es bueno, pero no hace un uso activo de ese mismo conocimiento suyo, es incontinente (Aristóteles, 1981, 148).

Los que duermen, aun poseyendo el conocimiento del bien, hacen y padecen muchas cosas desagradables durante el sueño porque su conocimiento es inactivo. Eso mismo es lo que ocurre con el hombre incontinente, es como un hombre dormido: su conocimiento es inactivo (Aristóteles, 1981, 148).

(...) los impulsos de los que no tienen dominio de sí mismos caminan en sentido contrario a la razón (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1102b, 29-31).

El que callar no puede, hablar no sabe (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 565).

Ten en cuenta que no es quien te injuria ni quien te pega quien te maltrata, sino la opinión que de ellos tienes y que te hace mirarlos como enemigos. Del mismo modo, cuando alguno te aflige o incomoda, no es él verdaderamente quien tal hace, sino tu propia opinión. Procura pues, que tu imaginación no te venza, pues si lo consigues empezarás a ser dueño de ti mismo (Epicteto, 2004, 82).

## **Ecuanimidad**

¿Pues qué motivo hay para que la tos de un individuo o un estornudo o la mosca espantada con poco cuidado nos arrastren a la cólera? ¿Soportará serenamente la ofensa de un paisano o los improperios acumulados en la Asamblea o en la Curia aquel cuyos oídos el ruido de un escaño arrastrado molesta? Así pues, ninguna cosa nutre más la ira que un desenfreno intemperante e impaciente: tenazmente ha de ser tratado el espíritu para que no acuse los golpes, salvo los contundentes (Séneca, *De la cólera*, Libro II, 25,3).

No solo por el ejemplo se vuelve mejor quien vive con hombres pacíficos, sino quien no encuentra motivos para enojarse (Séneca, *De la Cólera*, Libro III, 8, 4).

La adversidad restringe y destruye la felicidad, pues nos causa penalidades y entorpece muchas actividades. Sin embargo, aún en este caso, la virtud resplandece cuando el sabio y prudente soporta con la frente serena los infortunios graves, no por insensibilidad sino por generosidad y grandeza del alma (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1100 b, 37-42).

Es de hombres fuertes y constantes no turbarse en las dificultades ni perder la cabeza (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 81).

Debemos huir con todo empeño de la soberbia, del desprecio y de la arrogancia en los momentos en que todo nos resulta prósperamente y a pedir de boca, porque es nota de liviandad de ánimo no saber moderarse tanto en la fortuna próspera como en la adversa. Es, en cambio, maravillosa la ecuanimidad en toda la vida, tener siempre la misma cara y la misma frente, como nos dicen que se presentaban siempre Sócrates y Cayo Lelio (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 90).

El hombre noble mantiene el equilibrio y la tranquilidad en todo momento; el hombre vulgar no deja de mostrarse inquieto y jamás encuentra sosiego interior (Confucio citado por Yáñez, 2002, 161).

Al ir a ver a un príncipe o un magnate, palideces, tiemblas, te turbas. ¿Cómo me recibirá? ¿Cómo me escuchará?, te dices. ¡Insensato! Te recibirá y te escuchará como mejor le plazca. Pero si recibe mal a un hombre sensato, peor para él, que no has de ser tú quien la lleve por la falta cometida por otro. Pero ¿cómo le hablaré? Háblale como mejor te plazca, sin preocuparte de su grandeza. ¿Y si me turbo en su presencia? ¿Y por qué te has de turbar? ¿No sabes hablar con discreción, prudencia y palabra digna y honrada? ¿Por qué has de temer a otro hombre? Zenón no temía a Antígono; en cambio Antígono, con todo su poderío, le temía a él. Sócrates no se turbó ante sus jueces, ni cuando habló antes con los tiranos. Tampoco se turbó Diógenes al hablar con Alejandro, ni con Filipo, ni con los corsarios, ni con el amo que le había comprado (Epicteto, 2004, 46).

Si quieres ver a un hombre contento con su suerte y que se conforma con que todo suceda como sucede, vuelve los ojos hacía Agripino. Cuando le anunciaron que el Senado estaba reunido para juzgarle, dijo: “Sea en buena hora”. Voy a prepararme para tomar el baño como de costumbre. Apenas salía del baño, recibió la noticia de que había sido condenado. “¿A muerte o a destierro?” —preguntó—. “A destierro”. “¿Y han dispuesto que me confisquen los bienes?” No, tus bienes serán respetados. “Partamos, pues, sin dilación. ¡Ea!, a comer a Aricia, que lo mismo se come en Aricia que en Roma” (Epicteto, 2004, 72).

¿Qué adelantaría con injuriar a una piedra que es incapaz de oírte? Pues bien: imita a la piedra y no oigas las injurias que te dirijan (Epicteto, 2004, 82).

Lo primero, no te alteres (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VIII, 5).

No te digas a ti mismo nada más que lo que te anuncian las primeras imaginaciones. Se te ha comunicado que fulano de tal habla mal de ti. Esto se te ha comunicado, pero que recibes un daño no se te ha comunicado. (...) Así pues, permanece siempre con las primeras impresiones, y no añadas nada por tu cuenta en tu interior. Y nada te pasará (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VIII, 49).

Te matan, te cortan a trozos, te persiguen con maldiciones, ¿qué tiene que ver esto con que la inteligencia permanezca pura, serena, templada, justa? Como si uno, parado frente a una fuente cristalina y dulce, la maldijese. Ella no deja de arrojar agua potable. Si se echa barro o estiércol, al momento los disolverá y lavará, y no se ensuciará en absoluto, así pues, ¿cómo tendrás una fuente de agua cristalina? Pues, si cuidas

de ser, a todas horas, libre (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VIII, 51).

Muchas de las cosas superfluas que te enojan puedes eliminarlas, porque radican por entero en tu propia opinión, y al punto habrás logrado mucho y ancho espacio para ti (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IX, 32).

En Atenas, Arístides era llevado al suplicio, y cuantos le veían pasar bajaban los ojos, y gemían, como si la injuria se hubiera hecho no a un hombre justo, sino a la misma justicia. Hubo sin embargo uno que le escupió a la cara. Pudo Arístides molestarse porque sabía que ningún hombre de boca pura se había atrevido a hacerlo; pero, en vez de eso, se limpió la cara y, sonriendo, dijo al magistrado que le acompañaba: “Advierte a ese que en adelante no bostece de un modo tan desmesurado.” Aquello fue ultrajar al mismo ultraje (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. XIII).

El supremo remedio contra la cólera es la calma (Séneca, *De la Cólera*, Libro II, 29).

Muchos por vengar ofensas leves se hundieron en lo más profundo; grande y noble aquel que a la manera de una fiera corpulenta, indiferente oye los ladridos de los diminutos perros (Séneca, *De la Cólera*, Libro II, 32, 3).

Aunque intentes todo, eres demasiado poco como para secuestrar mi serenidad (Séneca, *De la Cólera*, Libro III, 25, 5).

Podrán desmoronarse (...) las murallas, y caer de repente con las secretas minas las altas torres; podrán subir los baluartes de modo que alcancen los más encumbrados alcázares, pero ninguna máquina militar se hallará para conmover

un ánimo bien fortalecido (Séneca, *De la constancia del sabio*, cap. VI).

Los placeres del sabio son apacibles y moderados, concentrados y apenas visibles, pues vienen sin ser llamados y, cuando llegan espontáneamente, no son recibidos con honores ni con gozo alguno por los que los experimentan, porque los mezclan e intercalan en la vida como el juego y la diversión entre las cosas serias (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, 89).

Los más sabios y los más tontos son los únicos que no se alteran (Confucio, 2002, 190).

Sofoca tus imaginaciones diciéndote sin cesar a ti mismo: “Ahora depende de mí que en mi alma no haya ninguna vileza ni ansiedad, ni perturbación alguna en absoluto” (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VIII, 29).

Lo justo no crece separado de la templanza (Platón, *Las Leyes*, 696 b 17).

## **Educación**

Confucio dijo: “Zilu, ¿conoces los seis conceptos y los seis defectos?” Zilu respondió que no. “Siéntate entonces y te hablaré sobre ellos”, dijo el Maestro. “El defecto que tiene el que ama la benevolencia pero no gusta del estudio es la estupidez; el defecto que tiene el que ama la sabiduría pero no gusta del estudio es la confusión, el que ama la sinceridad pero no gusta del estudio tiene como defecto la ansiedad; el que ama la sencillez pero no gusta del estudio tiene como defecto la grosería; el que ama la valentía pero no gusta del estudio caerá en el defecto de rebelión. El que ama la firmeza,

pero no gusta del estudio caerá en el defecto de altanería” (Confucio, 2002, 191).

Si tuvieras a un tiempo madrastra y madre, a aquella la honrarías, sin embargo, las visitas a tu madre se harían continuas. Pues esto tienes ahora, la corte y la filosofía. De la misma manera, vuelve y descansa una y otra vez en esta, gracias a la cual te resultará soportable aquella (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro v, 12).

Es necesario, como dice Platón, haber sido entrenado de alguna manera desde la infancia en obtener el placer y la tristeza en lo que convenga. En esto consiste una buena educación (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1104 b, 13-16).

Los placeres que nacen de la contemplación y del estudio nos empujarán a contemplar y a estudiar más (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1153 a, 38-40).

Con toda seguridad, no basta que, durante su juventud, se dispense a los ciudadanos una educación y unos cuidados convenientes; es también necesario que, una vez llegados a la edad adulta, practiquen lo que se les ha enseñado y lo conviertan en buenos hábitos (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1180 a, 1-5).

Lo más adecuado es que un estado, mientras sigue siendo una multitud o pluralidad, venga a ser una comunidad política y una unidad por medio de la educación (...) El legislador que pretende introducir un sistema de educación que piensa hará una ciudad moralmente buena lo hará por medio de los modales, la filosofía y las leyes (Aristóteles, *Política*, 1263 b, 48- 55).

El más eficaz de todos los medios para garantizar la estabilidad de las constituciones es uno que actualmente desprecian todos los pueblos: un sistema de educación consecuente con las constituciones. Porque aun las leyes más valiosas carecen de toda utilidad, incluso una vez ratificadas por el juicio unánime del cuerpo total de los ciudadanos, si estos no son formados y educados en la constitución (...) (Aristóteles, *Política*, 1310 a, 17-23).

(...) los mejores ideales son los mismos para los individuos y para las comunidades políticas, y el legislador debe esforzarse por implantarlos en las almas de los ciudadanos (Aristóteles, *Política*, 1333 b, 43-45).

La educación de la juventud requiere especial atención del legislador. Sin duda, el descuido de este punto es dañoso para los Estados y sus constituciones, porque la educación debe adaptarse a la forma particular de constitución, y cada clase de constitución tiene sus propias costumbres, que de ordinario garantizan la conservación del Estado igual que lo establece en su origen (...) (Aristóteles, *Política*, 1337 a, 9-15).

Y puesto que el fin es único para todo el Estado, es evidente que la educación también debe ser necesariamente unitaria e idéntica para todos, y que la superintendencia de ella debe ser una responsabilidad pública y no privada (...) (Aristóteles, *Política*, 1337 a, 21-25).

Es imposible que todo hombre que sea superior a los demás no se sienta hinchado de orgullo y no abuse de su autoridad a no ser que sea muy instruido (Epicteto, 2004, 98).

Alejandro, César, Pompeyo, ¿qué relación guardan con Diógenes, Heráclito y Sócrates? Pues que estos últimos vieron las

cosas, las causas y las materias. Y sus principios rectores eran independientes. En cambio, aquellos, ¡qué de cosas ignoraban! ¡De cuánto eran esclavos! (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VIII, 3).

Adelante, y como si estuviéramos contando mitos, mientras tengamos tiempo para ello, eduquemos en la teoría a nuestros hombres (Platón, *La República*, 376 e).

¿O no sucede que el que pasa inadvertido se vuelve aún más perverso, mientras que quien es descubierto y castigado su parte bestial se adormece y domestica, mientras la parte dulce queda liberada? Y en este último caso, el alma íntegra restablecida es su mejor naturaleza; alcanza una condición más valiosa —al adquirir la moderación y la justicia junto con la sabiduría—, que el cuerpo que obtiene fuerza y belleza con salud, tanto cuanto más valiosa es el alma que el cuerpo (Platón, *La República*, 591 b).

(...) los que han sido correctamente educados llegan a ser, en general, buenos. No debemos desvalorizar en absoluto la educación en la convicción de que es el más importante bien que los hombres mejores pueden adquirir (Platón, *Las Leyes*, Libro I, 644 a).

(...) La peor ignorancia destruyó entonces aquella potencia y es natural que ahora haga lo mismo, de modo que, si esto es así, el legislador debe intentar introducir en las ciudades toda la inteligencia que sea posible y extirpar la necedad al máximo (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 688 e).

El hombre, de por sí manso, a pesar de que si obtiene una correcta educación y una naturaleza afortunada suele llegar a

ser el animal más divino y manso, si no se le educa suficientemente o no se le educa bien, es el más salvaje de todos los que engendra la tierra (Platón, *Las Leyes*, Libro VI, 766 a).

(...) todo joven, en lo posible, debe recibir obligatoriamente formación, puesto que pertenece a la ciudad más que a sus progenitores (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 804 d).

La política es como un pozo: los que caen por casualidad y sin pensarlo se turban y se arrepienten, en tanto que los que bajan tranquilamente con preparativos y cálculo, manejan los asuntos con mesura y con nada se descomponen, puesto que tienen como objetivo único el bien mismo (Plutarco, *Consejos Políticos*, 799 a).

La educación duraba aún en la edad adulta; porque a nadie se le dejaba que viviese según su gusto, sino que la ciudad era como un campo, donde todos guardaban el orden de vida prescrito, ocupándose en las cosas públicas, por estar en la inteligencia de que no eran suyas, sino de la patria; por tanto, mientras otra cosa no se les ordenaba, se ocupaban en ver lo que hacían los jóvenes, en enseñarles alguna cosa provechosa o en aprenderla de los más ancianos. Porque de las cosas buenas y envidiables que Licurgo preparó a los ciudadanos fue una, la sobra de tiempo, no permitiéndoles que se dedicasen en ninguna manera a las artes mecánicas, y no teniendo por qué afanarse en acumular caudal, cosa que cuesta mucho cuidado y trabajo, por haber hecho la riqueza inútil y aún despreciable (Plutarco, 1982, 59).

Que su confianza no lo lleve a despreciar la ciencia, ni su ciencia la constancia (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. VIII).

Me complazco en aprender algo a fin de enseñártelo; ni doctrina alguna me deleitaría, por más saludable que fuese, si tuviera que conocerla solamente yo. Si la sabiduría se me otorgase bajo esta condición de mantenerla oculta y no divulgarla, la rechazaría: sin compañía, no es grata la posesión de bien alguno (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 6, 4).

Recógete en tu interior cuanto te sea posible; trata con los que han de hacerte mejor; acoge a aquellos que tú puedes mejorar. Tales acciones se realizan a un tiempo y los hombres, enseñando, aprenden (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 7, 8).

Los placeres que nacen de la contemplación y del estudio nos empujarán a contemplar y a estudiar más (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1153 a, 38-40).

El que cuida lo que sabe de antiguo y aprende cosas nuevas podrá llegar a ser un maestro (Confucio, 2002, 73).

El maestro comentó: “Desprecio a quienes solo se han formado en la práctica y se han olvidado del estudio” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 164).

¿Cómo se puede amar a alguien y no ser duro con él? ¿Cómo se puede amar a alguien y no instruirle? (Confucio, 2002, 162).

Pero los hombres también tienen moral: si se alimentan bien, se visten confortablemente y están alojados con comodidad, pero no se les educa, pronto serán casi como aves y bestias. Al sabio le preocupa esto, por eso encargó a Qi de la educación, para que enseñara a los hombres sus deberes mutuos; entre padres e hijos hay amor; entre soberano y ministro, rectitud;

entre marido y mujer, atención a ocupaciones diferentes; entre mayor y menor hay orden y entre los amigos, confianza. Yao, el muy ilustre, le dijo a Qi: “Presiónalos, guíalos, corrígelos, enderézalos, ayúdalos, échalos a volar, encárgalos de conseguirse a sí mismos” (Confucio, 2002, 266).

La doctrina (enseñanza) es como un gran camino y no es difícil conocerla. El defecto de los hombres es que no la buscan. Si vuelves a tu casa y la buscas, tendrás muchos maestros (Confucio, 2002, 342).

Los estrechos senderos de montaña, si se usan, se convierten en caminos; si por el contrario no se usan, se llenan de maleza. Ahora tu mente está llena de maleza (Confucio, 2002, 372).

Cuando el Cielo produjo la gente, decretó que los primeros en el conocimiento enseñaran a los más atrasados. Y que los primeros en despertar a la conciencia despertarán a los aún dormidos (Confucio, 2002, 317).

En cierta ocasión, el Maestro deseaba vivir entre las nueve tribus bárbaras. Alguien le dijo: “Son hombres muy rudos, ¿cómo os arreglaríais para hacerlo?”, a lo que Confucio respondió: “Si un hombre superior viviera con ellos, les desaparecería la rudeza” (Confucio, 2002, 124).

(...) Quién no comienza por perfeccionarse a sí mismo, arrojando lejos de su corazón la totalidad de las pasiones malignas, se hallará incapacitado para establecer el orden de su familia (Confucio citado por Yáñez, 2002, 127).

Zilu pregunto si debía poner inmediatamente en práctica lo que oía. Confucio le contestó: “Antes de ponerlo en práctica, debes consultar con tus padres y hermanos”. Ran You

preguntó lo mismo y Confucio le contestó: “Pon inmediatamente en práctica las enseñanzas que escuchas”. Gon Gxi Hua habló con el maestro y le dijo: “Estoy confundido y quisiera preguntaos el porqué de estas respuestas tan diferentes”. Confucio respondió: “Ran You es parsimonioso, por eso le empujé, mientras que Zi Lu es precipitado y, por lo mismo, le detuve” (Confucio, 2002, 139).

Cuando las cualidades naturales se imponen sobre las que da la educación, el sujeto en cuestión será un rústico; cuando lo aprendido domina a lo innato, el individuo de que se trate será un funcionario vulgar; cuando lo natural y lo que deriva del estudio están armoniosamente mezclados es cuando nos encontramos ante un hombre superior (Confucio, 2002, 103).

¿Te figuras que por el simple hecho de pasar las noches estudiando, trabajando o leyendo voy a llamarte laborioso? No; antes preciso me será saber qué provecho sacas de tal estudio y trabajo. Porque yo no llamo *laborioso* al hombre que pasa la noche rondando a su amada, sino simplemente *enamorado*. De modo que, si pasas la noche en vela atento solo a tu gloria, te llamaré *ambicioso*; si con el fin de ganar dinero, *avariento* o *interesado*. Solo si lo haces con el fin de cultivar y formar tu razón y cumplir tus deberes, te llamare laborioso (Epicteto, 2004, 97).

## Ejemplaridad

El trato frecuente con personas buenas puede ayudar a la práctica de la virtud (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1170 a, 18-19).

Si el príncipe es justo y equitativo, sus súbditos imitarán estas virtudes (Confucio citado por Yáñez, 2002, 128).

En lugar de dispensar tu asiduidad a un rico, dispénsala a un sabio. El trato de este jamás te hará ruborizar, y nunca volverás a tu casa sin haber aprendido algo (Epicteto, 2004, 41).

¿Quieres embellecer tu ciudad natal con una dádiva rara y verdaderamente estimable? Date a ella tú mismo después de haberte convertido en un modelo perfecto de bondad, de generosidad y de justicia (Epicteto, 2004, 57).

La gente percibe los hábitos de los políticos, incluso los que parecen más ocultos, así como sus decisiones, actos y vidas, apreciando en no menos sus actividades privadas que las públicas, pero también manifestando irritación y desprecio (Plutarco, *Consejos Políticos*, 801 a).

(...) el uso de la virtud política persuade a la ciudad no por la palabra, sino por el género de vida (Plutarco, *Consejos Políticos*, 801 d).

El hombre bueno se robustece y después robustece a los demás; explora con sus propios medios la razón de las cosas y, al momento, se las hace saber a los hombres (...) (Confucio citado por Yáñez, 2002, 160).

Cuando los gobernantes se obstinan en no copiar a los antiguos, nunca serán considerados sabios prudentes (Confucio citado por Yáñez, 2002, 179).

El que gobierna debe poner su ejemplo ante todos y ser diligente (Confucio, 2002, 151).

Cuando veamos personas ilustres, pensemos en igualarlas; cuando veamos personas llenas de defectos, volvámonos hacia dentro y examinémonos (Confucio, 2002, 88).

XXXVI

Quien quiera obtener algo,  
antes debe haberlo dado (Lao Tse, 1979, 48).

Le darás mucho, aunque no le des más que el ejemplo (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. XVIII).

Siempre podemos aprender del hombre eminente aun cuando calla (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 654).

(...) Los hombres se fían más de la vista que del oído porque el camino es largo a través de los preceptos, breve y eficaz a través de los ejemplos (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 6, 5).

Ji Kang, preguntando a Confucio sobre los asuntos referentes al gobierno, le dijo: “¿Qué pensáis de la aplicación de la pena de muerte a los malvados en beneficio de los buenos? Confucio respondió: “¿Y por qué hay que usar la pena de muerte para gobernar? Si vos deseáis lo bueno, el pueblo será bueno. La cualidad del soberano es como la del viento, y la del viento como la de la hierba: cuando la hierba recibe el golpe del viento, se inclina en su dirección (Confucio, 2002, 148).

Si una familia práctica el amor mutuo, un país entero puede recibir su influencia; si en una casa se practica la cortesía, todo el reino puede seguir su ejemplo. Una sola persona violenta y ambiciosa puede hacer que se revuelva todo un Estado. Así pueden ser las influencias. Esto está también expresado en el proverbio: “Una frase destruye un negocio, un solo hombre puede asegurar un reino” (Confucio, 2002, 392).

Lo que te desagrade de tus superiores, nunca lo apliques a tus subordinados, ni lo que te desagrade de estos puedes aplicárselo a tus superiores (Confucio citado por Yáñez, 2002, 129).

## Elección

Es la elección del bien y el mal lo que determina nuestra naturaleza moral (...) (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1112 a, 3-4).

¿De quién es esta medalla? ¿De Trajano? La acepto y la conservo. ¿De Nerón? La rechazo. Haz lo propio con los hombres, según sean buenos o malos (Epicteto, 2004, 62).

### XXIII

Quien sigue la virtud,  
se une a la virtud.  
Quien sigue el defecto  
se une al defecto (Lao Tse, 1979, 35).

Los bienes sometidos a la fortuna pueden hacerse fructíferos y agradables cuando el que los tiene se tiene también a sí mismo, y no está esclavizado por sus cosas. Yerran, pues, Lucilio, quienes creen que la fortuna nos otorga algo bueno o malo; lo que nos da no es sino materia de bien o de mal, ocasión para que en nosotros resulte algo bueno o malo (Séneca, *Cartas a Lucilio*, Carta xcviII).

Hay que afirmar acerca de la elección de los cargos, ya que elegirlos recta y justamente es una tarea de expertos (Aristóteles, *Política*, 1282 a, 11-13).

Pues aquello que está en nuestra mano hacer, podemos también abstenernos de hacerlo; donde depende de nosotros decir “no”, somos también dueños de decir “si”. Así pues, si la ejecución de una buena acción depende de nosotros, dependerá también de nosotros el no realizar un acto vergonzoso; y si podemos abstenernos de una acción cuando esto es bueno, también dependerá de nosotros la consumación de un acto cuando este es vergonzoso. Si, pues, la realización de los actos honrosos y vergonzosos depende de nosotros, y de igual manera depende de nosotros no realizarlos, y si en esto consiste, de manera esencial, ser buenos o malos, se sigue de ello que también depende de nosotros ser virtuosos o viciosos (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1113b, 9-20).

(...) está en nuestra libre voluntad el obrar el bien y el mal (Aristóteles, 1981, 58).

Es evidente que es algo voluntario el que uno siga el camino de la virtud o del vicio (Aristóteles, 1981, 58).

Tanto el principio de una acción mala como el de una acción buena son una determinación, un acto de voluntad y todo aquello que en nosotros tiende a la razón. No hay que dudar, por tanto, de que también estas cosas cambian. Pero los cambios en nuestro obrar están bajo el control de nuestra voluntad, luego también lo están la determinación y el principio de que ellos se originan, y en consecuencia, no hay que dudar de que está en nuestro poder ser buenos o malos (Aristóteles, 1981, 62).

La apetencia se da en los animales, igual que en el hombre, mientras que la determinación o la elección tan solo tienen cabida en el hombre. Porque toda determinación se basa en un principio racional. Y este principio solo lo posee el hombre (Aristóteles, 1981, 72).

Solo hay dos caminos, el de la benevolencia y el del egoísmo (Confucio, 2002, 283).

Me gusta mucho la vida y también me gusta mucho la rectitud, pero si tuviera que elegir entre ambas cosas, dejaría la vida y me quedaría con la rectitud (Confucio, 2002, 336).

El que es bueno y honrado, sea hombre o mujer, es feliz, y el malvado e injusto es desgraciado (Platón, *Gorgias*, 470e, 10-12).

La elección hecha por el criterio de la riqueza es oligárquica y la hecha por el criterio de virtud es aristocrática (Aristóteles, *Política*, 1273 a, 40-41).

## **Equidad**

Es mucho más necesario nivelar los deseos de los hombres que sus propiedades, y esto solamente puede realizarse por un sistema adecuado de educación, reforzado por la ley (Aristóteles, *Política*, 1266 b, 42-43).

La ira, en verdad, hay que rechazarla siempre, y desear que los que gobiernan la República sean semejantes a las leyes que se deciden por el castigo, no impulsadas por la ira sino por la equidad (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 89).

En la comunidad en la que no habitan la riqueza ni la pobreza, pueden darse caracteres nobilísimos, pues no nacen en ella la insolencia y la injusticia, así como tampoco los celos y las envidias (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 679 b, c).

En una ciudad (...) no debe haber ni extrema pobreza entre algunos de sus ciudadanos, ni por otra parte, riqueza excesiva, puesto que ambas producen a ambas. Entonces, el legislador debe dar un límite de cada una de las dos (Platón, *Las Leyes*, Libro v, 744 d, e).

A esto contestó Cleóbulo: “La ley, en verdad, oh, el mejor de los hombres, como un sastre, proporciona a cada uno de nosotros lo que le conviene, lo apropiado y lo que le corresponde (...)” (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 157 c 7-9).

Para a quien se empeña en sobresalir le será difícil observar la equidad, condición principal de la justicia (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 64).

### **Equidad de género**

Es mejor para la felicidad de la ciudad revisar, corregir y ordenar todas las instituciones en común de las mujeres y los hombres (Platón, *Las Leyes*, Libro vi, 781 b).

Pues, dado que cada familia es una parte de la ciudad y dado que las diversas relaciones de que hablamos son elementos de la realidad familiar, y supuesto asimismo que la virtud de la parte debe ser considerada en relación a la del todo, es necesario proveer a la educación de los niños y las mujeres con los ojos puestos en la constitución de la ciudad, si es que importa en alguna medida al bien del Estado que niños y mujeres estén llenos de entusiasmo por el bien (Aristóteles, *Política*, 1260 b, 19-26).

Si hemos de emplear a las mujeres en las mismas tareas que a los hombres, debe enseñárseles las mismas cosas (Platón, *La República*, 451 e).

Todas las honras deben ser tanto para los hombres como para las mujeres que han llegado a ser claramente buenos (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 80 a).

(...) lo actualmente vigente entre nosotros es el colmo de la estupidez, el que todos los varones no practiquen al unísono las mismas cosas que las mujeres con toda su fuerza. En general, con nuestra forma de actuar, casi toda ciudad es y se convierte en media en vez de doble (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 805 a).

(...) el género de las mujeres debe tener junto con el de los varones la máxima participación tanto en la educación como en lo demás (...) (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 805 b).

## Esclavitud

(...) el que, aun siendo un ser humano, pertenece por naturaleza no a sí mismo, sino a otro, es por naturaleza un esclavo (...) (Aristóteles, *Política*, 1254 a, 21-23).

Recuerda que el deseo de honores, dignidades y riquezas no es el único que nos esclaviza; el deseo de reposo, de solaz, de los viajes, en una palabra, todas las cosas exteriores nos someten y esclavizan desde el momento en que las codiciamos (Epicteto, 2004, 58).

Hay esclavos grandes y los hay pequeños. Los pequeños son los que se dejan esclavizar por cosas nimias, como banquetes, hospedajes y dádivas. Los grandes son los que se dejan esclavizar por un consulado o un gobierno de provincia. Todos los días ves esclavos ante los cuales andan grandes ministros con insignias, y estos son más esclavos que los otros (Epicteto, 2004, 59).

¿Quién te liberará de ser esclavo? ¿Que eres libre, dices? ¿Pues no eres esclavo de tu dinero, de tu cónyuge, de tu hijo, de un tirano y hasta del último de los siervos de este tirano? (Epicteto, 2004, 60).

¿No es una cosa imposible que una ciudad que es por naturaleza esclava sea digna de llevar el nombre de Estado? (Aristóteles, *Política*, 1291 a, 12-13).

La libertad en exceso parece que no deriva en otra cosa que en la esclavitud en exceso para el individuo y para el Estado (Platón, *La República*, 564 a).

La naturaleza ha dado al hombre fuerzas suficientes, si hacemos uso de ellas, si las reunimos todas, para luchar en nuestro favor o, al menos, no contra nosotros. La causa está en que no queremos, y el pretexto es que no podemos (Séneca, *Cartas a Lucilio*, Carta CXVI).

### **Espíritu de servicio**

Donde quiera que haya un hombre, allí hay lugar para un beneficio (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. XXIV).

No debe preocupar el no tener un puesto sino el hacerse digno de uno; no debe preocupar el ser desconocido sino el llegar a tener méritos por los que ser conocido (Confucio, 2002, 88).

Conviene apartarnos de los tribunales y de los puestos públicos, que el ánimo grande también tiene en los retiramientos donde poder espaciarse; y como el ímpetu de los leones y de otras bestias fieras no me acobarda estando metidos en sus cuevas, así tampoco dejan de ser las acciones de los hombres

grandes, aunque estén apartados del concurso (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. III, 97-98).

De tal manera se retiran estos, que donde quiera que esconden su quietud, lo hacen con intento de aprovechar a todos en común y a cada uno en particular con su ingenio, con sus palabras y con su consejo (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. III, 98).

No solo sirven a la república los que apadrinan a los pretendientes y los que defienden a los reos y los que tienen voto en las cosas de la paz y la guerra, sino también aquellos que exhortan a la juventud y los que, en tiempo que hay tanta falta de buenos preceptos, instruyen con su virtud los ánimos; igualmente los que detienen y desvían a los que se precipitaban a las riquezas y demasías. (...) (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. III, 98).

Por ventura, hace más el corregidor y juez que entre los vecinos y forasteros pronuncia las sentencias que el que, retirado, enseña qué cosa es la justicia, la compasión, la paciencia, la fortaleza (...) y, finalmente, el gran bien que consiste en tener buena conciencia (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. III, 98-99).

Si gastares el tiempo en los estudios, aunque te apartes de los oficios, no será desampararlos ni faltar a tu obligación, pues no solo milita el que en la campaña está defendiendo el lado derecho o izquierdo, sino también el que guarda las puertas y el que asiste haciendo centinela en la plaza de armas, porque aunque este puesto es menos peligroso no es menos cuidadoso; y así, aunque estos cuidados tienen menos de sangrientos, entran a gozar de los estipendios y sueldos. Si te retirares a tus estudios y dejares todo el cansancio de la

vida, no vendrás a codiciar la noche por el fastidio del día, ni te cansarás de ti mismo ni a otro serás enfadoso. Llevarás muchos a tu amistad y te irán a buscar todos los hombres de bien; porque, aunque la virtud esté en lugar oscuro, jamás se esconde, antes bien, siempre da señales de sí, y cualquiera que fuere digno de ella, la hallará por las huellas (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. III).

Si la fortuna te apartare de los primeros puestos del gobierno (...) no desfallezcas, ayúdala con silencio, que el cuidado del buen ciudadano jamás es inútil (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. III).

## Estadista

Aquí, bajo la bóveda celeste, solo el que alcanza la máxima sabiduría es capaz de comprensión, inteligencia y agudeza de conocimiento suficientes para gobernar (Confucio, 2002, 419).

Se cree que el hombre auténticamente apto para dirigir la ciudad consagra, más que cualquier otro, sus esfuerzos a hacer reinar la virtud (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1102 a, 6-8).

Al no preocuparse nadie de los intereses de la ciudad (Estado), esta muere (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1167 b, 23-24).

(...) nunca nadie podría llegar a ser político con solo familiarizarse con la política; por eso los que aspiran a conocer el arte de la política necesitan además la experiencia (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1181 a, 13-16).

Porque, en el plano de las relaciones políticas entre los hombres, no se puede hacer nada sin que haya en el hombre un carácter moral o cualidad moral, es decir, se debe ser hombre de mérito moral. Y mérito moral significa estar en posesión de las virtudes. Es, por consiguiente, necesario que quien quiera alcanzar o conseguir algo en orden de la política sea él personalmente hombre de buenas costumbres (Aristóteles, 1981, 27-28).

Obrar con rectitud es imposible a los que no realizan buenas acciones y no hay acción alguna buena, sea de un hombre, sea de un Estado, sin virtud y sabiduría; y la valentía, la justicia y la sabiduría correspondientes a un Estado tienen el mismo significado y la misma forma que esas mismas virtudes, cuya posesión confiere los denominativos de justo, sabio y moderado al ser humano individual (Aristóteles, *Política*, 1323b, 40-46).

(...) el que tiene que ser un buen gobernante, debe primero haber sido gobernado (Aristóteles, *Política*, 1333 a, 3-4).

Convendría que el que ha de deliberar sobre los ingresos fiscales conociera cuáles y cuántos son los recursos de la ciudad, para si alguno ha sido excluido, añadirlo, y si alguno es pequeño, aumentarlo; además, debería conocer los gastos de la misma ciudad, para si alguno es superfluo, eliminarlo, y si alguno es demasiado grande, disminuirlo (Aristóteles, *Retórica*, Libro I, cap. 4).

Aquellos a quienes la naturaleza concedió aptitudes y medios para gobernar, (...) a estos hombres de Estado les son tan necesarios, y posiblemente más que a los filósofos, la fortaleza y el desprecio de los bienes exteriores, así como la tranquilidad de espíritu, y un ánimo sereno y no agitado

de preocupaciones, puesto que no ha de estar ansioso por el futuro y ha de vivir con gravedad y firmeza (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 72).

La grande y verdadera gloria supone estas tres condiciones: que nos ame la multitud, que tenga confianza en nosotros y que, con cierta admiración, nos considere dignos de honor (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 31).

Yo creo que no solo los medos, como dice Herodoto, sino también nuestros mayores, en gracia de la justicia, constituyeron reyes a hombres de bien probadas costumbres. Pues, viéndose la multitud miserable oprimida por los más poderosos, buscaban la protección de uno distinguido por su virtud, quién, apartando la injusticia de los más débiles, estableciendo leyes iguales para todos, mantenía en igualdad de derechos a los humildes y a los poderosos. Y la misma causa que motivó la elección de los reyes produjo también la ordenación de las leyes (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 41).

Los que administren la ciudad deberán tomar precauciones para que haya abundancia de todo lo necesario para la vida (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 75).

Los que gobiernan un Estado no tienen medio mejor para ganarse fácilmente la benevolencia de la multitud que la moderación y el desinterés (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 78).

¿No sería más provechoso encaminar nuestros esfuerzos a borrar los deseos malignos de los hombres? (Confucio citado por Yáñez, 2002, 124).

El Imperio obtiene grandes ventajas con un ministro de corazón bondadoso y desapasionado (Confucio citado por Yáñez, 2002, 132).

Nadie odia al príncipe prudente, nadie se cansa de su mandato. Siempre, por la mañana y por la tarde, será apreciado por todo el pueblo (Confucio citado por Yáñez, 2002, 150).

Solo el hombre provisto de una extraordinaria sabiduría es digno de conseguir la máxima autoridad sobre los demás, pues directamente él puede conocer a fondo y entender con claridad las leyes naturales de todos los seres vivos; solo él es digno de detentar el poder y capaz de brindar copiosos bienes, ya que posee un alma grande, espléndida, dulce y amable; únicamente quien es capaz de imponer la justicia y la equidad, ya que posee un alma elevada, firme serena y constante, puede obtener el respeto y veneración de todos por su honestidad, sencillez y gravedad, rectitud y justicia; solo él puede distinguir con claridad el bien del mal, pues dispone de una penetrante inteligencia y una firme voluntad, un talento enriquecido por el asiduo estudio y una sagacidad perfeccionada por la exacta investigación de las realidades más ocultas y de los principios más sutiles (Confucio citado por Yáñez, 2002, 150-151).

Para desempeñar las funciones de gobierno es preciso, además de estar capacitado, saber actuar dignamente en cada ocasión, para de esta manera poder obtener el respeto de los súbditos; también precisa mostrarse justo y liberal, sin caer en la excesiva generosidad a la que arrastra una personalidad desprendida (Confucio citado por Yáñez, 2002, 158-159).

Los grandes sabios de la antigüedad no poseían una naturaleza distinta a la nuestra; ellos no eran más que hombres, y hombres somos nosotros, ¿por qué no hemos de poder igualar sus virtudes? (Confucio citado por Yáñez, 2002, 175).

El hombre superior debe valorar sobre todo tres principios de conducta: que sus movimientos y actitudes estén lejos tanto de la violencia como de la despreocupación, que los gestos de su cara estén corregidos por la sinceridad, y que sus palabras y exclamaciones estén lejos de la vulgaridad y la grosería (Confucio, 2002, 116).

Hay nueve cosas en las que piensa el hombre superior: al ver, piensa en la luz; al oír, en la claridad del sonido; piensa en que su cara tenga una actitud benigna, que su actitud sea cortés, que sus palabras sean leales, que su servicio sea respetuoso; que si tiene dudas, debe preguntar, que la furia podría ponerle en dificultades, y además, piensa en la justicia cada vez que se encuentra ante una posibilidad de beneficio (Confucio, 2002, 186).

El que usa la virtud y practica el amor a los hombres es un verdadero rey (Confucio, 2002, 243).

Para guiar y gobernar las naciones nada mejor que la virtud (Confucio, 2002, 249-250).

Un buen soberano tiene que ser cortés, económico y respetuoso hacia los gobernados y tomar del pueblo con medida (Confucio, 2002, 261).

Confucio decía: “Contra un soberano humanitario no pueden levantarse grandes masas” (Confucio, 2002, 285).

Los verdaderos días de fiesta deben ser para ti aquellos en que te has arrancado, o al menos dominado, el orgullo, la temeridad, la malignidad, la maledicencia, la envidia, la obscenidad en el lenguaje, el lujo o cualquiera de los vicios que te tiranizan. Esto es lo que debe alegrarte y merecer tus desvelos con mucho más motivo que haber obtenido un consulado o el mando de un ejército (Epicteto, 2004, 32).

Cuando oigo llamar feliz a alguno porque cuenta con los favores de un príncipe, pregunto enseguida: ¿Cómo le ha favorecido? Ha sido nombrado gobernador de una provincia. Pero ¿ha obtenido al mismo tiempo cuanto es preciso para cumplir debidamente su misión? Cuando me dicen: Fulano ha sido nombrado pretor, ¿cuenta con lo necesario para serlo debidamente?, pregunto al punto. Porque no son las dignidades las que dan la felicidad, sino el desempeñar bien y acertadamente los cargos que van unidos a ellas (Epicteto, 2004, 32).

El verdadero bien del hombre está siempre en la parte por la cual difiere de las bestias. Conviene, por tanto, que esta parte se halle bien asistida y fortificada, y que las virtudes sean sus centinelas avanzados para mejor rechazar al enemigo y poder vivir con toda seguridad exento de temores (Epicteto, 2004, 39).

LI

(...) guiar sin dominar,  
esta es la gran virtud (Lao Tse, 1979, 63).

LIV

Si la cultiva en sí mismo,  
su virtud será verdadera.  
Si la cultiva en su familia,  
su virtud será abundante.

Si la cultiva en su pueblo,  
su virtud será grande.  
Si la cultiva en el estado,  
su virtud será poderosa.  
Si la cultiva en el mundo,  
su virtud será universal (Lao Tse, 1979, 66).

Debemos observar a los hombres de Estado desde la niñez, encargándoles tareas con las cuales más fácilmente se les olvide aquella convicción (del bien común) dejándose engañar. Luego, aprobaremos al que tenga buena memoria y sea difícil de engañar, y desecharemos al de condiciones contrarias a esas. (...) Y habrá que crear una tercera especie de prueba, una prueba de hechicería, y contemplarlos en ella. Así como se lleva a los potros a donde hay fuertes ruidos y estruendos para examinar si son asustadizos, del mismo modo se debe conducir a nuestros jóvenes a lugares terroríficos, y luego trasladarlos a lugares placenteros. Con ello los pondríamos a prueba mucho más que al oro con el fuego, y se pondría de manifiesto si cada uno está a cubierto de los hechizos y es decente en todas las ocasiones, de modo que es buen guardián de sí mismo y de la instrucción en las Musas que ha recibido, conduciéndose siempre con el ritmo adecuado y con la armonía que corresponde, y en fin, tal como tendría que comportarse para ser lo más útil posible tanto a sí mismo como al Estado. Y a aquel que, sometido a prueba tanto de niño como de adolescente y hombre maduro, sale airoso, hay que erigirlo en gobernante y guardián del Estado, y colmarlo de honores en vida; y, una vez muerto, conferirle la gloria más grande en funerales y otros ritos recordatorios. Al que no salga airoso de tales pruebas, en cambio, hay que rechazarlo. Tal me parece, Glaucón, que debe ser la selección e institución de los gobernantes y de los guardianes (Platón, *La República*, 413 d, e y 414 a).

Los gobernantes son dignos de tal nombre, lo mismo que sus auxiliares, cuando están dispuestos a obedecer las leyes, imitándolas en cuantas prescripciones les encomiendan que hagan, y a hacer lo que los gobernados las cumplan (Platón, *La República*, 458 c).

A los que se revelan capaces de vigilar las leyes y costumbres del Estado, a esos instituiremos como guardianes (Platón, *La República*, 484 b).

(...) en la situación actual, parece que necesitamos un hombre osado que, honrando de manera notable la franqueza, diga lo que le parece ser lo mejor para la ciudad y los ciudadanos y ordene en las almas corruptas lo conveniente y en armonía con el régimen político en su conjunto, contradiciendo los deseos más violentos, sin tener ninguna ayuda humana, sino obedeciendo solo a la sola razón (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 835 c, d).

El político debe contar con él mismo, con la ayuda de una mente rectora y con una palabra que ordene (*Plutarco, Consejos Políticos*, 801).

Cleón,<sup>8</sup> tan pronto supo que se iba dedicar a la política, tras reunir a sus amigos con él, deshizo la amistad con ellos por pensar que en política la amistad ablanda y con frecuencia desvía las decisiones rectas y justas. Pero mejor hubiera hecho si hubiera expulsado de sí mismo la avaricia, la envidia y su afición por los conflictos. Pues las ciudades no necesitan

---

<sup>8</sup>Cleón de Atenas (siglo v a. C.), general ateniense durante la Guerra del Peloponeso, fue el primer representante prominente de la clase comercial en la política de Atenas.

hombres sin amigos, sino hombres buenos y prudentes (Plutarco, *Consejos Políticos*, 807 a).

Nada es tan propio de un rey como el cuidar la administración de la justicia (Plutarco, 1982, 359).

Conviene que el custodio de las leyes y el gobernante de la ciudad, en la medida en que pueda, con palabras y estas las más suaves, tutele los ánimos de forma que les persuada a cumplir con su deber y concilie en sus corazones el anhelo de lo honesto y de lo justo (...) (Séneca, *De la Cólera*, Libro I, 6, 3).

## Estado

(...) un Estado es una reunión suficientemente numerosa de ciudadanos en orden a garantizar la independencia de la vida (Aristóteles, *Política*, 1275b, 27-29).

(...) Un Estado es una asociación de familias y clanes en una vida buena, y su finalidad es una vida plena e independiente (Aristóteles, *Política*, 1280 b, 51-53).

Todo Estado consta de cualidad y cantidad: entiendo por cualidad la libertad, la riqueza, la educación, la buena cuna, y por cantidad, las cifras numéricas superiores de la muchedumbre (Aristóteles, *Política*, 1296 b, 23-26).

El Estado es una forma de comunidad política de gentes semejantes, y su objeto es la mejor vida posible (Aristóteles, *Política*, 1328 a, 47-48).

(...) un Estado no es una multitud de gente reunida al azar, sino una agrupación autosuficiente para las necesidades de la vida (...) (Aristóteles, *Política*, 1328 b, 24-26).

Es conveniente que un Estado sea moderado y sobrio, valiente y paciente (...) (Aristóteles, *Política*, 1334 a, 25 -26).

(...) es asimismo conveniente que el Estado asegure su conservación por sí mismo y no gracias a alguna influencia del exterior (...) (Aristóteles, *Política*, 1294 b, 46-48).

Mencio dijo: “La gente tiene este dicho que todos pronuncian: «El imperio, el reino, la familia». La raíz del imperio está en el reino, la raíz del reino está en la familia, la raíz de la familia está en el individuo” (Confucio, 2002, 284).

(...) mientras los particulares se proponen abrir un mercado a todo el mundo por el afán de lucro, un Estado, en cambio, que no debe tener parte en ganancias excesivas de esta índole, no necesita poseer un puerto mercantil de esta categoría (Aristóteles, *Política*, 1327 a, 32-36).

Ninguno ama a su patria porque es grande sino porque es suya (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 378).

## **Estilos de vida**

(...) vemos que hay también tres formas de vida que escogen para vivir aquellos a quienes la suerte les brinda la ocasión de hacerlo: la vida de la política, la vida de la filosofía y la vida del placer. De estas, la vida filosófica pretende dedicarse a la sabiduría y la contemplación de la verdad; la política

pretende dedicarse a las acciones honorables (y estas son la que derivan de la virtud); y la vida de goce pretende dedicarse a los placeres corporales (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1215 a, 47; 1215 b 1-7).

Es evidente que los dos modos principales de vida escogidos por los hombres más ambiciosos que sobresalen en virtud, tanto en la antigüedad como en la actualidad, son la vida de la política y la vida de la filosofía (Aristóteles, *Política*, 1324 a, 40-4).

Y ante todo hemos de decidir quiénes y cómo queremos ser nosotros y en qué género de vida, que es la deliberación más difícil de todas. Pues al principio de la adolescencia, cuando es sumamente endeble el consejo, cada uno elige para sí el género de vida de que más se encapricha; así pues, antes de que pueda pensar qué es lo mejor, se ve obligado a seguir una determinada carrera de vida (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 117).

¿Es la vida más justa la más placentera o hay dos vidas, de las que una es la más placentera y la otra la más justa? (Platón, *Las Leyes*, Libro II, 662 d).

No es lo mismo el estilo de vida de un filósofo y el de un político; aquel vuelve su inteligencia desprendida y nada necesita de esta materia exterior a lo que es honesto y bueno, y a este le es preciso reunir la virtud con las ocupaciones humanas (Plutarco, 1982, 132).

Congregados los griegos en el Itsmo, decretaron marchar con Alejandro a la guerra contra Persia, nombrándole general; y como fuesen muchos los hombres de Estado y los filósofos que le visitaban y le daban el parabién, esperaban que haría

otro tanto Diógenes el Sinope, que residía en Corinto. Mas este, ninguna cuenta hizo de Alejandro, sino que pasaba tranquilamente su vida en el barrio llamado Craneto; y así hubo de pasar Alejandro a verle. Hallábase casualmente tendido al sol, y habiéndose incorporado un poco a la llegada de tantos personajes, fijó la vista en Alejandro. Saludole este, y le preguntó enseguida si se le ofrecía alguna cosa: “Muy poco”, le respondió. “Que te quites del sol”. Dícese que Alejandro, con aquella especie de menosprecio, quedó tan admirado de semejante elevación y grandeza de ánimo que, cuando retirados de allí empezaron los que le acompañaban a reírse y burlarse, él les dijo: “Pues yo, de no ser Alejandro, de buena gana sería Diógenes” (Plutarco, 1982, 219).

Cuanto más se desarrolla nuestra facultad de contemplar, más se desarrollan nuestras capacidades de felicidad (...) (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1178 b, 46-48).

Mientras estemos en vida, estaremos más cerca del conocimiento si nos unimos y nos comunicamos con el cuerpo lo menos posible, a no ser que haya una absoluta necesidad, sino que nos mantenemos limpios de su contacto hasta que la divinidad misma nos libere de él (Platón, *Fedón*, 66b-67 b).

## Estudio

La mente del hombre se nutre aprendiendo y meditando. Está siempre indagando o haciendo algo, y se ve atraída por el ansia de ver y oír (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 105).

Confucio dijo: “Reflexionad en silencio y recordad siempre las conclusiones a que hemos llegado con la reflexión: concentrarnos en el estudio y sentir un gran amor hacia él, enseñar

sin descanso a los hombres (...)” (Confucio citado por Yáñez, Libro I, Cap. VII, punto 2).

El maestro dijo: “Debemos entregarnos al estudio con el máximo entusiasmo, sin conseguir llegar a la verdad; podemos localizar la verdad y no encontrar la forma de perseverar en ella; podemos perseverar en la verdad sin hallar la forma de utilizarla en todas las ocasiones y circunstancias de nuestra existencia” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 162).

El que ocupa un cargo público debe dedicarse al estudio en sus momentos de descanso. El estudioso, por su parte, debe ocupar un cargo público cuando no se dedique a su investigación (Confucio, 2002, 204).

Estamos compuestos de dos naturalezas perfectamente distintas: de un cuerpo que nos es común con los animales y de un espíritu que nos es común con los dioses. Pero unos tienden hacia el primer parentesco, si así puede decirse, parentesco desdichado y muerto, y otros tienden hacia el segundo, hacia el feliz y divino; de aquí proviene que unos piensen noblemente, mientras los otros –la inmensa mayoría– no conciben más que pensamientos bajos e indignos (...) Ten cuidado, y procura no aumentar el número de los brutos (Epicteto, 2004, 38-39).

Porque no puedes estudiar a causa de la calentura te quejas. Pero ¿no estudias para ser mejor, es decir, para ser paciente, constante y firme? Pues procura serlo con la fiebre y no sabrás poco (Epicteto, 2004, 97).

Los estudios, aunque no tengan efecto (inmediato), son dignos de alabanza (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 529).

Yo prefiero acabar con el dolor antes que engañarlo. Te dirigiré a donde han de buscar refugio todos lo que quieren escapar a la fortuna: a los estudios liberales. Estos curarán tu herida y arrancarán de ti toda tristeza (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. xvii).

Si los estudios entran seriamente en tu ánimo, ya no entrará más en él el dolor, ni la inquietud, ni la inútil angustia de una aflicción vana. A ninguna de esas cosas abrirá tu corazón (...) (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. xvii).

Estudia como si nunca fueras a aprender bastante, como si temieras olvidar lo aprendido (Confucio, 2002, 119).

## Ética

La virtud ética toma su nombre de esto: su nombre viene de la palabra “ethos”, costumbre o hábito; y se llama virtud “ética” porque nosotros la conseguimos por habituación (Aristóteles, 1981, 49).

La acumulación de rectitud moral produce energía (Confucio, 2002, 240).

Todo lo que corrompe y destruye es lo malo, lo que preserva y beneficia es lo bueno (Platón, *La República*, 608 e).

El mejor género de vida consiste en vivir y morir practicando la justicia y todas las demás virtudes (Platón, *Gorgias*, 527 e, 4-5).

Quiero rectificar el pensamiento de los hombres, impedir el lenguaje perverso, apartar las conductas erróneas y rechazar

las palabras obscenas para poner en práctica la doctrina de los sabios (Confucio, 2002, 278).

Sé útil primero a los demás si quieres ser útil a ti mismo (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 32).

En el momento que se logra la perfección en los conocimientos morales, de inmediato todas nuestras intenciones serán rectas y sinceras. Si las intenciones han adquirido la necesaria rectitud y sinceridad, el alma se verá provista de todas las virtudes. Las virtudes del alma beneficiarán nuestro ser al corregirlo del todo. Nada más llegar a la perfección personal, se establecerá el orden en el seno de nuestra familia. Si la familia se halla en orden, el reino podrá ser correctamente gobernado. Y cuando todos los reinos gocen de un buen gobierno, el mundo en su totalidad disfrutará de paz y armonía, con lo que podrán ser renovados y modificados todos los pueblos (Confucio citado por Yáñez, 2002, 123).

Ya intentaban los hombres ponerse a salvo con la fundación de ciudades. Pero cuando se reunían, se atacaban unos a otros al no poseer la política, de modo que de nuevo se dispersaban y perecían. Zeus, entonces, temió que sucumbiera toda nuestra raza y envió a Hermes que trajera a los hombres el sentido moral y la justicia, para que hubiera orden en las ciudades y ligaduras acordes de amistad. Le preguntó entonces Hermes a Zeus de qué modo daría el sentido moral y la justicia a los hombres: “¿Las reparto como están repartidos todos los conocimientos? Están repartidos así: uno solo que domine la medicina vale para muchos particulares, lo mismo en otras profesiones. ¿También ahora la justicia y el sentido moral los infundiré a sí a los humanos o los reparto a todos?” “A todos, dijo Zeus, que todos sean partícipes. Pues no habría ciudades sí solo algunos de ellos participaran

como de los otros conocimientos. Además, impón una ley de mi parte, que al incapaz de participar del honor y la justicia lo eliminen como a una enfermedad de la ciudad” (Platón, *Protágoras*, 322 b, c, d).

Solo un gran hombre puede corregir el corazón de un soberano. Si el soberano es humanitario, habrá benevolencia; si justo, justicia; y perfección, si es perfecto (Confucio, 2002, 291).

La perfección moral tiene esto: pasar cada día como si fuera el último, no sufrir convulsiones, no estar entorpecido, no ser falso (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 69).

## **Felicidad**

El hombre que con tenacidad y constancia emplee toda su existencia en la localización del bien y de la verdad disfrutará de una intensa felicidad (Confucio citado por Yáñez, 2002, 155).

(...) sea que la felicidad del hombre consista en el goce, en la virtud o en las dos cosas, se encuentra ella en mayor medida en los que tienen un cultivo notablemente elevado del carácter y el intelecto, pero solo moderado respecto de la adquisición de los bienes externos (...) (Aristóteles, *Política*, 1323 b, 1-5).

Admitiendo en todo caso una clasificación de las cosas buenas en tres grupos, bienes externos, bienes del cuerpo y bienes del alma, sin duda, nadie negará que la felicidad perfecta está necesariamente en la posesión de los tres tipos de bienes (Aristóteles, *Política*, 1323 a, 32-35).

(...) si hay que definir la felicidad como un obrar bien, la vida activa es la vida mejor para un Estado (Aristóteles, *Política*, 1325 b, 19-22).

(...) un Estado es feliz atendiendo no a una parte determinada de él, sino a todos los ciudadanos del mismo (Aristóteles, *Política*, 1329 a, 33-35).

Un Estado estará mejor gobernado bajo una constitución que le brinde las mayores oportunidades para la felicidad (...) (Aristóteles, *Política*, 1332 a, 9-10).

(...) la felicidad es la completa actividad y empleo de la virtud, y esto no de manera condicionada sino absoluta (Aristóteles, *Política*, 1332 a, 14-16).

Para la verdadera felicidad, que principalmente consiste en las costumbres y en el propósito del ánimo, nada da ni quita haber nacido en una patria oscura e ignorada (Plutarco, 1982, 293).

No es fácil conseguir la felicidad en la vida ya que se aleja uno tanto más de ella cuanto más afanosamente la busque, si ha errado el camino (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. 1).

El hombre que se halla en la necesidad vive entregado a la idea de aquello que le falta, y con tal de conseguirlo, daría todo lo que tiene (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1164 a, 30-32).

## **Filosofía**

¿No te parece a ti que la ocupación (del filósofo) no versa sobre el cuerpo sino al contrario, en estar separado lo más posible de él y aplicarse al alma? (Platón, *Fedón*, 63b- 67d).

En cuanto a aquel que está rápidamente dispuesto a gustar de todo estudio y marchar con alegría a aprender, sin darse nunca por hartado, a este con justicia lo llamaremos “filósofo” (Platón, *La República*, 475 c).

Aquel en el que han fluido los deseos hacia el conocimiento y hacia todo lo de esa índole, los cuales conciernen al placer del alma misma, abandona los placeres corporales, si es que ha de ser filósofo verdaderamente y no de modo artificial (Platón, *La República*, 485 e).

Si te has convertido en un filósofo, no vivirás descontento, sino que aprenderás a pasar la vida con gusto en todas partes y con cualquier cosa. La riqueza te producirá alegría porque podrás hacer el bien a muchos; la pobreza, porque te verás libre de muchas preocupaciones; la fama, porque serás honrado; la falta de fama, porque no serás envidiado (Plutarco, *Sobre la virtud y el vicio*, 101 d).

“¿Qué es lo más viejo? La divinidad —dijo Tales—, pues no tiene principio. ¿Qué es lo más grande? El espacio, pues el universo contiene todas las otras cosas, pero aquel contiene al universo. ¿Qué es lo más hermoso? El universo, pues todo lo que existe, según orden, es parte de él. ¿Qué es lo más sabio? El tiempo, pues él ha encontrado ya unas cosas y otras las encontrará. ¿Qué es lo más común? La esperanza, pues incluso en los que nada tienen ella está presente. ¿Qué es lo más útil? La virtud, pues a través de un uso correcto de las demás cosas las hace también útiles. ¿Qué es lo más perjudicial? La maldad, pues con su presencia hace daño también a lo bueno. ¿Qué es lo más poderoso? La necesidad, pues es invencible. ¿Qué es lo más fácil? Lo que es conforme a la naturaleza, porque muchas

veces la gente se cansa de los placeres” (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 153 d).

¿Que no cumplen los filósofos lo que dicen? Pero a pesar de todo ayudan mucho con lo que hablan y con lo que conciben con su recto pensamiento. Pues si además se comportasen de acuerdo con lo que dicen, ¿qué podrías encontrar más bienaventurado que los filósofos? Entretanto, no hay razón para que desprecies sus buenas palabras ni sus sentimientos llenos de rectas intenciones. Dedicarse al estudio de lo que aprovecha a la humanidad es cosa que merece ser alabada (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, cap. xx).

Dice Epicuro: “Para que alcances la verdadera libertad conviene que te hagas esclavo de la filosofía”. No hace esperar de un día para otro a quien se sometió y entregó a ella; enseguida queda emancipado, porque ser esclavo de la filosofía es precisamente la libertad (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 8, 7).

La filosofía no es una actividad agradable al público, ni se presta a la ostentación. No se funda en las palabras, sino en las obras. No se emplea para que transcurra el día con algún entretenimiento, para eliminar del ocio el fastidio: configura y modela el espíritu, ordena la vida, rige las acciones, muestra lo que se debe hacer y lo que se debe omitir, se sienta en el timón y a través de los peligros dirige el rumbo de los que vacilan. Sin ella nadie puede vivir sin temor, nadie con seguridad; innumerables sucesos acaecen cada hora que exigen un consejo y este hay que recabarlo de ella (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 16, 3).

La filosofía enseña a obrar, no a decir, y exige que cada cual viva conforme a la ley que se impuso, que la vida no esté en

desacuerdo con las palabras (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 20, 2).

El amigo de la filosofía lo es en cierta manera de los mitos, porque en el fondo de las cosas siempre está lo maravilloso (Aristóteles, *Metafísica*, Libro I).

Pero desprecian a los filósofos y políticos que tratan de probar que la majestad de la divinidad está unida a la bondad, magnanimidad, a la benevolencia y a la solicitud (Plutarco, *Sobre la superstición*, 167D, 10-12).

Espera alcanzar un gozo mayor cuando hayas renunciado al espíritu infantil y la filosofía te cuente en el número de los adultos (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 4, 2).

Son propios del alma del filósofo la facilidad para aprender, la memoria, la valentía y la grandeza de espíritu (Platón, *La República*, 494 b).

En cuanto el filósofo convive con lo que es divino y ordenado se vuelve él mismo ordenado y divino, en la medida que esto es posible al hombre (Platón, *La República*, 500 d).

Por lo demás, refúgiate cuando puedas en la filosofía; ella te protegerá en su seno y en ese santuario estarás seguro o más seguro. Solamente tropiezan unos con otros los que van por el mismo camino. Ahora bien, no deberás hacer ostentación de la filosofía: a muchos sirvió de peligro el llevarla con altanería y arrogancia. Que te libere de los vicios, pero que no se los reproche a los demás. Que no haga mohínes contra las costumbres públicas ni se comporte de modo que parezca condenar todo lo que ella no hace. Es posible ser sabio sin pompa y sin mala voluntad (Séneca, *Cartas a Lucilio*, Carta CIII).

## Filtro para la vida política

(...) sería ventajoso que los gobernantes debieran escogerse en cada caso teniendo en cuenta su vida y su conducta (Aristóteles, *Política*, 1269, 28-30).

—Querido Glaucón, ¿no necesitaremos en nuestro Estado un supervisor siempre atento a este, si queremos preservar la estructura básica de dicho Estado?

—Ciertamente lo necesitaremos y que sea lo más capaz posible.

—¿No deberemos referirnos a quienes han de gobernar y quiénes han de ser gobernados?

—Pues está claro.

—Que los más ancianos deben gobernar y los más jóvenes ser gobernados es patente.

—Es patente, en efecto.

—¿Y no lo es también que quiénes deben gobernar han de ser los mejores de aquellos?

—Sí, eso también. (...)

—Si nuestros gobernantes deben ser los mejores guardianes, ¿no han de ser acaso los más aptos para guardar el Estado?

—Efectivamente.

—Y en tal caso, ¿no conviene que, para comenzar, sean inteligentes, eficientes y preocupados por el Estado?

—Sin duda.

—Y aquello de lo que uno más se preocupa suele ser lo que ama. Y lo que uno ama al máximo es aquello a lo cual considera que le convienen las mismas cosas que a sí mismo, y de lo cual piensa que, si lo que le acontece es favorable, lo será para él también; y en caso contrario, no.

—De acuerdo.

—En tal caso, hay que seleccionar entre los guardianes hombres de índole tal que, cuando los examinemos, nos parezcan

los más inclinados a hacer toda la vida lo que hayan considerado que le conviene al Estado, y que de ningún modo estarían dispuestos a obrar en sentido opuesto.

—Serían los más apropiados, en efecto.

—Por eso me parece que en todas las etapas de la vida se les debe vigilar observando si son cuidadosos de aquella convicción y si en algún momento son embrujados y forzados de modo tal que lleven a expulsar el pensamiento de que se debe obrar de la manera que sea mejor para el Estado (Platón, *La República*, 412 a, b, c, d, e).

(...) los legisladores deben, por una parte, invitar a los hombres a la virtud y exhortarlos a obrar por el bien, con la esperanza de que a los que han adelantado en la formación de sus hábitos los van a escuchar y, por otra parte, a los que son desobedientes y de naturaleza poco dotada, imponerles castigos y penalidades y desterrar completamente a los incurables (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1180 a, 9-14).

## **Finalidad de la política**

Si es verdad que existe algún fin de nuestros actos que nosotros queremos por sí mismo (...) es evidente que este último fin no puede ser otro que el bien e incluso el bien supremo (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1094 a, 27-33).

El bien depende de la más importante de las ciencias y la más arquitectónica. Esta es la ciencia política. Ella determina cuáles son las ciencias indispensables en toda ciudad, determina las que cada ciudadano debe aprender y en qué medida debe aprenderlas. (...) Al utilizar la política a las demás ciencias (prácticas), y al legislar qué es lo que debe hacer y qué es lo que debe evitar, el fin que persigue la política puede involucrar los fines de otras ciencias, hasta el extremo

de que su fin sea el bien supremo del hombre (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1094 a, 40-42; 1094b, 1-8).

El fin de la política no es el conocimiento sino la acción (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1095 a, 8-9).

Digamos cuál es la meta que asignamos a la política y cuál es el bien supremo entre los realizables. Al menos por lo que se refiere a su nombre, se da un consentimiento general: este bien es la felicidad (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1095 a, 20-24).

El más elevado de los fines es de la ciencia política, pues se encarga de hacer que los ciudadanos sean personas de una cierta cualidad y dotados de bondad, capaces de realizar actos nobles (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1099 b, 47-50).

La pretensión de un cargo debe apoyarse necesariamente en la posesión de aquellas cosas que se encaminan a la acción propia del Estado (Aristóteles, *Política*, 1283 a, 20-22).

Lo que más conviene es tener cuidado para que no haya confrontaciones civiles, y considerar esto la tarea más importante y hermosa del oficio del político (Plutarco, *Consejos Políticos*, 824 c).

Queda para el político solo una tarea, en nada inferior a otros logros para la ciudad, conseguir para los que viven juntos la concordia, la amistad entre unos y otros, erradicando todas las querellas, discrepancias y disensiones (Plutarco, *Consejos Políticos*, 824 d).

Deberíamos aconsejar a los que se dedican a la política que dirijan sus esfuerzos a cosas bellas y necesarias, sin fatigar su cuerpo con nimiedades e insignificancias, pues hay muchos

que sufren con cualquier acontecimiento, atormentándose a sí mismos con insomnios, extravíos y viajes por ningún motivo útil ni agradable sino para ofender a los demás, odiarles o disputar y perseguir honras inútiles y vacías (Plutarco, *Consejos para conservar la salud*, 135 d).

Menenio Agripa refirió al pueblo que en cierta ocasión los miembros todos del cuerpo humano se rebelaron contra el vientre y le acusaron de que, estándose él solo ocioso y sin contribuir en nada con los demás, todos trabajaban y desempeñaban sus respectivos ministerios, precisamente por contenerle y satisfacer sus apetitos; y que el vientre se había reído de su simpleza, porque no habían tenido en cuenta que si él tomaba para sí todo el alimento, era para distribuirlo después y dar nutrición a los demás. Pues de esta misma manera —continuó— se conduce con vosotros, oh, ciudadanos, el Senado: porque a vosotros refiere cuantos consejos y negocios se ofrecen, y con vosotros reparte cuanto hay de útil y provechoso (Plutarco, 1982, 189).

Todos los que saben cómo gobernar los estados y las familias del mundo tienen que seguir nueve reglas, a saber: cultivarse a sí mismo; respetar a las personas de valor; amar a sus familiares; venerar a los grandes ministros; identificarse con el cuerpo de funcionarios; tratar como hijos a los súbditos; hacer que acuda toda clase de artesanos; tratar con suavidad a las personas que vengan de lejos; portarse fraternalmente con los príncipes (Confucio, 2002, 411).

### **Formación del gobernante**

(...) la virtud de un hombre y la de un ciudadano, en el mejor de los Estados, debe ser necesariamente idéntica. (...) de

manera que serán prácticamente la misma educación y los mismos hábitos los que hagan a un hombre bueno capaz de ser un buen ciudadano o de ser un buen gobernante (Aristóteles, *Política*, 1288 a, 54-61).

El príncipe se haya obligado, sobre todo, a perfeccionar su inteligencia y su carácter para conseguir la virtud; si obtiene la virtud, recibirá el afecto del pueblo; si goza del afecto del pueblo, su poder cubrirá todas las tierras; si ha adquirido el poder sobre sus tierras, le resultará fácil emplear estas para la prosperidad del reino. Lo esencial es cultivar la inteligencia y el carácter, ya que la riqueza es una consecuencia de lo anterior (Confucio citado por Yáñez, 2002, 130).

Esto es por lo que los soberanos deben cuidarse en primer lugar de su virtud. Cuando tengan virtud, podrán gobernar a los hombres (...) (Confucio, 2002, 393).

Tse-lu, discípulo de Confucio, preguntó a este cual era la principal virtud de los hombres. Confucio le contestó: ¿Quieres conocer la virtud principal de los hombres que viven en territorios meridionales o la de los que residen en las regiones nortes? ¿O acaso preguntas sobre la virtud principal? “La virtud más sobresaliente de los hombres meridionales es la paciencia para educar a sus semejantes y su comprensión ante los necios que rechazan la razón. Esta es la virtud esencial de un sabio (...). A pesar de todo lo anterior, más excelsa es la virtud del noble que vive continuamente en paz con su pueblo sin dejarse vencer por las pasiones. Mayor es la virtud del que permanece en el camino recto, alejado por igual de los extremos. Pero le supera el virtuoso que gobierna con justicia y equidad su reino, sin dejarse cegar por el orgullo. Y más elevado es el honor de quien nunca abandona la práctica del bien, a pesar de que en el país no se apliquen las leyes y se

sufra un mal gobierno” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 138).

No codicias sino vivir en palacios suntuosos, rodearte de numerosa servidumbre, ataviarte con magnificencia, poseer espléndidos carros, caballos magníficos y lujosos perros de caza, y rodearte de comediantes y músicos. Pero ¿crees que te envidio algo de todo ello? Por el contrario, dime, ¿has cultivado, acaso, tu entendimiento? ¿Te has preocupado de adquirir juicios y opiniones sanas? ¿Te has interesado jamás por la verdad? Y si nada de esto has hecho, ¿por qué te enfada que te aventaje en aquello que tanto has descuidado? (...) ¿Quién te impide alcanzarlo? En lugar de monteros, músicos y cómicos, rodeate de personas sensatas. Nadie mejor que tu puede procurarse más libros, maestros y el tiempo necesario para estudiar. Empieza, pues; empieza y cede a tu razón parte del tiempo que te sobra y desperdicias. Escoge. Y si sigues entregándote a las cosas puramente exteriores, es indudable que llegarás a poseer muebles más preciosos y más raros que otros, pero tu pobre inteligencia, así abandonada, no pasará de ser un mueble más; pero ¡qué inútil, torpe y feo! (Epicteto, 2004, 40).

Si los guardianes del Estado y sus leyes parecen guardianes sin serlo, ves bien claro que corrompen por completo todo el Estado, y solo ellos tienen la oportunidad de organizarlo bien y hacerlo feliz. Formemos, pues, verdaderos guardianes, hombres que puedan dañar al Estado lo menos posible (Platón, *La República*, 421 a).

## Formas de gobierno

Puesto que “constitución” significa lo mismo que “gobierno” y el gobierno es el supremo poder del Estado, y este debe

constar o bien de un solo gobernante o de unos pocos o de la masa de los ciudadanos, en los casos en que el gobernante, los pocos que gobiernen o los muchos, lo hagan con la mira puesta en los intereses comunes, estas constituciones deben necesariamente ser rectas; mientras que aquellas que orienten su administración con la mira puesta en el interés privado de uno, de pocos o de muchos son desviaciones de las anteriores (Aristóteles, *Política*, 1279 a, 37-45).

Nuestra manera habitual de designar el gobierno de uno solo o monárquico que tiende al bien común es “realeza”; para el gobierno formado por unos pocos, más de uno con todo, usamos el nombre de aristocracia —sea porque los que gobiernan sean los mejores, sea porque ellos gobiernen con la mira puesta en lo que es mejor para su Estado y para sus miembros—; cuando es la multitud la que gobierna el Estado con la mira puesta en el bien común, se denomina con un nombre común a todas las formas de gobierno, el de “gobierno constitucional” o “politeía”. (...) Las desviaciones de las constituciones mencionadas son: la tiranía, que corresponde a la realeza; la oligarquía que corresponde a la aristocracia, y la democracia que corresponde al gobierno constitucional. La tiranía, en efecto, es una monarquía que gobierna a favor del monarca; la oligarquía, un gobierno que mira a los intereses de los ricos; la democracia un gobierno orientado a los intereses de los pobres; y ninguna de estas formas gobierna con la mira puesta en el provecho de la comunidad política (Aristóteles, *Política*, 1279 a, 49-58 y 1279 b, 7-14).

Es una democracia cuando la soberanía la tienen los hombres libres, y una oligarquía cuando la tienen los ricos (Aristóteles, *Política*, 1290 b, 1-3).

¿Sabes que hay necesariamente tantas especies de caracteres humanos como de regímenes políticos? ¿O piensas que los regímenes nacen de una encina o de piedras y no del comportamiento de aquellos ciudadanos que, al inclinarse hacia un lado, arrastran allí a todos los demás? (Platón, *La República*, 514 e).

### **Fortaleza**

No te desanimes por nada ni en ocasión alguna; imita por el contrario a los maestros del pugilato que, cuando ven a un novato rodar por el suelo, le obligan a levantarse y volver a la lucha. Pues del mismo modo debes hacer con tu espíritu; nada hay más dócil que el espíritu humano: no hay más que querer, lo demás se hace solo. Pero si te acobardas, estás perdido, pues no volverás a levantarte en tu vida. Cuidado, pues, que tu pérdida o tú salvación están en tu mano (Epicteto, 2004, 52).

Cuando te sientas atacado por una tentación, no dejes para otro día el combatirla, porque llegará ese día y tampoco la combatirás. Y de tal modo, de día en día te sucederá que no solo serás vencido siempre, sino que caerás en una insensibilidad tal que acabarás por no darte cuenta de que yerras y tocarás palpablemente la gran verdad que encierra este verso de Hesíodo: El hombre que aplaza de un día para otro sus resoluciones vive siempre agobiado de males (Epicteto, 2004, 53).

(...) la verdadera fortaleza consiste en limpiarse, por medio de la razón, toda codicia (Plutarco, 1982, 67).

Es mejor vencer la tristeza que engañarla, pues cuando se la engaña con placeres u ocupaciones, resurge, y en el mismo reposo ha reunido fuerzas para enfurecerse; pero cuando la pasión ha sido vencida por la razón, queda gobernada para siempre (Séneca, *Consolación a Helvia*, Cap. xvii).

Resistamos a las pasiones mientras están entrando, pues más fácilmente se quedan fuera que salen (Séneca, *Cartas a Lucilio*, Carta cxvi).

No podemos evitar las pasiones, pero sí vencerlas (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 620).

## Generosidad

El que se hace rico no es caritativo; el caritativo no se hace rico (Confucio, 2002, 261).

Más agradable es dar que recibir (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 238).

El liberal aun para dar busca ocasión (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 64).

Hay dos modos de generosidad: el uno hace los favores; el otro corresponde. Hacer o no hacer el favor depende de nosotros; el no corresponder no es propio del hombre de bien, con tal que pueda hacerlo sin faltar a la justicia (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 49).

No debemos ser tacaños, pero hemos de poner juicio y discreción para favorecer a quien en verdad lo merezca (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 62).

El poder ser generoso sin despojarse del patrimonio es ciertamente el fruto mayor de la riqueza (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 64).

Demos idénticamente a cómo querríamos que se nos diera. Y ante todo, de buena gana, prontamente y sin vacilaciones (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, I, 143).

El mejor bienhechor es el que da con facilidad, nunca reclama la deuda, se alegra de buena fe cuando se le devuelve, y olvidado ya del favor que prestó, toma la devolución por un favor no debido (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, XVII).

El hombre sabio tendrá la bolsa fácil, pero no agujereada, de la que salgan muchas cosas y nada se caiga (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. XXIII).

Nunca hago mejores inversiones que cuando doy (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. XXIV).

## Gobierno

Cuando los pordioseros y necesitados de bienes privados marchan sobre los asuntos públicos, convencidos de que allí han de apoderarse del bien; cuando el gobierno se convierte en objeto de disputas, semejante guerra doméstica e intestina acaba con ellos y con el resto del Estado (Platón, *La República*, 521 a).

Si un pueblo es difícil de gobernar,  
Es culpa de los avispados.  
Quien gobierna con la inteligencia  
Arruina al Estado.

Quien gobierna sin servirse de la astucia  
Enriquece al Estado (Lao tse, 1979, 77).

Alguien preguntó a Confucio: “Maestro, ¿por qué no ocupáis un puesto de gobierno?”. Confucio dijo: “¿Qué dice el Libro de la Historia acerca de la piedad filial?: “Si prácticas la piedad filial, eres cariñoso para tus hermanos y pones en práctica estas cosas en la familia, ciertamente estarás gobernando.” ¿Hay acaso una sola forma de ocupar un puesto de gobierno?” (Confucio, 2002, 75).

(...) los ciudadanos elegidos para ser asociados al gobierno deberán proceder siempre de la porción mejor del pueblo común (Aristóteles, *Política*, 1320b, 38-40).

Será bueno también conceder el acceso al gobierno (...) haciendo una selección de personas de mérito, tanto entre los que pertenecen a la clase que gobierna como entre los que están fuera de ella (Aristóteles, *Política*, 1321 a, 38, 42-44).

¿Qué reino (gobierno) hay al que no esté aparejada la ruina y la caída, teniendo tanto un justo dueño como un injusto tirano? Y estas cosas no están separadas con grandes intervalos, pues solo hay un instante de distancia entre verse en el trono y estar postrado ante ajenas rodillas. Persuádetes, pues, que todo estado es mudable, y que lo que ves en otros puede suceder en ti (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. XI).

## Gobierno de la familia

La mejor herencia que los padres pueden transmitir a los hijos es la gloria de la virtud y de sus bien realizadas gestas

mucho mejor que cualquier otro patrimonio (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 121, 16-19).

Cuando se pone en orden la propia familia se ha dado el primer paso para gobernar el reino (Estado). Un hombre que no sabe dirigir a los suyos nunca podrá dirigir a todo un pueblo. El hijo de un príncipe, para aprender a gobernar un reino, primero debe actuar con la mayor rectitud dentro de su propio hogar. El desarrollo de la piedad filial le enseñará a comportarse como un soberano; el respeto fraternal le permitirá actuar con deferencia ante las personas que le superan en edad; su ternura con los más débiles le adiestrará a tratar al pueblo con benevolencia (Confucio citado por Yáñez, 2002, 127).

Si en el interior de un Estado no hay familias observantes de la ley y sabios consejeros, aunque en el exterior no se tengan estados enemigos y otras desgracias, el país perecerá en la mayoría de los casos (Confucio, 2002, 351).

La unión armoniosa con hijos y esposa  
es como el trinar de los instrumentos de cuerda.  
Cuando hay concordia entre hermanos,  
la armonía es bella como la música.  
Si así la familia arreglada,  
disfrutarás de tu esposa e hijos (Confucio, 2002, 407).

Confucio dijo: El que gusta del estudio está cerca del conocimiento; el que practica la doctrina con fuerza está cerca de la benevolencia; el que sabe lo que es la vergüenza está cerca de la valentía. El que sabe estas tres cosas sabe cómo utilizarlas para cultivarse a sí mismo; el que sabe por qué medios cultivarse a sí mismo sabe con qué gobernar a los hombres; el que sabe con qué gobernar a los hombres sabe con qué gobernar a los Estados y las familias de todo el mundo (Confucio, 2002, 411).

Todos los que saben cómo gobernar los Estados y las familias del mundo tienen que seguir nueve reglas, a saber: cultivarse a sí mismo; respetar a las personas de valor; amar a sus familiares; venerar a los grandes ministros; identificarse con el cuerpo de funcionarios; tratar como hijos a los súbditos; hacer que acuda toda clase de artesanos; tratar con suavidad a las gentes que vengan de lejos; portarse fraternamente con los príncipes (Confucio, 2002, 411).

## Grandeza

LXVII

En el mundo todos dicen que soy grande  
y no lo parezco.  
Porque soy grande  
no lo parezco.  
Si lo pareciera, hubiera dejado de serlo,  
y hace mucho tiempo que sería pequeño (Lao Tse, 1979, 79).

XXXIV

El sabio nunca se considera grande,  
y así perpetúa su grandeza (Lao Tse, 1979, 46).

(...) al que alcanza el deseado puesto para beneficiar al pueblo y practica individualmente su doctrina, incapaz de ser corrompido por riquezas y honores, (...) a este es a quien puede llamarse un gran hombre (Confucio, 2002, 270).

Mencio dijo: Hay una nobleza celeste y una nobleza humana. La nobleza celeste está constituida por la benevolencia, la rectitud, la fidelidad y el complacerse en estas virtudes sin descanso; el ser duque, canciller o alto funcionario es lo que constituye la nobleza terrestre. Los antiguos cultivaban su

nobleza celeste y la nobleza terrestre les venía por añadidura. Los hombres de hoy cultivan su nobleza celeste para que se les dé la terrestre y, conseguida esta, se olvidan de aquella (Confucio, 2002, 338-339).

Si se busca el imperio por causa de la gloria, exclúyase el crimen, en el que no hay ni un adarme de gloria (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 87).

## **Hipocresía**

Los hombres vulgares y malvados, cuando se encuentran solos y no son vistos, actúan de una forma perversa y se entregan a sus vicios; sin embargo, cuando se ven frente a un hombre virtuoso intentan presumir de que se le parecen (Confucio citado por Yáñez, 2002, 126).

Antiguamente, los hombres estudiaban en orden a perfeccionarse a sí mismos, ahora estudian para que lo vean los demás (Confucio, 2002, 167).

El hombre vulgar, cuando está en privado, hace toda clase de males, pero en cuanto ve a un hombre superior disimula, esconde su mal y muestra su bien (...) (Confucio, 2002, 390).

Acabas de reñir a tus criados, de sembrar en tu casa el desorden, de perturbar y escandalizar a tus vecinos, y luego vienes, cual si fueses un hombre sensato, equilibrado y prudente, a oír cómo discurre un filósofo acerca de los deberes del hombre y de la naturaleza de las virtudes. Pues bien: todos estos nobles preceptos te son inútiles, porque como no vienes a escucharlos en la disposición necesaria, te marcharas como has venido (Epicteto, 2004, 51).

¿No es evidente que los reyes de entonces fueron los primeros que infringieron las leyes vigentes y no acordaron consigo mismos lo que habían proclamado con la palabra y el juramento, sino que la discordancia —que es la mayor ignorancia, aunque parezca sabiduría— destruyó todo, a causa del error y la profunda incultura? (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 691 a).

### Honestidad / Deshonestidad

(...) obrar honesta y virtuosamente es hacer lo que es deseable en sí (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1176 b, 10-11).

Cada uno debe de soportar con paciencia su propio mal antes que apoderarse de los bienes de otro. Porque no son más contra la naturaleza la enfermedad, la necesidad y las adversidades de esta índole que la usurpación y la codicia de lo ajeno (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 31).

Quien piensa: “Eso es ciertamente honesto, pero a mí me conviene esto otro”, se atreve a separar erróneamente dos cosas que la naturaleza presenta unidas. Y esto es la fuente de todos los fraudes, de todos los maleficios, de todos los crímenes (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 75).

No es posible que ame a los hombres quien ama las riquezas, los placeres o la vanagloria. Solo el que ama lo honrado es capaz de amarlos con verdad (Epicteto, 2004, 83).

Del mismo modo que el faro, al iluminarse, es un poderoso auxiliar para el barco que ha perdido el derrotero, asimismo, en una ciudad combatida por el mal, un hombre íntegro y justo es un faro inapreciable para sus conciudadanos (Epicteto, 2004, 94).

No estimes jamás por conveniente a ti lo que alguna vez te obligará a traicionar la lealtad, a abandonar el pudor, a odiar a alguien, a sospechar, a maldecir, a ser hipócrita, a desear algo que necesita paredes y cortinas. Pues el que prefiere ante todo su propia inteligencia y el culto a la excelencia de esta, no hace teatro, no clama, no precisará la soledad ni la muchedumbre. Lo que es más importante: vivirás sin perseguir ni huir (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro III, 7).

No debemos permitir que los varones que educamos sean sobornables o apegados a las riquezas (Platón, *La República*, 403 a).

De la misma forma que Platón dice que los jóvenes deben escuchar desde niños, que no deben llevar oro por fuera y que no es lícito adquirirlo, por tener un filón propio en el alma —aludiendo a la virtud de su linaje que se extiende a su naturaleza—, demos sosiego a la imitación, al tiempo que decimos que tenemos un tesoro en nosotros mismos indestructible, intacto y limpio de envidia y censura, es decir, la honradez, que aumenta con la reflexión y contemplación de lo que hemos hecho y ejercido en política (Plutarco, *Consejos Políticos*, 820 a, b).

Es viento favorable y seguro en política cuando la verdad y la virtud se suman (Plutarco, *Consejos Políticos*, 821 d).

El hombre sabio no rechazará los favores de la fortuna ni se envanecerá ni se avergonzará del patrimonio adquirido por medios honrados (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. XXIII).

Para vivir agradablemente hay que vivir también honestamente (...) (Séneca, *De la vida bienaventurada*, VIII).

## Honor / Deshonor

Y si tu nacimiento no ha sido ilustre, ¿no depende de ti corregirlo por medio de tus méritos? (Epicteto, 2004, 100).

En realidad, no se debería honrar más que al hombre bueno (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1124 a, 34-35).

Aun en los Estados que no prestan ninguna atención pública a la virtud hay, no obstante, algunos hombres que son tenidos en alta estima y son considerados merecedores de respeto (Aristóteles, *Política*, 1293 b, 16-18).

No se honra al hombre que no aporta ninguna ventaja a la comunidad (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1163b, 9-10).

Es el honor y no la ferocidad animal lo que debe jugar el papel más importante en la educación, pues no es un lobo o algún otro animal salvaje el que se lanza a una hazaña noble, sino un hombre bueno (Aristóteles, *Política*, 1338 b, 35-38).

En una ciudad no debe haber honores extraordinarios porque alguien destaque por su riqueza; tampoco porque sea rápido, hermoso o fuerte sin una virtud, ni debe honrarse la virtud de la que esté ausente la templanza (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 696 b).

Una ciudad que va a mantenerse y a ser feliz dentro de las posibilidades humanas debe distribuir y es necesario que distribuya correctamente las honras y las deshonras. (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 697 b).

El honor y el respeto están antes que los regalos (Confucio, 2002, 364).

(...) evita la terrible reputación de los mortales (desprestigio), pues la mala reputación es ligera y muy fácil de levantar, pero dura de soportar, y es casi imposible quitársela de encima. Ninguna reputación desaparece totalmente si mucha gente la corre de boca en boca (Hesíodo, *Trabajos y días*, 760-764).

## Humanidad

### XIII

Quien estime al mundo como a su propio cuerpo, se le puede confiar el mundo (Lao Tse, 1979, 25).

(...) El hombre que obedece a la naturaleza no puede perjudicar a otro hombre (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 26).

Luego todos deben proponerse una sola cosa: que el bien particular de cada uno debe ser el mismo que el de todos. Si cada uno trata de llevárselo para sí, quedará destruida la sociedad humana (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 27).

Y si la naturaleza prescribe también que el hombre mire por el hombre, cualquiera que sea su condición, por ser precisamente hombre, es necesario, según la misma naturaleza, que sea común la utilidad de todos. Y, siendo esto así, todos estamos contenidos por la misma y única ley natural, y en este caso, ciertamente se nos prohíbe por la ley natural causar daño a otro (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 28).

Es absurdo lo que dicen algunos, que a su padre y a su hermano no los perjudicarían para beneficiarse ellos, pero que las relaciones con los otros ciudadanos son muy diversas. Estos

establecen que entre ellos y los ciudadanos no hay derecho alguno, ningún vínculo mutuo que tienda a buscar el bien común; y esta sentencia viene a destruir toda asociación civil. Otros admiten tener la debida consideración con los ciudadanos, pero no con los extranjeros; y al pensar así deshacen la sociedad común del género humano y, juntamente con ella, desaparece la beneficencia, la liberalidad, la bondad, la justicia (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 28).

Debes mirar el bien de los hombres y servir a la sociedad humana. Has nacido con tal condición y tienes unos principios de la naturaleza a los que debes someterte y seguir, de forma que tu interés sea el interés común, y a su vez, el interés común, el tuyo (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 52).

Cada cosa tiene dos caras, de las cuales la una es soportable y la otra insoportable. Por ejemplo, cuando tu hermano te injuria, no lo mires como que te injuria, porque lo que hace si lo tomas así, es insoportable. Considéralo más bien como tu hermano y que os habéis criado juntos. De esta manera, lo tomarás de modo que puedas hacer su acción soportable (Epicteto, 2004, 21).

Mientras en medio de los humanos estemos, practiquemos el humanitarismo (Séneca, *De la Cólera*, Libro III, 43, 5).

Confucio dijo: “No me entristecería si los hombres no me conocieran, pero sí me afligiría si yo no conociera a los hombres” (Confucio, 2002, 69).

Acostúmbrate a estar bien atento a lo que dice otro, y en la medida de lo posible penetra en el alma del que habla (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro V, 53).

Si defiendes a un opulento y afortunado, conservan el agradecimiento él y quizás también sus hijos, pero si defiendes a un necesitado bueno y modesto, todos los humildes que no sean malvados, de los que haya en el pueblo un grandísimo número, piensan que tienen en ti su amparo y protección (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 71).

## Humildad

Tienen razón los que aconsejan que nos comportemos con mayor humildad cuanto más encumbrados nos veamos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 90).

El que se humilla un pie se eleva ocho (Confucio citado por Yáñez, 2002, 176).

(...) a los soberanos (gobernantes) les gustan los ministros a los que adoctrinan, mientras que les desagradan los ministros de los que podrían recibir enseñanzas (Confucio, 2002, 250).

Debido a esto, cuando ocupa un puesto elevado no es soberbio, ni rebelde cuando está en posición humilde. Cuando el Estado va por el buen camino no se aplicará la buena doctrina, su silencio bastará para que se le respete. Eso mismo se dice en el *Libro de la Poesía*: “Es inteligente y prudente y así se defiende a sí mismo” (Confucio, 2002, 417).

## Humor

—Si hay una Providencia —decía un epicúreo—, ¿Por qué sin cesar me esta manando de la nariz este humor que me tiene desolado?

—¡Miserable esclavo! ¿Y no tienes manos para remediarte?  
—Pero, ¿no sería preferible que no tuviese necesidad de emplear en este menester mis manos?  
—¿Y no es preferible el sencillo trabajo de sonarte en vez de acusar a la Providencia? (Epicteto, 2004, 66).

¿Cuándo querrás, al fin, amigo, ser destetado? ¿Vas a estar siempre lloriqueando y echando de menos el pecho de tu nodriza y sonatas que te adormecían de infante? (Epicteto, 2004, 55).

La nobleza del hombre proviene de la virtud, no del nacimiento. “Valgo más que tú porque mi padre fue cónsul y además soy tribuno y tú no eres nada.” Vanas palabras amigo, porque si fuésemos dos caballos y me dijese: “Mi padre fue el más ligero de los caballos de su tiempo y yo tengo alfalfa y avena en abundancia y además soberbios arneses”, yo te contestaría: “Lo creo, pero corramos juntos.” ¿No hay asimismo en el hombre algo que le es propio —como al caballo la velocidad— algo por lo cual puede conocerse su calidad y estimarse su verdadero valer? Y ese algo, ¿no es el pudor, la honradez y la justicia? Muéstrame pues la ventaja que en todo esto me llevas; hazme ver que como hombre vales más que yo y te consideraré superior a mí. Porque si no me dices sino que sabes rebuznar y dar coces, te contestaré que te envanece de cualidades propias de un asno y de un caballo, pero no de un hombre (Epicteto, 2004, 32).

Si quieres ver a un hombre contento con su suerte y que se conforma con que todo suceda como sucede, vuelve los ojos hacia Agripino. Cuando le anunciaron que el Senado estaba reunido para juzgarle, dijo: —Sea en buena hora—. Voy a prepararme para tomar el baño como de costumbre. Apenas salía del baño recibió la noticia de que había sido condenado. —¿A

muerte o a destierro? —preguntó—. —A destierro. —¿Y han dispuesto que me confisquen los bienes? —No, tus bienes serán respetados. —Partamos, pues, sin dilación. ¡Ea!, a comer a Aricia, que lo mismo se come en Aricia que en Roma (Epicteto, 2004, 72).

Sé de un hombre que, descontento de su suerte, corrió a arrojarse a los pies de Epafrodito y le gimió que era el más desgraciado de los hombres, que estaba completamente arruinado y que ya no le quedaban medios de subsistencia, puesto que todo su capital se reducía a cincuenta mil escudos. ¿Y sabéis lo que contesto Epafrodito? ¿Imagináis que se burló de él? Nada de eso; antes, al contrario, le contestó con la mayor seriedad y convencimiento del mundo: “Pero, desdichado, ¿Cómo no me has hablado antes de esta terrible miseria? ¿Y cómo has tenido el inmenso valor de sobrellevarla sin morirte? (Epicteto, 2004, 84).

A Paris le pareció bien robar a Helena y a Helena seguir a Paris. Si a Menelao le hubiera parecido bien, asimismo, prescindir de una mujer infiel, ¿qué hubiera sucedido? Pues que nos hubiésemos quedado sin *Iliada* y sin *Odisea*; lo demás no tiene importancia (Epicteto, 2004, 98).

— ¿Por qué nadas tan tieso que diríase llevas dentro un palo?  
— Es que quisiera ser admirado de todos los transeúntes y oír decir a derecha e izquierda: “Mirad, un gran filósofo”.  
— ¿Quiénes son, pues, esas gentes a cuya admiración aspiras?  
¡No has dicho tú mismo muchas veces que eran un hatajo de imbéciles? ¿Cómo, pues, quieres ahora ser el primero entre ellos? (Epicteto, 2004, 99).

Qué banales estos hombrecillos de la política que, según ellos, actúan como filósofos, ¡llenos de mocos! (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IX, 29).

Hablando Tales de Mileto dijo: “Me ha sucedido a mi lo mismo que a aquel joven que, estando lanzando piedras contra un perro y habiéndole dado a su suegra, exclamó: <<Tampoco está mal>>” (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 147c).

Nadie es rico por nacimiento; todo el que viene al mundo recibe la orden de contentarse con leche y pañales. ¡Y con semejantes principios los reinos no nos bastan! (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 20, 13).

Habiendo llegado nuevas a Zenón de que en un naufragio se había anegado toda su hacienda, dijo: “Quiere la fortuna que yo filosofe más desembarazadamente” (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, cap. XIV).

Ji Wen pensaba tres veces antes de actuar. Cuando Confucio lo supo, dijo: “Bastaba con dos” (Confucio, 2002, 95).

## **Ignorancia**

En efecto, se castiga a uno por su misma ignorancia cuando es evidente que es responsable de su ignorancia (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1113 b, 44-45).

Un médico visita a un enfermo y le dice: “Como tienes calentura, abstente de tomar alimento alguno y no bebas sino agua.” El enfermo obedece al pie de la letra sus palabras, le paga y aun queda agradecido. En cambio, cuando un filósofo dice a un ignorante: “Tus deseos son inmoderados; tus temores, bajos y serviles; y tus opiniones, falsas, se enfurece y se aparta de él asegurando que ha sido insultado.” ¿De qué puede provenir esta diferencia? Sencillamente, de que el enfermo siente su mal y el ignorante no siente el suyo (Epicteto, 2004, 75).

Eres más hábil para la pelea, pero no más sociable, ni más discreto, ni más disciplinado en los aconteceres, ni más benévolo con los desprecios de los vecinos (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 52).

El desconocimiento de las costumbres lleva a no atinar en el blanco y a errores en la política (Plutarco, *Consejos Políticos*, 800 a).

Si el príncipe se complace con el sabio, pero no es capaz de darle un cargo público, ni un empleo con sueldo, no puede decirse que guste de la sabiduría (Confucio, 2002, 324).

Por falta de conocimiento de las cosas bellas, nos contentamos con una vida basada en las cosas necesarias (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 160 C 3-5).

La mayoría exige a los legisladores que den leyes que los pueblos y la mayoría vayan a admitir de buen grado, como si uno ordenara a los profesores de gimnasia o a los médicos que trataran y cuidaran los cuerpos que tienen a su cargo dando placer (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 684 c).

(...) terminaréis por descubrir que la causa de la destrucción de los reyes y de todo el proyecto no fue la cobardía, ni siquiera que los gobernantes y aquellos a los que les correspondía ser gobernados desconocieran el arte de la guerra, sino que los destruyó su impericia en todo lo demás y, en especial, la ignorancia de las cosas más importantes en los asuntos humanos (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 688 c).

La alabanza inapropiada de la riqueza es causa de la incultura (Platón, *Las Leyes*, Libro IX, 870 a, b).

Los defectos ajenos ante los ojos los tenemos; a las espaldas quedan los nuestros (Séneca, *De la Cólera*, Libro II, 28, 8).

Es bueno también aquel que hace caso a quien bien le aconseja; pero el que ni por sí mismo se da cuenta ni oyendo a otro lo graba en su corazón, este en cambio es un hombre inútil (Hesíodo, *Trabajos y días*, 293-299).

## Imparcialidad

En muy pocas ocasiones los hombres ven los defectos de las personas a las que aman, y no suelen valorar con justicia las virtudes de aquellos a los que odian (Confucio citado por Yáñez, 2002, 126).

Los hombres, cuando buscan lo que es justo, buscan lo que es imparcial, pues la ley es lo que es imparcial (Aristóteles, *Política*, 1287 b, 7-8).

(...) los hombres son malos jueces en lo que toca a sus propios intereses (Aristóteles, *Política*, 1280 a, 29-30).

Alguien manifestó a Temístocles que gobernaría bien si era imparcial con todos, pero este le dijo: “¡Que nunca ocupe yo un cargo en el que mis amigos no consigan más que los que no lo son!”. Pero Temístocles no estaba en lo correcto al consagrar la política a la amistad y al someter lo público y común a los favores e intereses privados (Plutarco, *Consejos Políticos*, 807 b).

## Imprudencia

(...) al que ha lanzado una piedra ya no le es posible cogerla (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1114 a, 24-25).

Si alguien entregara tu cuerpo a la merced del primero que llegase, te irritarías. Pues, ¿cómo no te avergüenzas de entregar tu alma al primer advenedizo? (Epicteto, 2004, 45).

El que súbito se decide súbito se arrepiente (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 46).

No se debe poner la espada en manos del desesperado (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 267).

No se da como se debe dar lo que sin ser pensado se da (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 561).

## Inicio y final

### LXIV

Cuidando del final como del principio, ninguna obra se perdería (Lao Tse, 1979, 76).

(...) el comienzo, como dice el proverbio, es la mitad de todo, de manera que aun la más pequeña equivocación al comienzo guarda esta misma proporción respecto a los errores en los demás estadios (Aristóteles, *Política*, 1303 b, 43 -46).

El refrán dice que el comienzo es la mitad de toda obra, y todos siempre alabamos el buen comienzo (Platón, *Las Leyes*, Libro VI, 753 e).

Sería conveniente que todos los ciudadanos que hubieran llegado al fin de su vida, tras realizar obras bellas y esforzadas en el ámbito físico o intelectual y habiendo sido obedientes a la ley, tuvieran sus canciones laudatorias (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 801 e).

## Injusticia

El hombre injusto parece ser aquel que obra contra la ley, el que toma más de lo que se le debe y, finalmente, el que falta a la equidad. Y así es evidente que el justo será el que se conforma a las leyes y que respeta la equidad; el injusto, el que vive en la ilegalidad y la desigualdad (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1129 a, 45- 48 y 1129 b, 1-2).

Con la obtención de la riqueza y la autoridad, el hombre injusto puede acarrear mucho mal a sí mismo y a sus amigos; porque él puede demostrar no ser competente en hacer un uso recto de su poder (Aristóteles, 1981, 137).

Hay dos tipos de injusticia: el primero, de quien injuria a otro, y el segundo, de aquellos que pudiendo, no defienden a los injuriados (Cicerón, *sobre los deberes*, Libro I, 23).

La mayor parte se olvida de la justicia cuando son víctimas de la manía del mando, de los honores y la gloria (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 26).

No hay género de injusticia peor que la de quienes, en el preciso momento en que están engañando, simulan ser hombres de bien (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 42).

(...) el exceso es lo que se denomina enfermedad en los cuerpos de carne; y en las estaciones de los años y en los años, plaga, mientras que, en las ciudades y sistemas políticos, eso mismo, cambiado de nombre, se llama injusticia (Platón, *Las Leyes*, Libro x, 906 c).

Ver la justicia y no hacerla es cobardía (Confucio, 2002, 76).

## Inteligencia

Es evidente que los pueblos que han de ser llevados fácilmente a la virtud por el legislador deben ser inteligentes y de espíritu fuerte por naturaleza (Aristóteles, *Política*, 1327 b, 45-48).

La inteligencia no es oro ni plata ni gloria ni riqueza ni salud ni fuerza ni belleza. ¿Qué es, entonces? Aquello que es capaz de hacer un buen uso de esas cosas y aquello por lo que cada una de esas cosas es agradable, magnífica y provechosa. Sin ella, son inútiles, infructíferas y perjudiciales y agobian y avergüenzan al que las posee (Plutarco, *Sobre la fortuna*, 99 f).

Conviene emplear la inteligencia en objetos que la inclinen hacia el bien que le es natural y propio; y estos objetos son las obras y acciones virtuosas que, con solo referirlas, engendran cierto deseo y prontitud atractiva a su imitación (...) (Plutarco, 1982, 123).

Mide tu pensamiento con lo que se dice. Empapa tu inteligencia en lo que sucede y en lo que lo produce (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 30).

La inteligencia conserva por abstracción la calma de sí misma, y el principio rector no se hace peor (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 33).

## Interiorización de la ética

Pues llevar a cualquier persona a una disposición moral no es tarea para el primer venido al azar, antes bien, si es tarea propia de alguien, lo será del que conozca la cuestión, como ocurre con la medicina y las demás artes que requieren una

cierta solicitud y prudencia (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1180 b, 37- 41).

(...) la regla de conducta moral se encuentra grabada en la cabeza de todos los hombres y alumbra al universo por entero, desde las alturas celestes hasta las profundidades marítimas (Confucio citado por Yáñez, 2002, 139).

Cuando se pretende someter a los hombres por la violencia de las armas, jamás se obtendrá la sumisión de sus corazones; por esta causa, la fuerza nunca basta para conquistar a los hombres. Quien conquista a los hombres por la virtud, logra que todos acaten sus órdenes sin reservas y con un corazón alegre (Confucio citado por Yáñez, 2002, 173-174).

La regla de conducta moral es obligatoria a todos los hombres, por este motivo ni por un momento podemos alejarnos de ella (Confucio citado por Yáñez, 2002, 135).

## Introspección

Buscan para sí retiros en el campo en la costa y en el monte. Pero todo esto es de lo más tonto, siéndote posible a la hora que desees retirarte en ti mismo. Pues en ninguna parte ni más tranquilamente ni más inactivamente se retira el hombre que en su propia alma, en especial quien tiene dentro cosas tales que, si se inclina a ellas, al punto se sitúa en una tranquilidad total (...) Incesantemente pues, date a ti mismo este retiro, y rejuvenécete (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IV, 3).

Nada aprovechará tanto como la quietud, hablar lo menos posible con los demás y lo más posible con uno mismo (Séneca, 1971, *Cartas a Lucilio*, Carta CV).

Retírate dentro de ti mismo, tanto como te sea posible. Conviene con los que han de hacerte mejor. Admite a los que tú puedas mejorar. Estas cosas se hacen recíprocamente, pues los hombres aprenden enseñando (Séneca, 1980, *Cartas a Lucilio*, carta VII).

Conviene saber cuál es tu punto débil, para que lo protejas al máximo (Séneca, *De la Cólera*, Libro III, 10, 4).

¿Quién hay que tenga valor para decirse verdad a sí mismo? (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. I, 92).

Más difícil es vencernos a nosotros que a nuestros enemigos (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 291).

¿Cómo podría no decir que son absolutamente infelices los que deben marchar por su vida con su alma siempre hambrienta? (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 832 a).

Recógete en ti mismo. Por naturaleza posee el principio rector la facultad de bastarse a sí mismo, obrando bien y conservando la calma por eso mismo (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 28).

## **Ira**

Los rencorosos son difíciles de calmar y su ira dura largo tiempo; ellos, en efecto, reprimen su pasión que cesa con la venganza. Esta pone un término a su ira, haciendo que a su tristeza le siga un placer. Pero en tanto no se han vengado, los rencorosos llevan el peso del resentimiento, porque al quedar su rencor disimulado, nadie intenta apaciguarlos y hace falta tiempo para que puedan digerir interiormente su ira (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1126 a, 26-33).

Esté lejos de nosotros la ira, porque bajo su influjo nada puede hacerse con justicia ni con ponderación (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 137).

XXVI

Quien se ofusca,  
se pierde a sí mismo (Lao Tse, 1979, 38).

Algunos varones sabios definieron la ira llamándola locura breve; porque, impotente como aquella para dominarse, olvida toda conveniencia, desconoce todo afecto, es obstinada y terca en lo que se propone, sorda a los consejos de la razón (...) (Séneca, 2007, 11).

¿Qué cosa más cruel que la ira? ¿Qué ser más amante que el hombre? ¿Qué hay más repugnante que la ira? El hombre ha nacido para ayudar al hombre; la ira, para su destrucción común. El hombre busca la sociedad, la ira el aislamiento. El hombre quiere ser útil; la ira, quiere dañar. El hombre socorre hasta a los desconocidos; la ira hiere hasta a los amigos más íntimos. El hombre está dispuesto a sacrificarse por los intereses ajenos; la ira, se precipita en el peligro con tal de arrastrar consigo a otro (Séneca, 2007, 17).

No es bueno verlo todo, oírlo todo; que pasen inadvertidas muchas injurias: ignorarlas equivale a no recibirlas. ¿No quieres ser iracundo?, no seas curioso. El que averigua todo lo que se dice de él, es que va a desenterrar las palabras malévolas, hasta las más secretas, se persigue a sí mismo. Frecuentemente lleva la interpretación a ver injurias imaginarias (Séneca, 2007, 102).

Que nada te esté permitido, mientras estás encolerizado. ¿Por qué? Porque anhelas que todo te esté consentido (Séneca, *De la Cólera*, Libro III, 12, 7).

¿Acaso no querrán todos alejarse de la cólera, una vez que hayan entendido que ella redundará en su propio perjuicio? (Séneca, *De la Cólera*, Libro III, 4, 4).

No te permitas nada mientras estés irritado. ¿Por qué? Porque querrías permitirte todo. Combate contigo mismo. Si no puedes vencer la ira, ella comienza a vencerte (Séneca, 2007, 104).

La razón, a la que he entregado la dirección de mi vida, me lo prohíbe: la ira me perjudicaría más que la injuria. Conozco los límites de la una, pero ignoro hasta dónde me arrastraría la otra (Séneca, 2007, 121).

Te irritas contra este, después contra aquel, contra tus esclavos, contra tus libertos, contra tus padres, contra tus hijos, contra conocidos, contra desconocidos; y por todas partes abundan motivos si el buen juicio no interviene. EL furor te arrastrará de aquí para allá, y más lejos aún, y como a cada paso surgirán nuevos estímulos, la rabia no te abandonará. ¡Vamos, desgraciado! ¿Cuándo amarás? ¡Oh, qué hermoso tiempo pierdes en cosas a las! Cuánto más dulce sería hacerse amigos; desde luego, calmar enemigos, servir a la república (...) (Séneca, 2007, 124).

## Justicia

La justicia es un término medio, si también el juez lo es (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1132 a, 32-33).

(...) La justicia es una virtud perfecta. (...) Y así de un hombre justo y de la justicia misma se puede decir que posee o es una virtud perfecta (Aristóteles, 1981, 105).

La justicia es un término medio entre el exceso y el defecto, el mucho y el poco. Al cometer una injusticia, el hombre injusto recibe más; en cambio, al padecer la injusticia, el hombre injuriado recibe menos. El término medio entre este más y este menos es la justicia; y este término medio es una igualdad (Aristóteles, 1981, 106).

(...) será un hombre justo el que desea participar de las cosas en igualdad de condiciones que su prójimo. (...) De manera que la igualdad entre dos o con otro es justicia, y el hombre que se siente satisfecho con esto es un hombre justo (Aristóteles, 1981, 107).

Se da un acto justo cuando se obra conociendo a la persona respecto de quien se obra, y el instrumento y la meta de su acción (Aristóteles, 1981, 112).

La autoridad y las riquezas dañarán al hombre malo por cuanto no es capaz de hacer de ellas un uso recto; de manera que, si la presencia de estas cosas le daña, no comete contra él una injusticia quien le priva de ellas (Aristóteles, 1981, 138).

La justicia es esencial a la *polis*, porque la administración de la justicia es el orden de la comunidad política (...) (Aristóteles, *Política*, 1252, 53-54).

En determinadas ocasiones, el transgredir la lealtad y la sinceridad puede ser justo. Es necesario referirse a los principios fundamentales de la justicia: lo primero, que no se haga daño a nadie, y lo segundo, servir a la utilidad común (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 32).

(...) No hay un momento en nuestra vida que no deba estar precedido por la justicia (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 65).

Toda la reprensión y castigo deben aplicarse sin afrenta, no en satisfacción y ventaja de quien castiga, sino para la utilidad del Estado (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 89).

Hay que procurar también que la pena no exceda a la culpa ni que por idéntico motivo uno sea castigado y otro ni siquiera apercibido. Que el castigo sobre todo sea sin ira, porque quien castiga airado difícilmente guardará la moderación entre lo poco y lo demasiado (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 89).

A las ocupaciones de la ciencia hay que anteponer los deberes de la justicia, que pertenecen a la utilidad del género humano, que debe ser lo más sagrado para el hombre (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 155).

Quien desee conseguir una gloria verdadera cumpla bien los deberes de la justicia (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 44).

(...) La justicia es el fundamento de una reputación y fama perpetua (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 72).

Es contra la naturaleza el abandono del interés general porque es injusto (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 31).

(...) si no se aplican penas y castigos con justicia, el pueblo no sabrá cómo obrar (Confucio, 2002, 152).

¡Oh, Perses! Atiende tú a la justicia y no alimentes la soberbia; pues mala es la soberbia para un hombre de baja condición y ni siquiera puede el noble sobrellevarla con facilidad cuando cae en la ruina, sino que se ve abrumado por ella. Preferible el camino que, en otra dirección, conduce hacia el recto proceder; la justicia termina prevaleciendo sobre la violencia, y el necio aprende con el sufrimiento (Hesíodo, *Trabajos y días*, 212-29).

Para aquellos que dan veredictos justos a forasteros y ciudadanos y no quebrantan en absoluto la justicia, su ciudad se hace floreciente y la gente prospera dentro de ella (Hesíodo, *Trabajos y días*, 25-28).

¡Oh, Perses! Grábate tú esto en el corazón; escucha ahora la voz de la justicia y olvídate por completo de violencia. Pues esta ley impuse a los hombres en Cronión: a los peces, fieras y aves voladoras, comerse los unos a los otros, ya que no existe justicia entre ellos; a los hombres, en cambio, les di la justicia que es mucho mejor. Y así, si alguien quiere proclamar lo justo a conciencia, a él le concede prosperidad Zeus de amplia mirada; mas el que con su testimonio perjura voluntariamente y con ultraje de la justicia causa algún daño irreparable, de este queda luego una estirpe cada vez más oscura, en tanto que se hace mejor la descendencia del varón recto de juramento (Hesíodo, *Trabajos y días*, 275-286).

El que elogia lo justo dice la verdad mientras que quien elogia la injusticia miente (Platón, *La República*, 589 c).

Se debe usar siempre de la retórica y de toda otra acción a favor de la justicia (Platón, *Gorgias*, 527c, 3-4).

No es injusticia sufrir lo que antes has practicado (Séneca, *De la Cólera*, Libro II, 30, 2).

El castigo de una ofensa cometida es el haberla hecho, y nadie se aflige más que quien se entrega al suplicio del remordimiento (Séneca, *De la Cólera*, Libro III, 26, 2).

Trata a tu inferior como deseas ser tratado por tu superior (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 541).

Pues aquí radica el que los reyes sean sabios, en que hacen cumplir en el ágora los actos de reparación a favor de la gente agraviada fácilmente, con persuasivas y complacientes palabras (Hesíodo, *Teogonía*, 88-91).

### **Justo medio**

Las necesidades del cuerpo deben ser la medida de lo que cada uno debe tener, como el pie es la medida del zapato; guarda bien esta regla. Nunca te apartes de la medianía ni de los límites que ella te prescribe porque si la desdeñas, caerás infaliblemente en el precipicio. Porque cuando la curiosidad te ha hecho tener zapatos al uso y que exceden a la medida de tus pies, entonces los quieres dorados, los quieres de púrpura, los quieres bordados y de una obra preciosa y magnífica. Así es también con las riquezas. Cuando traspasas la medianía no hay más límites para ti y te vas insensiblemente a toda suerte de lujo y de exceso (Epicteto, 2004, 20).

Los pródigos dicen que los liberales son tacaños o iliberales; por el contrario, son los tacaños los que tachan de pródigos a los generosos y liberales. Por su parte, los audaces y los petulantes llaman tímidos a los fuertes, igual que los tímidos creen que los fuertes deben ser llamados petulantes e iracundos (Aristóteles, 1981, 55).

Y en todos nuestros sentimientos o afecciones es fácil desviarse de lo recto a lo torcido; mientras que alcanzar el Justo Medio, del cual nos viene la alabanza, es difícil. Por esta razón, es raro lo que es bueno (Aristóteles, 1981, 57).

(...) en la actualidad arraigó en los estados la costumbre de ni tan siquiera desear la igualdad, sino buscar la supremacía

o resignarse al yugo en caso de derrota (Aristóteles, *Política*, 1296 b, 1-3).

Confucio ha dicho: “El noble mantiene su conducta en el centro, a la vez que al hombre vulgar no le importa encontrarse enfrentado a este centro. El noble no duda de su conveniencia de seguir en el centro. Como su virtud es grande, en todos los momentos que le toquen vivir encontrará el equilibrio gracias a la posición que ocupa. El hombre vulgar acaso pueda situarse accidentalmente en el centro; sin embargo, al faltarle el sostén de la perseverancia, pronto caminará en otra dirección y se dejará llevar por cualquier suceso externo (Confucio citado por Yáñez, 2002, 136).

¡Pocos son los hombres que logran permanecer en el centro durante mucho tiempo! (Confucio citado por Yáñez, 2002, 136).

Preguntó Solón: “¿No te parece que el gobernante se haría más moderado y el tirano más razonable si se les convenciera de que es mejor no gobernar que gobernar?” (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 152 c).

El hombre prudente se encuentra unido a la regla de conducta moral, permanece siempre en el centro, alejado por igual de los extremos, respeta las obligaciones propias de su condición y no persigue lo ajeno (Confucio citado por Yáñez, 2002, 140).

Dijo el Maestro: “La virtud se basa en seguir sin desánimo en el centro. Esta es la máxima virtud y resumen de todas las demás. Pocos son los hombres que consiguen mantenerse con tenacidad en el centro” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 160).

La práctica del justo medio es la virtud. Durante largo tiempo, raros han sido los hombres que han alcanzado este punto (Confucio, 2002, 105).

No hay mejor manera de cultivar el espíritu que reducir los deseos; un hombre cuyos deseos sean pocos tendrá faltas, pero serán pocas; un hombre cuyos deseos sean muchos tendrá virtudes, pero serán pocas (Confucio, 2002, 377).

Hay que tener en cuenta la proporción de las personas y de las dignidades, y como siempre hay una medida para la virtud, igualmente peca el que se excede que el que se queda corto (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, XVI).

Conviene también mezclar y alternar la soledad y la comunicación, porque aquella despertará en nosotros deseos de comunicar a los hombres, y esta de comunicarnos a nosotros mismos, siendo la una el antídoto de la otra (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, Cap. XIV).

Guarda las proporciones; la medida en todo es lo mejor (Hesíodo, *Trabajos y días*, 694).

## Legisladores

(...) los legisladores forman a los ciudadanos en la virtud, habituándoles a ella (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1103 b, 2-4).

Se legisla sobre toda clase de cosas, y las leyes tienen como fin el interés común (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1129 b, 23-24).

Es evidente, en efecto, que la educación pública se realiza por medio de las leyes, y una buena educación solo puede proceder de buenas leyes (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1180 a, 47-49).

Los legisladores no confían el poder a cualquier hombre, antes determinan la edad y las cualidades que deben adornarle a uno para gobernar; por ser imposible, como ellos suponen, al dejar a todo el mundo abierto el derecho de gobernar (Aristóteles, 1981, 138).

Todos aquellos que están interesados en una buena legislación vigilan las virtudes y vicios de sus ciudadanos (Aristóteles, *Política*, 1280 b, 8-10).

Y el objetivo que debe perseguir un buen legislador es estudiar la manera en que un Estado, una raza de hombres o alguna otra comunidad política debe participar de la vida buena y de la felicidad que le sea posible (Aristóteles, *Política*, 1325 a, 10-13).

La tarea más importante y única de un legislador o de aquellos que desean estructurar una constitución no es meramente imponerla, sino más bien, asegurar su conservación (Aristóteles, *Política*, 1319 b, 41-44).

Puesto que decimos que la bondad de un ciudadano y de un gobernante son idénticas a la de un hombre óptimo, y que una misma persona debe ser súbdito primero y gobernante después, será importante que el legislador estudie de qué manera y por qué medios educativos hay que conseguir hombres buenos y cuál es el fin de la vida óptima (Aristóteles, *Política*, 1333 a, 15-20).

Al entrar en un templo, el oro se deja fuera y el hierro (arma), por decirlo de forma sencilla, en ninguno se introduce. Puesto que la tribuna de oradores es templo compartido con grandes hombres, despójate de toda avaricia y afán de ganancia como si se tratara de un hierro con herrumbre o una enfermedad del espíritu. Déjalos para los comerciantes del ágora y para los prestamistas (Plutarco, *Consejos Políticos*, 819 e).

Hay que pensar que una ciudad debe ser libre, prudente y amiga de sí misma y que el que legisla debe hacerlo apuntando a esa finalidad (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 693 b).

(...) el que legisla correctamente debe querer que la ciudad sea en lo posible la mejor y la más feliz. En esto, algunas cosas son posibles pero otras no. El que pone el Estado en orden querría las posibles, pero no las imposibles, ni intentaría poner en práctica deseos vanos (Platón, *Las Leyes*, Libro v, 742 d, e).

El legislador debe cuestionarse a menudo: “¿Qué pretendo?” y “¿Da resultado?” o incluso “¿Yerro la diana?” (Platón, *Las Leyes*, Libro v, 744 a).

¿No te parece ser esta la intención del legislador? Primero escribir las leyes con toda la exactitud y competencia posibles; luego, cuando haya pasado el tiempo y haya aprobado también en hechos lo que creía, ¿acaso crees que el legislador se habrá vuelto tan insensato como para ignorar que necesariamente serán deficientes muchas cosas que es necesario que corrija uno que venga después, para que el régimen político y el orden de la ciudad fundada por él lleguen a ser, no peores sino mejores? (Platón, *Las Leyes*, Libro VI, 769 d, e).

La culpa no la tiene el azar sino la mala vida que en muchos sentidos llevan los hijos de los excesivamente ricos y de los

tiranos. De esta educación nunca resultara un niño, un hombre o un viejo que se distinga por su virtud. A esto debe prestar atención el legislador (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 696 a).

El legislador debe razonar, haciéndose la siguiente reflexión: “Veamos, ¿a qué gente quiero adiestrar cuando haya acabado de levantar toda la ciudad?” (Platón, *Las Leyes*, Libro VIII, 829 e).

## Lenguaje

El legislador debe desterrar y eliminar del Estado todo lenguaje indecente más que cualquier otra cosa —pues el lenguaje ligero acerca de cualquier cosa vergonzosa hace pasar inmediatamente a la acción—, y preservar de ello principalmente a los jóvenes, de manera que ellos no puedan decir ni oír nada de este tipo (...) (Aristóteles, *Política*, 1336 b, 3-8).

No tanto he aprendido y conocido las cosas por las palabras, cuanto, tomado conocimiento de las cosas, ellas me han conducido a saber las palabras (Plutarco, 1982, 293).

El Maestro dijo: “El que no se adentra en el profundo sentido de cada palabra, jamás conocerá a los hombres” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 170).

Si los nombres de las cosas no son correctos, las palabras no se ajustarán a lo que representan, y si las palabras no se ajustan a lo que representan, los asuntos no se realizarán (Confucio, 2002, 152).

Habla con naturalidad en el Senado y con cualquier persona; ordenadamente, sin elevar la voz. Emplea un lenguaje sano (Marco Aurelio, meditaciones, Libro VIII, 30).

## Leyes

(...) dado que es algo malo acostumbrar a los hombres a revocar ligeramente las leyes, es evidente que será mejor cerrar los ojos ante algún que otro error del legislador y de los magistrados, pues el pueblo no resultará tan beneficiado de una alteración hecha como será dañado al acostumbrarse a desobedecer a los gobernantes (Aristóteles, *Política*, 1269 a, 24-29).

(...) la ley no tiene ninguna fuerza para impeler a la obediencia fuera de la fuerza de la costumbre, y la costumbre solo crece y se desarrolla luego de un largo espacio de tiempo, de manera que cambiar ligeramente las leyes existentes a otras leyes nuevas es debilitar el poder de las leyes (Aristóteles, *Política*, 1269 a, 32-37).

(...) sería preferible que todas estas cosas estuvieran regladas por la ley, en lugar de estar sujetas al arbitrio y discreción de los individuos, ya que este principio es muy nocivo (Aristóteles, *Política*, 1272 b, 7-9).

(...) corresponde a las leyes, cuando han sido bien establecidas, el ser soberanas (...) (Aristóteles, *Política*, 1282 b, 3-4).

(...) Las leyes necesariamente son buenas o malas, justas o injustas, al mismo tiempo y de la misma manera que las constituciones de los estados —aunque sin duda es evidente que las leyes deben adaptarse a la constitución—; sin embargo, si ello es así, es evidente que las leyes, en las constituciones correctas, deben necesariamente ser justas, y las que se dan en las formas divergentes de constitución son necesariamente injustas (Aristóteles, *Política*, 1282 b, 11-18).

El punto de partida en nuestro estudio (política) es la cuestión de si es más ventajoso ser gobernado por los hombres mejores o ser gobernado por las mejores leyes. (...) Es evidente que el régimen político que se apoya en reglas escritas y leyes no es el mejor de todos (...) Por otra parte, lo que está libre de todo factor pasional es generalmente superior al ser en quien la pasión es connatural; y ese factor no está presente en la ley, mientras que si está necesariamente en toda alma humana (Aristóteles, *Política*, 1286 a 10-12, 19-21, 23-26).

Es preferible que gobierne la ley y no uno cualquiera de los ciudadanos, y según este mismo principio, aun cuando sea mejor que gobiernen determinados hombres, ellos deben ser designados como custodios de las leyes y como subordinados a ellas (...) (Aristóteles, *Política*, 1287 a, 25-29).

(...) la pasión tuerce el gobierno incluso de los mejores hombres. Así pues, la ley es razón sin deseo (Aristóteles, *Política*, 1287, 44-45).

(...) donde las leyes no gobiernan no hay constitución, puesto que la ley debe gobernar todas las cosas (...) (Aristóteles, *Política*, 1292 a, 43-44).

La ley es una forma de orden, y una buena ley debe necesariamente significar un buen orden (...) (Aristóteles, *Política*, 1326 a, 38-39).

Es evidente que debe haber una legislación que tenga por objeto la educación y que esta deba ser llevada según un sistema público (Aristóteles, *Política*, 1337 a, 37-39).

Si alguien tuviera un método de cómo enseñar a otro, de hecho o con palabras, a tener una noción, por imperfecta que

esta sea, de cómo hay que guardar y corregir las leyes, jamás se cansaría de repetirlo hasta haber alcanzado su propósito (Platón, *Las Leyes*, Libro vi, 769 e).

(...) debemos atar por todos lados tu ciudad nueva, tratando de no dejar en lo posible nada de lado, ni grande ni pequeño, de cuanto se denomina leyes, costumbres o hábitos. En efecto, la ciudad se mantiene unida gracias a todas estas normas, y ni las leyes escritas ni las costumbres son estables si una de ellas no lo es, de modo que no hay que admirarse si, confluyendo, muchas costumbres y hábitos que aparentemente son de poca importancia, hacen que aumente el tamaño de nuestro código (Platón, *Las Leyes*, Libro vii 793 c, d).

Al que cometa un delito grande o pequeño, la ley le enseñará y obligará o bien a no hacer jamás en el futuro tal cosa adrede o a hacerla de una manera mucho menor, además de la reparación del perjuicio. Lo hará con obras o palabras, con placeres o dolores, honras o deshonras, multas o incluso con regalos, en general, de cualquier manera en que uno haga odiar la injusticia y amar o no odiar la naturaleza de lo justo. La tarea de las leyes más bellas consiste propiamente en eso (Platón, *Las Leyes*, Libro ix, 862 d, e).

(...) la administración de un cargo a merced de su propia discreción y no bajo la guía de un código escrito, es algo muy nocivo (Aristóteles, *Política*, 1272 a, 46-48).

Si el príncipe y los magistrados dictan leyes o decretos injustos, el pueblo no los cumplirá y se enfrentará a su ejecución con medios violentos y también injustos (Confucio citado por Yáñez, 2002, 130).

El gobernador ha de recordar constantemente el proverbio “Nunca es suficiente la honrada intención para gobernar con eficacia; y la ley sola carece de fuerza” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 178).

## Libertad

Si, no contento con lo que posees, tienes ambición de entrar en cargos y de amontonar riquezas, acuérdate que perderás absolutamente los medios verdaderos de granjear la libertad y la felicidad (Epicteto, 2004, 3).

Los hombres se fijan ellos mismos su precio –alto o bajo, según mejor les parece–, y nadie vale sino lo que se hace valer. Tásate, por lo tanto, como libre o como esclavo, ya que en tu mano está (Epicteto, 2004, 43).

Por una falsa libertad se exponen los hombres a los mayores peligros: se arrojan al mar, se precipitan de lo alto de las torres más altas; ciudades enteras sucumben incendiadas por sí mismas... Y tú, por una libertad, ¿no quieres tomarte el menor cuidado ni hacer el menor sacrificio? (Epicteto, 2004, 58).

¿Crees que serías dichoso si vieras colmados tus deseos? ¡Qué equivocación, amigo! Apenas te vieras en posesión de lo que tan arduamente deseas, serías víctima, no solamente de las mismas, sino de nuevas zozobras, pesares, disgustos, temores y deseos. No consiste la felicidad en adquirir y gozar, sino en no desear. En esto es en lo que verdaderamente consiste ser libre (Epicteto, 2004, 58).

No enseñan los filósofos a decir que el hombre es libre a que desprecien la autoridad del emperador. Ningún filósofo ha

enseñado jamás a rebelarse contra su soberano, ni a negar a su poder cuanto le es debido. En lo que a mi ataño, mi cuerpo, mis bienes, mi reputación y mi familia en sus manos están, y si alguna vez enseñó a los demás a retener estas cosas contra su voluntad, que se me condene a muerte. Pero no, no es esto lo que yo predico a quienes quieren escucharme: yo lo único que les enseñó es la conservación de su pensamiento, que este sí, este es libre, enteramente libre (...) (Epicteto, 2004, 62).

En todas direcciones se abren hacia la libertad muchos caminos cortos y diáfanos (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 12, 10).

Has podido conocer, por tanto, a qué miserable y perniciosa esclavitud se somete aquel que se siente poseído alternativamente por los placeres y por los dolores, que son los dueños más caprichosos y absolutos que hay en el mundo. Por consiguiente, hay que encontrar una salida hacia la libertad (Séneca, 2017, *Sobre la felicidad*, 74).

## Magnanimidad<sup>9</sup>

Haz que las razones de tus desembolsos sean benéficas y prudentes, siempre con un fin hermoso y necesario, o que lo

---

<sup>9</sup>La Real Academia Española (RAE) señala tres acepciones de magnanimidad: 1. Benevolencia, clemencia, 2. Grandeza y elevación de ánimo y 3. Desprendimiento o generosidad (Real Academia Española, s.f., magnanimidad). Es de señalar que este concepto se usaba en la Grecia Clásica para aquellas personas que poseían riqueza y que hacían grandes obras en beneficio de su comunidad. La magnanimidad era un tipo de generosidad, pero a un nivel superior, de ahí que la tercera acepción sea la más cercana a cómo se comprendía este concepto en el pasado.

placentero y agradable se añade sin daño ni desmesura (Plutarco, *Consejos Políticos*, 822 c).

Un hombre malo no podría merecer el honor, siendo este el premio de la virtud que se otorga a las personas buenas. La magnanimidad parece ser una especie de ornato de todas las virtudes; las hace crecer y no puede existir sin ellas. Por esto es difícil ser verdaderamente magnánimo, pues eso no es posible a menos de poseer una virtud perfecta (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1123 b, 55-57 y 1124 a, 1-4).

Todo lo que tuviere, ni lo guardaré con avaricia ni lo derrocharé con despilfarro; para nada mejor consideraré mis posesiones sino para emplearlas en el bien (...) (Séneca, 2006, *Sobre la felicidad*, Cap. xx).

Mientras permanezcamos entre los hombres, respetemos la humanidad: no seamos para nadie causa de temor o de peligro; despreciemos las pérdidas, las injurias, las ofensas, las murmuraciones, y soportemos con magnanimidad pasajeros contratiempos (Séneca, 2007, 140).

### Mal ejemplo

Llevarás pegada la avaricia mientras convivas con un avaro y un cerdo; la arrogancia, mientras vivas en compañía de un soberbio. Nunca te abandonará la crueldad si te acompaña un verdugo (...). Si quieres verte libre de los vicios, tienes que mantenerte lejos de sus ejemplos (Séneca, 1971, *Cartas a Lucilio*, Carta CIV).

Si el príncipe no actúa de acuerdo con unas reglas y se niega a mantener una conducta virtuosa, tampoco el pueblo acatará

las leyes ni obedecerá a sus superiores (Confucio citado por Yáñez, 2002, 180).

La herencia de sus riquezas se distribuyó entre pocos, pero de sus pasiones se expandió entre muchos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 28).

(...) es necesario que sepas que es imposible que dejes de ensuciarte, por más limpio que estés, si te restriegas con tu compañero que está sucio (Epicteto, 2004, 17).

Los que han cometido los más graves delitos, y a causa de ellos, se han hecho ya incurables, son los que sirven de ejemplo a los demás; ellos mismos ya no sacan ninguna ventaja, puesto que son incurables, pero sí la sacan los que les ven padecer para siempre los mayores y más dolorosos suplicios a causa de sus culpas, colgados, por así decirlo, como ejemplo (...) Creo que el mayor número de los que sirven de ejemplo sale de los tiranos, reyes, príncipes y de los que gobiernan las ciudades, pues estos, a causa de su poder, cometen los delitos más graves e impíos (Platón, *Gorgias*, 525 c, 1-7; d 4-7).

Kie y Tcheu gobernaron con crueldad, y todo el pueblo se volvió cruel. (...) Si el príncipe ignora las virtudes, y por lo tanto, no las practica, jamás podrá exigir que sus súbditos las muestren (Confucio citado por Yáñez, 2002, 127).

El que se tuerce a sí mismo no tiene capacidad de enderezar a los demás (Confucio, 2002, 270).

Si los superiores no guardan principio alguno, los inferiores no observarán ley alguna; si la corte no confía en la enseñanza, los gobernados no confiarán en las normas; si el soberano viola la justicia, los hombres del pueblo violarán las disposiciones penales (Confucio, 2002, 282).

Mencio dijo: “En otro tiempo los hombres de mérito utilizaban sus propias luces para iluminar a los demás hombres; en la actualidad, se usa la oscuridad para iluminar a los otros” (Confucio, 2002, 372).

## Mal gobierno

Un príncipe que ama a quien su pueblo odia, y que odia a quien todos aman, está cometiendo un ultraje contra la naturaleza humana. El príncipe que actúa de esta manera, pronto se hallará rodeado de grandes tragedias (Confucio citado por Yáñez, 2002, 132).

Lo que más aborrezco es que se gobierne olvidando el bienestar de los súbditos (Confucio citado por Yáñez, 2002, 157).

Yuan-tsé preguntó cuál era el comportamiento más vergonzoso. El Maestro dijo: “Percibir un salario cuando el reino no es bien gobernado en base a los fundamentos de la razón justa (...)” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 165-166).

Mencio dijo: “Si no se confía en los benévolo y virtuosos para gobernar, el Estado estará hueco y vacío” (Confucio, 2002, 370).

La mayoría de la gente parece creer que el arte del gobierno despótico es la política, y no dudan en practicar respecto a los otros el mismo trato que ellos mismos afirman que es injusto y nocivo para sí (...) (Aristóteles, *Política*, 1324 b, 45-48).

Cuando se lucha por el poder, los que vencen se apropian hasta tal punto de las cosas de la ciudad que no dejan participar en nada del gobierno a los vencidos, ni a ellos ni a sus

descendientes, sino que viven vigilándose unos a otros, para que nunca llegue al gobierno alguien y subvierta el orden, recordando los males pasados. Nosotros decimos ahora que estos, sin duda, no son sistemas políticos, ni leyes correctas las que no se legislan por lo que es común a todo Estado, sino que son leyes que se promulgan para favorecer a individuos particulares (Platón, *Las Leyes*, Libro iv, 715 b).

(...) aunque la legislación es algo importante, si una ciudad bien organizada pone magistraturas ineptas al frente de leyes buenas, no solo no tendrán ningún efecto las normas bien hechas, ni siquiera producirán mucha risa, sino que de ellas se originarán para las ciudades los más grandes daños y perjuicios (Platón, *Las Leyes*, Libro vi, 751 b, c).

Una caída en política no provoca silbidos, bromas y rechiflas, sino que daña a muchos (Plutarco, *Consejos Políticos*, 813 f).

## **Malevolencia**

Incitados por el placer, obramos mal (Aristóteles, 1981, 49).

(...) por naturaleza somos más inclinados a la intemperancia y deshonestidad que a la modestia (Aristóteles, 1981, 56).

El mal toma varias formas, donde el bien tan solo una. Igual ocurre con la salud: ella es única, mientras que la enfermedad es multiforme. Así también la virtud es simple, mientras que el vicio adquiere gran variedad de formas (Aristóteles, 1981, 92).

Entre los fenómenos que presenta el alma hay tres que son causa de que un hombre pueda ser llamado malo. Esos son el vicio, la incontinencia y la bestialidad (Aristóteles, 1981, 142).

La existencia de un principio malo es un factor muy poderoso en la malicia; la fiera no tiene ningún principio en su conducta, ni bueno ni malo. Por otra parte, en el hombre licencioso hay sin duda una pauta depravada. Pues, en la medida en que comete el mal y su principio racional consiente en ello, y en la medida en que él cree que lo que hace es lo que debe hacer, la norma de conducta que vive en él está enferma (Aristóteles, 1981, 155).

El hombre que trama males para otro trama su propio mal; y un plan malvado perjudica más al que lo proyectó (Hesíodo, *Trabajos y días*, 265-267).

Malo se puede llamar el que solamente para su provecho es bueno (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 281).

Son innumerables las propiedades del vicio, pero su efecto es siempre único: el de descontentarse a sí mismo (Séneca, *De la tranquilidad del ánimo*, 443).

## **Mentira**

¿Cabe en el hombre de bien mentir en provecho propio, calumniar, anticiparse fraudulentamente a otros y engañar? No en absoluto (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 81).

Mencio dijo: “Las mentiras son nefastas y las más nefastas de ellas son las que ensombrecen a un hombre superior” (Confucio, 2002, 297).

El que elogia lo justo dice la verdad, mientras que quien elogia la injusticia miente (Platón, *La República*, 591 b).

¿No sabes acaso que la mentira es odiada por todos los dioses y hombres? (Platón, *La República*, 382 a).

## Mezquindad

El hombre mezquino peca en todo por defecto, y pese a grandes gastos, regatea el efecto bello por un pequeño detalle, porque duda siempre antes de obrar, porque busca siempre el medio de hacer lo menos posible y porque no cesa nunca de llorar y siempre cree hacer más de lo que debe (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1123 a, 39-43).

(...) de tal modo tienen la riqueza como decimos que se tiene fiebre: que ella es quien nos tiene y así como también decimos: “La fiebre le ha cogido”, deberíamos decir: “La riqueza le ha cogido” (Séneca, 1971, *Cartas a Lucilio*, Carta CXIX).

El avaro nunca hace cosa acertada sino cuando muere (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 42).

## Miedo

Son más las cosas que nos atemorizan que las que nos atormentan, y sufrimos más a menudo por lo que imaginamos que por lo que sucede en la realidad (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 13, 4).

No seas desgraciado antes de tiempo (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 13, 4).

Fácilmente nos sumamos a la opinión pública; no sometemos a crítica los motivos que nos impulsan al miedo, ni los

ponemos en claro, sino que temblamos y volvemos las espaldas como aquellos soldados a quienes el polvo levantado por los rebaños en su huida ahuyentó del campamento (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 13, 8).

No existe razón alguna para vivir, ni límite posible en las desgracias, si uno teme cuanto es susceptible de temor (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 13, 12).

Cuando el que gobierna teme, no dejará nunca voluntariamente que el gobernado llegue a ser ni bueno, ni rico, ni fuerte, ni valiente, ni mucho menos guerrero (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 832 c).

## Moderación

Un niño introduce su mano en un frasco de abertura angosta que contiene golosinas, y de tal modo y tantas coge, que luego le es imposible sacarla, viéndose precisado, entre lágrimas, a soltar la mayor parte para conseguirlo. Tú eres ese niño: deseas mucho y no puedes obtenerlo; desea menos, modera tu ambición y verás colmados tus deseos (Epicteto, 2004, 42).

(...) dentro del mismo hombre, en lo que concierne al alma, hay una parte mejor y una peor. Cuando la que es mejor por naturaleza domina a la peor, se dice que el hombre es “dueño de sí mismo”, pero cuando, debido a la mala crianza o compañía, lo mejor, que es lo más pequeño, es dominado por lo peor, que abunda, se le reprocha entonces como deshonesto y se le llama “esclavo de sí mismo” (Platón, *La República*, 431 a, b).

La premisa que sostiene que el que va a ser feliz no debe intentar enriquecerse, sino enriquecerse justamente y con templanza, podría convertirse en nuestra maestra y así no tendrían lugar en las ciudades homicidios que deban purificarse con homicidios (Platón, *Las Leyes*, Libro IX, 870 c).

Platón exhorta al que quiera ser verdaderamente rico a que, en lugar de aumentar la riqueza disminuya el deseo insaciable de tener, pues el que no sabe acallar la avaricia, jamás se verá libre ni de pobreza ni de miseria (Plutarco, 1982, 354).

¿Qué cosa prefieres, tener mucho o tener lo suficiente? El que tiene mucho anhela más, lo que prueba que aún no tiene lo suficiente; el que tiene bastante ha conseguido a lo que nunca llega el rico, su meta (Séneca, 1971, *Cartas a Lucilio*, Carta CXIX).

Nunca es poco lo que es suficiente (Séneca, 1971, *Cartas a Lucilio*, Carta CXIX).

Lo necesario no falta en destierro, y para lo superfluo no bastan reinos (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 309).

El hambre supone poco gasto, mucho la hartura (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 17, 4).

Si quieres hacer honorable a Pítocles, no debes aumentarle los honores sino reducirle los deseos. Si quieres que Pítocles disfrute de un placer perpetuo, no tienes que aumentar los placeres sino reducirle los deseos. Si quieres hacer llegar a Pítocles hasta la vejez y colmar su vida, no debes añadirle años sino reducir sus deseos (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 21, 8).

XLVI

No hay mayor error que consentir los deseos.  
No hay mayor desgracia que ser insaciable.  
No hay mayor vicio que ser codicioso.  
Quien sabe contentarse  
siempre está saciado (Lao Tse, 1979, 58).

## Necedad

¿A qué discutir con gentes que no se rinden ante las verdades más evidentes? ¿A qué discutir si son piedras en vez de hombres? (Epicteto, 2004, 95).

Qué necio es hacer planes para toda la vida cuando no somos dueños ni del mañana (Séneca, 1971, *Cartas a Lucilio*, Carta CI).

Dice Epicuro: “La vida del necio es ingrata, intranquila; toda ella se proyecta hacia el futuro” (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 15, 9).

## Nepotismo

Temístocles por su parte, a uno que le manifestó que gobernaría bien si era imparcial con todos, dijo: “Nunca ocupe yo un cargo en el que mis amigos no consigan más que los que no lo son”. No estaba en lo correcto al consagrar la política a la amistad y al someter lo público y común a los favores e intereses privados (Plutarco, 1991, 69).

Las ciudades no necesitan hombres sin amigos ni colegas, sino hombres buenos y prudentes (Plutarco, 1991, 67).

Simónides dijo: “Ni se es buen poeta cuando se canta sin seguir la melodía, ni se es un magistrado honrado cuando se hacen favores contrarios a la ley” (Plutarco, 1991, 69).

## Oligarquía

(...) dondequiera los gobernantes deben su poder a la riqueza, tanto si son una minoría como si son una mayoría, hay allí una oligarquía (...) (Aristóteles, *Política*, 1279 b, 56-58).

(...) cuando los ricos se vuelven más numerosos o aumentan sus propiedades, los gobiernos se transforman en oligarquías y dinastías (Aristóteles, *Política*, 1303 a, 14-16).

(...) los que perjudican a unos para manifestarse liberales con otros son tan injustos como los que se apoderan de los bienes ajenos en utilidad propia (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 43).

¿A qué constitución llamas oligarquía? Al régimen basado en la tasación de la fortuna, en el cual mandan los ricos y los pobres no participan en el gobierno (Platón, *La República*, 550 d).

Cuanto más se veneran en el Estado las riquezas y los hombres ricos, en menos se tiene la excelencia y los hombres buenos (Platón, *La República*, 551 a).

Los que hayan de gobernar el Estado deben tener siempre muy presentes estos dos preceptos de Catón: el primero, defender los intereses de los ciudadanos de forma que cuanto hagan lo ordenen a ellos, olvidándose del propio provecho; el segundo, velar sobre todo el cuerpo de la República, no sea

que, atendiendo a la protección de una parte abandonen a las otras. Lo mismo que la tutela, la protección del Estado va dirigida a utilidad no de quien la ejerce, sino de los que están sometidos a ella. Los que se ocupan de una parte de los ciudadanos y no atienden a la otra introducen en la patria una gran calamidad: la sedición y la discordia, de donde resulta que unos se presentan como amigos del pueblo y otros como partidarios de la nobleza (las élites): muy pocos favorecen el bien de todos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 85).

### **Paciencia /Impaciencia**

Confucio dijo: “Aunque ahora surgiera un verdadero rey, aún tendría que pasar una generación para que existiese un estado general de mutua benevolencia” (Confucio, 2002, 154).

La falta de paciencia en lo pequeño altera los grandes planes (Confucio, 2002, 178).

Cuando alguno te hace mal o habla mal de ti, acuérdate que cree deberlo hacer así. ¿Piensas que pueda dejar su opinión por seguir la tuya? Si no juzga sanamente las cosas y se engaña, ya sufre la pena y padece todo el daño. Cuando alguno juzga que una cosa verdadera es falsa porque es oscura y envuelta en tinieblas, por eso no ofende la verdad. El que juzga se hace agravio a sí mismo. Si sigues esta máxima cuando alguno te diga injurias, las sufrirás con paciencia porque dirás para ti: “Este hombre piensa que lo que hace está bien hecho” (Epicteto, 2004, 21).

Nada es grande si no es al mismo tiempo apacible (Séneca, *De la Cólera*, Libro I, 21, 4).

¿Soportará con tranquilidad los gritos populares, los sarcasmos del foro y de la curia aquel a cuyos oídos ofende el ruido de una silla arrastrada? (Séneca, 2007, 70).

Las injurias de los poderosos deben soportarse no solamente con paciencia sino también con risueño rostro, porque humillarán de nuevo si se persuaden de que han humillado (Séneca, 2007, 80).

(...) paciencia para soportar injurias, poderoso medio para proteger un reino (Séneca, 2007, 118).

Reflexiona que necesitas paciencia para muchas cosas. ¿Quién extraña tener frío en invierno, mareo en el mar, sacudidas en el camino? El ánimo es fuerte contra las desgracias cuando se encuentra preparado (Séneca, 2007, 134).

## Pasiones

El hombre que vive según sus pasiones no puede apenas escuchar y comprender los razonamientos que pretenden apartarle de ellas. ¿Cómo va a ser posible cambiar disposiciones de un hombre así? De una manera genérica, el sentimiento no cede a la razón, sino a la coacción. Es necesario, pues, disponer desde el comienzo de un carácter predispuesto de alguna manera a la virtud, amando lo que es bello y odiando lo que es vergonzoso (...) (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1179b, 38-44).

Las pasiones, dulcísimas tiranas, apartan de la virtud a la mayor parte de las almas (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 37).

La tristeza es un obstáculo para reflexionar acerca de un acontecimiento y para arreglar los propios asuntos (...) (Plutarco, *Escrito de consolación a Apolonio*, 112 f).

¿Dejaremos alguna vez de estar tristes o viviremos hasta el fin de nuestra vida con un sufrimiento que no cesa? En verdad, considerar nuestro dolor como algo sin fin es propio de una insensatez extrema (...) (Plutarco, *Escrito de consolación a Apolonio*, 114 f).

Es propio, en verdad, de un loco creer que estará de duelo constantemente (Plutarco, *Escrito de consolación a Apolonio*, 115 a).

## **Paz y guerra**

Un hombre debe ser capaz de sujetarse a una ocupación o enrolarse en la guerra, pero aún mucho más de vivir en paz y en ocio. Y debe hacer lo que es necesario y útil, pero más aun lo que es noble (Aristóteles, *Política*, 1333 a, 55-56 y 1333 b, 1-2).

Tratándose de los intereses del Estado, hay que observar sobre todo las leyes de la guerra. Porque habiendo dos medios para poner fin a una contienda, la negociación y la fuerza, el primero es propio de los hombres, el segundo de las bestias; habrá que recurrir a este último cuando no sea posible usar el primero (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 35).

Óptimo es aquel dicho contra el que oigo que se lanzan personas malvadas y envidiosas: “Cedan las armas a la toga (...)” (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 77).

XXXI

Las armas son instrumentos nefastos,  
no adecuados para el hombre de bien.  
Solo las usa en caso de necesidad  
y lo hace comedidamente,  
sin alegría en la victoria.  
El que se alegra de vencer  
es el que goza con la muerte de los hombres.  
Y quien se complace en matar a los hombres  
no puede prevalecer en el mundo (Lao Tse, 1979, 43).

La sabiduría que logra resolver los conflictos por vía pacífica es más de apreciar que la misma valentía desplegada en la batalla (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 80).

(...) nadie llegaría nunca a ser realmente un político si al planificar para la felicidad del individuo lo hiciera considerando en primer lugar y exclusivamente la guerra exterior, ni tampoco llegaría a ser un auténtico legislador, si no legislara los asuntos concernientes a la guerra por la paz más que los relativos a la paz por la guerra (Platón, *Las Leyes*, Libro I, 628 d).

La primera cualidad de los que viven felices es no cometer injusticia ellos ni sufrirla a manos de otros. De estas dos cosas, una no es muy difícil, pero poseer la capacidad de no sufrir injusticias es harto complicado, y no se puede alcanzar del todo como no sea llegando a ser totalmente bueno. Eso mismo también puede sucederle a una ciudad, si llega a ser buena, alcanzará una vida pacífica, pero si es mala, tendrá una vida de guerra exterior e interior (Platón, *Las Leyes*, Libro VIII, 829 a).

Nunca un general confía tanto en la paz que no se prepare para la guerra, que aunque de momento no se haga, siempre está declarada (Séneca, *De la vida bienaventurada*, xxvi).

### **Perfil ético del servidor público**

El Maestro enseñaba cuatro asuntos: literatura, conducta, fidelidad y veracidad (Confucio, 2002, 111).

La naturaleza del hombre superior está compuesta de benevolencia, rectitud, corrección y sabiduría, virtudes que están enraizadas en su corazón (Confucio, 2002, 359).

Las personas que deban estar en el cargo son las que sean más capaces de detentarlo (Aristóteles, *Política*, 1273 b, 8-9).

(...) la autoridad política debe aprenderla el gobernante siendo gobernado, de la misma manera que un hombre podrá mandar la caballería luego de haber sido soldado de ella, y podrá comandar un regimiento luego de haber servido en él y de haber mandado una compañía y un pelotón. Y aunque la bondad de un gobernante y la de un súbdito son distintas, el buen ciudadano debe tener el conocimiento y la capacidad para ser gobernado y para gobernar (...) (Aristóteles, *Política*, 1277 b, 11-20).

En Tebas hubo una ley por la que nadie que no se hubiera mantenido fuera del comercio durante los últimos diez años podía ser admitido a ocupar un cargo de gobierno (Aristóteles, *Política*, 1278 a, 38-41).

(...) el buen legislador y el auténtico hombre de Estado no deben desconocer ni la constitución absolutamente mejor ni

la que resulta ser la más perfecta en función de unas circunstancias dadas (...) (Aristóteles, *Política*, 1288 b, 29-32).

Es necesario que haya algunos hombres que posean la virtud en forma de excelencia política (Aristóteles, *Política*, 1291 b, 2-3).

(...) prestar un servicio público es tarea propia de los hombres buenos (Aristóteles, *Política*, 1286 b, 16-18).

El hombre virtuoso merece justamente gobernar porque es el mejor, no obstante, dos hombres buenos son mejor que uno (...) (Aristóteles, *Política*, 1287 b, 20-22).

Es al parecer algo imposible que esté bien gobernado un Estado cuando está en manos no de los mejores, sino de los peores y, análogamente, que un Estado no bien gobernado esté en manos de los mejores (Aristóteles, *Política*, 1294 a, 1-4).

Hay tres cualidades que deben poseer los que han de desempeñar las supremas magistraturas (cargos): la primera es la lealtad para con la constitución establecida; la segunda, muy grande capacidad para las responsabilidades del puesto, la tercera, virtud y justicia (...) (Aristóteles, *Política*, 1309 a, 42-46).

(...) la posesión más provechosa para los Estados es que los mejores ciudadanos gobiernen (Aristóteles, *Política*, 1319 a, 2-3).

Los actos de un hombre político dejan de ser nobles si él no supera moralmente a sus gobernados (...) (Aristóteles, *Política*, 1325 b, 4-5).

(...) en las ciudades deben distinguirse siempre por su virtud los que ocuparán las magistraturas (...) (Platón, *Las Leyes*, Libro v, 735 a).

La opción de entrar en política hágase a modo de base estable y sólida, con juicio y ponderación y no como resultado de una presunción, afán de disputas o carencia de otras actividades (Plutarco, *Consejos Políticos*, 798 c).

No se ha de introducir en los asuntos públicos por lucro o ganancia, (...) ni tampoco se ha de meter en política como si fuera arrebatado por una súbita pasión (Plutarco, *Consejos Políticos*, 798 f).

Conociendo tu propia naturaleza, es necesario que, para lo que estés peor dotado que otro, escojas a los más capaces en lugar de a los iguales a ti, de la misma forma que Diodemes escogió al inteligente para la expedición dejando de lado a los valientes. Pues también las acciones discurren más equilibradas y no se genera competitividad entre unos y otros impulsados por las virtudes y capacidades de los otros. Toma un colaborador para los juicios y un compañero de embajada que hable bien si no eres de palabra fácil; si eres poco persuasivo en el trato con la multitud y eres a la vez altanero, recurre al simpático y atento; si eres flojo y débil de cuerpo, toma al vigoroso y fuerte (...) (Plutarco, *Consejos Políticos*, 819 c).

El que no es capaz de poseer las virtudes populares no podría llegar a ser jamás un gobernante capaz de toda la ciudad, sino que debería convertirse en ayudante de otros gobernantes (Platón, *Las Leyes*, Libro II, 968 a).

## Perseverancia

Mientras haya algo que no se ha estudiado o que se ha estudiado y no se ha podido captar, no puede dejarse de lado. Si algo no se ha examinado o si se ha examinado y no se ha llegado a saber, no hay que detener el examen. Si algo no se ha meditado o, si se ha meditado, no se ha llegado a comprender, no hay que detenerse en la meditación. Si algo no se ha distinguido o si se ha distinguido, no se ve con la suficiente claridad, no hay que cejar. Si hay algo que no se ha practicado o que, si se ha practicado, se ha hecho sin la suficiente dedicación, hay que persistir. Si vemos que otro hombre se esfuerza una vez, nosotros tenemos que esforzarnos cien veces más; si vemos que alguien se esfuerza cien veces, nosotros tendremos que esforzarnos mil. Si alguno se esfuerza en este camino (justo medio), se volverá listo aunque sea tonto y fuerte aunque sea débil (Confucio, 2002, 413).

Largo es el camino de los preceptos para llegar a la sabiduría y corto es el de los ejemplos (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 600).

Mencio dijo: “Los grandes hombres no precisan que sus palabras sean creíbles o de que sus actos tengan resultado, sino que perseveran siempre en lo que es justo” (Confucio, 2002, 296).

La luz de una lámpara, hasta que se extingue, brilla y no pierde su fulgor. Y la verdad que hay en ti, la justicia y templanza, ¿se van a extinguir antes de tiempo? (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro XII, 15).

Frente a la excelencia, los dioses han impuesto sudor y un camino largo y escarpado (Platón, *La República*, 343 e).

## Pobreza

(...) la pobreza da lugar a la sedición y el crimen (Aristóteles, *Política*, 1265 b, 16).

En cuanto a mí, aun siendo muy pobre, soy más rico que tú, pues ni me preocupa el carecer de protector en la corte, ni lo que puedan decir de mí al príncipe; en cambio, no tengo que adular a nadie, y esto es para mí mucho más que los bienes de que carezco (Epicteto, 2004, 35).

Pues los pobres, aunque cuando no tienen parte alguna en los honores públicos, solo piden se les deje vivir en paz, a condición de que no se les injurie y no se toque lo que es suyo; esto, con todo, no es fácil: no siempre ocurre, en efecto, que los que participan del poder sean personas competentes (Aristóteles, *Política*, 1297 b, 8-13).

(...) donde hay rentas no se debe hacer lo que hacen los demagogos—en efecto, todo lo que sobra lo reparten y el pueblo, apenas acaba de recibir, ya está necesitando otra vez, pues esta manera de ayudar a los pobres es el tonel agujereado de la leyenda—; mientras que el hombre verdaderamente afecto al pueblo debe estudiar de qué manera la multitud ha de ser salvada de la extrema pobreza; esto, en efecto, es la causa de que la democracia se corrompa. Hay que inventar, por consiguiente, medidas que produzcan una prosperidad duradera (Aristóteles, *Política*, 1320 a, 39-48).

La pobreza no es disminuir la riqueza, sino aumentar la insaciabilidad (Platón, *Las Leyes*, Libro v, 736 e).

## **Poder**

(...) el hombre es la más cruel de todas las fieras, cuando a las pasiones se une el poder (Plutarco, 1982, 331).

A cambio de muchos males, solo una cosa buena tiene el poder, el honor y la gloria si los gobernantes gobiernan a hombres buenos, siendo mejores que ellos, y entre los grandes parecen ser ellos más grandes (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 147 d 1-5).

El poder excesivo es causa de sedición cuando un individuo o un grupo de hombres es más poderoso de lo que es conveniente para el Estado y para el poder del gobierno (...) sería mejor procurar desde el comienzo que no pueda haber en el Estado ninguna persona que pueda tener un poder tan excesivo, que no permitir primero que existan estas personas y aplicar luego un remedio al mal (Aristóteles, *Política*, 1302 b, 21-23, 27-30).

El más poderoso y a la vez más divino de entre todos los amores es el que surge en las ciudades y pueblos hacia una persona a causa de su virtud (Plutarco, *Consejos Políticos*, 821 f).

## **Política**

En todas las ciencias y artes, el fin es un bien, y el bien mayor y más elevado se encuentra en la ciencia que reina sobre todas las demás, es decir, la ciencia política, y que en política, el bien no es otra cosa que lo justo y esto es el bien común (...) (Aristóteles, *Política*, 1282 b, 19-23).

Al utilizar la política las demás ciencias, y al legislar qué es lo que se debe hacer y qué es lo que se debe evitar, el fin que persigue la política puede involucrar los fines de las otras ciencias, hasta el extremo de que su fin sea el bien supremo del hombre (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1094 b, 4-8).

(...) el fin de la política no es el conocimiento sino la acción (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1095 a, 8-9).

Puesto que todo conocimiento y toda elección miran a cierto bien, digamos cuál es la meta que asignamos a la Política y cuál es el bien supremo entre todos los realizables. Al menos, por lo que se refiere a su nombre, da un consentimiento general: este bien es la felicidad (...) (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1095 a 19-24).

Hemos reconocido como el más elevado de los fines el de la ciencia política, pues se encarga de hacer que los ciudadanos sean personas de una cierta cualidad y dotados de bondad, capaces de realizar acciones nobles (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1099 b, 47-50).

## Politicastro

La mayoría de los que están comprometidos con la política reciben el nombre de “políticos” incorrectamente; no son, en efecto, verdaderamente políticos, puesto que un hombre político es aquel que conscientemente elige las acciones y obras nobles por sí mismas, mientras que la mayoría abraza esta forma de vida a causa del dinero y el lucro (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1216 a, 28-33).

Los reyes (...), al ser colocados donde deben controlar asuntos de mucha importancia, de no ser hombres de verdadero valer, ocasionan grandes daños (Aristóteles, *Política*, 1273 a, 1-2).

En la realidad, todos los hombres pretenden poseer virtud y se creen capaces de ocupar la mayoría de los cargos del Estado (...) (Aristóteles, *Política*, 1291 b, 9-10).

Según la opinión del vulgo, no hay cosa mayor que el reinar, pero cuando yo pienso detenidamente la realidad, veo que no hay cosa más inútil para quien lo ha conseguido por medios injustos. ¿Pueden ser útiles a alguien las angustias, las zozobras, estar día y noche en un sobresalto continuo y una vida llena de acechanzas y de peligros? (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 84).

Quede establecido así y dicho que a todos los ciudadanos que ignoran eso (lo que es el bien y lo que es el mal) no debe confiárseles nada relacionado con el gobierno, y que hay que censurarlos por ignorantes, aunque sean eventualmente muy buenos en hacer cuentas y hayan realizado todos los estudios de asuntos muy estimados (...) (Platón, *Las Leyes*, Libro III, 689, c, d).

¿Qué pasa con el Estado? Si fuera claro que alguien desconoce la meta a la que debe mirar el político, ¿sería justo, primero, llamarlo gobernante y, luego, podría ser capaz de salvar y conservar aquello cuya finalidad no conociera en absoluto? (Platón, *Las Leyes*, Libro XII, 962 b).

En una ciudad donde no hubiera ni de palabra ni de hecho guardianes capaces que conozcan suficientemente la virtud,

¿cómo iba a ser sorprendente que esa ciudad sufriera lo que sufren muchas de las ciudades actuales? (Platón, *Las Leyes*, Libro XII, 964 c, d).

## Principios

Hay, en efecto, una doble ley del beneficio: que el uno debe olvidar inmediatamente lo dado y el otro no olvidar nunca lo recibido (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, x).

Los principios se obtienen unos por inducción mientras que otros lo son por la sensación y otros por una especie de costumbre. Es preciso, pues, alcanzarlos con el máximo cuidado. Esto tiene gran importancia para las consecuencias. Y se está generalmente de acuerdo en convenir que el principio es más de la mitad de la cuestión en su conjunto y que su conocimiento facilita la composición de muchas cuestiones buscadas (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1098 b, 3-11).

Haz de la sinceridad y de la fidelidad tus fundamentos; no tengas amigos que no sean iguales a ti; no temas corregir las faltas que tuvieras (Confucio, 2002, 126).

Los métodos de los sabios de cualquier época son siempre iguales (Confucio, 2002, 294).

Ahora, cuando la política de las ciudades no significa el mando en la guerra, ni la disolución de las tiranías, ni el arreglo de alianzas, ¿qué principio de una actividad política, lúcida y brillante se podría buscar? (...) Hay muchas cosas que enmendar: por una parte, está la recuperación de los buenos hábitos dejados de lado en las ciudades, y por otra, cambiar

las muchas cosas introducidas por los malos hábitos (Plutarco, *Consejos Políticos*, 805 b).

¿De qué otra manera pueden morir los principios si no se extinguen las representaciones correspondientes a ellos, las cuales en tus manos está reavivar continuamente? (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII; 2).

### **Prodigalidad**

La prodigalidad es un exceso en el hecho de dar (...) (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1121 a, 16-17).

Pródigos son los que derrochan sus bienes en banquetes públicos, luchas de gladiadores y en los preparativos de juegos y cazas de fieras, cosas que dejan a lo sumo un recuerdo muy efímero (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 55).

En estos enormes derroches en infinitos gastos, nada nos sorprende demasiado, cuando sobre todo, ni se remedia ninguna necesidad, ni se acrecienta la dignidad, y aquel mismo placer de la multitud no dura más que unos momentos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 57).

### **Prosperidad**

Sin virtud no es fácil llevar con decoro la prosperidad (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1124 a, 41).

Son dos las cosas en que consiste la prosperidad de todos los hombres: una de ellas es la definición correcta de la meta y el

fin de sus acciones; la otra es averiguar los medios y acciones que conducen a este fin (Aristóteles, *Política*, 1331 b, 27-33).

## Prudencia

La prudencia tiene por objeto lo que es propio del hombre y aquello por lo cual puede ejercerse la deliberación. Lo que sobre todo caracteriza al hombre prudente es la deliberación bien llevada (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1141 b, 12-15).

(...) no es posible ser un hombre bueno sin la prudencia (...) (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1144 b, 44-46).

Es prudente no aquel que tan solo posee la norma de recta conducta, sino el que también obra lo que, asesorado por un principio racional, parece ser lo mejor. (...) Al hombre prudente le corresponde llevar a la obra lo que es recto (Aristóteles, 1981, 158-159).

¡Cuidado! ¡Cuidado! La injusticia que de ti salga a ti volverá (Confucio, 2002, 233).

Después de pesarlas, se conoce la ligereza y el peso de las cosas; midiendo se conoce su longitud. Así es para todo. El medir nuestro pensamiento es muy importante (Confucio, 2002, 222).

Quien es prudente establece la regla de conducta moral por medio de cuatro deberes básicos, de los que yo me siento incapaz de cumplir a la perfección ni uno solo. La bondad, (...) la humildad, (...) el respeto, (...), la lealtad (...). El hombre prudente cumple con todas estas obligaciones y, a la vez,

práctica todas las virtudes eternas; es diligente y se esfuerza en cumplir todas sus obligaciones; es mesurado al hablar, ya que elude toda palabra inútil; actúa siempre con rectitud y prudencia; es sincero, ya que sus palabras no dejan de responder a sus acciones, y es cumplidor, dado que sus actos responden a lo que ha prometido. Solo quien obra de esta manera puede ser considerado, de verdad, un hombre prudente (Confucio citado por Yáñez, 2002, 139-140).

Confucio dijo: “Cuando el Estado está bien gobernado, se puede actuar y hablar con osadía; cuando está mal gobernado, se puede actuar con osadía, pero hay que hablar con prudencia” (Confucio, 2002, 162).

No es el trato cosa indiferente. Si frecuentas a un vicioso, a no ser que tengas absoluto dominio de ti mismo, más fácil es que te corrompa que tú le corrijas. Y puesto que hay tanto peligro en el trato con los ignorantes, preciso es obrar con gran prudencia y sabiduría (Epicteto, 2004, 52).

El mejor tesoro en los hombres, una lengua parca (Hesíodo, *Trabajos y días*, 719).

### XXIII

Hablar poco es lo natural (Lao Tse, 1979, 35).

En la escritura y la lectura no iniciarás a nadie antes de que se te inicie a ti. Mucho más en la vida (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro XI, 29).

(...) el que no sea posible enriquecerse desmesuradamente es un bien no pequeño para llegar a ser prudente (...) (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 836 a).

Arquidamidas, como algunos censurasen al sofista Ecateo, porque convidado al banquete nada había hablado en él, dijo: “El que sabe hablar sabe también cuándo” (Plutarco, 1982, 57).

El sabio nunca provoca la ira del más poderoso sino procura evitarla (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 604).

Manteneos desconfiados y recelosos de todo bien fortuito: tanto una fiera como un pez son engañados por el cebo que les atrae (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 8, 3).

Cuando pienso en lo que he dicho, envidio a los mudos (...) (Séneca, *De la vida bienaventurada*, II).

Todos los maestros de sabiduría moral preceptúan que algunos beneficios han de darse en público y algunos otros en secreto: en público, aquellos que es glorioso conseguir, las recompensas y honores militares y todo lo que con la notoriedad se hace más magnífico; por el contrario, aquellos que no ensalzan ni dan mayor honor, sino que auxilian en la enfermedad, la pobreza, la ignominia, deben darse en silencio, de modo que solamente sean conocidos por los propios auxiliados (Séneca, *Sobre los beneficios*, Libro II, IX).

## Rapiña

En la vida no es injusto que el hombre intente procurarse cuanto necesita, pero no tiene derecho a robar lo de otro perjudicándole (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 43).

(...) si cada uno de nosotros roba y se apropia de los bienes que puede de los otros para su propio bien, necesariamente

desaparece la convivencia humana. Es perfectamente lícito y natural que cada uno se procure para sí, antes que, para los otros, los medios necesarios para la vida; lo que la naturaleza no soporta es que nosotros incrementemos nuestra propia sustancia, nuestras riquezas y nuestro poderío despojando a los demás (Cicerón, *Sobre los deberes*. Libro III, 23).

Los que no miden las cosas más que por el lucro y la utilidad y no quieren admitir la preponderancia de la honestidad, suelen comparar lo honesto con lo que estiman serles útil, cosa que no hacen los hombres buenos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 18).

Si estamos habituados a que cada cual despoje al otro para conseguir su propia ventaja, se disgregará la convivencia humana, que es lo más conforme que hay con la naturaleza (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 22).

Hay muchos, y por cierto, ávidos de esplendor y de gloria, que roban a unos lo que dan a otros, y piensan que serán tenidos por generosos para con sus amigos, si los enriquecen por cualquier modo que sea. Este comportamiento está tan lejos del deber, que no hay nada tan contrario (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 43).

Y además a las larguezas suelen seguir los robos, porque, cuando a fuerza de dar se ve uno necesitado, echa mano a los bienes ajenos. Así pues, queriendo ser benéficos para ganarse la benevolencia de los demás, no consiguen tanto cariño de parte de las personas a quienes dieron, como odios de los otros a quienes usurparon (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 54).

El epicúreo que dice que “el robar no es mal, sino que el mal consiste en ser sorprendido robando”, robará, de fijo, si está

seguro de que puede efectuarlo sin ser advertido (Epicteto, 2004, 87).

## Razón

(...) el principio racional es el que escoge lo que es mejor (Aristóteles, 1981, 139).

Si uno se previene con la razón, puede apartarse de la pasión (Aristóteles, 1981, 156).

Quienes cultivan sus facultades superiores desarrollan su naturaleza racional, y quienes desarrollan su naturaleza racional conocen el cielo (Confucio citado por Yáñez, 2002, 186).

La razón no vence los vicios uno por uno, sino todos a la vez (Séneca, *Consolación a Helvia*, cap. XIII).

(...) cuando la pasión ha sido vencida por la razón, queda gobernada para siempre (Séneca, *Consolación a Helvia*, cap. XVII).

No necesitamos otros instrumentos: la naturaleza nos ha robustecido bastante con la razón. En esta nos ha dado un arma fuerte, duradera, dócil, que no tiene dos filos y no puede volverse contra su dueño. La razón basta por sí misma, no solamente para aconsejar, sino también para obrar (Séneca, 2007, 33).

Bienaventurado es el recto juicio; feliz, aquel a quien la razón hace ver que es bueno el estado en que están sus cosas, sea cual fuere (Séneca, *De la vida bienaventurada*, VI).

Nada haré por la opinión ajena, sino por el dictamen de mi conciencia (Séneca, *De la vida bienaventurada*, xx).

### **Reciprocidad (la Regla de Oro)**

(...) no hacer a los demás lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros mismos, esta es la regla primera para obtener la virtud; no hay nada superior a esta regla (Confucio citado por Yáñez, 2002, 160).

Lo que no quiero que los demás me hagan a mí tampoco se lo hago yo a los demás (Confucio, 2002, 93).

Zigong preguntó: “¿Hay alguna frase que pueda servirme hasta el fin de la vida?” Confucio respondió: “El perdón de los demás. Lo que no quieras que te hagan a ti no se lo hagas tú a los otros” (Confucio, 2002, 178).

No hay que hacer a los otros lo que no queremos que nos hagan a nosotros mismos (Confucio, 2002, 405).

El superior debe honrar y respetar la sabiduría de sus súbditos y el inferior (gobernado) debe mostrarse respetuoso y cortés con sus superiores en atención a la dignidad que ostentan; respetar la dignidad y honrar a los sabios son dos manifestaciones de un mismo deber (Confucio citado por Yáñez, 2002, 184).

### **Rendición de cuentas**

Es sabido que los que han sido admitidos a un cargo admiten cohechos y traicionan muchos de los intereses públicos por

favoritismo; de manera que sería mejor que ellos no se vieran exentos de tener que rendir cuentas de su cargo (...) (Aristóteles, *Política*, 1271 a, 4-8).

Para evitar el mal uso de los fondos públicos, que la transmisión de las sumas de dinero se haga en presencia de todos los ciudadanos y que se depositen duplicados de los estados de cuenta en las distintas fraternías, compañías y tribus. Y que por ley, se concedan honores a los magistrados que tengan la buena reputación de gobernar sin lucrarse (Aristóteles, *Política*, 1309 a, 13-19).

(...) es algo provechoso para la democracia que todos los ciudadanos elijan a los magistrados y les llamen a rendir cuentas (...) (Aristóteles, *Política*, 1318 b, 41-44).

Confucio fue una vez vigilante de almacenes y entonces decía: “Mis cuentas son exactas, no tengo que cuidarme de más” (Confucio, 2002, 323).

Los políticos no solo dan cuentas de lo que dicen y hacen en su actividad pública, sino que la gente observa su comida, cama, matrimonio, hijos y todas sus actividades (Plutarco, *Consejos Políticos*, 801 d).

## **Renovación**

Renuévate por completo cada día, después vuelve a renovarte, renuévate sin descanso y nunca dejes de renovarte (Confucio citado por Yáñez, 202, 124).

Logra la renovación del pueblo (Confucio citado por Yáñez, 2002, 124).

Mira qué cosa viene a ser tu espíritu: viento es, ni siempre un mismo viento; antes bien, de un instante a otro renovado (...) (Epicteto, 2004, 113).

Si bien no es fácil expulsar de ti todo el mal, al menos arranca y reprime los defectos que más crecen y progresan (Plutarco, *Consejos Políticos*, 800 b).

## Responsabilidad

Si los perros y los puercos comen la comida de los hombres y esto no se sabe controlar; si en los caminos hay gente muerta de hambre y no se sabe cómo abrir los graneros; si los hombres mueren, pero se dice: “No es mía la culpa, la culpa es del año”, ¿cómo puede pensarse que es raro que si se atraviesa a un hombre se diga: “No le maté yo sino la espada”? Si el rey no culpa al año, los hombres de todo el mundo vendrán hasta él (Confucio, 2002, 217).

(...) es deshonroso recibir un salario sin razón (Confucio, 2002, 323).

A todas horas piensa tenazmente en hacer lo que tienes entre manos, con seriedad meticulosa y sincera, con amor, libertad y justicia, y en procurarte tiempo libre de todas las demás imaginaciones. Y te lo procurarás, si realizas cada acto como si fuera el último de tu vida (...) (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro II, 5).

Porque lo natural es que las artes, que se alimentan con el trabajo y el prestigio, se marchiten en pueblos humildes y oscuros, y que la virtud como planta fuerte y robusta arraigue en todo terreno si prende en una buena naturaleza y un

ánimo inclinado al trabajo; de donde se sigue que si nosotros dejamos de pensar y conducirnos como corresponde, esto deberá justamente atribuirse, no a la pequeñez de la patria sino a nosotros mismos (Plutarco, 1982, 293).

Cumple religiosamente tus obligaciones del modo mismo que las contrajiste (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 490).

Si el gobernante no es serio, no inspirará respeto y su aprendizaje no será sólido (Confucio, 2002, 66).

## Retórica

Grande es la admiración del que habla con elocuencia y sabiduría (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 48).

Sócrates. — (...) ¿Qué persuasión produce la retórica y sobre qué objeto? (...)

Soc. — Si te parece, establezcamos, pues, dos clases de persuasión: una que produce la creencia sin el saber; otra que origina la ciencia (Platón, *Gorgias* 454 b 1; e 5-7).

Sóc. — (...) Pues si hay estas dos clases de retórica, una de ellas será adulación y vergonzosa oratoria popular; y hermosa en cambio la otra, la que procura que las almas de los ciudadanos se hagan mejores y se esfuerza en decir lo más conveniente, sea agradable o desagradable para los que lo oyen (Platón, *Gorgias*, 503 a, 5-10).

El discurso político admite bien las máximas, historias, leyendas y metáforas con las que mueven los ánimos los que recurren a ellas con medida y oportunidad (Plutarco, *Consejos Políticos*, 803 a).

La oratoria tiene el poder, según expresión de Platón, de cautivar las almas, y su obra principal es el arte de dirigir las costumbres y las pasiones como unos sonidos o cuerpos del alma que unas veces exigen intensidad y otras, impulso más suave (Plutarco, 1982, 132).

(...) el hombre bueno, que dice lo que dice teniendo en cuenta el mayor bien, ¿no es verdad que no hablará al azar, sino poniendo su intención en cierto fin? (Platón, *Gorgias*, 503 d, 8-9 y 503 e, 1).

Sóc. — Así pues, ese orador de que hablamos, el que es honrado y se ajusta al arte,<sup>10</sup> dirigirá a las almas los discursos que pronuncie y todas sus acciones poniendo su intención en esto, y dará lo que dé y quitará lo que quite con el pensamiento puesto siempre en que la justicia nazca en las almas de sus conciudadanos y desaparezca la injusticia, en que se produzca la moderación y se aleje la intemperancia y en que se arraigue en ellas toda virtud y salga el vicio (Platón, *Gorgias*, 504 d, 6-12 y 504 e, 1-3).

(...) Quien tiene el propósito de ser realmente orador ha de ser justo y conocedor de lo justo (Platón, *Gorgias*, 508c, 1-3).

## Retos de la Ética

Confucio dijo: “Lo que más me preocupa es el deficiente cultivo de la virtud, que lo estudiado no se ponga en cuestión, que no sea capaz de seguir los principios que se han aprendido y que lo malo no se pueda cambiar” (Confucio, 2002, 107).

---

<sup>10</sup> Para Sócrates, el fundamento de la retórica es la justicia.

La naturaleza me manda que ayude a los hombres (Séneca, *De la vida bienaventurada*, xxiv).

Dondequiera que hay un hombre, hay lugar para una buena acción (Séneca, *De la vida bienaventurada*, xxiv).

## Revueltas

Las sediciones nacen tanto de la desigualdad de las posesiones como de la desigualdad de los honores (...) (Aristóteles, *Política*, 1266 b, 54-56).

Cuando los hombres que desempeñan un cargo manifiestan insolencia y avidez, la gente se levanta revuelta unos contra otros y también contra las constituciones que facilitan la oportunidad para una conducta así (...) (Aristóteles, *Política*, 1302 b, 8-11).

También tienen lugar las revoluciones en las constituciones debido a un crecimiento desproporcionado en alguna parte del Estado; pues de la misma manera que un cuerpo está compuesto de partes y necesita crecer proporcionalmente a fin de que su simetría pueda conservarse, y si no lo hace así es destruido (...), así también el Estado se compone de partes, una de las cuales crece a veces sin advertirlo, por ejemplo, el número de los pobres en las democracias y en los Estados constitucionales (Aristóteles, *Política*, 1302 b, 49-53, 57-59).

Las revoluciones en las constituciones tienen lugar debido a las elecciones con intriga, (...) también ocurre esto así debido a la falta de interés, cuando el pueblo permite a hombres que no son amigos de la constitución que formen parte de los cargos supremos (...) (Aristóteles, *Política*, 1303 a, 17-17, 22-25).

En las revoluciones, los intereses que están en juego no son de escasa monta, aunque sí son mínimas las causas de que ellos proceden, mientras que el conflicto se centra en asuntos de importancia. Y aun las más pequeñas discordias adquieren dimensiones de gran violencia cuando se producen en el círculo de los que están vinculados con el gobierno (...) (Aristóteles, *Política*, 1303 b, 26-31).

Los medios empleados para dar lugar a una revolución en las constituciones son unas veces la fuerza y otras el fraude y el engaño (Aristóteles, *Política*, 1304 b, 10-12).

En las democracias, la causa principal de las revoluciones es la insolencia de los demagogos (...) (Aristóteles, *Política*, 1304 b, 32-33).

Las insurrecciones provocadas por la insolencia atentan contra la persona, y aun cuando la insolencia tiene muchos aspectos, todos y cada uno de ellos incitan a la ira y, cuando los hombres están irritados, atacan principalmente en busca de la venganza, no por ambición (Aristóteles, *Política*, 1311 a, 41-45).

De la misma manera que un incendio no se origina con frecuencia en lugares sagrados y públicos, pero una lámpara descuidada en casa o un poco de basura encendida provoca grandes llamas y un desastre público, así no siempre los conflictos por asuntos públicos encienden la confrontación civil, pero con frecuencia, diferencias por asuntos y problemas particulares alcanzando el ámbito de lo público revolvieron a toda la ciudad. En no menor medida atañe al político resolver estos problemas y prevenirlos, para que nada de ello suceda o, si sucede, que cese rápidamente y no llegue a hacerse grande, no afecte al ámbito de la vida pública, sino que permanezca

en el terreno de las diferencias privadas. Conviene también al político que explique a los demás cómo un pleito privado se convierte en público y uno pequeño en grande si se desatiende y no se denuncia desde el primer momento (Plutarco, *Consejos Políticos*, 825 a).

Es necesario que el político no menosprecie, como en el cuerpo, los desarreglos que se expanden rápidamente; por el contrario, debe atacarlos, sofocarlos y ponerles remedio. Pues, como dice Catón, con la vigilancia lo grande se convierte en pequeño y lo pequeño se queda en nada (Plutarco, *Consejos Políticos*, 825 d).

(...) descubrirás que la ira de los siervos abatió más gente que la ira de los reyes (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 4, 8).

Y puesto que los hombres también provocan revoluciones a causa de sus vidas privadas, conviene crear algunos magistrados que vigilen a aquellos cuyo modo de vida no es consecuente con la constitución (...) (Aristóteles, *Política*, 1308 b, 29-32).

## Riquezas

La excesiva riqueza se reconoce que hace a los hombres soberbios y desagradables (Aristóteles, 1981, 140).

Ser muy rico siendo muy bueno es imposible. ¿Por qué, pues?, podría preguntar alguien. Porque, replicaríamos, la propiedad que proviene de lo justo y de lo injusto es más del doble de la que nace de lo justo solo, y los gastos que no son ni buenos ni malos son el doble menores que los buenos y hechos en cosas buenas (Platón, *Las Leyes*, Libro v, 743 a).

Buena es la riqueza si la manda la razón (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 67).

Me preguntas cuál será el límite de las riquezas. Lo primero es tener lo necesario y lo segundo, poseer lo que basta (Séneca, *De la pobreza*, 214).

En las riquezas hay campo abierto para la templanza, la liberalidad, la diligencia, la disposición y la magnificencia (Séneca, *De la vida bienaventurada*, XII).

## Sabiduría

Parece que la sabiduría lleva consigo placeres maravillosos, tanto por su pureza como por su estabilidad, y es lógico que la vida sea para aquellos que saben más agradable que la de los que aún buscan el saber (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1177 a, 36-39).

Según el orden natural de las cosas, la fuerza se halla en los jóvenes y la sabiduría en los mayores (...) (Aristóteles, *Política*, 1329 a, 22-23).

¿Qué hay más deseable que la sabiduría, más trascendente, más útil y más digno del hombre? (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 5).

El que está en un puesto subalterno y no encuentra apoyo en los superiores no conseguirá gobernar al pueblo. Hay una manera de conseguir el apoyo de los superiores: el que es apoyado por amigos podrá conseguir el apoyo de los superiores. Hay un modo de obtener el apoyo de sus amigos: el que sirve a sus padres a gusto de los mismos podrá obtener el apoyo

de los amigos. Hay un modo de hacer que los padres estén contentos con el servicio que se les presta: si al examinar el propio yo se ve que no es sincero, los padres no estarán satisfechos. Hay un modo de hacer que el propio yo sea sincero: si se entiende claramente en qué consiste la bondad, el propio yo será sincero. En verdad que la sinceridad es un principio celeste y el pensar sinceramente es el buen camino de los humanos (Confucio, 2002, 288).

Los antiguos que querían ilustrar la luminosa virtud en el mundo ponían primero en orden su reino; para poner en orden su reino, regulaban antes su propia casa; para regular su casa, se perfeccionaban antes ellos mismos; para perfeccionarse ellos mismos, rectificaban primero su corazón; para rectificar su corazón, hacían previamente sinceros sus pensamientos; para hacer sinceros sus pensamientos, alcanzaban antes el máximo conocimiento. El máximo conocimiento reside en la investigación de las cosas. Investigadas las cosas, alcanzaban el más alto conocimiento, con lo que tenían un pensamiento sincero; al tener un pensamiento sincero, rectificaban el corazón. Con el corazón recto, llevaban a cabo el cultivo de sí mismos. Una vez que se habían cultivado a sí mismos, regulaban su propia casa. Regulada la casa, podían gobernar su reino. Con el reino bien gobernado, la paz reinaba en el mundo (Confucio, 2002, 385-386).

Tan difícil es para los ricos adquirir la sabiduría como para los sabios adquirir la riqueza (Epicteto, 2004, 35).

(...) procura adaptarte a las máximas que estimes mejores y más hermosas y no olvides que si permaneces fiel observador a ellas, los mismos que antes se burlaban de ti te admirarán más tarde, pero si cedas a sus insultos, se burlarán de ti dos veces (Epicteto, 2004, 74).

“Haz pocas cosas —dice Demócrito— si quieres estar de buen humor”. ¿Acaso no es mejor hacer lo que es ineludible y cuanto la razón del ser por naturaleza social reclama y como lo reclama? Porque esto no solo aporta el buen humor de obrar bien, sino también el de hacer pocas cosas. Porque la mayoría de las cosas que decimos o hacemos, no siendo necesarias, si alguien las suprime, estará más desocupado y tranquilo. De donde conviene tener presente en cada ocasión: ¿no será esta una de las innecesarias? Porque es preciso no solo suprimir las acciones innecesarias, sino también las ideas, pues así las acciones a las que arrastran no se seguirán (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IV, 24).

Cuando alguien cometa una falta contra ti, enseguida piensa cuál era la idea que tenía del bien y del mal cuando la cometió. Pues si comprendes esto, lo compadecerás, y no te asombrarás ni te enojarás. En efecto, tú entiendes por bien lo mismo que él, por consiguiente, procede perdonarle. Pero si no entiendes por bien y por mal las mismas cosas, más fácilmente serás benévolo con quien se muestra desdeñoso (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 26).

Toda alma, dijo Platón, se ve privada contra su voluntad de la verdad, de la misma manera, pues, de la justicia, de la prudencia, de la benevolencia y de cualquier cosa por el estilo. Es más que necesario recordar continuamente esto, porque serás más indulgente con todos (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VII, 63).

Si estas triste por algún factor exterior, no es él el que te perturba, sino el juicio que tienes acerca de él. Eliminar el juicio ya depende de ti (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro VIII, 47).

Una vida agradable y feliz no se asienta en causas externas, por el contrario, el hombre, extrayendo de su carácter, como de una fuente, el placer y la alegría, los aplica a las cosas que le rodean (Plutarco, *Sobre la virtud y el vicio*, 100 c).

Si sois capaces de comprender la virtud, alabad a los buenos (Séneca, 2017, *Sobre la felicidad*, xxvii).

Largo es el camino de los preceptos para llegar a la sabiduría y corto el de los ejemplos (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 600).

En todo lugar se puede vivir virtuosamente (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 616).

Confucio ha dicho: “Nunca tenemos que apenarnos porque los hombres nos ignoren, ya que solo debe causarnos tristeza el hecho de que seamos nosotros los que no conozcamos a los hombres” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 156).

Saber a quién dar, cuánto, cuándo, con qué fin y de qué manera no está en la mano de todo el mundo ni es algo fácil (Aristóteles, *Política*, 1109 a, 35-37).

Para cumplir los designios del cielo es preciso cultivar las facultades superiores y desarrollar la naturaleza racional (Confucio citado por Yáñez, 2002, 186).

## **Sabio**

Solo el hombre sabio se halla capacitado para existir dichoso alejado del pueblo, sin ser reconocido y elogiado por este (Confucio citado por Yáñez, 2002, 138-139).

La regla de conducta moral late dentro de todos los hombres, pero al sabio le concede tal esplendor que ilumina con sus rayos el cielo y la tierra (Confucio citado por Yáñez, 2002, 139).

El comportamiento del sabio es similar al proceder de un peregrino: primero ha de descubrir por sus propios medios el camino y después irá por el mismo con soltura. Puede semejarse también a un escalador que, trabajando desde el lugar más bajo en el que se encuentra, llega a la parte más alta (Confucio citado por Yáñez, 2002, 140).

En este mundo solo los hombres perfectos llegan a conocer su propia naturaleza, la ley de su ser y los deberes que de ello se derivan. Dado que conocen a fondo su propia naturaleza y los deberes que de ella derivan, son capaces de averiguar la naturaleza de los demás hombres, la ley de su ser e indicarles en consecuencia las obligaciones que deben observar (Confucio citado por Yáñez, 2002, 146).

Detrás de los hombres perfectos por su propia naturaleza, llegan los que muestran el mayor empeño en enderezar sus malas inclinaciones. Estas inclinaciones desviadas del bien pueden superarse y conseguir su desaparición (Confucio citado por Yáñez, 2002, 146).

El hombre perfecto dispone de una inteligencia penetrante que le permite prever los sucesos futuros (...) El hombre perfecto sabe adivinar la aparición de sucesos negativos o positivos con toda certeza, y en esto se asemeja a las mentes sobrenaturales (Confucio citado por Yáñez, 2002, 147).

El hombre perfecto nunca se conforma con su propia perfección, ya que busca el perfeccionamiento de todos los otros

hombres. El perfeccionamiento de uno mismo o el perfeccionamiento interior es la virtud; el perfeccionamiento de los otros o exterior es un arte excelso (...) (Confucio citado por Yáñez, 2002, 147).

La valía del hombre perfecto permanecerá oculta si no poseyera una elevada cultura, una inteligencia penetrante, las virtudes de un santo, un completo conocimiento de las leyes del cielo, y si no se hallara penetrado de las grandes virtudes celestes: el amor, la justicia, la cortesía y la conciencia del deber (Confucio citado por Yáñez, 2002, 152).

(...) el sabio pretende que sus actos virtuosos pasen desapercibidos a los hombres, pero día a día se revelan con mayor resplandor (...) La conducta del sabio es como el agua: carece de sabor, pero a todos complace; carece de color, pero es bella y cautivadora; carece de forma, pero se adapta con sencillez y orden a las más variadas figuras (Confucio citado por Yáñez, 2002, 152-153).

El hombre cumple la voluntad del cielo cuando se esfuerza en perfeccionarse a sí mismo, tanto si espera una vida breve como si espera una vida de larga duración; el hombre cumple su destino tanto si su vida es larga como si muere joven (Confucio citado por Yáñez, 2002, 186).

El hombre superior es universal y no se limita, el hombre vulgar se limita y no es universal (Confucio, 2002, 74).

El hombre superior está centrado en la justicia, el hombre vulgar en el beneficio (Confucio, 2002, 88).

El hombre superior no participa en lucha alguna. Si le es preciso tomar parte en una competición de tiro con arco, se inclina

cortésmente, sube a su lugar, desciende del mismo y bebe la copa del castigo. Hasta en las competiciones es un hombre superior (Confucio, 2002, 78).

El hombre superior está satisfecho y compuesto: el hombre vulgar, en cambio, lleno de preocupaciones (Confucio, 2002, 114).

Zixia dijo: “Los artesanos de cualquier clase disponen de un taller en el que practicar su oficio; el hombre superior tiene el estudio como instrumento para alcanzar la perfección de su camino” (Confucio, 2002, 202).

Solo el sabio puede no tener muchas cosas estables y tener un corazón firme (Confucio, 2002, 223).

No todos los hombres pueden comprender los actos de un hombre superior (Confucio, 2002, 345).

El hombre superior que no tiene fe no puede mantener una postura firme (Confucio, 2002, 349).

Un sabio es maestro para cien generaciones (Confucio, 2002, 371).

El camino de los sabios no siempre es el mismo: unos están cerca del poder, otros lejos; unos ocupan cargos y otros no, pero todos son iguales porque guardan su propia pureza (Confucio, 2002, 315).

(...) los sabios se ven obligados a orientar sus quehaceres en dirección a la meta mejor, y esto se aplica al Estado tomado colectivamente de la misma manera que al ser humano individual (Aristóteles, *Política*, 1324 a, 45-48).

Es propio de los adolescentes mostrar veneración a los ancianos y escoger entre los mejores y más experimentados para apoyarse en su sabiduría y dirección, pues la inexperiencia de la adolescencia debe ser fundamentada y gobernada por la prudencia de los ancianos (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 122, 4-9).

El sabio es capaz de renovar y enaltecer hasta las mayores dignidades (Confucio citado por Yáñez, 2002, 124).

El hombre superior no se pone a favor ni en contra de nada en el mundo, sino que sigue lo que es justo (Confucio, 2002, 87).

El hombre superior está en armonía con los demás, pero no siempre de acuerdo con ellos. El hombre vulgar se pone de acuerdo con los demás, pero no está en armonía con ellos (Confucio, 2002, 157).

El hombre superior es digno sin orgullo, el hombre vulgar es orgulloso sin dignidad (Confucio, 2002, 158).

Hay hombres extraordinarios que se retiran del mundo.  
Algunos se apartan de lugares determinados.  
Otros se apartan de ciertas apariencias.  
Otros se apartan de ciertos lenguajes (Confucio, 2002, 169).

## XXII

Lo humillado será engrandecido.  
Lo inclinado será enderezado.  
Lo vacío será lleno.  
Lo envejecido será renovado.  
Lo sencillo y puro será alcanzado,

pero lo complicado y extenso causará confusión.  
Por esto, el sabio abraza la unidad  
y es el modelo del mundo.  
Destaca porque no se exhibe.  
Brilla porque no se guarda.  
Merece honores, porque no se ensalza.  
Posee el mando, porque no se impone.  
Nadie le combate porque él a nadie hace la guerra.  
¿Son acaso vanas las palabras del antiguo proverbio:  
“Lo humillado será engrandecido”?  
Por esto mismo, el sabio preservará su grandeza (Lao Tse, 1979,  
34).

XXVII

Un buen caminante no deja huellas.  
Un buen caminante no se equivoca ni ofende.  
Un buen contable no necesita útiles de cálculo.  
Un buen cerrajero no usa barrotes ni cerrojos,  
y nadie puede abrir lo que ha cerrado.  
Quién ata bien no utiliza ni cuerdas ni nudos,  
y nadie puede desatar lo que ha atado.  
Así, el sabio que siempre ayuda a los hombres  
no los rechaza.  
El sabio que siempre conserva las cosas  
no las abandona.  
De él se dice que está deslumbrado por la luz.  
Por esto, el hombre bueno no se considera maestro de los  
hombres y el hombre que no es bueno estima como buenas  
las cosas de los hombres.  
No amar el magisterio ni la materia de los hombres,  
y aparentar ignorancia, siendo iluminado,  
este es el secreto de toda maravilla (Lao Tse, 1979, 39).

XXXVIII

Así, el hombre grande  
observa lo profundo y no lo superficial.  
Se atiene al fruto y no a la flor,  
rechaza esto y prefiere aquello (Lao Tse, 1979, 50).

XLVII

Sin salir de la puerta,  
se conoce el mundo.  
Sin mirar por la ventana,  
se ve el camino del cielo.  
Cuanto más lejos se va,  
menos se aprende.  
Así, el sabio  
no da un paso y llega,  
no mira y conoce,  
no actúa y cumple (Lao Tse, 1979, 59).

XLIX

El sabio no tiene un espíritu constante.  
Hace suyo el espíritu del pueblo.  
Ama a los buenos  
y también a los que no son buenos,  
y así consigue la bondad.  
Confía en el sincero  
y también en los que no son sinceros,  
y así consigue la fidelidad.  
El sabio vive en el respeto de todos.  
A todos reúne en su espíritu.  
El pueblo vuelve hacia él sus ojos y acerca sus oídos,  
y el sabio los trata como a niños (Lao Tse, 1979, 61).

LXXI

Conocer el propio mal  
es liberarse del mal.

El sabio no tiene mal;  
porque lo reconoce,  
no lo padece (Lao Tse, 1979, 83).

El hombre bueno no es soberbio ni odioso, ni el hombre sabio marcha con una mirada desagradable hacia los ciudadanos (Plutarco, *Consejos Políticos*, 823 a).

(...) entre los griegos, el hablar es la parte de los sabios, y el juzgar de los necios (Plutarco, 1982, 89).

El hombre es tanto más sabio cuanto menos codicie, cuanto menos tema (Séneca, 1971, *Cartas a Lucilio*, Carta cxv).

No se enojará el sabio contra los que delinquen, ¿por qué? Porque sabe que nadie nace sabio, sino que se hace; sabe que muy pocos en toda la historia acaban siendo sabios, ya que tiene en su perspectiva la condición de la existencia humana (Séneca, *De la Cólera*, Libro II, 10, 6).

Por el vicio ajeno enmienda el sabio el suyo (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 115).

Solo al sabio complacen sus bienes (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 9, 22).

## Sencillez

Periandro había dispuesto la recepción no en la ciudad, sino en un lugar apropiado para celebrar banquetes (...) A cada uno de los invitados les había enviado un carruaje tirado por dos caballos, lujosamente adornados, pues era verano y el polvo y el alboroto invadían todo el camino hasta el mar a

causa de la multitud de carros y de gente. Sin embargo, Tales, al ver ante su puerta el carruaje, sonriéndose lo despidió (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 146 d, 1, 2, 8-13).

Que en la pobreza no hay mal alguno lo entiende cualquiera a quien no hayan enloquecido la avaricia y el lujo (Séneca, *Consolación a Helvia*, 39).

Quien se mantenga en los límites de la medida natural no sentirá la pobreza; quién exceda esa medida natural será perseguido por la pobreza hasta en el colmo de la opulencia. Para lo necesario, hasta los exilios son suficientes; para lo superfluo no basta ni siquiera los reinos (Séneca, *Consolación a Helvia*, 43).

(...) Un hombre sobrio es aquel que carece de deseos y pasiones de cualquier clase (Aristóteles, 1981, 146).

Sencilla y discreta es la tarea de la filosofía: no me incites a la vanagloria (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IX, 29).

## Tiempo

Todo es ajeno a nosotros, tan solo el tiempo es nuestro; la naturaleza nos ha dado la posesión de este único bien fugaz y deleznable, del cual nos despoja cualquiera que lo desea (Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, epístola 1, 3).

(...) parte del tiempo se nos roba, parte se nos va sin saber cómo, parte se nos escurre. Pero la pérdida más vergonzosa es la debida a la negligencia. Y si quisieras fijarte en ello, encontrarás que la parte más grande de la vida se nos pasa haciendo mal, otra no pequeña sin hacer nada, y toda ella haciendo lo que no ha de hacerse (Séneca, 1980, *Cartas a Lucilio*, 3).

Nada es nuestro, excepto el tiempo (Séneca, 1980, *Cartas a Lucilio*, 3).

El remedio más eficaz contra la ira es el tiempo, que enfría su primer ardor y disipa o al menos esclarece la nube que oscurece el ánimo. No diré que basta un día, sino una hora, para dulcificar esos arrebatos que arrastran, o para dominarlos por completo. Si nada se consigue con el aplazamiento, al menos se aprenderá a ceder a la reflexión y no a la ira. Deja al tiempo todo aquello que quieras apreciar bien, porque nada se ve con claridad en la primera agitación (Séneca, 2007, 104).

## **Tiranía**

Los tiranos gozan siendo adulados, pero nadie que posea un espíritu libre está dispuesto a serlo; los hombres de carácter aman a sus gobernantes o, en todo caso, no los adulan. Asimismo, los de espíritu mezquino son útiles para ocupaciones mezquinas. Y es característica distintiva de un tirano el sentir desagrado ante cualquiera que sea respetable o de espíritu libre, pues el tirano reclama para sí tan solo el derecho de tener ese carácter, y el hombre que reivindica para sí tales cualidades y manifiesta un espíritu libre, despoja a la tiranía de su superioridad y de su posición de señorío (...) (Aristóteles, *Política*, 1314 a, 3-13).

No hay en realidad poder tan grande que dure mucho tiempo bajo la presión del miedo (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 26).

El tirano actúa opuesto a lo que practican los médicos con los cuerpos, ya que estos suprimen lo peor y conservan lo mejor, mientras que aquel lo hace a la inversa (Platón, *La República*, 567 c).

Donde mande un tirano feroz e ineducado, si hay en la ciudad alguien mucho mejor que él, ¿no le temerá, de cierto, el tirano, sin poder ser jamás sinceramente ser amigo suyo? (Platón, *Gorgias*, 510b, 7-8, 510c, 1-2).

Muchas veces hasta toda una ciudad carga con la culpa de un malvado cada vez que comete delitos o proyecta barbaridades (Hesíodo, *Trabajos y días*, 238-242).

Un tirano que prefiera gobernar a esclavos más que a hombres libres en nada se diferencia de un agricultor que prefiera recolectar cizaña y pájaros en lugar de trigo y cebada (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 147 c, 13-16).

(...) en un banquete, al surgir una conversación sobre los animales, dijiste que el tirano era el peor de los animales salvajes (Plutarco, *El banquete de los siete sabios*, 147 b, 6-8).

## Tolerancia

Más si alguno de nosotros critica eventualmente algo de las leyes que rigen en cada una de nuestras ciudades porque queremos ver lo verdadero y lo mejor en ellas, aceptemos nuestros puntos de vista no con ira, sino con buena disposición (Platón, *Las Leyes*, Libro I, 634 c).

En verdad no es propio del hombre sensato odiar a los que yerran, por otra parte, él se tendría ojeriza a sí mismo (Séneca, *De la Cólera*, Libro I, 14, 2).

Se dirá que alguien ha hablado mal de ti: piensa si antes lo has hecho tú, piensa de cuán incontables has comentado tú (Séneca, *De la Cólera*, Libro II, 28, 5).

Al amanecer, dite a ti mismo: me voy a tropezar con un indiscreto, un desagradecido, un insolente, un envidioso, un insociable. Todo esto le sucede por su ignorancia del bien y del mal. Pero yo, que he visto la naturaleza del bien, que es lo bello, y la del mal, que es lo vergonzoso (...) no puedo sufrir daño por obra de ninguno de ellos, pues ninguno me cubrirá de vergüenza; y no puedo enfadarme con un semejante ni odiarlo, porque hemos nacido para una tarea común, como los pies, como las manos, como los párpados, como las hileras de dientes superiores e inferiores. De modo que obrar unos contra los otros va contra la naturaleza y es obrar negativamente enojarse y volverse de espaldas (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro II, 1).

### Usurpador del cargo público

Sucedió que un hombre completamente miserable ocupó el cargo, hombre que, debido a su pobreza, solía ser con facilidad comprado. (...) Ciertos éforos<sup>11</sup> fueron corrompidos con dinero y, en la medida en que estaba en su poder, arruinaron a todo el Estado (Aristóteles, *Política*, 1270 b, 14-19).

El que obra malvadamente en su corazón hace daño a sus acciones, y el que mal actúa mal gobierna (Confucio, 2002, 277).

El Maestro ha dicho: “Grandes males sufrirá el hombre ignorante y vicioso que intente dirigirse por sus propios principios (...)” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 149).

---

<sup>11</sup> Los cinco éforos, elegidos por el pueblo para un año, eran los gobernantes en Esparta.

Si a un príncipe únicamente le importa el enriquecimiento de su reino, los ministros nada más ambicionarán acumular riqueza para los suyos; los funcionarios y los hombres del pueblo tampoco perseguirán otra cosa que su propio enriquecimiento. Después buscarán otra cosa muy diferente a su propio enriquecimiento. Porqué surgirán enfrentamientos entre los superiores y los inferiores para lograr la mayor cantidad de riquezas, con lo que se debilitarán los cimientos del reino (Confucio citado por Yáñez, 2002, 171).

Cuando se sienta en el trono un hombre perverso y cruel, su maldad actuará como la peste que enfermará a los súbditos (Confucio citado por Yáñez, 2002, 179).

## Valentía

Pero la valentía, veamos, ¿qué suponemos que es? ¿Acaso simplemente la lucha contra los temores y los dolores o también contra los deseos, placeres y ciertas lisonjas terriblemente dulces que convierten en cera las voluntades de los que se creen serios? (Platón, *Las Leyes*, Libro I, 633 d).

Tse-Chang dijo: El hombre sabio no da un paso atrás ante el peligro, aunque con ello arriesgue su vida (Confucio citado por Yáñez, 2002, 169).

No temas nada y nada será para ti terrible ni formidable, como no lo es un caballo para otro caballo o una abeja para otra abeja. ¿No comprendes que temores y deseos son los sicarios que tus amos mantienen en tu corazón, como en una ciudadela, para sujetarte? Echa fuera esa guarnición, entra en posesión de esa fortaleza, que es tuya, y serás libre (Epicteto, 2004, 59).

## **Valores**

Las Crónicas de Tse dicen: “Los habitantes de Tse consideran que un hombre virtuoso y un ministro ecuánime son más valiosos que todo el oro y las piedras preciosas que pueden conseguir. Porque creen que la bondad y la justicia son los únicos bienes que merecen la pena” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 130).

Una virtud jamás consigue sobrevivir aislada; siempre debe encontrarse defendida por otras virtudes (Confucio citado por Yáñez, 2002, 157).

El Maestro dijo: “Con el conocimiento se supera la duda; con la bondad se dobla la pena; con el valor se vence el miedo” (Confucio citado por Yáñez, 2002, 162).

La benevolencia es la tranquila morada del hombre, la justicia es su recto camino (Confucio, 2002, 287).

La divinidad te ha dotado para hacer frente aun a los acontecimientos más espantables. Tales armas son, entre otras, la grandeza del alma, la fuerza, la paciencia y la constancia. Sírvete, pues, de ellas, y si no lo haces, confiesa, en vez de lamentarte, que has arrojado las armas con que te había hecho fuerte (Epicteto, 2004, 66).

### LXVII

Poseo tres tesoros que guardo:  
el primero es amor,  
el segundo es moderación,  
el tercero es humildad.  
Por el amor puedo ser valeroso.

Por la moderación puedo ser generoso.  
Por la humildad puedo ser el primero.  
Pero sin amor no se puede ser valeroso,  
sin moderación no se puede ser generoso,  
sin humildad no se puede ser el primero.  
De otro modo se camina a la muerte (Lao Tse, 1979, 79).

El primer bien que gobierna a los restantes es la inteligencia; el segundo, ese estado prudente del alma acompañado de razón. La justicia que surge de la mezcla de estos sería el tercero; el cuarto, la valentía (Platón, *Las Leyes*, Libro I, 631 c).

La templanza, la justicia y la prudencia no solamente juzgan de lo honesto, de lo justo y de lo útil, sino también de lo perjudicial, de lo torpe y de lo injusto; y no celebran la simplicidad que se complace en no tener experiencia de los vicios, sino que la tienen por necedad y por ignorancia de aquellas cosas que importa sobre todo sean conocidas de los que se proponen vivir bien (Plutarco, 1982, 339).

Los sabios están libres de dudas, los benevolentes carecen de ansiedad y los valientes nunca tienen miedo (Confucio, 2002, 127).

La sola bondad no basta para gobernar; la sola ley no puede aplicarse a sí misma (Confucio, 2002, 281).

## **Veracidad**

Nadie puede llamarse feliz si se encuentra separado de la verdad (Séneca, 2017, *Sobre la felicidad*, Cap. v).

La verdad se guarda en nuestro interior y lo externo nada más que es apariencia. Por eso el sabio controla sus inclinaciones y sus más íntimos deseos (Confucio citado por Yáñez, 2002, 126).

Se puede amar a los amigos y a la verdad; pero es un deber sagrado dar preferencia a la verdad (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1096 a, 19-21).

(...) atribuirse más cosas de las que uno posee es arrogancia; pero, atribuirse menos de las que se tienen, es autodeprecia-ción. El término medio entre ambas es la verdad (Aristóteles, 1981, 52).

La verdad es lo más bello e ignorarla lo más vergonzoso (Platón, *Gorgias*, 472c, 9-10)

No hay arte de hablar ni lo habrá jamás si no está basado en la verdad (Platón, *Fedro*, 260 e).

#### LXXXI

Las palabras veraces no son agradables,  
y las agradables no son veraces (Lao Tse, 1979, 93).

En los juramentos hay que pensar siempre cuál es la intención de lo prometido, no cómo suenan las palabras (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro I, 40).

### Vida buena

Es evidente que todos los hombres tienden y aspiran a una vida buena y a la felicidad, pero, aunque algunos poseen la

capacidad de conseguir estas cosas, otros no la tienen, debido a un factor de mala suerte o a un vicio de la naturaleza (Aristóteles, *Política*, 1331 b, 45-48).

Hay tres cosas por las que los hombres se hacen buenos y virtuosos, y esas tres cosas son la naturaleza, el hábito y la razón (Aristóteles, *Política*, 1332 a, 57-59).

Catón El Viejo respondió a quien le preguntaba qué era lo más importante en el patrimonio familiar: “Apacentar bien el rebaño” “¿Y lo segundo?": “Apacentarlo bastante bien”. “¿Y lo tercero?": “Apacentar poco rebaño”. “¿Y lo cuarto?": “Arar”. Y como insistiendo el que le preguntaba dijera: “¿Y dedicarse a la usura?” Catón agregó enseguida: “¿Y matar a un hombre?” (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 89).

Porque el sumo bien, según los estoicos, que no es otra cosa que el vivir conforme a la naturaleza, significa esto: estar siempre de acuerdo con la virtud, y las demás cosas que son conformes a la naturaleza escogerlas en cuanto no se oponen a la virtud (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro III, 13).

Lo que importa es lo buena que sea tu vida, no cuán larga sea. Y muchas veces, que sea buena es que no sea larga (Séneca, 1971, *Cartas a Lucilio*, Carta CI).

Nunca es tarde para vivir bien (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 519).

En todo lugar se puede vivir virtuosamente (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 616).

Quien de verdad quiere ser bueno, lo será (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 641).

Te vas a morir cualquier día sin ser todavía sencillo, imperturbable, recelando ser dañado desde fuera, sin ser propicio a todos, sin cifrar la sabiduría en obrar justamente (Marco Aurelio, *Meditaciones*, Libro IV, 37).

## Virtud

(...) la virtud nace de la práctica repetida de actos justos y moderados (...) (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1105 b, 6-7).

La virtud moral es un término medio (...) entre dos vicios, uno por exceso y otro por defecto; y su naturaleza proviene de que ella tiende a un equilibrio tanto en los estados afectivos como en las acciones (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1109 a, 25-29).

(...) la virtud implica que se sienta placer y dolor por cosas que valgan la pena y en la medida conveniente (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1121 a, 3-5).

(...) la virtud consiste en evitar las faltas uno mismo y no permitir que sus amigos las cometan (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1159 b, 9-10).

La virtud es un bien digno de honra porque gracias a ella viene el hombre a ser honesto y bueno (Aristóteles, 1981, 36).

(...) la virtud “ética” toma su nombre de esto: su nombre viene de la palabra “ethos”, costumbre o hábito; y se llama virtud “ética”, porque nosotros la conseguimos por habituación (Aristóteles, 1981, 49).

Quien quiera ser estimado por su carácter moral, debe guardar una moderación y templanza en cada uno de sus espontáneos sentimientos y afectos (Aristóteles, 1981, 57).

La actividad virtuosa es mejor que la mera posesión de la virtud (Aristóteles, 1981, 80).

Los bienes externos tienen un límite como lo tiene cualquier instrumento (...) mientras que cualquiera de los bienes del alma, cuanto más abundante es, más útil debe ser, si es que a los bienes del alma se les puede aplicar no solo el término o calificativo de nobles, sino también de útiles (Aristóteles, *Política*, 1323 b, 8, 12-15).

La mejor forma de vida sea para el individuo, sea para los Estados, es decir, particular o colectivamente, es la vida unida a la virtud, dotada de medios suficientes para tomar parte del bien actuar (Aristóteles, *Política*, 1323 b, 51-52, 1324 a, 1-3).

El lugar más importante en la virtud lo ocupa lo hecho voluntariamente (Aristóteles, 1981, 63).

Un estado en que la virtud no se tiene en el más alto honor no puede ser gobernado con seguridad por una aristocracia (Aristóteles, *Política*, 1273 a 60, 1273 b 61).

(...) la nobleza de linaje y de virtud se hallan en pocos hombres (...) en ninguna parte hay cien hombres de noble linaje y buenos, aunque hay hombres ricos en muchos lugares (Aristóteles, *Política*, 1302 a, 2, 4-5).

(...) la razón y la inteligencia son para nosotros el fin de nuestro desarrollo natural, de manera que, en orden a estos fines,

deben regularse nuestra generación y el ejercicio de nuestros hábitos (Aristóteles, *Política*, 1334 b, 22-25).

(...) ¿Quién dejará de admirar el esplendor y la hermosura de la virtud? (Cicerón, *Sobre los deberes*, Libro II, 38).

Mencio dijo: “Un mal año no puede hacer morir al que tiene buenos almacenes; una época malvada no puede alterar al que está bien provisto de virtud” (Confucio, 2002, 370).

¿Son las virtudes algo lejano? En cuanto quiero ser virtuoso, inmediatamente alcanzo la virtud (Confucio, 2002, 113).

La virtud no se queda sola, el que la práctica tiene por fuerza vecinos (Confucio, 2002, 90).

(...) la virtud realza a las personas, ensancha el corazón y hace comfortable el cuerpo (Confucio, 2002, 390).

Fan Chi preguntó acerca de la virtud cívica perfecta. Confucio respondió: “Consiste en ser cortés aun estando en privado, respetuoso en la administración de los negocios y leal en la relación con los demás hombres. No es lícito abandonar estas características, ni aunque se viva entre los bárbaros” (Confucio, 2002, 156).

Las señales por donde se conoce que un hombre progresa en el estudio de la virtud son estas: no reprender, no alabar, no menospreciar ni acusar a nadie, no alabarse nunca de lo que él mismo es ni de lo que sabe, acusarse cuando se lo impide o prohíbe hacer alguna cosa, burlarse a solas de los que le alaban, no enojarse cuando lo reprenden sino hacer como los que están convalecientes, que andan muy paso a paso por no mover los humores (Epicteto, 2004, 23).

La nobleza del hombre proviene de la virtud, no del nacimiento. “Valgo más que tú porque mi padre fue cónsul y además soy tribuno y tú no eres nada”. Vanas palabras, amigo, porque si fuésemos dos caballos y me dijese: “Mi padre fue el más ligero de los caballos de su tiempo y yo tengo alfalfa y avena en abundancia y además soberbios arneses”, yo te contestaría: “Lo creo, pero corramos juntos.” ¿No hay asimismo en el hombre algo que le es propio —como al caballo la velocidad— algo por lo cual puede conocerse su calidad y estimarse su verdadero valer? Y ese algo, ¿no es el pudor, la honradez y la justicia? Muéstrame pues la ventaja que en todo esto me llevas; hazme ver que como hombre vales más que yo y te consideraré superior a mí. Porque si no me dices, sino que sabes rebuznar y dar coces, te contestaré que te envanece de cualidades propias de un asno y de un caballo, pero no de un hombre (Epicteto, 2004, 32).

De la maldad puedes coger fácilmente cuanto quieras; llano es su camino y vive muy cerca. De la virtud en cambio, el sudor pusieron delante los dioses inmortales; largo y empinado es el sendero hacia ella y áspero al comienzo; pero cuando se llega a la cima, entonces resulta fácil por duro que sea (Hesíodo, *Trabajos y días*, 287-292).

Hesíodo es un sabio porque sostiene que el camino a la maldad es llano y se puede transitar sin sudor, porque es muy corto, pero de la virtud, dice: “Enfrente los dioses inmortales colocaron el sudor, largo y empinado es el camino a ella, y escarpado al principio. Pero cuando llegas a la cima, es fácil de soportar, aunque haya sido difícil” (Platón, *Las Leyes*, 718 e y 719 a).

La hacienda puede servir no solo para las cosas absolutamente necesarias, sino para la virtud misma (Plutarco, 1982, 132).

Prueba es de virtud el desagradar a los malvados (Séneca, *El libro de oro*, 221).

Nadie es bueno por azar, la virtud es algo que hay que aprender (Séneca, 1971, *Cartas a Lucilio*, 134).

La virtud no permanece oculta (Séneca, *El libro de oro*, 238).

Más seguro está en la virtud el que ya pasó por los vicios (Séneca, *El libro de oro*, Máxima 132).

La verdadera libertad consiste en la virtud (Séneca, *De la vida bienaventurada*, XVI).



## Reflexiones finales

**L**a lectura profunda y meditada de las citas de los grandes maestros de la filosofía política suele generar el siguiente proceso: 1) Reflexión y deliberación, 2) Generación de conciencia y apertura de mente, 3) Discernimiento de lo conveniente y lo nocivo, 4) Madurez de juicio, 5) Adopción de principios positivos y convenientes, 6) Asunción de deberes de manera voluntaria, 7) Actuación de forma íntegra y responsable.

Esta obra ha sido concebida con la esperanza de generar en los lectores y lectoras que participan de la política, del servicio público y de la academia, por un lado, conciencia sobre el sentido original de la política; por otro, conductas ligadas a la ética. Los pensamientos clásicos que aquí se presentan mediante máximas o párrafos breves aspiran precisamente a combatir la política de ignorancia frente a una política de conocimiento. Esto significa que todo individuo que aspira

a un cargo público debe conocer de teoría política, así como poseer capacidad para el cargo, lealtad a la constitución y un perfil ético que incluya valores de servicio público. De esta manera, se puede garantizar que quien ocupa un cargo público posee el bien interno propio de todo servidor público: el espíritu de servicio a la ciudadanía.

Como se mencionó, el sociólogo Sygmunt Bauman acuñó el concepto de *retrotopía*, el cual hace referencia a un mundo ideal ubicado en un pasado perdido o abandonado que se resiste a morir. Bauman señala que hay que mirar en el pasado porque el futuro es desolador.

Análogamente, mirando al pasado con atención, podemos llevar a cabo los siguientes pasos: recobrar la vinculación entre ética y política; recordar los fines de los gobiernos; discernir entre *politeía* e *idioteía*, esto es, entre el interés por lo público y el mero interés personal; comprender la importancia del fin del Estado que es el *Bien Común*, en suma, pensar en el futuro con apoyo del pasado, redescubrir el camino perdido para *restaurar* las sociedades.

La restauración de la política se acompaña del fomento de los valores éticos en los servidores públicos con el propósito de generar responsabilidad y compromiso, así como excelencia en la gestión de los intereses colectivos. El político y el funcionario público no deben olvidar que están para servir a la comunidad y no para servirse de ella. El comportamiento adecuado de los gobernantes y del personal de servicio público en general es una condición *sine qua non* para que exista un Buen Gobierno.

Sin una mejora cualitativa en la forma de hacer política y en los políticos, se continuará sufriendo gobiernos subdesarrollados, improvisados, ineficientes y corruptos. Si no se atacan de raíz estas situaciones, se seguirá avanzando hacia la desintegración de las estructuras estatales y al gobierno de las corporaciones que someten a los Estados. En sentido

contrario, para el establecimiento de un *Buen Gobierno*, se requieren verdaderos políticos, hombres y mujeres de estado con un perfil profesional y ético.

El pensamiento clásico se acompaña de sabiduría, de ahí que haya llegado hasta nuestros días. Y qué mejor que los gobernantes del presente acompañen su actuar de una escucha al pasado, como señaló Confucio: “*Cuando los gobernantes se obstinan en no copiar a los antiguos, nunca serán considerados sabios prudentes*”. (Confucio citado por Yáñez, 2002, Libro II, Cap. I, Punto 1).



## Fuentes consultadas

- Abellán, Joaquín (2003), *Max Weber. La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, traducción, nota preliminar y glosario de Joaquín Abellán, Madrid, Alianza Editorial.
- Ajenjo, Manuel (2016), “Los libros que marcaron a Peña Nieto”, en: *El economista*. Consultado en línea el 9 de agosto de 2023 de <https://www.economista.com.mx/opinion/Los-libros-que-marcaron-a-Peña-Nieto-20160829-0001.html>
- Arendt, Hanna (1984), *La vida del espíritu. El pensar, la voluntad y el juicio en la filosofía y en la política*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- Aristóteles (1981), *Gran Ética*, Buenos Aires, Editorial Aguilar.
- Aristóteles (1982), “Ética Nicomáquea”, en *Obras*, Madrid, Editorial Aguilar, pp. 271-526.

- Aristóteles (1982), “Política”, en *Obras*, Madrid, Editorial Aguilar, pp. 651-994.
- Aristóteles (1990), *Metafísica*, Madrid, Espasa- Calpe.
- Aristóteles (1994), *Retórica*, Madrid, Gredos.
- Bauman, Zygmunt (2018), *Retrotopía*, México, Paidós.
- Bobbio, Norberto (1989), *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, México, FCE.
- Brooks, David (2021), “Guterres suena la alarma: <El mundo, al borde del abismo, debemos despertar>”, en: *Diario la Jornada*, 22 de septiembre, p. 27.
- Burke Edmund (1996), *Textos políticos*, México, FCE.
- Caiden, Gerald (2001), “Tendencias actuales en la ética del servicio público”, en: *Revista Gestión y Política Pública*, Volumen x, No. 2, pp. 233-252.
- Calvino, Italo (1994), *Por qué leer a los clásicos*, Barcelona, Tusquets.
- Camps, Victoria (1985), “La ética en una cultura post-filosófica”, en: *Leviatán Revista de hechos e ideas*, Núm. 20, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, pp. 79-83.
- Cicerón (1989), *Sobre los deberes*, Madrid, Alianza editorial.
- Confucio (2002), *Los cuatro libros*, Barcelona, Paidós Orientalia.
- Diego, Óscar (2011), *Colección Cuadernos de ética para los servidores públicos*, Toluca, UAEMEX-Contraloría del Poder Legislativo del Estado de México.
- Diego, Óscar (2017), *Perfil ético en la profesionalización de los servidores públicos*, Colección Cuadernos para prevenir y controlar la corrupción n°6, Toluca, Poder Legislativo del Estado de México.
- Diego, Óscar (2019), *Colección Cuadernos para prevenir y controlar la corrupción*, Toluca, Contraloría del Poder Legislativo del Estado de México.

- Düring, Ingemar (2005), *Aristóteles*, México, UNAM.
- Epicteto (2004), *Manual y máximas*, México, Porrúa.
- Ferrara, Alessandro (2008), *La fuerza del ejemplo*, Barcelona, Gedisa.
- Gomá, Javier (2009), *Ejemplaridad pública*, Madrid, Taurus.
- González Llaca, Edmundo (1979), *Las palabras y el poder*, México, UNAM.
- Guillén, José (1989), “Introducción”, En: *Sobre los deberes*, Madrid, Alianza Editorial.
- Hesíodo (2015), *Teogonía, Trabajos y días, Escudo, Fragmentos, Certamen*, Madrid, Editorial Gredos.
- Jalife-Rahme, Alfredo (2015), “¿Sustituye China a EU como superpotencia global?”, en: *Diario La Jornada*, 22 de abril 2015. Consultado en línea el 2 de junio de 2022 de <https://www.jornada.com.mx/ /2015/04/22/opinion/016o1pol>
- Küng, Hans (1997), *Una ética mundial para la economía y la política*, México, FCE.
- Lao Tse (1979), *Tao te King*, Madrid, Editorial Ricardo Aguilera.
- Marco Aurelio (2003), *Meditaciones*, Madrid, Alianza Editorial.
- Marcos, Patricio (1985), *Cartas mexicanas*, México, Editorial Nueva Imagen.
- Marieta, Iñaki (2021), “Aristóteles, la virtud de saber”, en: *Muy Interesante*, México, pp. 112- 121.
- Marina, José Antonio (1995), *Ética para náufragos*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- Martínez, Iker (2023), “La filosofía helenística: cuatro posturas en el camino a la felicidad”, en *Muy interesante*. Consultado en línea de <https://www.muyinteresante.es/historia/59729.html>

- NoticiaMx (2020), “Cuauhtémoc Blanco es la burla en redes por decir ‘nadien’ y ‘agarramos a 7 de 10, faltan 4’”, en *NoticiaMx*. Consultado en línea el 9 de agosto de 2023 de <https://noticiamx.com/2020/09/cuauhtemoc-blanco-es-la-burla-en-redes-por-decir-nadien-y-agarramos-a-7-de-10-faltan-4-video.html>
- Olavarrieta, Concepción; Gándara, Guillermo y Máttar, Jorge (2021), *Futuros México hacia el 2050*, Penguin Random House.
- Paz, Octavio (2010), *El arco y la lira*, México, FCE.
- Pérez Arroyo, Joaquín (2002), *Confucio, Los cuatro libros*, Barcelona, Paidós Orientalia.
- Platón (2006), *Apología de Sócrates*, Madrid, Mestas Ediciones.
- Platón (2006), “Fedro”, en: *Diálogos*, Tomo III, Barcelona, Biblioteca Gredos
- Platón, (2006), “Gorgias”, en: *Diálogos*, Tomo II, Madrid, Gredos.
- Platón, (2006), “Las Leyes”, en: *Diálogos*, Tomo VII, Madrid, Gredos.
- Platón, (2006), “La República”, en: *Diálogos*, Tomo IV, Madrid, Gredos.
- Platón, (2006), “Protágoras”, en: *Diálogos*, Tomo I, Madrid, Gredos.
- Platón (2008), “Fedón”, en: *Diálogos*, Tomo III, Madrid, Gredos.
- Plutarco (1968), *El banquete de los siete sabios*, Madrid, Aguilar.
- Plutarco (1982), *Vidas paralelas*, México, Porrúa.
- Plutarco (1986), “Sobre la fortuna”, en: *Obras Morales y de costumbres*, Tomo II, Madrid, Gredos.

- Plutarco (1986), “Sobre la virtud y el vicio”, en: *Obras Morales y de costumbres*, Tomo II, Madrid, Gredos.
- Plutarco (1986), “Escrito de consolación a Apolonio”, en: *Obras Morales y de costumbres*, Tomo II, Madrid, Gredos.
- Plutarco (1986), “Consejos para conservar la salud”, en: *Obras Morales y de costumbres*, Tomo II, Madrid, Gredos.
- Plutarco (1986), “Sobre la superstición”, en: *Obras morales y de costumbres*, Tomo II, Madrid, Gredos.
- Plutarco (1986), “Consolación a Apolonio”, en: *Obras Morales y de Costumbres*, Tomo II, Madrid, Gredos.
- Plutarco (1991), *Consejos políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- Real Academia Española (s.f.), “Magnanimidad” en *Diccionario de la Lengua Española*, Consultado de <https://dle.rae.es/magnanimidad>
- Real Academia Española (s.f.), “Politicastro” en *Diccionario de la Lengua Española*, Consultado en línea el 26 de agosto de 2021 de <https://dle.rae.es/politicastro>
- Real Academia Española (s.f.), “Devanadera” en *Diccionario de la Lengua Española*, Consultado en línea el 1 de junio de 2022, de <https://shorturl.at/fAS34>
- Rodríguez Gervás, Manuel (2001) “Introducción”, en: Marco Aurelio, *Meditaciones*, Madrid, Editorial Cátedra.
- Roiz Parra, Javier (2003), *La recuperación del buen juicio. Teoría política en el siglo xx*, Madrid, Editorial Foro Interno.
- Sen, Amartya (s/f), “Valores asiáticos y crecimiento económico”. Consultado en línea el 9 de julio de 2014 de <http://132.248.35.1/cultura/informe/cap1.5.htm>

- Sen, Amartya (1997), “Values and Economic succes: Europe and Asia”, ix Premi Internacional Catalunya, Generalitat de Catalunya, España.
- Séneca, (1939), *Antología*, Breviarios del pensamiento español, Barcelona, Ediciones Fe.
- Séneca (1971), *Cartas a Lucilio*, España, Salvat Editores, Alianza Editorial.
- Séneca (1971), *Consolación a Helvia*, España, Salvat Editores, Alianza Editorial.
- Séneca (1971), *Sobre los beneficios*, Alianza-Salvat Editores.
- Séneca (1999), “De la Divina providencia”, en: *Los siete libros de la sabiduría*, Barcelona, Edicomunicación.
- Séneca (1999), “De la vida bienaventurada”, en: *Los siete libros de la sabiduría*, Barcelona, Edicomunicación.
- Séneca (1999), “De la tranquilidad del ánimo”, en: *Los siete libros de la sabiduría*, Barcelona, Edicomunicación.
- Séneca (1999), “De la constancia del sabio” en: *Los siete libros de la sabiduría*, Barcelona, Edicomunicación.
- Séneca (1999), “De la brevedad de la vida”, en: *Los siete libros de la sabiduría*, Barcelona, Edicomunicación.
- Séneca (1999), “De la consolación”, en: *Los siete libros de la sabiduría*, Barcelona, Edicomunicación.
- Séneca (1999), “De la pobreza”, en: *Los siete libros de la sabiduría*, Barcelona, Edicomunicación.
- Séneca (1999), *Los siete libros de la Sabiduría*. El libro de Oro, Barcelona, Edicomunicación.
- Séneca (2001), *Epístolas morales a Lucilio*, Libro I, (libros I-IX Epístolas 1-80), Madrid, Editorial Gredos.
- Séneca (2001), *Epístolas morales a Lucilio*, Libro II, (libros x-xx y xxII Epístolas 81-125), Madrid, Editorial Gredos.
- Séneca (2006), *Sobre la felicidad*, Alianza Editorial.

- Séneca (2007), *Sobre la ira*, Tenerife, Artemisa Ediciones.
- Séneca (2017), *De la cólera*, Madrid, Alianza Editorial.
- Séneca (2017), *Sobre la felicidad*, Madrid, Editorial EDAF.
- Vallejo, Domingo (2011). “Los preceptos de Delfos o una filosofía de la vida”, en: La túnica de Neso [Blog]. Consultado de <https://latunicadeneso.wordpress.com/2011/01/30/los-preceptos-de-delfos-o-una-filosofia-de-la-vida/>
- Vollbrach, James (1999), *El camino de la virtud*. La antigua sabiduría de Confucio adaptada a la nueva era, pp. 63-65.
- Xirau, Ramón (1990), *Introducción a la historia de la filosofía*, UNAM.
- Yáñez, Manuel (2002), *Confucio*. Grandes Biografías, Madrid, EdmatLibros.







# Diez sabios aconsejan

**Máximas clásicas para un gobierno ético**

De la autoría de Óscar Diego Bautista y  
Nuria Ferreira Mañá.

Se terminó de editar el 27 de octubre de 2023.

En interiores y forros se empleó la tipografía  
Soberana Texto, diseñada por Cristóbal Henestrosa  
y Raúl Plancarte (México).

María de los Ángeles García Moreno  
*Análisis e interpretación del sistema antiplagio*

Oswaldo Renato Millán Zea  
*Corrección de estilo y ortotipográfica*

Juan Manuel García Guerrero  
*Diseño de forros e interiores*

Patricia Vega Villavicencio  
*Coordinación editorial*

Por disposición del Reglamento de Acceso Abierto de  
la Universidad Autónoma del Estado de México  
se publica la versión PDF de este libro en el  
Repositorio Institucional de la UAEMEX.



## Óscar Diego Bautista

*Un enorme acierto del libro es el rescate de la ética pública y, por ende, del tándem clásico ética/política. Desde la perspectiva de los géneros literarios, es muy afortunado que en el prólogo se haya hecho hincapié en el género “espejo del príncipe”.*

Víctor Hugo Méndez Aguirre  
Doctor en Filosofía  
Instituto de Investigaciones Filológicas  
Universidad Nacional Autónoma de México

*La obra tiene una legítima preocupación contemporánea y rastrea los consejos clásicos sobre el arte de gobernar que pueden servir para inspirar a futuros gobernantes.*

Lizbeth Margarita Sagols Sales  
Doctora en Filosofía  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Nacional Autónoma de México

Doctor por la Universidad Complutense de Madrid, ha sido profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en la Universidad Pedagógica Nacional y en la Universidad Autónoma del Estado de México. Desde 2009 es Investigador del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades (CICSyH) de la Universidad Autónoma del Estado de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del CONACYT. Correo: odiegomx@yahoo.com.mx

## Nuria Ferreira Mañá

Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Desde el año 2011 es docente en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México, impartiendo materias de Ética Pública, literatura, redacción y guion de cine. Correo: nuriaferreira@yahoo.es





¿Quién es político y quién politicastro? ¿Qué significa ser justo, cobarde, honesto, arrogante, magnánimo, pusilánime, veraz o corrupto en el servicio público? ¿Cómo ser realmente grande cuando se gobierna? ¿A qué se llama ignorancia y a qué sabiduría en la búsqueda del bienestar ciudadano?

Esta obra ahonda en el pensamiento clásico, trayéndolo a nuestros días sin un ápice de envejecimiento. Sabios, filósofos y maestros en el arte de gobernar orientan a políticos y servidores públicos hacia el *Gobierno Ético*, el que camina hacia el bien común, objetivo de la política frecuentemente olvidado.

Hesíodo, Platón, Aristóteles, Plutarco, Cicerón, Séneca, Epicteto, Marco Aurelio, Confucio y Lao Tse: nadie que se asome a las rotundas y esclarecedoras palabras de estos diez sabios de la antigüedad quedará impasible.



Secretaría de Investigación  
y Estudios Avanzados